
MILLONARIO
POR CASTIGO
NATALIA OLMEDO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo*, Millonario por castigo*
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

Millonario por castigo

1
Oliver

No sé cómo se llama.

Y lo peor no es eso, sino que tampoco me interesa lo suficiente como para preguntárselo ahora.

Aunque tampoco lo haría después.

Estamos en la habitación del piso compartido en Vallecas donde vive y está apoyada en el cabecero, con la sábana cubriéndole lo justo, mirándome como si acabáramos de compartir algo más que un rato de cama y un par de gemidos bien medidos.

Tiene el pelo desordenado, la piel aún caliente y esa expresión que reconozco al instante: expectativa y error.

Siempre es un error.

Tanto para ellas como para mí.

Por eso nunca repito.

No me juzgues, entiéndeme…

Conoces a una tía tomando unas copas, intercambias dos frases, una mirada que se alarga más de la cuenta… y ya está.

Lo demás viene solo.

Un par de besos, un polvo de mierda en un baño y adiós muy buenas.

Esta noche al menos ha sido en una cama.

Hasta podría dar las gracias.

Cuando sucede en una cama, siempre es en la de ellas.

Nunca en la mía.

Menos en la de un hotel, paso de gastarme el poco dinero que tengo en pagar una habitación con lujos de mierda.

Así que, resumiendo, esta noche me he ahorrado sujetarla por las nalgas mientras se la meto en el baño mugriento y de baldosas pegajosas de cualquier pub.

También la habitación de hotel.

Así que sí… bien por mí.

Yo estoy de pie, buscando mis vaqueros entre la ropa tirada por el suelo, como si esto fuera una escena repetida demasiadas veces.

Y lo es.

Lo es tanto que podría hacerla con los ojos cerrados.

No vuelvas a juzgarme.

Solo tengo dos vicios: el tabaco y enrollarme con chicas guapas para sentirme un poquito querido.

El sexo es lo de menos.

Lo malo es que cuando terminamos me siento exactamente igual.

Es algo raro, supongo que esa es mi tara.

—¿Tienes agua? —pregunto, porque el cuerpo sí lo pide, aunque todo lo demás ya esté apagado.

Ella tarda medio segundo en reaccionar, como si le sorprendiera que diga algo que no sea su nombre o una promesa que no voy a hacer.

—Sí, claro —responde rápido, inclinándose para coger la botella de la mesilla—. Toma.

Bebo sin mirarla demasiado y siento el agua bajar por mi estómago vacío.

Después termino de vestirme y noto cómo sus ojos siguen cada movimiento, como si esperara encontrar en ellos alguna señal que le diga qué viene después.

Te adelanto algo: No viene nada, nunca viene nada.

—¿Te vas ya? —pregunta al final.

Claro que me voy, siempre me voy.

Nunca he dormido con una chica.

Me abrocho el pantalón con calma, sin prisa, como si eso pudiera suavizar la respuesta.

—Sí.

El silencio vuelve, pero esta vez pesa más.

Se coloca el pelo detrás de la oreja, incómoda, buscando algo a lo que agarrarse.

Muchas lo hacen.

Y lo entiendo, pero nunca prometo cosas que no voy a cumplir.

—Podríamos… no sé… vernos otro día.

La miro entonces.

Solo un segundo.

Lo justo para confirmar lo que ya sé.

Es guapa.

Mucho, además.

Tiene ese tipo de belleza que hace que la gente se gire por la calle, labios llenos, ojos grandes y piel cuidada.

El tipo de mujer que encaja en fotos bonitas, en planes de domingo, en vidas que no tienen nada que ver con la mía.

El tipo de mujer que otro hombre se quedaría a conocer.

Pero ese hombre no soy yo.

—No.

No lo digo con mala intención, pero tampoco es que derroche amabilidad.

Lo digo como se dicen las cosas que no se van a negociar y ya está.

No insiste.

Bien.

Eso facilita las cosas.

Cojo la chaqueta de la silla y me la pongo.

El olor de la habitación se me ha quedado pegado a la piel: perfume caro, sudor, sexo y algo dulce que me resulta empalagoso.

Lo noto en cuanto salgo de ella y camino por el pasillo.

Siempre es así y siempre me resulta demasiado.

—Oye —dice de repente.

Claro, me ha seguido hasta la puerta.

Me detengo, todavía dándole la espalda.

Joder.

—¿Qué?

—Al menos dime cómo te llamas.

Me giro lo justo, apoyando el hombro en el marco.

La miro sin acercarme.

No sonrío.

—¿Qué más da?

No espera eso y se le nota, porque durante un segundo parece que va a decir algo más, pero no lo hace.

Cierro la puerta antes de que pueda intentarlo y cuando salgo al exterior, el aire frío me golpea en la cara.

Mucho mejor, pienso pasándome la mano por la nuca rapada.

Me meto las manos en los bolsillos mientras empiezo a caminar sin rumbo fijo, como si necesitara alejarme de ese tipo de silencio que se queda dentro de las habitaciones cuando te vas demasiado pronto.

O quizá justo a tiempo, depende de cómo lo mires.

Las luces de la ciudad se reflejan en el asfalto húmedo. Coches pasando, gente hablando, risas que no son mías.

Podría haberme quedado, haberle seguido el juego, preguntado cosas, fingir interés…

Reírme en los momentos adecuados y hacer que todo pareciera un poco más humano, no sé.

No sirvo para eso.

O no quiero aprender.

Las dos opciones me valen.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón y veo que tengo dos mensajes, pero ninguno es importante, porque nunca pasa nada importante.

Todos los días es igual.

Lidiar con la mierda que tengo en casa, trapichear para sacar unos euros cuando no tengo trabajos de mierda y poco más.

Lo vuelvo a guardar y levanto la vista.

La noche está ahí: oscura, ruidosa, imperfecta.

Real.

Y por alguna razón que no sé explicar —o que no quiero—, es lo único que no me decepciona cuando llego a uno de los pocos sitios que me gustan de verdad.

Antes te he dicho que solo tengo dos vicios: el tabaco y enrollarme con chicas guapas.

Te he mentido.

El tercero de ellos lo tengo delante.

Soy Oliver Luque, por cierto.

2
Veva

No sé en qué momento de mi vida empecé a aceptar cosas que no quiero.

Ah, espera, espera.

Nunca lo decidí.

Si me tuvieras delante, te lo diría con una sonrisa irónica e impostada, porque lo que me gustaría al reconocer esto es apretar los dientes de pura rabia.

Yo no decido nada, porque para esto ya está Ignacio Santos, mi padre.

Cada vez que pienso estas cosas me agobio, así que intento centrarme en mi alrededor.

El restaurante está lleno, pero no agobia. Es uno de esos sitios en los que todo parece cuidadosamente pensado para resultar agradable: luces cálidas, mesas de madera clara y música suave de fondo que se mezcla con conversaciones a medio tono.

Huele a vino, a perfume caro y a algo dulce que no termino de identificar.

Un sitio bonito.

Correcto.

Fácil.

Como todo en mi vida, porque se encarga Papá.

A partir de ahora, quiero que leas "Papá" con voz grave.

De esas que dan un poco de miedo.

Porque sí.

Es exactamente eso.

Es el mismísimo diablo.

—Te estás quedando mirando el vaso como si dentro estuviera la respuesta a todas tus preguntas —dice Maira, apoyando el codo

en la mesa y mirándome con esa media sonrisa suya que siempre significa problemas—. Y… ¿adivina qué?: no lo está.

Salgo de mi ensimismamiento y miro a Maira, que está frente a mí con una copa en la mano y las piernas cruzadas sobre la silla.

Tiene esa naturalidad que en otra persona quedaría mal, pero en ella funciona, con su cabello rojo suelto cayéndole en ondas desordenadas sobre los hombros, y un vestido que probablemente mi padre consideraría demasiado corto y demasiado ajustado.

A ella le da igual, claro. Siempre le ha dado igual no cumplir con las expectativas de nadie.

Ni las de su familia.

Ni las de sus amigos.

Ni las de la gente del club.

Cuando digo nadie, es nadie.

Tiene los ojos vivos, atentos, como si todo le pareciera interesante aunque no lo sea.

Y, en este momento, parece que lo soy yo.

—Estoy pensando —me excuso.

—Ya, ya lo veo. Eso es lo que me preocupa.

Le doy un pequeño golpe en el brazo con la servilleta, pero no puedo evitar sonreír.

Maira tiene esa capacidad de decir lo que piensa sin filtro y sin pedir permiso, como si el mundo fuera un sitio donde no pasa nada por ser honesta y no existieran las consecuencias.

A veces la envidio por eso, siento que yo nunca podré permitirme ser así.

—No estoy tan mal —murmuro, dando un pequeño sorbo a mi copa.

El vino está frío, ligeramente ácido, y lo noto bajar despacio, como si pudiera calmar algo que no sé muy bien cómo nombrar.

—Genoveva —dice ella, poniendo los ojos en blanco y moviendo la cabeza orientada hacia la derecha arriba y abajo.

En serio, es una imagen para tener pesadillas.

Odio que haga eso con los ojos, me da miedo y me hace reír a partes iguales.

—No me llames así —respondo automáticamente.

—Claro. Perdona. Veva —corrige, sin perder la sonrisa—. Veva, que se va a casar con un hombre que no le pone ni un poquito.

Casi me atraganto con el vino.

—No me voy a casar con Fede. Si ni siquiera es mi novio, por favor.

—Todavía —dice matizando cada una de las sílabas.

Y sé que por dentro ha pensado: *Eso es lo que tú crees, pero Papá Ignacio lo tiene todo calculadito.*

La miro.

—No.

—Tu padre sí cree que sí.

Ya está, el temita que siempre acaba saliendo.

Miro alrededor, como si pudiera esconderme entre la gente del local.

Una pareja riendo en la mesa de al lado, un grupo de amigos brindando, una chica mirando el móvil con el ceño fruncido.

Todo en su sitio.

Todo correcto.

Todo… perfectamente colocado.

Como mi vida.

—Mi padre cree muchas cosas —digo al final.

—Tu padre decide muchas cosas —corrige ella, haciendo mucho hincapié en la palabra "decide".

No respondo, porque tiene razón y porque no me apetece reconocerlo en voz alta. Con decírtelo a ti, así en *petit comité*, me sobra.

Maira se inclina un poco hacia mí, apoyando la barbilla en la mano, observándome como si fuera un experimento interesante.

Quizá lo soy.

De puertas hacia fuera, soy la perfectísima hija, la pobre huerfanita de madre a la que ¡Oh, milagro! el papá tuvo que criar solo.

Porque vamos a ignorar que con sus millones ha pagado cada nodriza, niñera y docente que me han criado.

Sí, Papá es uno de los hombres más ricos de toda España.

Digo uno, que no el que más, porque Antonio Santamaría, su mejor amigo, siempre le ha hecho un poquito de sombra.

Digamos que van a la par.

—A ver, vamos a analizar esto —dice Maira con ese tono de "esto va a ser divertido para mí y un poco incómodo para ti"—. Tienes veinticinco años, eres guapa, inteligente, podrías hacer lo que te diera la gana… y estás aquí, bebiendo vino caro, esperando a que tu padre decida con quién te vas a casar.

—No es así —me defiendo, pero por dentro estoy tan furiosa con el tema que no quiero darle la razón.

—Es exactamente así.

Suspiro.

—Fede es… —empiezo, pero luego me quedo en blanco porque no sé qué más añadir.

Vale, sí que es un poquito grave la situación.

—Aburrido.

—No es aburrido.

—Es predecible.

—Eso no es malo. —Me encojo de hombros.

—Para una lavadora, no. Para una vida entera… tengo mis dudas.

No puedo evitar reírme.

Debo reconocer que con Maira todo parece más sencillo.

—Es buen chico —insisto.

—Los golden retrievers también lo son y no por eso me quiero casar con uno. Sería muy rarito. Pero, dejando la zoofilia a un lado, yo diría que Fede es… un coñazo.

—Maira…

—¿Qué? Es verdad.

Niego con la cabeza, intentando no reírme demasiado.

—No todo es… pasión y caos.

—Claro que no —dice ella—. También están el aburrimiento y las decisiones de mierda.

La miro, entre divertida y exasperada.

—Eres insoportable.

—Y tú estás evitando el tema.

Silencio.

Es cierto.

Lo estoy evitando.

¡Me declaro culpable!

Miro mi copa otra vez.

El reflejo de las luces sobre el vino me devuelve una imagen ligeramente distorsionada de mí misma.

Perfecta desde fuera, pero otra persona completamente distinta por dentro.

Siento que solo una persona me conoce en realidad: Maira.

—No sé —admito en voz baja. Maira no dice nada esta vez, solo me observa. —No sé si quiero eso —añado.

Te presento a alguien súper importante en mi vida: la grieta.

Pequeña e invisible desde fuera, pero suficiente. Básicamente es lo que me define.

Maira exhala despacio, como si hubiera estado esperando exactamente ese momento.

—Vale —dice, más suave ahora—. Pues ya tenemos algo.

Levanto la vista.

—¿El qué?

—Que no lo tienes claro.

—Nunca lo he tenido claro —le recuerdo arrugando un poquito el ceño.

—Ya, pero antes no te importaba.

Tiene razón otra vez, por lo que empieza a molestarme lo bien que me conoce.

—¿Sabes qué creo? —continúa, inclinándose hacia mí.

—Me da miedo preguntarlo.

—Que todavía no te ha pasado nada.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no me ha pasado nada?

—Nada de verdad —dice, encogiéndose de hombros—. Nada que te haga decir "vale, esto sí, esto lo quiero, esto lo elijo yo".

Trago saliva, sé perfectamente a lo que se refiere.

Y no lo he sentido.

Nunca.

—No todo el mundo necesita… eso —digo, aunque suene poco convincente incluso para mí.

Maira sonríe despacio.

—Eso es exactamente lo que dice la gente a la que nunca le ha pasado.

—O la gente que tiene los pies en la tierra.

—O la gente que tiene miedo.

Silencio otra vez, pero ahora es distinto, más denso y más incómodo.

Más real también.

—No tengo miedo —murmuro.

Maira levanta una ceja.

—Vale.

Y ese "vale" significa "no te creo nada".

—Además —añado, intentando recuperar el control—, no es como si fuera a aparecer alguien de repente y…

Me detengo.

—¿Y…? —pregunta ella.

—Y lo cambia todo.

Maira sonríe de forma peligrosa.

—Nunca digas eso en voz alta —dice.

—¿El qué?

—Lo de "no va a pasar nada".

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Porque la vida tiene un sentido del humor bastante retorcido. Basta decirlo para que… ¡PUM! —da un golpe en la mesa que me hace dar un respingo. Ay, señor—. Pase de golpe.

Ruedo los ojos hacia arriba cuando me recupero.

—Eres más dramática...

—Y tú aburrida.

—Gracias.

—De nada.

Nos quedamos en silencio unos segundos, observando a la gente, dejando que la conversación se diluya.

Ya no hablamos del tema y parece que todo vuelve a su sitio.

Más o menos.

Hasta que Maira vuelve a hablar.

—Oye.

—¿Qué?

—Si aparece alguien que te jode los planes…

La miro.

—¿Sí?

Sonríe.

—Avísame. Quiero verlo en primera fila.

Yo todavía no lo sé, pero esta es la última noche en la que creo tenerlo todo bajo control.

3
Oliver

El motor ruge antes de que me dé tiempo a pensar.

Mejor.

El casco me aprieta lo justo, el aire se cuela por el cuello de la chaqueta y el asfalto húmedo refleja las luces como si alguien hubiera decidido que esta noche todo tenía que brillar un poco más de la cuenta.

Mal día para caerse.

O justo el día para no hacerlo.

—¿Hoy vas a perder o qué? —grita alguien a mi izquierda.

No me molesto en girarme, reconocería la voz de mi mejor amigo incluso en el infierno.

Dani siempre habla demasiado antes de correr.

—Depende —respondo, ajustando el guante—. ¿Vas a seguir hablando o vas a cerrar la boca de una vez?

Se ríe y alguien más también.

Ruido, motores, gente… este es el tipo de ambiente que a cualquiera le parecería un error, pero a mí me resulta familiar.

Hay unas veinte personas repartidas por la zona; algunos apoyados en los coches y otros con el móvil en la mano, grabando como si esto fuera un espectáculo más.

Lo es, para ellos al menos sí, aunque no para mí.

Para mí esto es otra cosa: dinero, respeto… y algo más que no tiene nombre.

Se hace un segundo de silencio, ese antes de que todo empiece en el que el cuerpo se tensa, la respiración cambia y la cabeza se queda en blanco.

Es aquí donde encajo, donde me siento parte de algo, donde puedo volar y olvidarme de todo.

—Tres… —dice uno de los chavales, levantando la mano.

No lo miro.

—Dos…

El mundo se estrecha y solo queda la carretera.

—Uno.

Y entonces todo explota.

El acelerador responde al instante, la moto se dispara hacia delante y el ruido se vuelve brutal, como si alguien hubiera subido el volumen del mundo de golpe.

No hay pensamientos, ni pasado, ni nombres.

Solo velocidad.

Solo eso.

Las luces pasan a mi lado en ráfagas, el viento me golpea con fuerza y mi cuerpo se inclina casi sin que tenga que ordenarlo.

Giro.

Recta.

Cambio de marcha.

Otra curva.

Dani va a mi derecha, lo veo de reojo.

Demasiado cerca.

Siempre se acerca demasiado.

Sonrío dentro del casco y acelero un poco más.

El asfalto no está perfecto, noto las pequeñas irregularidades y zonas más húmedas de lo que deberían.

Da igual.

O no.

Pero eso forma parte del juego.

Otro giro.

Este es más cerrado y el cuerpo se pega a la moto, la rodilla roza casi el suelo y durante un segundo todo depende de un equilibrio que no debería funcionar… pero funciona.

Siempre funciona.

O eso quiero creer.

Dani intenta adelantarme y lo dejo acercarse un poco más.

Y entonces corto lo justo, lo suficiente para que dude.

Luego acelero.

La moto responde como si supiera exactamente lo que quiero o también necesitara esto.

Como si los dos estuviéramos huyendo de lo mismo y no quisiéramos mirar atrás.

Nunca lo hago.

La línea final aparece antes de lo esperado o soy yo el que ha dejado de medir el tiempo.

Cruzo primero y entonces vuelve el ruido: gritos, risas y comentarios.

Todo suena lejano otra vez.

Freno unos metros más adelante y me quito el casco.

El aire frío me golpea la cara y durante un segundo me quedo ahí, respirando, con el pulso aún acelerado.

Esto sí.

Esto sí es real.

—Eres un puto enfermo —dice Dani, acercándose.

Me encojo de hombros.

—Y tú hablas demasiado.

Se ríe, negando con la cabeza.

—Algún día te vas a matar.

—Todos nos vamos a morir.

No soy dramático, en serio, simplemente acabo de decir una realidad.

Alguien me da una palmada en la espalda, otro me ofrece un cigarro y lo rechazo.

No me apetece, ahora no.

Miro alrededor y solo veo luces, gente y coches.

Siempre es lo mismo, pero no me cansa, porque aquí nadie pregunta, nadie espera nada ni intenta convertir esto en algo que no es.

Saco el móvil por inercia, todavía con la adrenalina pegada al cuerpo.

La pantalla se ilumina, tengo varias llamadas perdidas y todas son del mismo número.

Mi madre.

Frunzo el ceño y me tenso al instante.

Ella no suele insistir, nunca lo hace; si llama y no contesto, lo normal es que lo deje estar, por eso esto no me encaja.

Marco su contacto antes de pensarlo demasiado.

Tarda en cogerlo: uno, dos, tres tonos.

Estoy a punto de colgar cuando…

—¿Sí? —Su voz suena rara, bajita y nerviosa.

Se me tensa el cuello.

—¿Qué pasa?

Se queda callada y yo aprieto la mandíbula.

—Mamá.

—Oliver… —exhala mi nombre como si le costara—. Tienes que venir a casa.

Miro al frente, pero ya no veo lo mismo.

—¿Ha pasado algo?

Otra pausa.

Más larga esta vez.

—Sí.

No me gusta cómo suena ese "sí".

—¿El qué?

—No… —titubea—. No puedo decírtelo por teléfono.

Suelto una risa corta, sin humor, me está poniendo de los nervios, joder.

—Claro que puedes.

—Oliver.

Y ya está.

Solo con cómo dice mi nombre sé que no va a hacerlo.

Paso la lengua por el interior de la mejilla, notando cómo la calma de hace un momento se me escurre entre los dedos.

—Dime al menos si es algo grave.

—Es sobre él.

Me quedo quieto.

No hace falta más. Ni nombres ni explicaciones.

Él.

Aprieto el móvil con más fuerza de la necesaria.

—Voy para allá —digo, cortando antes de que pueda añadir nada más.

El ruido sigue a mi alrededor: las motos, los coches, la gente, las risas.

Todo sigue igual, pero no lo está.
Levanto la vista hacia la carretera.
La noche sigue ahí, negra y abierta.
Pero yo ya no.

4
Veva

El salón de la casa familiar siempre huele igual: a limpio, a dinero y a algo que no sabría describir… pero que, si desapareciera, probablemente alguien lo notaría antes que yo.

La casa está en La Moraleja, en una de esas urbanizaciones con nombre de árbol y seguridad 24 horas, donde las casas no son casas, sino estructuras enormes con jardín perfecto, piscina que nadie usa y ventanales tan grandes que parece que todo el mundo está siempre a punto de ser observado.

La nuestra no es diferente: líneas rectas, tonos neutros, muebles que parecen elegidos por alguien que nunca se sienta en ellos y demasiado espacio para tan poca gente.

Es curioso, porque he vivido aquí toda mi vida y, aun así, hay días en los que siento que estoy de visita, como si hubiera llegado tarde a una vida que ya estaba perfectamente colocada sin mí.

Digamos que no termino de… encajar.

Pero bueno, tampoco es que alguien me haya preguntado nunca si alguna vez lo he hecho.

—Llegas tarde —dice mi padre sin levantar demasiado la voz.

No hace falta.

Nunca hace falta que levante la voz; utiliza un tono que, un poco más, y te meas encima de miedo.

Está de pie junto al ventanal, con una copa de algún licor asqueroso en la mano y esa postura perfectamente recta que no sé si es natural o si se entrena.

Supongo que cuando tienes su vida, lo mínimo que puedes hacer es parecer que lo tienes todo bajo control.

Yo te juro que lo intento, lo de mantener todo bajo control, digo, pero no me sale igual de bien.

Dejo el bolso sobre la consola de la entrada.

—He quedado con Maira.

—Lo sé.

Claro que lo sabe.

Papá lo sabe todo.

Y cuando digo todo… no estoy exagerando.

Sabe a qué hora salgo de casa, con quién quedo, cuánto tardo en volver… y probablemente también cuántas veces he mirado el móvil mientras cenaba con él la semana pasada.

A veces tengo la sensación de que, si un día cambio de opinión sobre algo, se enteraría antes que yo.

Lo único que no sabe es que utilizo tangas en vez de bragas.

Y sinceramente, prefiero que siga así.

Camino hacia el salón con pasos tranquilos, midiendo cada gesto sin darme cuenta.

Es automático, como respirar o como ceder.

Lo mismo da.

—Te he estado esperando —añade, aunque no suena a reproche, más bien me lo tomo como un dato.

Y eso, curiosamente, es peor.

—Lo siento —digo, aunque no sé muy bien por qué me disculpo.

Bueno, sí lo sé: siempre lo hago.

Él asiente levemente, como si eso fuera suficiente para dar el tema por cerrado.

Lo es, siempre lo es.

Deja la copa sobre la mesa y se gira hacia mí del todo.

—Mañana hacemos almuerzo temprano con los Fernández.

Directo, sin rodeos y sin preguntar, porque Papá ordena y Veva ejecuta.

Es el mismo círculo vicioso desde que tengo uso de razón.

—¿Mañana? —repito.

—A las diez.

—Papá, yo…

—Fede vendrá.

¡Anda!

El pack completo.

Trago saliva y me quedo callada.

Dios… ¿no puedo librarme de esta?

Podría decir muchas cosas en este momento.

Que tengo planes, por ejemplo.

Que no me apetece, o mejor, que no quiero seguir con esto.

Incluso podría decir la verdad, que es bastante sencilla: no aguanto a Fede.

Fede es… fácil.

Demasiado, diría yo.

Siempre sé lo que va a decir antes de que abra la boca, cuándo va a reírse, incluso en qué momento va a mirarme como si todo estuviera exactamente donde debería estar.

Y supongo que ese es el problema: con él nunca pasa nada.

No me pone nerviosa, no me intriga, no me provoca absolutamente nada.

Vamos… como diría Maira, a mí las bragas no se me caen por él.

Es como estar en una vida que ya está decidida de antemano, en la que solo tengo que ir cumpliendo pasos sin cuestionarme demasiado si quiero estar ahí.

Y, pensándolo bien… es como tener un segundo padre.

No.

¡Peor!

Casarme con Fede sería como casarme con Papá.

Mátame, camión.

Y lo peor es que ni siquiera sé si esto va de Fede… o de que, en el fondo, nunca he sido yo la que lo ha elegido.

Pero no lo hago.

Lo de hablar, digo.

Lo de atreverme a decir todo esto de una vez por todas.

Porque hay algo en su forma de mirarme que convierte cualquier intento de resistencia en algo… inútil.

—Vale —respondo.

¡Bravo, Veva! Lo has hecho de diez.

Y en el mismo segundo en que lo digo, noto cómo algo dentro de mí se encoge un poco más.

Genial.

Otra decisión tomada sin decidir.

Mi padre sonríe apenas, satisfecho.
—Sabía que lo entenderías.
Claro.
Entender.
Qué palabra tan bonita para decir "hacer lo que te digo".
Error, padre.
No lo entiendo.
Pero tampoco lo discuto.
Nunca lo hago y así me va.

5
Oliver

El portal del edificio siempre está igual, porque ningún vecino está dispuesto a pagar una derrama para reparar eso, entre otras cosas: mismo azulejo roto en la esquina, misma bombilla que parpadea como si estuviera a punto de rendirse y mismo olor a humedad mezclado con algo que no termina de irse nunca.

Han pasado años, prácticamente toda mi vida, desde que mi madre y yo vivimos aquí, pero todo está exactamente igual.

Como si este sitio no tuviera intención de cambiar por nadie.

Ni siquiera por mí.

Somos mi madre y yo los que hemos cambiado: yo me he hecho adulto y ella se ha hecho más vieja.

El edificio está en Vallecas, en una de esas calles donde todo parece un poco más gastado de lo que debería, donde las persianas bajan demasiado pronto y la vida se oye a través de las paredes.

Empujo la puerta con el hombro y entro sin hacer ruido, más por costumbre que por necesidad. El eco de mis pasos resuena en el pasillo estrecho, subiendo por las paredes desconchadas hasta perderse en el hueco de la escalera.

No cojo el ascensor y subo los escalones de dos en dos, como cuando era más joven y tenía prisa por salir de aquí. Ahora no tengo prisa por entrar, pero tampoco la tengo por irme.

Es… distinto.

Me detengo frente a la puerta y observo durante un par de segundos que la pintura está levantada en varios puntos y el número torcido.

Abro con mi juego de llaves y no tardo en escuchar el sonido de los pasos arrastrados de mi madre.

—Oliver… —Me mira como si estuviera realmente aliviada de tenerme delante.

¿Tan grave es lo que ha pasado?

Tiene el pelo recogido de cualquier manera, eso sí, aunque siempre se le escapan mechones oscuros alrededor de la cara. Observo su piel apagada, como si el cansancio se le hubiera quedado pegado con los años.

Los ojos, en cambio, siguen siendo los mismos de siempre: claros, atentos, demasiado expresivos para alguien que lleva tanto tiempo fingiendo que está bien.

Mi tía Marisa dice que yo tengo esa misma mirada.

Lleva una camiseta ancha y unos vaqueros viejos, de esos que ya no se tiran porque forman parte de la casa casi tanto como los muebles.

En ella todo parece improvisado… menos la forma en la que sostiene las cosas que no dice.

Nunca superó a ese hombre y, aunque no lo dice ni creo que lo haga nunca, se nota en los silencios, en las pausas, en la forma en la que a veces se queda mirando a ningún sitio durante más tiempo del necesario.

Hoy no sé qué versión me ha tocado: la que aguanta… o la que se rompe.

—Hola, mamá.

Se aparta para dejarme pasar.

Nuestra casa siempre huele igual: a cerrado, a tabaco de tía Marisa, que prácticamente se pasa el día aquí, y a tiempo detenido.

A nada que alguien con dinero querría arreglar, vaya.

Pero mamá siempre huele a jabón y a ropa limpia.

—No has tardado en venir —dice, cerrando la puerta detrás de mí—. Menos mal.

Camino hacia el salón, esquivando objetos que conozco de memoria: la mesa baja con una esquina rota, el sofá hundido en el centro, las fotos enmarcadas que nadie ha movido en años.

Y entonces lo veo sobre la mesa: un sobre blanco, grueso y con demasiada clase para este sitio.

Destaca porque claramente es como si no perteneciera aquí o alguien se hubiera equivocado de dirección.

No pregunto.

No hace falta.

Me dejo caer en una silla, en cambio, y ella se queda de pie unos segundos, observándome.

—Has ido otra vez con la dichosa moto.

—No.

—Sí.

—No.

Nos callamos.

Siempre discutimos por cosas así, porque siempre evitamos las importantes.

—Hueles a gasolina. Todo el día fuera, Oliver. ¿Has comido? —pregunta.

—Sí.

No.

Pero da igual.

Asiente como si me creyera, pero no me cree.

Nunca me cree.

Y hace bien.

—¿Y Marisa? —pregunto sin pensar.

Mi madre resopla.

—En el bingo. ¿Dónde va a estar?

Asiento con la cabeza.

Se acerca a la cocina y desaparece unos segundos. Oigo el ruido de un vaso, el grifo, algo que se cae y vuelve a colocarse.

Cuando regresa, deja un vaso de agua delante de mí.

—Por si acaso.

Lo miro.

—Gracias.

No lo toco, pero ella tampoco insiste.

Se sienta enfrente, apoyando las manos en las rodillas.

—¿Qué es ese sobre? —pregunto.

—La razón por la que te he pedido que vengas. Sabes que nunca te llamo, ya eres mayorcito para…

—Mamá, has dicho que se trataba de ÉL —la corto.

Ella suspira y asiente con la cabeza muy despacio.

—Sí.

—Entonces, ¿ese sobre es suyo? ¿Tiene que ver con él? ¿Qué es, una carta de disculpa o algo así? —me jacto.

Mi madre aprieta tanto la boca que las dos líneas que tiene como labios desaparecen.

—Alguien ha traído ese sobre para ti.

—¿Alguien? ¿Quién?

Mi madre niega con la cabeza y luego se encoge de hombros.

—Un muchacho uniformado. Me ha dado las condolencias y me ha dicho que iba de su parte… Pienso que… —empieza, dudando— que ese hombre…

—¿Qué? —insisto, porque noto el tic empezando en el ojo.

—Se ha muerto.

La palabra se queda en el aire.

Muerto.

Así, sin más.

—Llega tarde incluso para esto —digo levantándome del sofá como un resorte.

Me siento como un león enjaulado.

Mi madre baja la mirada y sus dedos se entrelazan con fuerza.

—Nunca pensé que… —Se detiene y respira—. Nunca pensé que llegaría este momento.

Yo sí.

O no.

No lo sé.

Me la pela.

—Yo tampoco.

Mentira.

Siempre estuvo ahí, como una sombra, como algo que iba a pasar en algún momento, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Y una parte de mí llevaba años esperando esta llamada.

—Igualmente, ¿qué más nos da a nosotros?

—¿No vas a abrir el sobre? —pregunta.

Me paso la mano por la nuca.

—Es que me da igual —digo.

—Va a tu nombre, Oliver.

—Me da igual —repito.

—Oliver…

Levanta la vista y me mira de verdad esta vez.

—Es tu pa…

Niego con la cabeza antes de que termine.

—No.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Sí lo sé y no quiero nada de él.

Lo digo así, sin adornos, como si eso bastara o fuera así de fácil.

Mi madre me observa unos segundos.

Demasiados, para mi gusto.

O quizá soy yo, que se me hace todo eterno en este momento.

—No lo quise cuando estaba vivo, así que no lo voy a querer ahora —añado con una mueca de asco.

Mi madre coge el sobre y me lo pone en las manos.

Luego aprieta las suyas alrededor de las mías y, mirándome a los ojos, asiente con la cabeza.

No me queda otra que hacerle caso y abrir el maldito sobre.

Lo abro sin cuidado, rasgando el borde como si quisiera quitármelo de encima cuanto antes.

Dentro hay varios papeles: folios gruesos con membrete, firmas y sellos.

Todo muy legal, frío e impersonal.

Paso las páginas sin leerlas del todo.

Palabras como herencia, beneficiario, propiedades…

Todo muy claro y ordenado, como si se pudiera resumir una vida en eso o fuera tan fácil.

Me detengo en una línea.

Mi nombre completo y bien escrito.

Aprieto la mandíbula, paso a la última hoja y entonces lo veo: se trata de un papel más pequeño sin membrete ni firmas, solo una frase escrita a mano que dice: *Esto te pertenece.*

Me quedo mirándola unos segundos, apenas me muevo o reacciono.

Luego suelto una risa corta.

—Claro —murmuro.

Tarde.

Muy tarde.

—¿Qué dice? —pregunta mi madre tras haberme dejado estos instantes.

—Míralo tú misma —respondo tendiéndole el sobre.

Mi madre me sostiene la mirada apenas unos segundos y después descubre lo mismo que yo: Antonio Santamaría ha dejado en mi poder todos los millones que tiene en su cuenta bancaria.

—Pero… —casi balbucea ella.

Aprieto la mandíbula.

—No lo quiero.

Mi madre alza la vista y vuelve a centrar sus pupilas en las mías.

—Podría ayudarte.

—No necesito nada suyo.

—Oliver, sabes que vivimos con muy poco. Gracias a Marisa y…

—No, el dinero no arregla nada —respondo ahora de manera más fuerte, más clara y, por supuesto, más definitiva.

El silencio que sigue a mi negativa es distinto: más tenso y real.

—Te he dado todo lo que he podido, prácticamente sola.

—Efectivamente, sola, porque ese hijo de puta nunca quiso reconocerme… —digo casi apretando los dientes.

Lo odio.

Lo odio con unas ganas que ni siquiera sabía que seguían dentro de mí.

Odio su dinero, su vida de millonario asqueroso, sus lujos, sus fiestas, sus clubes exclusivos, las mujeres con las que aparece…

—Y lo haría todas las veces que hiciera falta —me dice mi madre con dulzura, acariciándome el brazo—. Pero tú, toda tu vida has tenido que…

—No empieces.

—Solo digo que…

—No empieces —repito, esta segunda vez con algo más de ternura.

Nos miramos.

Y, durante un segundo, parece que vamos a discutir de verdad.

Pero no, porque nunca llegamos a eso, nunca cruzamos esa línea.

Los dos sabemos que hay cosas que, si se dicen, no se pueden desdecir después.

Mi madre suspira.

—Te pareces a él —murmura.

Frunzo el ceño.

Vamos, no me jodas…

—¿Qué?

—La forma de cerrar las cosas.

No sé si eso es un insulto o una verdad.

Quizá las dos cosas.

Me levanto porque necesito aire.

Necesito salir de aquí antes de que la conversación se convierta en algo que no quiero tener.

—Me tengo que ir.

—Siempre te tienes que ir —suspira.

—Necesito pensar, eso es todo.

—Lo sé, cielo.

Camino hacia la puerta, tengo la cabeza hecha un lío y el pecho a punto de explotar.

—Oliver.

Me detengo.

—¿Qué?

Duda antes de hablar, pero finalmente dice:

—Ten cuidado.

Casi sonrío.

Casi.

—Siempre.

Salgo al pasillo sin mirar atrás y la calle me recibe como un rato antes: fría, ruidosa y honesta.

Me meto las manos en los bolsillos y camino sin rumbo, dejando que el aire me despeje la cabeza.

Toda mi vida he querido que ese hombre desaparezca.

Y ahora resulta que, incluso muerto, sigue encontrando formas de joderme.

6
Veva

Fede llega puntual, por supuesto, Fede SIEMPRE llega puntual.

Nos espera junto a su familia a las diez de la mañana en la entrada de *Horcher*, uno de esos restaurantes clásicos del barrio de Salamanca donde todo el mundo parece hablar más bajo de lo normal y los camareros llevan tanto tiempo trabajando allí que probablemente sepan más secretos de familias ricas que sus propios terapeutas.

Los que vayan, claro, que son muy pocos.

El sitio huele a café de importación, flores frescas y dinero antiguo.

Muy antiguo.

A esta hora está lleno de matrimonios elegantes desayunando tranquilos, hombres con periódicos perfectamente doblados y mujeres que parecen capaces de juzgarte en silencio desde el otro lado del comedor.

Sinceramente, entrar aquí da un poco de miedo. Y eso que me he criado rodeada de gente así, lo cual probablemente sea todavía peor.

Manteles impecables, copas que parecen demasiado finas para tocarlas con tranquilidad y hombres con relojes que cuestan más que el sueldo anual de mucha gente.

El caso es que Fede está aquí, perfectamente vestido, perfectamente colocado, perfectamente… él.

Como si llevara toda la vida ensayando este momento.

Y probablemente lo haya hecho.

—Veva —dice, inclinándose ligeramente para darme dos besos —. Estás guapísima.

Por Dios…, pienso.

Luego sonrío, porque no me queda de otra.

—Gracias.

Y lo digo en automático, como tantas otras cosas.

Fede es… Fede: correcto, educado e impecable.

Lleva una camisa blanca perfectamente planchada, americana oscura y una pulsera de oro blanco que no necesita enseñar porque se nota.

Huele bien.

Siempre huele bien, eso sí.

Y aunque siempre pienso que un chico que huele bien vale por dos… tampoco es su caso.

No obstante, es el tipo de hombre que encaja en todas partes.

Menos en mi cabeza, en mi corazón y, por supuesto, entre mis piernas.

—¿Cómo estás? —pregunta, apartándome la silla.

—Bien.

—Me alegro.

Y no hay mucho más.

Porque con Fede nunca hay mucho más.

Es entonces cuando entran en escena los Fernández padres.

Igual de precisos con la hora que su hijo, obviamente.

La puntualidad parece una enfermedad hereditaria en esa familia.

Cristina de Fernández, la madre de Fede, va impecable: pelo perfecto, sonrisa perfecta y un conjunto beige que seguramente cuesta más que todos mis traumas juntos.

La niña rica tiene traumas, sí.

No sé de qué te sorprendes, está científicamente comprobado que los niños que juegan en la calle son más felices.

A mí no me daba tiempo entre las clases de piano, que odiaba, de solfeo, que odiaba todavía más y las de los tropecientos idiomas que ya se me han olvidado.

—Genoveva, cariño —dice dándome dos besos—. Estás preciosa.

"Preciosa" en lenguaje de señora rica significa algo así como "apruebo cómo has venido vestida".

Javier Fernández es más silencioso, pero tiene exactamente la misma expresión que su hijo: esa cara de hombre que nunca ha llegado tarde a ningún sitio y probablemente tampoco haya cometido un error desde 2007.

Qué agotamiento, de verdad.

Papá observa la escena desde su posición con esa calma elegante que tienen los hombres acostumbrados a controlar habitaciones enteras sin levantar la voz.

Lleva un traje gris oscuro impecable porque, en el fondo, esto no deja de ser una reunión de negocios ligeramente disfrazada de almuerzo familiar.

¿Y a que no sabes qué?

Yo soy el producto a negociar.

—Hablé con tu padre ayer —dice Fede mientras caminamos hacia nuestra mesa—. Me comentó lo de hoy.

—Sí —respondo.

—Le pareció buena idea que nos viéramos más.

Claro.

Buena idea.

Siempre son buenas ideas.

—Sí —repito.

Fede sonríe, satisfecho, y Papá también.

A mí, por algún motivo inexplicable, me dan ganas de reírme, mas no lo hago, porque en realidad no es gracioso.

Lo peor de todo es que Fede ni siquiera me cae mal.

Sería muchísimo más fácil si me cayera mal, ¿sabes?

Pero no.

Es atento, educado, inteligente y probablemente mediocre en la cama, que eso ya es mucho pedir.

El problema es otro, aunque creo que ya lo he dicho: cuando me mira no siento absolutamente nada, y eso me da más miedo que odiar a alguien.

Los camareros empiezan a llenar la mesa con platos demasiado bonitos para ser un simple almuerzo: bandejas de bollería recién hecha, panecillos calientes, mantequilla francesa, zumo de naranja servido en jarras de cristal y pequeñas tazas de café.

También traen huevos benedictinos, salmón ahumado, fruta perfectamente cortada y una especie de tostadas con aguacate que parecen diseñadas específicamente para gente que dice palabras como "detox" sin sentir vergüenza.

Todo huele increíble, eso sí, pero yo sigo sintiendo algo incómodo, como si debajo de tanta porcelana cara y tanta sonrisa educada hubiera algo esperando el momento exacto para romperse.

Me disocio durante unos minutos en los que la conversación gira alrededor de cosas completamente normales para personas completamente millonarias: inversiones, clubes privados, viajes a Suiza y algo relacionado con un hotel en Marbella que sinceramente dejo de escuchar a los treinta segundos.

Yo participo lo justo, porque ni siquiera nadie me ha preguntado qué quiero de almuerzo, así que sonrío cuando toca, asiento con la cabeza cuando toca y todas esas cosas.

A veces pienso que todos ellos hablan el mismo idioma y yo solo llevo años fingiendo que también lo entiendo.

El idioma de las inversiones, las apariencias y las sonrisas correctas.

Y yo qué sé.

Solo quiero desayunar tranquila sin sentir que estoy en una entrevista de trabajo para convertirme en esposa decorativa.

Existir correctamente también cansa, por si alguien tenía dudas.

—¿Y Maira? —pregunta Fede de repente—. Hace tiempo que no la veo.

Anda, algo interesante de lo que hablar, mira tú por dónde.

—Está bien —respondo.

—Siempre me ha parecido muy… —duda un segundo— particular.

No puedo evitar sonreír.

—Es una forma de decirlo.

—No lo digo a malas —se excusa Fede.

—Ya. Es mi mejor amiga, me temo que no soy muy objetiva, que digamos.

—Me cae bien —dice él rápidamente y yo entorno los ojos—. Solo que… es diferente.

Diferente.

Ya.

Otra palabra bonita para decir que no encaja.

—Eso es lo bueno —murmuro, intentando contenerme por no mandarlo a freír espárragos y seguir teniendo un buen carácter.

Fede asiente con la cabeza, aunque no parece del todo convencido.

Claro, porque lo diferente en este universo de billetes morados no es lo que se espera.

Y aquí, todo lo que importa… es lo que se espera.

La conversación continúa entre comentarios educados y silencios perfectamente colocados hasta que el móvil de mi padre vibra sobre la mesa.

Lo mira apenas un segundo, pero algo cambia. Es mínimo y casi imperceptible, pero yo lo noto porque llevo toda la vida observándolo.

Descuelga sin levantarse de la mesa.

—¿Sí?

Un silencio aterrador invade nuestro espacio, pues todos estamos pendientes de la reacción de Papá, de todos y cada uno de sus gestos.

Fede deja su copa despacio y yo frunzo el ceño ligeramente.

¿Qué ocurre? Papá nunca se queda callado durante tanto tiempo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta, en parte compungido, en parte queriendo mantener el tipo.

Evidentemente, algo le está afectando.

Se queda callado durante varios segundos, pues solo escucha, y cuanto más escucha… más rígida se vuelve su postura.

—Entiendo —dice al final, pero su voz ya no suena igual y cuelga la llamada acto seguido.

El silencio que queda después resulta extrañamente incómodo.

—¿Pasa algo? —pregunta Fede.

Mi padre tarda unos segundos en responder; primero deja el móvil sobre la mesa con una lentitud que no me gusta nada.

—Antonio ha muerto.

La frase cae sobre cada uno de nosotros como si fuera algo físico, pesado y definitivo.

Fede se queda quieto.

—¿Qué? —murmura su padre—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué demonios ha pasado?

Papá aparta la mirada un instante, como si todavía estuviera intentando procesarlo él también.

Y entonces ocurre algo rarísimo: por primera vez en muchísimo tiempo… parece cansado.

De verdad.

Cansado de verdad.

—Por lo visto… anoche sufrió un paro cardíaco —dice.

Está pálido y con el gesto descompuesto y contrariado a partes iguales.

No sé qué hacer con esto.

No con la información, aunque también, sino con verlo así, porque mi padre nunca parece afectado por nada.

En serio, nunca.

—Lo siento mucho —dice Fede enseguida.

Y sé que lo siente de corazón, porque Antonio Santamaría no era solo "alguien", sino una persona muy importante para mi padre.

Uno de esos hombres de los que la gente habla como si fueran edificios: grandes, importantes e imposibles de mover.

Mi padre asiente apenas.

—Era uno de mis mejores amigos.

Los camareros siguen moviéndose alrededor de nosotros, la gente sigue comiendo y alguien se ríe al fondo del restaurante.

Todo a nuestro alrededor parece continuar con normalidad, pero yo siento que el ambiente acaba de cambiar por completo.

Mi padre se queda mirando la copa unos segundos antes de hablar otra vez.

—Tengo que irme.

Por supuesto, claro.

—¿Quiere que lo acompañemos, señor Santos? —pregunta Fede, atento a cualquier movimiento de Papá.

Creo que lo admira.

Sí, lo admira tanto o más incluso que a su propio padre.

Me juego lo que quieras a que si fuera su hijo de verdad no le daría tantas órdenes como me da a mí.

—No hace falta —responde mi padre con dejadez.

Santo Dios… parece que le hayan caído veinte años encima de golpe.

Se pone en pie y entonces me mira.

—Quédate almorzando con Fede y su familia, Genoveva.

No es una sugerencia, claro, simplemente se trata de una orden elegante.

Qué sorpresa.

—Claro —respondo automáticamente.

Prometo no volver a quejarme, porque tampoco le pongo remedio a la situación, así que…

Pero, en esta ocasión he de arrojar una lanza a favor de Papá, y es que acaba de perder a su mejor amigo, no creo que sea muy conveniente que empiece precisamente hoy la revolución.

Mi padre se ajusta la americana y durante un instante parece mucho mayor y, sobre todo, mucho más humano que de costumbre.

Se despide de todos nosotros y echa a andar hacia la puerta de salida del local.

Los padres de Fede hacen lo mismo, por lo que me quedo a solas en la mesa con el chico que mi padre considera perfecto para mí y mi futuro.

El silencio entre nosotros dura apenas unos segundos, pero se siente muchísimo más largo.

—No sabía que tu padre y Antonio fueran tan cercanos —dice.

—Prácticamente crecí viéndolos juntos —respondo encogiéndome de hombros—. Mi padre dice que Antonio era

brillante.

Brillante.

Qué palabra tan rara para alguien que acaba de morir.

Miro alrededor otra vez.

Todo sigue siendo perfecto: el restaurante, las copas, la comida, la gente.

—¿Estás bien? —pregunta Fede.

Lo miro y por un segundo me planteo decir la verdad: que no sé qué hago aquí, que siento que mi vida parece escrita por otra persona y que me estoy ahogando lentamente en algo que ni siquiera sé si quiero.

Pero no lo hago, porque no sé hacerlo.

¿Cómo saco todo lo que llevo guardando dentro durante tantos años? ¿En modo explosión? ¿Bomba atómica?

Mira, yo qué sé.

—Sí —miento.

Fede asiente con la cabeza porque, obviamente, todo el mundo se cree las mentiras fáciles.

Cuando llego a casa más tarde, dejo los tacones en la entrada y camino descalza hasta mi habitación.

El silencio es distinto aquí, porque es más mío y más real.

Papá no está en casa, imagino que estará embaucado en todo el lío de la muerte de Antonio.

Me dejo caer sobre la cama, mirando al techo y no tardo en sacar el móvil de mi bolso.

No me había dado cuenta de que tengo un mensaje de Maira pendiente de leer.

¿Sigues viva o te han prometido oficialmente ya?

Sonrío.

Le respondo: *Sigo viva, de momento. Aunque me temo que hay otra persona que no puede decir lo mismo, tristemente.*

Le doy a enviar con esas últimas palabras temblándome en las yemas de los dedos, tengo el cuerpo cortado desde que Papá ha recibido esa llamada.

Tres puntos aparecen al instante.

Qué decepción. Yo ya había empezado a planear tu huida. ¿Qué? ¿A qué te refieres?, responde Maira.

Antonio Santamaría ha muerto, tía.

El móvil vibra apenas diez segundos después de haberle contado lo de Antonio Santamaría.

Por supuesto, Maira no escribe cuando puede dramatizar una conversación en directo.

Descuelgo.

—Qué.

—Vale, necesito contexto YA —dice directamente—. ¿Cómo que Antonio Santamaría ha muerto?

Me dejo caer boca arriba sobre la cama.

—Pues eso. Mi padre ha recibido una llamada en mitad del almuerzo y se ha ido prácticamente corriendo.

—Madre mía… —murmura—. Ese hombre era como… no sé… eterno.

—Ya.

Y es raro, porque lo entiendo perfectamente.

Antonio Santamaría siempre ha sido una de esas personas que parecen existir desde antes que tú y que, de algún modo extraño, das por hecho que seguirán ahí toda la vida.

Como las películas de Navidad malas o los camareros antipáticos del centro de Madrid.

—¿Y de qué ha muerto?

—Al parecer, un paro cardíaco.

—Por Dios…

—Ya, algo inesperado.

Maira guarda silencio un segundo y eso nunca es buena señal.

—Una pregunta.

—Miedo me das.

—Antonio Santamaría no tenía hijos, ¿no?

—Que yo sepa, no.

—Entonces… ¿qué va a pasar con toda su fortuna?

Ahí está la verdadera preocupación nacional.

—Maira…

—No, escúchame. Estamos hablando de MUCHÍSIMO dinero. En plan muchísimo muchísimo.

—Gracias por la aclaración financiera.

—Veva, ese hombre tenía hoteles, edificios, empresas, inversiones, clubs privados… probablemente hasta una isla secreta o algo así.

No puedo evitar reírme.

—¿Una isla secreta?

—Los millonarios siempre tienen cosas rarísimas.

—¿Tu familia tiene? —pregunto con un punto de diversión—. Porque la mía no.

—No, pero seguro que Santamaría sí.

—Tú ves demasiadas series.

—Y tú muy pocas.

Pongo los ojos en blanco y sonrío mirando al techo.

—Supongo que lo heredará alguien de su familia —digo, aunque la realidad es que no tengo ni idea de qué pasará con su fortuna.

—¿Qué familia? Si nunca se le conoció pareja seria ni hijos ni nada. Él venga mujeres, venga mujeres… Era un poco zorro, eso sí.

Frunzo ligeramente el ceño.

Es verdad, nunca había pensado en eso, pero Antonio Santamaría siempre estaba en revistas, eventos, cenas importantes… pero solo.

O, en su defecto, acompañado por mujeres distintas, porque nunca iba con la misma.

Nunca la misma.

—Pues no sé —murmuro—. Imagino que tendría todo organizado.

—Los ricos organizan hasta sus funerales antes de morirse.

—Qué romántico todo.

—Yo solo te digo una cosa —continúa—: como aparezca un heredero secreto, me da algo.

Silencio.

Y no sé por qué, pero esa frase se me queda dando vueltas unos segundos más de la cuenta.

—Estás fatal.

—¿Te imaginas? Sería literalmente el mejor cotilleo de Madrid en años.

Ruedo los ojos, aunque sigo sonriendo.

—¿Entonces qué? —pregunta de repente—. ¿Ahora os tocará ir al funeral y todo eso?

Ah.

Buena pregunta.

—Supongo —murmuro—. Mi padre era muy amigo suyo.

—Uf.

—¿Qué?

—Los funerales de gente rica me dan miedo.

Frunzo el ceño.

—No has estado en ninguno, Maira.

—¡Anda que no! ¡En el de mi abuelo Paco!

—Ah, es verdad, no me acordaba.

—Y te digo que sirven café en tazas de porcelana y la gente llora discretamente para no correrse el maquillaje.

La carcajada se me escapa antes de poder evitarlo.

—Estás enferma.

—Pero tengo razón.

—Voy a colgarte.

—No puedes colgarme cuando estoy brillando.

—Adiós, Maira —me despido sonriendo.

—Te quiero.

—Yo también.

A pesar de que Maira siempre destensa el ambiente, cuando cuelgo todavía tengo esa sensación rara por dentro, pegada en algún sitio del pecho, como si algo que ignoro completamente acabara de empezar.

7
Oliver

El sábado por la mañana Madrid parece otra ciudad: es más lenta, pero también más falsa.

Las cafeterías empiezan a llenarse de gente con gafas de sol y resaca cara mientras las noticias hablan de la muerte de Antonio Santamaría como si fuera una especie de rey moderno.

Empresario, visionario, magnate y brillante.

Se me pone una estúpida sonrisa amarga en los labios cada vez que escucho su nombre que, por cierto, está en todos lados.

Qué facilidad tiene la gente para convertir a los muertos en mejores personas.

No he dormido absolutamente nada.

Ni una hora.

Me fui a la calle tras recibir la noticia y, tras un paseo largo que no me llevó prácticamente a ninguna conclusión, volví a casa y he pasado toda la noche sentado en el sofá, escuchando a mi madre caminar de un lado a otro como un fantasma silencioso mientras el sobre seguía encima de la mesa al tratar de coger el sueño.

Son las ocho de la mañana y Marisa entra por la puerta cargada con un paquete de porras, un bolso enorme estampado de leopardo y unas gafas de sol gigantes puestas pese a que fuera está nublado.

—Bueno… ¿y el cadáver millonario?

Mi madre le lanza una mirada agotada y yo ruedo los ojos hacia arriba.

Al menos piensa igual que yo.

—Marisa, por favor.

—¿Qué? Yo gestiono los traumas con humor y colesterol. —Mueve la bolsa de porras con energía.

Al verme sentado en el sofá se le borra un poco la sonrisa.

Pero solo un poco, porque Marisa jamás deja que desaparezca del todo.

—Ay, mi niño… —murmura acercándose—. Tienes una cara horrible.

—Gracias.

—No, en serio, parece que te haya atropellado una desgracia.

—Bueno… técnicamente…

—Marisa —la corta mi madre otra vez.

Pero ya es tarde, ella suspira y deja las porras sobre la mesa.

Después me agarra la cara entre las manos como hacía cuando yo era pequeño.

—Escúchame una cosa —dice mirándome muy seria de repente —. Que ese hombre tuviera dinero no significa que tenga derecho a destrozarte la vida incluso muerto. ¿Entendido?

No respondo, porque el problema es que sí lo está haciendo.

Y muchísimo.

Pero intento por todos los medios grabarme sus palabras a fuego, porque Marisa es importante para mí.

Marisa no se parece en nada a mi madre: donde Nines es silencio, ella es ruido, y donde mi madre piensa demasiado las cosas, Marisa las dice antes incluso de haberlas pensado.

Tiene el pelo teñido de un rubio imposible, siempre con demasiado volumen y unas uñas larguísimas decoradas que van cambiando según la semana y el drama que esté atravesando.

Hoy son rojas, pero la semana pasada llevaban brillantitos.

Usa perfume intenso, pendientes enormes y ropa con estampados que probablemente podrían verse desde el espacio. Y, aun así, cuando entra en casa, todo parece menos triste.

Lleva siendo la mejor amiga de mi madre desde antes incluso de que yo naciera y, sinceramente, no sé qué habría sido de nosotros sin ella.

Marisa ha puesto dinero cuando no había, ha cuidado de mí cuando mi madre tenía demasiados turnos de trabajo seguidos y ha llenado esta casa de ruido cada vez que el silencio amenazaba con tragárselo todo.

Es la única persona capaz de discutir con mi madre, abrazarla cinco minutos después y luego insultar a alguien en televisión mientras se comen unas pipas en el sofá.

Y conmigo… conmigo siempre ha sido como una especie de segunda madre rara.

Más caótica, gritona y muchísimo más peligrosa verbalmente, pero también una de las pocas personas en este mundo que me han querido sin esperar que me convierta en otra cosa.

A las nueve y doce de la mañana, mientras Marisa discute con un presentador de televisión que obviamente no puede escucharla desde el sofá de casa, recibo la tercera llamada del mismo número.

Esta vez contesto.

Mala idea.

El abogado habla durante exactamente tres minutos y cuarenta segundos con esa voz tranquila y profesional que tienen las personas acostumbradas a manejar millones de euros y desgracias ajenas al mismo tiempo.

No me da demasiadas opciones, la verdad.

Es importante que se persone hoy, señor Luque.

Hay cuestiones legales que requieren su firma.

Debemos tratar determinados asuntos relacionados con la herencia.

Herencia.

Qué palabra más fea para resumir a un padre que no quiso serlo.

Intento decirle que no me interesa, pero, al parecer, cuando el muerto es uno de los hombres más ricos del país, ignorar el problema deja de ser una posibilidad real bastante rápido.

Además, descubro otra cosa interesante: para los abogados de los ricos sí existen los sábados laborales.

Tú puedes pasarte la semana esperando una cita para cualquier cosa, pero si tienes cientos de millones en el banco y acabas de morirte, de repente hay abogados, reuniones y despachos funcionando un sábado por la mañana como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento.

Una hora después, tras ser convencido por Marisa y mi madre, estoy entrando en su despacho porque, al parecer, heredar la fortuna de un multimillonario no es algo que puedas rechazar por WhatsApp.

Quién lo diría.

El despacho huele a madera pulida y a dinero; no sabría explicarlo de otra forma.

Es ese tipo de olor limpio, cuidado y medido que parece diseñado para que todo el mundo se sienta importante en cuanto cruza la puerta, como si el aire también formara parte del negocio.

A mí me resulta asfixiante, y no me siento porque no me apetece.

Prefiero quedarme de pie, mirando por el ventanal enorme que da a la ciudad, como si desde aquí todo fuera más pequeño, manejable y ajeno a mí.

El abogado espera detrás de la mesa con esa calma irritante de la gente que nunca ha tenido que preocuparse por llegar a fin de mes.

Desentono aquí que te cagas, no sé ni cómo me he atrevido a venir.

—Señor Luque, podemos empezar cuando usted quiera.

La voz es suave, educada y perfectamente modulada; de esas que no se alteran nunca y que, obviamente, no pertenecen a mi mundo.

Lo observo despacio.

Es un hombre de unos cincuenta años, traje gris impecable, gafas finas y gesto tranquilo. Tiene delante una carpeta abierta, varios documentos perfectamente ordenados y un bolígrafo colocado en paralelo, como si todo en su vida tuviera que encajar exactamente donde corresponde.

Me recuerda a alguien, pero no quiero pensar en quién.

—Empieza —digo.

Mi voz suena más seca de lo que esperaba.

O igual no.

La cosa es que él asiente levemente, como si eso fuera exactamente lo que esperaba de mí.

—Como ya le comenté por teléfono, el señor Antonio Santamaría dejó un testamento actualizado hace aproximadamente dos años.

Antonio: nombre, persona, padre.

Aprieto la mandíbula, todavía me cuesta asociar esa palabra con él.

Padre.

Qué chiste.

—Ve al grano.

Sin levantar la voz ni cambiar el gesto, prosigue:

—Usted es el heredero principal.

Esa frase cae en la habitación con un peso absurdo.

Heredero principal.

¿Seguro que esas palabras pueden aplicarse a mí sin romperse por el camino?

—No quiero nada —respondo de forma automática y rápida, como si lo hubiera estado ensayando toda la noche, cosa que tampoco es mentira.

El abogado no se inmuta.

—Entiendo que la situación es compleja.

No tienes ni puta idea, pienso.

—Pero debo informarle de que la herencia no es algo que pueda simplemente rechazar sin más.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no?

—El volumen de empresas, propiedades e inversiones implica una serie de procedimientos legales que requieren su intervención directa, al menos en una primera fase.

Habla como si estuviera leyendo instrucciones de montaje y no se estuviera refiriendo a mi vida.

¿Qué puta cámara oculta es esta?

—No quiero su dinero —repito, más despacio esta vez para que quede todo lo claro posible.

El abogado me observa unos segundos, creo que está intentando medir algo que no aparece en los papeles.

—No es solo dinero.

Claro que lo es, pienso. *Siempre es dinero.*

—También deberá asumir determinadas responsabilidades vinculadas al grupo empresarial.

Ahí está la trampa.

La puta trampa.

—¿Qué responsabilidades?

—Presidir el consejo de una de las principales sociedades durante el periodo mínimo de un año.

Suelto una risa seca.

—Claro.

Por supuesto, no podía ser tan fácil.

Nunca lo es.

—¿Qué sociedad?

El abogado tarda apenas un segundo.

—Santos & Santamaría Capital.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cojones es eso?

—La principal sociedad patrimonial compartida entre el señor Santamaría y el señor Ignacio Santos.

Silencio.

Ah.

Perfecto.

Más ricos, más trajes y más gente con cara de oler a despacho caro y juzgarte fiscalmente.

—No sé quién es Ignacio Santos.

El abogado me observa unos segundos.

—Uno de los empresarios más importantes del país.

Claro.

Cómo no.

—¿Y ahora se supone que tengo que sentarme con él a jugar a ser multimillonario?

—Se supone que debe asumir sus responsabilidades como heredero.

Heredero.

Otra vez esa palabra.

Joder.

—También deberá asistir a determinados actos públicos vinculados al grupo —continúa—. Reuniones. Eventos. Cenas benéficas. El club.

Suelto otra risa, esta vez más amarga.

—Ni de puta coña.

El abogado ignora completamente el comentario y la verdad es que admiro su profesionalidad máxima.

O a lo mejor es miedo.

Quién sabe.

—Además —continúa— existen ciertas cláusulas relacionadas con la conservación de activos estratégicos.

Lo miro fijamente.

—No sabes quién soy —afirmo cruzandome de brazos. —¿Tú me ves ahí? —añado señalando la mesa y los documentos—. ¿Sentado, firmando cosas, hablando con gente como tú?

El hombre se queda callado.

Normal, yo tampoco sabría responder a esa pregunta.

—Mi obligación es informarle —dice finalmente.

Lógico.

Siempre hay alguien cuya obligación es hacer que todo siga adelante, aunque no encaje o no tenga sentido.

Camino por la estancia pasando la mano por el respaldo de una silla sin llegar a tocarla del todo.

Todo está demasiado limpio y demasiado perfecto.

No hay sitio para mí aquí.

—Recházalo —digo.

—No es tan sencillo.

—¡Hazlo sencillo, entonces!

—No depende solo de mí.

Me detengo.

Respiro hondo y trato de tranquilizarme.

Me duele la cabeza, me arden los ojos y llevo demasiadas horas despierto para esta mierda.

—Pues dile que no a… quien sea que tengas que decirle que no, ¡yo qué sé!

El abogado levanta la vista.

—El señor Santamaría falleció ayer por la noche, señor Luque.

Vaya, qué sorpresa.

Aprieto los dientes.

—Me has entendido perfectamente.

Se inclina ligeramente hacia delante.

—Señor Luque, independientemente de lo que usted sienta, esta herencia ya forma parte de su realidad.

Realidad.

Esa palabra me molesta más de lo que debería.

—No es mi realidad.

—Lo es.

—¿Cómo sabes siquiera que soy su hijo? —pregunto de repente.

El abogado tarda un segundo en responder.

—Porque él lo sabía.

No.

No puede ser tan simple.

—¿Qué significa eso?

—El señor Santamaría dejó constancia privada de su vínculo biológico con usted hace años. No existen pruebas de paternidad registradas, pero si el señor Santamaría le ha dejado todo a usted, será por algo.

Siento algo raro atravesarme el pecho.

Creo que es rabia.

Pero no es nueva, es antigua, vieja, está casi podrida.

—¿Entonces sabía perfectamente quién era yo? ¡Ni siquiera me dio su apellido!

El abogado mantiene la mirada.

—Sí.

Bueno, no es ninguna novedad, es lo que mi madre y yo llevamos sabiendo toda mi vida: simplemente no quiso hacerse cargo.

Sin más.

Eso es todo.

Cierro los ojos un segundo, solo uno, pero suficiente para notar cómo algo dentro de mí se rompe de una forma distinta, más fría y más definitiva.

—¿Cuánto? —pregunto.

No quiero hacerlo, no quiero interesarme por su patrimonio ni por nada que tenga que ver con él, pero lo hago, porque necesito

saber a qué estoy diciendo que no.

O de qué demonios estoy intentando escapar, quizá.

El abogado tarda apenas un instante en responder.

—Más de cien millones de euros, sin contar empresas, propiedades ni inversiones.

Cien millones.

Lo dice como si estuviera diciendo diez.

O uno.

O nada.

No respondo.

No porque me impresione, sino porque confirma algo que ya sabía: esto es demasiado grande, demasiado sucio y demasiado… suyo.

—No. No voy a hacer esto. No voy a ser él.

Porque eso es lo que realmente me está ofreciendo.

Ni su dinero ni sus bienes, me está ofreciendo su sitio.

Solo soy la persona que debe seguir su legado.

Me juego el pellejo a que no lo hace por rendición ni por enmendar su error del pasado, sino para que su fortuna y su nombre no se pierda.

Es un cabrón.

Es un cabrón y está muerto.

Es un cabrón y me está jodiendo desde los infiernos.

El abogado no responde inmediatamente, simplemente me observa y me hace sentir que por primera vez no me está mirando como un cliente, sino como a alguien que no encaja en ninguna de las casillas que tiene delante.

—Eso —dice finalmente— no depende de esta decisión.

Y eso… eso sí que me jode.

Cuando salgo a la calle, el aire ya no es suficiente.

No limpia ni enfría ni sirve.

Camino sin rumbo, más rápido de lo normal, como si pudiera dejar atrás lo que acaba de pasar simplemente moviéndome lo suficiente.

Cien millones.

Consejo.

Responsabilidades.

Su nombre.

El mío.

El club.

Todo mezclado en algo que no quiero tocar.

El móvil vibra en el bolsillo.

Un mensaje: *Necesitamos una respuesta hoy.*

Aprieto la mandíbula, miro la pantalla con rabia y termino por bloquear el móvil.

Hay cosas que no se pueden decidir en un despacho y otras que empiezan a perseguirte incluso antes de que digas que sí.

8
Veva

El funeral se celebra al día siguiente en una iglesia privada cerca de El Viso, una de esas donde las flores cuestan más que un alquiler y los hombres importantes entran por puertas laterales para evitar cámaras, aunque las cámaras siempre terminan encontrándolos igual.

Madrid entera parece haberse vestido de negro.

Hay coches oscuros ocupando media calle, fotógrafos detrás de las vallas y gente hablando en voz baja como si el volumen pudiera cambiar el hecho de que Antonio Santamaría está muerto.

O quizá no hablan bajo por respeto, sino porque el verdadero espectáculo no es la muerte, pero sí la herencia.

Porque incluso antes de bajar del coche ya escucho palabras sueltas flotando entre grupos perfectamente vestidos:

—…nadie sabía nada…

¿Es que existe un secreto a voces?

—…dicen que es un chico de Vallecas…

¿De Vallecas? ¿Y qué?

—…Ignacio está fuera de sí…

¿Papá perdiendo los nervios? Eso sí sería noticia nacional.

—…más de cien millones…

—…imagínate dejarle el imperio a un desconocido…

El morbo huele casi más fuerte que las flores.

Maira aparece junto a mí nada más bajar del coche vestida completamente de negro, gafas enormes y un moño improvisado que probablemente ha tardado exactamente cuarenta segundos en hacerse.

Creo que esto ya lo he dicho pero la envidio, en serio.

—Vale —susurra mientras observa la entrada de la iglesia—. Confirmo oficialmente que los funerales ricos son muchísimo más intensos de lo que imaginaba.

No puedo evitar mirarla.

—¿Intensos?

—Hay más bolsos de lujo que lágrimas. ¿No lo ves?

Miro a mi alrededor y compruebo que dice la verdad.

—Tenías razón.

Maira me mira por encima de las gafas.

—Siempre la tengo.

Caminamos hacia la entrada sorteando saludos discretos, apretones de manos y caras largas perfectamente ensayadas.

Porque eso también existe, claro, esa tristeza elegante.

Nunca había visto tanta gente triste y pendiente de aparentar al mismo tiempo.

Los hombres llevan trajes oscuros impecables y las mujeres parecen sacadas de una editorial de luto sofisticado.

En este momento todo es sobrio, perfecto y frío.

Supongo que el dolor también tiene protocolo.

Y aun así, bajo toda esa educación perfecta, noto algo más.

Creo que es tensión, una tensión espesa que se mueve entre los grupos como humo invisible.

La gente cuchichea demasiado y se miran entre ellos también demasiado.

Antonio Santamaría todavía no está enterrado y Madrid ya está despedazando su testamento.

Qué especie tan entrañable la nuestra.

—Tu padre está ahí delante —murmura Maira.

Levanto la vista y, efectivamente, Papá está junto al altar hablando con varios hombres que reconozco de revistas económicas y cenas interminables.

Pero algo no encaja y no es solo que esté serio, se trata más bien de su cara y de la descomposición que rezuma su expresión.

Tiene la mandíbula tan tensa que parece dolerle físicamente y las ojeras marcadas bajo los ojos, como si no hubiera dormido absolutamente nada.

Seguramente haya sido así.

Es rarísimo, porque Papá nunca parece humano del todo, ni cansado ni superado por algo, pero hoy es como si le acabaran de mover el suelo bajo los pies.

Uno de los hombres con los que habla se inclina ligeramente hacia él y veo cómo mi padre responde algo seco y cortante.

El otro asiente enseguida, teniendo la misma reacción que si le acabaran de dar una mala noticia o una advertencia.

—Madre mía… —susurra Maira también mirándolo—. Tu padre tiene cara de querer matar a alguien.

La miro de reojo y, odio admitirlo, pero tiene razón.

Fede aparece a mi lado pocos segundos después.

Lleva un traje negro impecable, el pelo perfectamente colocado y esa expresión correcta y educada que parece no abandonarlo nunca.

A veces pienso que si el mundo se acabara mañana, Fede seguiría recolocándose los gemelos antes de morir.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Asiento automáticamente.

—Sí.

Mentira.

No porque esté destrozada por Antonio Santamaría, porque sinceramente ni siquiera lo conocía realmente.

Es otra cosa.

Es el ambiente y la sensación constante de estar viendo mi vida desde fuera, como si todo el mundo hubiera recibido un guion menos yo.

Fede apoya una mano sobre mi hombro con suavidad.

Y entonces…

NADA.

Absolutamente NADA.

Tendría que sentir algo, ¿no?

Cercanía. Consuelo. Calma.

¡Lo que sea!

Pero no siento nada.

Nunca siento nada.

Miro su mano sobre mi hombro y me invade una culpa rara, porque Fede no ha hecho nada malo.

He intentado convencerme muchas veces de que el problema es el miedo. O la presión. O Papá, incluso.

Pero quizá el problema soy yo, que estoy rota o algo así y nadie se ha dado cuenta.

He besado chicos, he salido con ellos y he tenido relaciones íntimas.

Pocas, sí, pero suficientes como para entender que algo no encaja en mí igual que en el resto de personas.

Mientras mis amigas hablaban de nervios, deseo o mariposas, yo solo pensaba cosas como: *Bueno… tampoco está tan mal.*

Romántica perdida, vamos.

A veces incluso fingía más emoción de la que sentía porque me daba vergüenza admitir que besar a alguien no me cambiaba absolutamente nada, que el sexo no me volvía loca o que nunca he entendido por qué la gente parece perder la cabeza por otras personas.

Y cuanto más perfecto era el chico… menos sentía.

Como si mi cuerpo tuviera alergia a las cosas correctas.

Miro a Fede otra vez.

Insisto: guapo, elegante y atento.

El hombre con el que cualquier madre rica de Madrid querría casar a su hija.

El problema es que yo también debería quererlo y no puedo.

Así que estoy aquí, pensando que preferiría arrancarme las pestañas una a una antes que pasar el resto de mi vida fingiendo entusiasmo.

Qué dramática soy.

Pero también qué sincera.

—Veva —susurra Maira a mi lado sin mirarme directamente—. Estás poniendo cara de crisis existencial otra vez.

Parpadeo.

—Perdón.

—No te disculpes conmigo. Discúlpate con el pobre chico perfecto.

Lanzo una mirada rápida hacia Fede, que está hablando con su padre un poco más alante.

Es que encaja perfectamente en este sitio, como todos los que hay aquí.

Todos.

Menos yo.

Es entonces cuando el murmullo baja de volumen, se ve que la misa va a empezar.

Las primeras filas están reservadas para familiares, empresarios y amigos cercanos.

Nosotros acabamos sentados relativamente delante.

Maira se inclina un poco hacia mí.

—Te juro que si alguien saca una copa de champagne escondida me voy.

Casi me atraganto con mi propia respiración.

—Cállate.

—No, escúchame. Esta gente es capaz.

Sonrío apenas.

Y entonces pienso algo horrible: no recuerdo el funeral de mi madre.

Bueno, claro, porque murió cuando yo era un bebé.

No sé por qué mi cerebro decide pensar estas cosas en los peores momentos posibles.

No puedo ver muertos.

Ni quiero, claro.

Paso de ser el niño de *Los otros*, no sé si me entiendes.

Vale, es un chiste negro que nada pinta aquí, pero realmente me aburro muchísimo y necesito disociarme.

El caso es que he escuchado toda mi vida historias sobre esa pérdida como si pertenecieran a otra persona.

Pero bueno, casi que mejor, porque otro trauma no, gracias, ya tengo suficientes cosas raras en la cabeza.

La ceremonia empieza con un discurso suave compuesto de palabras elegantes y, a mi parecer, demasiadas frases sobre legado, brillantez y el hombre extraordinario que fue Antonio Santamaría.

Y, aun así, incluso dentro de la iglesia siguen llegando murmullos.

—…el heredero ya ha firmado…

—…nadie sabe de dónde ha salido…

—…dicen que es conflictivo…

—…imagínate que aparezca en el consejo…

Miro a mi padre otra vez y en esta ocasión sí lo veo claramente.

La rabia.

Está completamente rígido en el banco, mirando al frente con esa quietud peligrosa que precede a las tormentas.

Maira me mira discretamente.

—¿Crees que cuando los ricos se mueren hablan así de ellos incluso si eran unos cabrones?

La miro horrorizada.

—Estamos en una iglesia.

—Dios ya lo sabe todo igualmente.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

Y, aun así, mientras todo el mundo escucha los discursos, murmura sobre millones y aparenta duelo perfectamente… yo sigo sintiéndome completamente fuera de lugar.

9
Oliver

El domingo por la mañana Vallecas huele a café, pan recién hecho de la panadería de abajo de mi casa y gente intentando sobrevivir al fin de semana.

Básicamente igual que siempre.

Subo las escaleras del edificio con un cartón de leche bajo el brazo y una bolsa de bollos del marroquí de la esquina mientras escucho a dos vecinos discutir en el tercero porque alguien ha vuelto a dejar la basura fuera del cubo.

Esta es mi normalidad y después de las últimas veinticuatro horas, sinceramente, me parece hasta tierna.

Cuando saco las llaves del bolsillo, escucho la voz de Marisa desde dentro del piso.

Muy alta.

Demasiado alta.

—¡Aries, tontita, deja de volver con gente que claramente tiene la responsabilidad afectiva de un plastidecor!

Me quedo quieto un segundo delante de la puerta.

Parpadeo.

¿Qué cojones?

Entro y, efectivamente, ahí está Marisa, en bata rosa satinada, zapatillas con plumas, uñas rojas kilométricas y un aro de luz plantado en mitad del salón como si estuviéramos grabando un programa de televisión en vez de desayunando.

Tiene el móvil apoyado encima de una caja de galletas que ha vaciado y una baraja del tarot abierta sobre la mesa mientras se atiborra.

Mi madre, mientras tanto, remueve café en la cocina con la misma tranquilidad con la que otras personas riegan plantas.

—¿Qué haces? —pregunto dejando la leche sobre la mesa.

Marisa levanta un dedo sin mirarme.

—¡Ala! ¡Ya tengo que empezar de nuevo el vídeo! Y a la pobre de Aries no hace más que salirle todo mal —dice superindignada y yo arqueo las cejas. No entiendo. —Estoy trabajando. ¿No lo ves? —añade.

—Eso no es trabajo.

—Claro que sí. Soy guía espiritual digital.

La miro y luego miro a mi madre.

—¿Tú permites esto?

Mi madre se encoge de hombros.

—Paga Netflix.

Argumento sólido, me sirve.

Marisa termina la grabación poniendo voz intensa.

—Y recuerda, Capri: si te quiere confundir, que al menos sea guapo.

Pulsa el móvil.

Fin del vídeo.

Luego me mira.

—¿No era Aries? —pregunto.

—¡Ayyyy! ¡Y le he dado a publicar! ¡Si es que no paras! —me riñe al tiempo que se lleva las manos a la cabeza—. Tengo que arreglar esto como sea. Maldito heredero traumatizado…

—Marisa… —le advierto.

—¿Qué? Ya lo sabe media España.

Me paso una mano por la cara.

Perfecto.

Fantástico.

Maravilloso.

No llevo ni dos días metido en este lío y ya parezco un personaje secundario de un programa de Telecinco.

Ya solo me falta terminar en un plató explicando mis traumas familiares con un micrófono en la cara.

Mi madre deja una taza delante de mí.

—Come algo.

—No tengo hambre.

—Mentira.

Sí.

Bueno.

Un poco.

Pero sobre todo tengo un nudo raro aquí, en el pecho.

Y también en el estómago.

En todas partes.

Joder.

Me siento en la silla mientras Marisa se quita las gafas de sol dramáticamente.

—He estado investigando.

—No investigues cosas, por favor te lo pido.

—Demasiado tarde, ya lo he hecho —dice poniendo morritos.

Mi madre suspira y rueda los ojos hacia arriba.

—Marisa…

—¿Qué? Yo necesito contexto emocional para vivir.

Se gira hacia mí.

—¿Sabías que tu padre tenía una colección privada de relojes valorada en más de un millón de euros?

—No es mi padre.

Marisa baja un poco el tono.

—Bueno… ya me entiendes.

Sí.

La entiendo.

Y precisamente ese es el problema.

Todo el mundo parece entender algo menos yo.

Mi madre enciende la televisión para romper el silencio y automáticamente aparece la imagen del funeral: coches negros, trajes y periodistas.

La entrada de la iglesia está llena de cámaras y, la verdad, todo parece una película sobre gente rica y emocionalmente reprimida.

Supongo que es algo así.

—Último adiós al empresario Antonio Santamaría…

—Incertidumbre respecto a la herencia…

—El misterioso heredero…

Misterioso heredero, pienso con sorna.

Mira qué bonito: parezco un villano de Batman.

Marisa abre mucho los ojos mirando la pantalla.

—Madre de Dios, Oliver… cuando se enteren de que eres tú quien ha aceptado la herencia, esto va a explotar.

Mi madre gira la cabeza hacia mí inmediatamente.

Sus ojos brillan con esa mezcla entre preocupación y culpa que lleva arrastrando desde que apareció aquel maldito sobre.

—Todavía puedes echarte atrás —dice bajito.

No respondo, porque no puedo.

Quizá técnicamente sí puedo, pero realmente no.

No después de ayer y aquella conversación.

Me apoyo contra el respaldo de la silla y cierro los ojos un segundo.

Solo uno.

Pero suficiente para volver otra vez a ese despacho.

Cuando salí de allí recibí el mensaje en el móvil en el que el abogado me decía que necesitaba una respuesta ese mismo día, por lo que me armé de valor y volví para insistir en que quería rechazar cualquier cosa que viniera de ese hombre.

—Si rechaza la herencia, las participaciones pasarán automáticamente al consejo directivo temporal hasta que se resuelva la estructura definitiva.

Fruncí el ceño sentado frente al abogado.

Sentía que llevaba demasiados minutos escuchando palabras que parecían inventadas específicamente para tocarme los cojones: participaciones, activos, sociedades, consejos… todo me sonaba a hombres ricos intentando parecer importantes usando demasiadas sílabas.

—¿Y quién forma ese consejo? —pregunté.

El abogado bajó la vista a los papeles.

—Actualmente y, como le he dicho antes, el principal representante es el señor Ignacio Santos.

No sabía quién era ese tío, pero la forma en la que lo dijo me dejó claro que debería saberlo.

—¿Y si digo que no?

—La estructura empresarial continuaría bajo la gestión del consejo hasta nueva resolución.

—O sea, que se queda con todo él.

—No exactamente.

Bueno, esa respuesta en el idioma de los abogados significaba un sí.

Me levanté de la silla, nervioso, y caminé hacia el ventanal. A través del cristal se podía ver cómo Madrid seguía moviéndose ahí abajo, de la misma manera que yo me sentía atrapado en aquel despacho descubriendo que mi padre ausente y muerto todavía podía joderme desde la tumba.

—El problema es que no quiero nada suyo —murmuré.

Y era verdad.

Más o menos.

Porque el dinero me daba igual, lo que no me daba igual era otra cosa: esa sensación… la rabia, la puta idea de que toda esa gente fuera a repartirse su imperio como buitres mientras yo, que era su hijo biológico por mucho que me hubiera rechazado incluso antes de nacer, volvía a casa con mi cartón de leche y mi vida de siempre, como si no tuviera derecho ni siquiera a existir dentro de la historia.

Toda mi vida había sido su error, su secreto, el hijo incómodo.

Y ahora resultaba que todos ellos sabían perfectamente quién era yo, mientras yo seguía sintiéndome fuera de sitio hasta en mi propia vida.

Qué ironía más asquerosa.

—Señor Luque…

Me giré lentamente.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

El abogado parpadeó un par de veces, mas no respondió.

—Que ni siquiera creo que lo hiciera por mí, creo que lo hizo porque no quería que otros se quedaran con lo suyo.

Porque, claro, Antonio Santamaría podía ignorarme, pero compartir el control… eso ya no.

Apreté la mandíbula y entonces lo entendí: no estaba aceptando una herencia, estaba entrando en guerra.

—¿Qué tengo que firmar? —pregunté al final.

—Oliver…

La voz de mi madre me devuelve al salón de mi casa, por lo que abro los ojos y me doy cuenta que Marisa y ella me están mirando.

La televisión sigue hablando del funeral, del empresario brillante, del legado, las empresas y toda esa mierda.

—¿Estás seguro de todo esto? —pregunta mi madre otra vez.

No.

Ni de puta coña.

Pero también estoy cansado de que otros decidan por mí y de sentir que toda mi vida pasa alrededor de algo que nunca me pertenece del todo.

Miro la televisión otra vez.

La iglesia, los periodistas, los ricos vestidos de negro, todo ese mundo… y siento algo feo revolviéndose dentro de mí: rabia.

—Sí —miento.

Marisa resopla desde el sofá.

—Bueno, pues ya que vas a destruirles la vida, al menos hazlo siendo millonario.

No puedo evitar soltar una risa corta.

Mi madre la fulmina con la mirada.

—¿Qué? —dice ella encogiéndose de hombros—. Estoy intentando animarlo.

Antonio Santamaría me ha dejado dinero, empresas y su apellido, casi.

Pero yo no lo veo como una herencia, lo veo como una bomba.

Y acaba de explotarle en la cara a todo Madrid.

Incluida la mía.

10
Veva

La casa está extrañamente silenciosa cuando volvemos del funeral y la incomodidad parece quedarse pegada a las paredes.

Me quito los zapatos nada más entrar y los dejo tirados junto a la puerta mientras mi padre se afloja la corbata por primera vez en todo el día.

Ese gesto me desconcierta más de lo que debería, Ignacio Santos nunca pierde la compostura.

Nunca.

Ni siquiera después de pasar horas rodeado de empresarios, cámaras, coronas de flores gigantes y discursos sobre la brillantez de Antonio Santamaría.

Y, aun así, esta noche parece agotado.

Enciende la televisión del salón y una presentadora habla del funeral con esa voz solemne que ponen los periodistas cuando cubren tragedias de gente rica.

—...uno de los empresarios más importantes del país, con un legado histórico sobre el que todavía existen incógnitas respecto a la herencia…

Mi padre coge el mando y apaga la televisión de golpe.

Silencio otra vez.

Más incómodo todavía.

—Hay periodistas al principio de la calle. ¿Los has visto? —murmura—. Y esto no ha hecho más que empezar.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

Papá aprieta la mandíbula antes de responder y, por un segundo, vuelve a parecer el hombre que controla absolutamente todo, al que nadie contradice, el empresario en toda regla.

—La gente ya está hablando de la herencia.

Ah.

Claro.

Por supuesto.

Madrid puede convertir cualquier tragedia en un cotilleo en menos de veinte minutos.

Y si además hay millones de euros implicados… imagínate.

Me apoyo contra la isla de la cocina observándolo en silencio al tiempo que se sirve whisky.

—¿Y qué pasa con ella? —pregunto.

El hielo choca suavemente contra el cristal cuando Papá mueve el vaso.

—Antonio ha dejado todo, incluidas las empresas, a alguien inesperado.

Mi corazón da un pequeño vuelco raro.

No sé por qué.

Quizá porque todo el mundo en el funeral cuchicheaba sobre eso.

Los asistentes han dejado claro que su muerte parece haber importado menos que descubrir quién iba a quedarse con su imperio.

—¿Quién? —pregunto.

Mi padre bebe un sorbo antes de responder.

—Su hijo.

Parpadeo.

¿Qué?

Creo que incluso dejo de respirar un segundo.

—¿Antonio tenía un hijo?

—No reconocido públicamente —responde seco.

Frunzo ligeramente el ceño.

—Espera… ¿tú sabías esto?

—No.

La respuesta sale de sus labios demasiado rápida y cortante, y eso solo consigue que todo resulte todavía más extraño.

Se pasa una mano por la mandíbula, molesto.

No, peor que molesto… furioso.

—Antonio era un hijo de puta para muchas cosas —murmura finalmente—, pero jamás pensé que me ocultaría algo así.

La frase me golpea por dos motivos: primero, jamás había escuchado a mi padre hablar así de él y segundo, creo que nunca había escuchado a mi padre hablar así de nadie.

—Entonces… ¿ese hijo va a quedarse con todo?

—Eso parece.

Algo en su tono de voz hace que me tense, porque no suena simplemente enfadado, hay un ápice de amenaza que se suma a ello.

Y Papá no suele parecer vulnerable por absolutamente nada.

—¿Qué pasa? —pregunto despacio.

Vuelve a coger el vaso y camina lentamente hacia el ventanal del salón.

—Pasa que Antonio ha dejado en manos de un desconocido parte de una de las sociedades más importantes del grupo.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Qué sociedad?

Mi padre tarda un segundo en responder.

—La principal sociedad patrimonial que compartíamos.

Ah.

Vale.

Ahora entiendo la tensión.

Y bastante más de lo que me gustaría.

Mi padre bebe otro sorbo.

—Y ese chico no tiene experiencia. No pertenece a este mundo y probablemente tampoco entiende la magnitud de lo que tiene delante.

Hay algo duro en la forma en la que lo dice.

Desprecio, quizá.

O miedo.

No estoy segura.

Pero sí sé una cosa: Papá ya ha decidido que no le gusta.

Y probablemente ni siquiera lo conoce.

—¿Sabes quién es? —pregunto.

Mi padre niega una vez.

Seco.

—Todavía no.

Anda.

Vaya, creía que ya lo tendría fichado.

—Pero aparecerá —añade después de unos segundos, mirando las luces de la ciudad al otro lado del cristal—. Y cuando lo haga, todo esto se va a convertir en un problema.

No sé por qué, pero un escalofrío me recorre lentamente la espalda.

Pequeño, rápido y extraño, como si algo acabara de empezar.

La profecía de Maira se ha cumplido y yo empiezo a pensar que es un poco bruja.

11
Oliver

El domingo por la noche Madrid sigue hablando de Antonio Santamaría.

Lo hace en restaurantes caros, en programas de televisión y probablemente también en grupos de WhatsApp llenos de señoras aburridas con demasiado tiempo libre.

Yo, en cambio, estoy sentado en el bordillo de un polígono de Vallecas comiéndome una hamburguesa grasienta como cena mientras Dani me mira como si acabara de decirle que soy extraterrestre.

Que sinceramente tampoco sería tan raro comparado con esto.

Me ha invitado él.

Dani es de esas personas que parecen incapaces de entrar en una habitación sin hacer ruido, aunque esté completamente callado.

Lo conozco desde que éramos críos y, sinceramente, creo que es el único amigo que he tenido toda mi vida sin sentir que tenía que demostrarle absolutamente nada.

Es alto, desgarbado y siempre lleva camisetas negras medio rotas y unas ojeras permanentes que parecen parte oficial de su cara. Tiene varios tatuajes mal hechos, fuma demasiado y habla como si el filtro entre su cerebro y su boca hubiera muerto hace años.

Probablemente sea la persona más caótica que conozco, pero también una de las más leales.

Dani es de esos tipos que se meterían en una pelea por ti aunque no supieran exactamente qué está pasando.

Y quizá por eso sigue aquí.

Porque, en un mundo lleno de gente que mide constantemente lo que das y lo que vales, él nunca me ha mirado como si necesitara convertirme en alguien distinto para merecer estar a su lado.

—A ver, espera —dice levantando una mano—. Espera un puto segundo, porque creo que me he perdido en algún punto de esta

conversación.

Le doy un trago a la cerveza sin responder, dejándole tiempo para que procese lo que acabo de decirle.

—¿ME ESTÁS DICIENDO QUE ERES RICO?

Varias personas giran la cabeza.

Perfecto.

—Baja la voz.

—¡No puedo bajar la voz! ¡Acabas de decirme que eres heredero de un tío que salía en la Forbes!

—No he dicho eso exactamente.

—¡Has dicho cien millones!

Sí.

Bueno.

Visto así…

Dani se pasa las dos manos por la cabeza.

—Hermano, literalmente puedes comprarte Telepizza.

No puedo evitar soltar una risa corta.

La primera real del día, probablemente.

—No quiero comprar Telepizza, tío.

—Eso no es lo importante, Oliver. Lo importante es que PUEDES.

Niega varias veces con la cabeza mientras me observa como si estuviera intentando entender en qué momento su mejor amigo pasó de arreglar motos cobrando en negro y moverse en mierdas raras para sacar dinero rápido a convertirse en heredero secreto de un imperio millonario.

La verdad es que yo tampoco lo entiendo.

Nos quedamos callados y se oye música saliendo de algún coche aparcado más abajo, una moto acelerando a lo lejos y el ruido constante de la M-30 de fondo.

Mucho mejor que cualquier club privado lleno de gente oliendo a dinero y problemas familiares.

—¿Y qué coño vas a hacer? —pregunta Dani finalmente.

Miro la hamburguesa unos segundos antes de responder.

—No lo sé.

Mentira.

Sí lo sé.

Y quizá eso es lo que más miedo me da.

—Bueno, pues yo sí lo sé —dice él señalándome con una patata frita—. Vas a comprarte un ático, un coche absurdo y probablemente empezar a decir palabras como *brunch.*

—Que te follen.

Me río.

—No me cambies, Oliver. Eres lo único que impide que piense que los ricos son seres reptilianos.

Suelto aire por la nariz.

Dani sigue mirándome fijamente y yo me apoyo hacia atrás sobre las manos y levanto la vista al cielo oscuro.

Madrid por la noche siempre parece más sincera y más rota.

Quizá por eso me gusta.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —murmuro.

—¿Qué?

—Que toda esa gente lleva años sabiendo perfectamente quién soy. Los abogados y eso, digo.

Dani frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Antonio toda esa mierda preparada hace años. No lo entiendo, la verdad.

—Hostia…

—Sí.

Hostia.

Exactamente eso.

Aprieto la mandíbula.

—Toda mi vida he sido un secreto incómodo mientras ellos seguían haciendo cenas, negocios y posando en revistas como si nada.

La rabia vuelve a mí, rápida y caliente.

Siempre está ahí últimamente, debajo de todo.

—Y ahora resulta que tengo que sentarme en consejos de administración con gente como Ignacio Santos.

—¿Quién coño es ese?

—Ni puta idea. Pero ya lo odio.

Dani suelta una carcajada.

—Eso sí que no cambia nunca.

—No, escucha. Ese tío lleva años moviendo empresas con mi padre y ahora estará cagándose en todo porque el hijo pobre de Vallecas le ha jodido el plan.

Y solo decirlo me provoca algo peligrosamente parecido a la satisfacción.

Dani me observa unos segundos.

—Estás entrando en modo villano.

—No.

—Sí.

—No quiero ser como ellos.

—Claro, y yo tengo abdominales como los tuyos.

Le lanzo una servilleta arrugada a la cara, pero la esquiva riéndose.

—Hablo en serio, Dani.

Y esta vez se nota, porque dejo de sonar enfadado para empezar a sonar cansado.

—No pienso gastarme ni un euro suyo en mí.

Dani parpadea.

Una vez.

Dos.

—Entonces eres el millonario más gilipollas de Madrid.

No puedo evitar reírme otra vez.

—Probablemente.

—Oliver, tienes cien millones.

—Precisamente por eso.

Frunce el ceño, sé que no me está entendiendo.

¿Cómo va a entenderlo?

Ni yo mismo termino de hacerlo.

Me paso una mano por la nuca antes de seguir hablando.

—Toda esa gente lleva años ganando dinero entre ellos mientras barrios enteros de Madrid se caen a pedazos.

Dani se queda callado.

—Cañada Real sigue sin luz algunos días y estos hijos de puta hacen fiestas donde una botella cuesta más que el sueldo de mi

madre.

La rabia vuelve otra vez.

Más fuerte ahora.

Porque ya no estoy pensando en Antonio Santamaría, sino en el sistema entero.

En todos ellos.

—Voy a usar SU dinero para hacer exactamente lo contrario a lo que él habría hecho.

Dani me mira fijamente.

Muy fijamente.

—Hostia.

—Sí.

—Vale, eso ha sonado peligrosamente revolucionario.

—Me cago en su sistema.

Y lo digo de verdad.

Con todo.

Con años enteros tragándome cosas que nunca deberían haberse normalizado.

Con mi madre doblando turnos mientras hombres como Antonio Santamaría decidían el precio de edificios desde despachos enormes.

Con gente como nosotros sintiendo agradecimiento por sobrevivir mientras otros heredaban millones por existir.

No.

Que les jodan.

Dani deja la cerveza en el suelo.

—Vale —dice despacio—. ¿Y qué quieres hacer exactamente?

Y ahí aparece la idea, la única cosa que lleva horas haciendo ruido en mi cabeza.

—Quiero montar algo mío.

—¿Una empresa?

—No exactamente.

Levanto la vista y puedo verlo perfectamente en mi cabeza: las luces, la música, el ruido, la gente. Todo.

—Se va a llamar El Portal.

Dani arquea una ceja.

—Me gusta.

—Quiero un sitio donde entre gente real.

—¿Y eso qué significa?

—Que no haga falta aparentar. Antonio lideraba un club de esos de pijos de mierda, yo quiero crear el mío propio.

Las palabras salen solas ahora, rápidas y claras.

—Quiero música, peleas, motos, conciertos, gente rara, artistas, camareros tatuados, boxeo, alcohol barato y ruido. Mucho ruido.

Dani empieza a sonreír lentamente.

—Hostia…

—Quiero un sitio donde nadie tenga que fingir que pertenece.

Dani me observa unos segundos más antes de negar con la cabeza.

—Tú no quieres un negocio.

—¿No?

—No. Tú quieres reventar Madrid.

No puedo evitar reírme.

—Puede ser.

El móvil vibra en mi bolsillo.

Otra vez.

Mismo número.

Misma gente pesada.

No lo saco siquiera, paso de hablar con abogados un domingo por la noche.

—¿Y ahora qué? —pregunta Dani.

Miro la ciudad a lo lejos.

Madrid brilla como si nada estuviera rompiéndose debajo.

Pero yo sé que sí, porque puedo sentirlo.

Todo ese mundo perfecto de ricos elegantes y apellidos importantes está a punto de abrirme la puerta.

Y cuando lo haga, más les vale prepararse.

12
Veva

Una semana más tarde

El coche se detiene frente a la entrada y durante un segundo me quedo mirando mi propio reflejo en el cristal antes de que el chófer abra la puerta.

No sé exactamente qué espero encontrar, pero no soy yo.

O no del todo.

¿Es necesaria toda esta parafernalia cuando Antonio Santamaría ya lleva muerto una semana?

Según Papá, es un homenaje, pero en la élite estamos acostumbrados a este tipo de eventos mínimo una vez a la semana.

Me recuerdan a las cenas romanas, donde vomitaban para seguir comiendo más. Pues en nuestro mundo pasa lo mismo pero con las apariencias.

¿Soy la única que se da cuenta?

El vestido negro según el código de vestimenta que llevo puesto cae recto hasta los tobillos. Sencillo, elegante y elegido esta misma tarde por alguien que sabe mejor que yo lo que debería ponerme en un sitio como este.

No termino de acostumbrarme por mucho que viva de evento en evento.

El pelo rubio recogido, el maquillaje suave, los pendientes discretos.

Todo en su sitio, todo correcto, tal y como Papá espera de mí.

—Señorita —dice el chófer abriendo la puerta.

Asiento, salgo y el aire de la noche me envuelve con una suavidad engañosa.

Hace buena temperatura, pero no es eso lo que noto.

Es otra cosa.

Una sensación rara en el pecho, como si algo estuviera a punto de pasar y mi cuerpo lo supiera antes que yo.

El edificio del Club Santamaría se alza frente a mí con esa elegancia fría que tienen los sitios donde todo el mundo pertenece… menos tú.

Está en plena calle Alfonso XII, frente al Retiro, ocupando uno de esos edificios clásicos de Madrid reformados hasta parecer imposiblemente perfectos: fachada de piedra clara, ventanales enormes, iluminación cuidada y puertas de cristal que reflejan la ciudad como si formara parte del interior.

Todo diseñado para impresionar sin parecer que lo intenta.

Papá ya está allí, por supuesto, hablando con un grupo de hombres que asienten a todo lo que dice con esa media sonrisa que no llega nunca a los ojos.

Cuando me ve, hace un leve gesto con la cabeza. No sonríe porque no hace falta, esa indicación es suficiente para indicarme que vaya hacia él.

Camino con pasos medidos, notando cómo los tacones resuenan suavemente sobre el suelo pulido.

Es como si al cruzar esa puerta dejara de ser Veva y volviera a ser Genoveva sin darme cuenta.

—Genoveva —dice mi padre cuando llego a su lado.

—Papá.

Me inclino ligeramente para darle un beso en la mejilla.

Huele a lo de siempre: colonia cara, pulcritud y control.

—Estás muy bien —añade, observándome un segundo más de lo necesario.

Ah, pero no te confundas. No es un cumplido, querida, es más bien una evaluación.

Papá no felicita si no considera antes darte el aprobado.

—Gracias.

—Fede está dentro —dice a continuación, como si eso fuera la parte realmente importante de la conversación.

Asiento con la cabeza.

—Ahora voy.

Él no responde.

No obstante, antes de marcharme de su lado, escucho algo detrás de mí.

Un murmullo.

—Dicen que ya ha aceptado entrar en el consejo.

—Ignacio está furioso.

—Normal. Imagínate dejarle media empresa a un desconocido.

—Y de Vallecas, además.

No me giro, pero noto cómo la mandíbula de mi padre se tensa apenas un segundo.

Me aparto antes de que él pueda decir algo más y me adentro al club.

El interior es exactamente lo que esperaba.

Luces cálidas, música suave, conversaciones en voz baja que se mezclan en un murmullo constante.

El tipo de lugar donde nadie levanta la voz porque no lo necesita y todo el mundo parece saber exactamente dónde tiene que estar y cómo tiene que comportarse.

Me detengo un segundo en la entrada, dejando que mis ojos se adapten al ambiente.

Hay gente por todas partes, pero nada resulta caótico y todo fluye con una naturalidad ensayada.

Camareros impecables, copas de cristal fino, trajes oscuros, vestidos elegantes.

Es bonito, cómodo y… asfixiante.

—Pensaba que te habías arrepentido —dice una voz a mi lado.

Me giro y encuentro a Fede.

Siempre sonríe así, con la medida exacta, sin excesos.

—Nunca hago eso —respondo.

Él se inclina para darme dos besos.

—Estás espectacular —añade.

—Gracias.

Lo repito tanto que empieza a perder sentido.

—Ven, hay gente que quiere saludarte.

Por supuesto que la hay. ¿Cómo no?

Asiento y le sigo entre grupos de personas, dejando que me presente una y otra vez como si fuera una extensión natural de él, de mi padre y de todo este mundo al que pertenezco sin haber elegido pertenecer.

Sonrío, asiento, escucho y respondo de manera automática, aprendida y vacía.

Y mientras camino entre conversaciones perfectamente educadas, el mismo tema aparece una y otra vez disfrazado de discreción.

—Ignacio está intentando contener el desastre…

—Antonio estaba completamente loco…

—¿Quién deja un imperio a un hijo ilegítimo?

—He oído que ni siquiera terminó la universidad.

—Pues dicen que apareció en el despacho como si acabara de salir de un taller mecánico.

—Imagínate meter a alguien así en el consejo.

Las frases flotan alrededor de mí como humo, y lo peor es que nadie parece realmente triste por Antonio Santamaría.

Solo están nerviosos, como si la muerte dejara de ser el problema, para serlo quién ha heredado.

En algún momento acepto una copa de champán, aunque no recuerdo haberla pedido.

Solo aparece en mi mano y la sostengo como si eso me diera algo a lo que agarrarme.

—¿Te estás aburriendo?

La voz de Maira aparece de la nada y casi me hace reír.

—Un poco —confieso, girándome hacia ella.

Está apoyada en una de las columnas con un vestido que probablemente mi padre consideraría "demasiado", una sonrisa que definitivamente lo es y una mirada que lo observa todo sin disimulo.

—Me sorprende que no te hayas dormido de pie todavía —dice acercándose.

—Dame tiempo.

—Siempre te lo doy.

Mira alrededor evaluando el ambiente con descaro.

—Madre mía… llevo toda la noche viendo las mismas caras de chicos ricos. De verdad, necesito novedades urgentemente.

—Maira…

—¿Qué? Es verdad. Si quitas los trajes, son todos iguales.

—Baja la voz.

—No quiero.

Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Dónde está tu futuro marido perfecto? —pregunta buscando con la mirada.

—Por ahí.

—Qué ilusión.

—No empieces.

—Nunca paro, que es distinto, amor.

Se acerca un poco más, bajando la voz lo justo para que solo la oiga yo.

—Vale, ahora en serio. ¿Cómo estás?

La miro.

De verdad esta vez.

—No lo sé.

Asiente despacio, como si mi respuesta fuera exactamente lo que esperaba.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Peor sería que lo tuvieras claro.

—¿Por qué?

—Porque entonces no habría nada que hacer.

Guardo silencio y miro mi copa, donde el líquido burbujea suavemente, ajeno a todo.

—No va a pasar nada —murmuro.

Maira sonríe.

—Sigue diciéndote eso.

—Es la verdad.

—Claro. Y yo soy discreta.

No respondo porque sé que no sirve de nada.

—Oye —añade de repente—. ¿Tu padre siempre mira tanto la puerta?

Frunzo ligeramente el ceño y levanto la vista.

Y entonces lo noto: Papá está pendiente de la entrada todo el tiempo.

Aunque siga hablando con socios y empresarios y aparentando normalidad, sus ojos vuelven constantemente hacia las puertas de

cristal, como si estuviera esperando algo o a alguien.

Y eso me pone nerviosa.

La música sigue sonando en un tono suave, las conversaciones continúan y las copas chocan entre sí en cada brindis improvisado.

Pero hay una tensión escondida debajo de todo como un cable a punto de romperse.

Es entonces cuando pasa: primero bajan algunos murmullos, después otros y finalmente un silencio extraño empieza a extenderse lentamente por la sala.

La gente mira hacia la entrada y Papá deja de hablar a mitad de frase.

Fede también se gira y Maira arquea una ceja lentamente.

—Ah —murmura llevándose la copa a los labios—. Pues mira.

—¿Qué?

Y entonces sonríe apenas.

—Creo que acaba de llegar el problema.

Trago saliva antes incluso de girarme.

No sé por qué, pero mi cuerpo reacciona primero, y cuando finalmente miro hacia la entrada, lo veo.

No se parece a nadie de aquí, es lo primero que pienso.

No es solo la ropa —aunque el traje oscuro parece puesto a la fuerza, como si se sintiera incómodo dentro de él— ni la manera en la que tiene la mandíbula tensa, como si estuviera conteniéndose constantemente.

Tampoco la pequeña cicatriz que le cruza una de las cejas y rompe todavía más la perfección artificial de aquella sala.

Es otra cosa.

Quizá la forma de entrar, su energía, la sensación de que no está impresionado por nada de lo que tiene delante.

O quizá sí.

Quizá lo que pasa es que lo desprecia.

Tiene el pelo ligeramente despeinado, la mirada dura y cansada al mismo tiempo y una expresión peligrosamente parecida al enfado permanente.

Y aun así… es imposible no mirarlo.

No porque sea especialmente elegante, correcto o perfecto.

Todo lo contrario.

Parece real, demasiado real para este sitio.

Y a lo mejor por eso toda la sala acaba de quedarse sin aire.

Mi padre se queda completamente rígido al otro lado del salón, Fede frunce ligeramente el ceño y la gente cuchichea otra vez.

—Es él.

—No puede ser.

—Madre mía…

Y yo sigo mirándolo sin entender por qué siento exactamente lo mismo que hace una semana: que algo está a punto de cambiar y que probablemente ya es demasiado tarde para evitarlo.

13
Oliver

El móvil vibra mientras estoy tirado en el sofá de casa intentando ignorar mi propia existencia.

Otra vez.

Últimamente todo el mundo parece necesitar algo de mí y admito que en parte me agota.

Miro la pantalla esperando encontrarme otro mensaje del abogado, otra reunión o alguna palabra absurda relacionada con empresas que todavía no entiendo.

Pero esta vez es un correo.

Club Santamaría.

Perfecto.

Qué ilusión.

Abro el mensaje con la misma energía con la que uno abre una multa.

Invitación formal.

Homenaje privado en honor a Antonio Santamaría.

Asistencia requerida como heredero y nuevo miembro del consejo.

BLA, BLA, BLA.

Mi primera reacción es reírme.

La segunda también.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre, que viene desde la cocina.

Levanto el móvil para enseñarle el correo electrónico.

—Que parece ser que ahora también me invitan a fiestas de ricos muertos.

Marisa aparece deslizándose por el pasillo.

Literalmente.

Lleva unos pantalones satinados estampados y una mascarilla verde fosforita puesta en la cara.

No quiero saber detalles, la verdad.

—¡Ay! —Da un salto, y temo por sus rodillas—. Por favor, dime que vamos —suplica quitándose la mascarilla de golpe—. Yo nunca he ido a un club privado elitista. Esto es mi Super Bowl.

—No vas a venir —le digo riéndome.

—Eso ya lo veremos —responde poniendo morritos.

Mi madre deja un plato sobre la mesa y suspira.

—Oliver, no tienes obligación de ir.

—Sí la tengo —murmuro.

Esta es la parte que empieza a cansarme: todo esto viene disfrazado de elección cuando en realidad no lo es.

Marisa me quita el móvil de las manos antes de que pueda impedirlo y lee el correo.

Qué rápida es cuando quiere.

Luego abre mucho los ojos.

—*Dress code* : *black tie*. —Levanta la cabeza lentamente—. Oliver… ¿tú tienes algo que no huela a gasolina?

—Tuve un entierro hace unos días, pero no asistí, ¿te sirve?

—No, cariño, eso no es *black tie*. Eso es depresión.

No puedo evitar reírme y, aunque mi madre intenta no hacerlo, fracasa un poco.

—No pienso disfrazarme para esa gente.

Marisa me mira horrorizada y me aguanto una carcajada, porque un poco más y se le desencaja la mandíbula del sitio.

—¿Cómo que no? ¡Ahora eres rico! ¡Los ricos se disfrazan constantemente!

Y, tristemente, creo que es la frase más inteligente que he oído en semanas.

El caso es que el abogado termina consiguiendo que vaya otra vez, por lo que empiezo a sospechar que ese hombre podría convencerme hasta de entrar en una secta si se lo propusiera con suficiente calma.

—No tiene que gustarle el evento, señor Luque —dice tranquilamente al teléfono—. Solo tiene que estar presente.

—Suena igual que una condena judicial.

Escucho algo parecido a una risa al otro lado y, aunque es pequeña y controlada, me parece real.

—Créame, he visto condenas peores en este entorno.

Eso me hace sonreír por primera vez desde que ha empezado la llamada.

Curioso.

Porque al principio pensé que aquel abogado sería otro tío estirado más y ahora empieza a caerme peligrosamente bien.

Se llama Ezequiel, aunque todavía me cuesta llamarlo así y no "El abogado".

Tiene esa tranquilidad rara de la gente que ha visto demasiadas miserias como para impresionarse ya por nada.

Y sospecho que, dentro de este mundo, eso lo convierte casi en humano.

El traje me lo compro dos días antes del evento.

Bueno, "comprar" es una forma elegante de decir que Ezequiel prácticamente me obliga.

Porque según él: "si va a declarar la guerra al consejo, señor Luque, al menos procure no parecer recién escapado de una pelea clandestina."

Muy gracioso.

Acabamos en una tienda del barrio Salamanca donde el dependiente me mira como si sospechara que voy a robar algo.

No lo culpo, yo también tendría dudas.

El traje es oscuro, tal y como indica el código de vestimenta, y sencillo, ya sabes, sin mierdas brillantes ni corbatas absurdas.

Lo más parecido a mí que encuentro, siendo honesto.

Cuando salgo del probador, Ezequiel levanta la vista del móvil y asiente despacio.

—Bien —dice.

—¿Bien?

—Parece alguien que podría destruir una empresa sin despeinarse demasiado.

Lo miro unos segundos.

—Eso ha sonado extrañamente específico.

—Trabajé muchos años para Antonio Santamaría —responde simplemente.

Y ahí entiendo más cosas de las que dice realmente.

Y poco más puedo decirte que ha pasado en mi vida hasta que ha llegado el momento en el que el portero de este maldito edificio del maldito club de mi padre, tarda medio segundo más de lo normal en apartarse.

No es nada evidente y tampoco hay un gesto brusco ni ninguna palabra fuera de lugar, solo una pausa mínima, casi imperceptible, pero suficiente para que yo la note.

Siempre acabo notando cuándo no soy bienvenido en un sitio.

No es por el traje, estoy seguro, el traje está bien: oscuro, entallado y correcto.

La camisa también: blanca, limpia y lo bastante abierta como para que no parezca que intento encajar demasiado.

Todo en su sitio.

Menos yo.

Obvio.

—Nombre —dice, el puto antipático.

—Oliver Luque.

Lo comprueba en la pantalla, desliza el dedo y asiente.

Esta vez no hay pausa, esta vez sí parezco encajar.

Curioso cómo funciona esto.

Avanzo sin decir nada más y me doy cuenta que el interior no tiene nada que ver con los sitios a los que suelo ir.

Mejor, cuando abra El Portal, tendré todavía más claro que no me he equivocado en el concepto.

Aquí no hay ruido que invada, ni luces que molesten, ni gente que necesite hacerse notar.

Todo está medido para que nada destaque demasiado y, al mismo tiempo, todo lo haga.

La música suena lo justo, las conversaciones se mantienen en un tono que no obliga a nadie a levantar la voz y las risas son breves y contenidas, como si incluso eso formara parte de un código no escrito.

Me detengo un segundo cerca de la entrada, sin saber muy bien si es por ubicarme o por retrasar unos segundos lo inevitable.

Este sitio no es para mí, eso lo tengo claro, pero aquí estoy.

Camino despacio recorriendo el espacio con la mirada, sin buscar a nadie en concreto, básicamente porque no conozco a nadie.

Pero me limito a observar, porque es una forma de medir dónde estoy, con quién y en qué tipo de terreno me estoy metiendo.

Trajes impecables, vestidos que caen sin una sola arruga, copas que no se vacían nunca del todo y gente que se saluda como si llevara toda la vida haciéndolo.

Y probablemente sea así.

Aquí nadie parece fuera de lugar.

Bueno, yo sí, pero no es algo que me incomode, al menos de momento, porque no estoy acostumbrado a encajar.

De hecho, prefiero eso a lo contrario.

Encajar implica adaptarse, suavizarse y convertirse en algo que no eres.

Y yo no estoy para eso.

—No pareces de aquí.

La voz llega a mi lado sin previo aviso, pero no me sorprende.

Siempre hay alguien.

Me giro con calma y analizo lo que tengo delante: traje gris, reloj caro y sonrisa medida.

No es arrogante, pero tampoco cercano.

Es… correcto.

—Tú sí —respondo.

Él sonríe un poco más.

—Supongo que eso es bueno —dice tendiéndome la mano—. Sergio.

—Oliver.

No se la estrecho, no porque quiera ser borde, simplemente no me apetece fingir comodidad.

La cosa es que su cara me suena de algo, pero no sé ahora mismo de qué.

Baja la mano sin darle importancia.

Bien.

Sabe moverse.

—He oído hablar de ti —añade.

Claro. No han perdido el tiempo.

—No creo —digo.

—Lo del testamento ha corrido rápido.

Eso sí me lo creo.

Las cosas que no deberían interesarle a nadie son siempre las que más interesan.

—Ya.

—Tiene que ser raro...

Raro.

Me gusta la palabra, es lo suficientemente vaga como para no significar nada y, al mismo tiempo, abarcarlo todo.

—No sabría decirte.

Y es verdad, porque todavía no sé qué coño es exactamente esto, qué significa y qué se supone que tengo que hacer con ello.

Sergio me observa unos segundos más, aunque no de manera invasiva, más bien analítica, como si estuviera intentando decidir si soy un problema o una incomodidad.

Insisto, ¿de qué cojones me suena su cara?

—Si necesitas algo —dice finalmente—, puedo ayudarte a moverte por aquí.

—No te preocupes —respondo, sonriendo apenas—. Gracias.

Asiente con la cabeza, pero no insiste y se marcha.

Sigo avanzando de forma lenta, porque para mí este terreno es desconocido.

Además, no tengo prisa por llegar a ningún sitio.

La barra queda a un lado, discreta e integrada en el espacio sin romper la estética del lugar.

Me acerco y apoyo las manos sobre la superficie fría y pulida.

Demasiado perfecta, diría yo.

—¿Qué te pongo?

—*Jägermeister* con *RedBull* y mucho hielo.

Mientras espero, saco el móvil y veo que tengo un mensaje de Ezequiel, pero no lo abro porque, en serio, no me apetece seguir

leyendo en este momento palabras como herencia, consejo y responsabilidad, así que guardo el móvil y respiro.

Es entonces cuando sucede: no hay cambio en la música, silencios dramáticos ni nada evidente.

Pero yo lo noto, siento como si algo dentro de la sala acabara de desplazarse ligeramente.

Levanto la vista y la veo.

No sé cuánto tiempo lleva ahí ni por qué no me había fijado antes, pero está al otro lado del salón hablando con otra chica de pelo rojo.

Su vestido es negro y elegante, como indicaba el protocolo, aunque sin exceso.

Lleva el pelo rubio recogido, dejando el cuello al descubierto, y hay algo en ella que rompe completamente con el resto del sitio.

No parece estar actuando tan bien como los demás, hay una pequeña distancia en la forma en la que escucha, ese segundo de más antes de responder, como si estuviera presente solo a medias.

No parece incómoda, pero tampoco completamente integrada.

Eso sí me llama la atención, porque el resto de personas aquí parecen haber nacido sabiendo exactamente cómo respirar en sitios como este.

Ella no.

O al menos no del todo.

El camarero deja el vaso frente a mí.

—Aquí tienes.

—Gracias.

No aparto la mirada, aunque sé que no debería estar mirándola tanto, porque no tiene sentido, no sé quién es, no me interesa y no es mi tipo de problema.

Y aun así… ¿cómo coño no mirarla?

Ella gira ligeramente la cabeza, solo un poquito, pero lo suficiente para que la luz le roce el perfil, y entonces pasa otra cosa rara.

Por primera vez desde que he entrado aquí, alguien deja de parecerme completamente artificial.

Y eso sí que me parece peligroso.

14
Veva

No sé en qué momento empiezo a cansarme de sonreír.

Supongo que no ocurre de golpe, que no hay un instante concreto en el que una diga basta y se quite de encima la versión educada, correcta y perfectamente presentada de sí misma como si fuera un abrigo demasiado pesado.

Es algo más sutil, y también más desagradable.

Una especie de fatiga silenciosa que se instala primero en la mandíbula, después en los hombros y, cuando te quieres dar cuenta, te ha robado hasta las ganas de escuchar.

Llevo más de una hora en el club y siento el cuerpo extrañamente ajeno. No porque el vestido me incomode ni porque los zapatos me estén matando, que también, sino porque todo lo que me rodea parece cuidadosamente diseñado para recordar a cada persona quién es, qué lugar ocupa y qué se espera de ella.

Y yo sé perfectamente qué se espera de mí.

Ese es, precisamente, el problema.

El salón principal brilla con esa elegancia contenida que solo tienen los sitios donde el dinero no necesita exhibirse para hacerse notar.

La luz cae en tonos cálidos sobre los terciopelos oscuros, sobre los perfiles afilados de las copas, sobre las manos bien cuidadas de mujeres que saben exactamente dónde colocar los dedos cuando sostienen una bebida.

¡Hasta la música parece tener miedo de sonar más alto de la cuenta!

Hay algo casi hermoso en esa forma de ordenar el mundo y al mismo tiempo, algo profundamente inquietante, porque aquí nada

se sale de sitio, ni tropieza ni se rompe.

Pero curiosamente, yo llevo toda la noche con la incómoda sensación de que me falta precisamente eso.

—¿Te ocurre algo?

La voz de Fede me devuelve al presente con la suavidad estudiada con la que hace prácticamente todo. Me giro hacia él con la copa todavía entre los dedos y niego despacio.

—No. ¿Por qué?

Me observa durante un segundo.

—Estás callada.

Estoy tentada de responderle que eso, en un lugar como este, debería considerarse una virtud.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, doy un pequeño sorbo al champán y las burbujas me rozan la lengua con una delicadeza absurda, como si hasta eso estuviera pensado para no molestar.

—Estoy bien —digo.

No miento del todo, pero tampoco digo la verdad.

Fede asiente con esa tranquilidad suya que a veces resulta reconfortante y otras, como esta noche, me produce unas ganas salvajes de zarandear algo.

Sus hombros, por ejemplo.

Va impecable, por supuesto. La chaqueta le sienta bien, el pelo está en su sitio, la sonrisa aparece cuando corresponde y desaparece cuando ya ha cumplido su función.

No hay nada reprochable en él y claro, me resulta dificilísimo rebelarme contra alguien que, a ojos de cualquiera, parece una elección sensata.

No hace daño, no grita, no desordena nada y es precisamente la clase de hombre que haría feliz a un padre como el mío.

Levanto la mirada por encima de su hombro y lo veo, precisamente, al otro lado del salón.

Papá.

Habla con dos hombres a los que conozco de toda la vida sin recordar nunca muy bien por qué. Está recto, sereno, impecable, con

esa expresión entre cordial y distante que lo hace parecer inalcanzable incluso a escasos metros.

No sé si me está mirando ni tampoco si me vigila, con él la diferencia es mínima y no me sorprendería que lo hiciera.

—Tu padre parece contento cuando nos mira —dice Fede.

Claro que lo parece, porque las cosas están saliendo según su estúpido guion, pienso.

Yo estoy aquí. Tú estás aquí. Todo el mundo ocupa el sitio que le corresponde. Fin de la historia.

—Sí —respondo.

—Es importante para él que estés esta noche.

Casi sonrío.

—No me había dado cuenta.

Fede me mira con una ligera sorpresa, como si no esperara ese tono en mí.

Y la verdad es que yo tampoco lo esperaba, pero sale, porque llevo toda la noche tragándome frases, porque el aire aquí dentro empieza a parecerme un poco más denso de la cuenta y porque, a veces, mi ironía aparece justo cuando menos debería.

Por suerte, Fede opta por interpretar el comentario como un gesto de cansancio y no como lo que realmente es.

—Si quieres, puedo traerte algo de comer —dice—. Apenas has probado nada.

Miro una mesa cercana, repleta de pequeñas piezas perfectas de comida que parecen más decorativas que reales.

Bocados milimétricos, colores armónicos y cosas que probablemente tengan nombres larguísimos y sepan a muy poco.

—No tengo hambre.

Lo cierto es que sí la tengo, pero no de esto.

Fede asiente otra vez. Siempre asiente y siempre entiende lo bastante como para no molestar, pero nunca tanto como para desordenarme.

Y quizá por eso no ve que, en realidad, hace ya un rato que no estoy del todo aquí.

La primera en notarlo no es él, sino Maira.

Aparece a mi lado con una copa en la mano y una mirada afilada, como si hubiera venido a un safari humano y acabara de localizar por fin a la presa interesante de la noche.

—Vale —dice sin saludar siquiera—. Necesito que me confirmes que yo también lo estoy viendo.

Frunzo el ceño.

—¿El qué?

Maira no responde inmediatamente. Da un pequeño sorbo a su bebida, alza apenas la barbilla y entonces sigue la dirección de su mirada.

No sé por qué obedezco, giro la cabeza y, de repente, siento una punzada absurda de expectación justo antes de verlo.

Pero lo veo y el resto del salón se recoloca.

Está cerca de una de las barras laterales, de pie, con un vaso en la mano y una quietud rara para alguien que, claramente, no pertenece a este sitio.

No es solo una cuestión de ropa, porque va muy bien vestido. De hecho, mejor que muchos de los hombres que hay aquí, para mi gusto, porque el traje oscuro le cae bien sobre el cuerpo, y la camisa abierta lo justo le da la apariencia exacta para parecer descuidado sin dar la impresión de haberlo intentado.

No, no es eso.

Es su forma de estar, la manera en la que ocupa el espacio sin adaptarse a él, la manera en la que mira, como si nada de todo esto pudiera impresionarle lo suficiente, la manera en la que no parece necesitar caer bien, no sé.

Y esa sola idea, en un sitio como este, resulta casi violenta.

Trago saliva sin darme cuenta.

—Vaya —murmura Maira a mi lado—. Pues sí.

No respondo.

No puedo, porque a diferencia de faltarme las palabras, las que me vienen a la cabeza no son exactamente las que debería estar pensando.

No es guapo, me digo.

O, mejor dicho, no es guapo de la forma en la que aquí se entiende que lo es un hombre.

No tiene esa belleza fácil, pulida, socialmente aceptable.

En él hay algo menos limpio y más incómodo que no invita a la tranquilidad, sino a todo lo contrario.

Y eso es justamente lo que hace que cueste apartar la vista de él.

—¿Quién será? —pregunta Maira, y por una vez su tono no suena a broma, sino a interés real.

No lo sé.

Pero mi cuerpo reacciona como si esa ignorancia fuera una provocación.

—Ni idea —respondo, en un murmullo que apenas reconozco como mío.

Siento a Fede moverse a mi lado.

—¿Sabéis quién es? —pregunta, mirando en la dirección que hemos estado mirando.

Y aquí debería pasar algo sencillo, me explico: yo debería mirar a otro lado, encogerme de hombros y decir que no, que nada, que solo comentábamos el vestido horroroso de esa señora del fondo o la poca gracia del canapé de salmón o cualquier otra cosa inofensiva, banal y socialmente útil, pero no lo hago.

Porque en ese preciso instante él levanta la vista y entonces sí, entonces ya no hay escapatoria.

No sé si me estaba mirando ya o si el movimiento ha sido casual, tampoco sé si me ha visto antes o si sabe siquiera que existo.

Pero sus ojos encuentran los míos con una precisión que me deja completamente quieta.

No es una mirada amable, aunque tampoco especialmente dura.

No intenta gustar, agradar, ni nada de nada.

Quizá por eso me golpea con tanta fuerza.

Es como si, por primera vez en toda la noche, alguien no estuviera mirándome como se mira a Genoveva.

Ni como me mira mi padre, ni como me mira Fede, ni como me miran esas mujeres que evalúan un vestido antes que a la persona que hay dentro.

No.

Hay algo distinto, mucho menos ordenado y que no sé colocar.

Lo peor es que mi primera reacción no es apartarme, sino sostenerle la mirada solo un segundo, quizá dos, pero sí el tiempo suficiente para que un calor extraño me suba por el cuello y se me instale bajo la piel como una advertencia.

—Veva.

La voz de Fede rompe el momento y pestañeo, volviendo de golpe al salón, a la música, a la copa en mi mano, al peso del pendiente rozándome el cuello, al olor dulce del champán y el perfume caro.

Me giro hacia él demasiado rápido.

—¿Sí?

Fede me mira con una arruga leve entre las cejas.

—Te estaba hablando.

Claro, sí, por supuesto.

Le dedico una sonrisa automática que, Dios, es horrible, educada y vacía.

—Perdona. Me he distraído.

Maira me mira, no necesito girarme para saberlo.

Lo noto.

Noto cómo se le afila la intuición, cómo registra el pequeño temblor de mis dedos alrededor de la copa y cómo une puntos con una facilidad irritante.

—Ya veo —dice ella, tan bajo que solo yo la oigo.

No la miro, no me atrevo.

¡Por Dios, ¿qué me ha pasado?!

Fede retoma lo que estuviera diciendo, algo sobre una cena la semana siguiente o una exposición o el hijo de no sé quién que acaba de volver de Londres.

Da igual.

Las palabras le salen en el tono de siempre, correcto y agradable, pero ya no me alcanzan igual, algo se ha desplazado dentro de mí y ahora todo lo demás suena un poco más lejos.

Vuelvo a mirar.

No debería, lo sé, pero lo hago.

Él ya no me está mirando, está hablando con el camarero, o fingiendo que lo hace, con esa clase de distancia que solo tienen los hombres que no han aprendido a pedir permiso por existir.

La luz le roza el perfil y le marca la línea de la mandíbula, la curva cansada de la boca, la firmeza casi insolente de quien no parece dispuesto a suavizarse para encajar.

No sé qué hace aquí, ni por qué me inquieta ni por qué diantres, entre toda esta gente perfectamente predecible de la sala, es precisamente él, un desconocido, quien consigue parecerme real.

Y eso me molesta.

Porque no entra en el plan, no debería importarme y porque, además, una parte de mí, la más sensata, la mejor entrenada, ya ha identificado el peligro.

La otra, sin embargo, lleva unos minutos haciendo algo mucho peor: despertarse.

—No me gusta esa cara que tienes —murmura Maira.

Esta vez sí la miro.

—¿Qué cara?

Sonríe despacio.

—La de "mi vida acaba de complicarse un poquito".

Suelto una risa breve, incrédula, más por necesidad que por humor.

—No digas tonterías.

—No las digo. Las detecto.

—Ni siquiera sé quién es.

—Uy —dice, alzando las cejas—. Entonces es peor.

—Maira —le advierto.

—Veva —canturrea, la muy maldita.

La forma en la que pronuncia mi nombre debería molestarme. En cambio, me da la sensación de que es lo único sincero que he oído en toda la noche.

Aparto la vista de ella, de Fede, del salón entero, y la clavo un instante en las burbujas que tiemblan dentro de mi copa.

Necesito recolocarme, volver a ser la versión de mí misma que entra en una sala como esta sin sentir que algo va a romperse.

Pero ya es tarde para eso, lo sé con una claridad incómoda.

No ha pasado nada, nadie ha dicho nada.

No ha habido contacto, ni presentación, ni historia.

Y, aun así, algo ha empezado.

Algo pequeño y casi imperceptible, pero lo bastante real como para que, cuando vuelvo a levantar la vista y lo busco sin querer reconocer que lo estoy buscando, entienda que la noche ya no va a poder volver a ser la misma.

Y yo tampoco.

15
Oliver

Dos copas más tarde, que apenas me han subido, sigo pensando exactamente lo mismo que al entrar, y es que este sitio parece diseñado por gente que jamás ha tenido que levantar la voz para conseguir algo.

Y eso, sinceramente, me pone un poco nervioso.

O agresivo, quizá, de pura rabia.

Todavía no lo tengo claro.

La música sigue sonando suave de fondo, las conversaciones se mezclan entre sí sin llegar nunca a romper el equilibrio artificial del ambiente y los camareros continúan apareciendo mágicamente antes de que a alguien le dé tiempo siquiera a darse cuenta de que necesita otra copa.

Es casi fascinante.

Como un documental caro sobre una especie humana que vive completamente desconectada de la realidad.

Apoyo un hombro contra una de las columnas del salón mientras observo el lugar otra vez.

Y a ellos.

A todos ellos.

Los hombres se ríen demasiado bajo y las mujeres con demasiada perfección.

Aquí nadie parece espontáneo, es más, aquí nadie parece ni siquiera borracho.

Miro mi vaso vacío y resoplo por la nariz.

No. Definitivamente, borrachos tampoco.

La encuentro otra vez antes incluso de decidir buscarla.

Rubia, vestido negro, copa entre los dedos y esa sensación constante de estar ligeramente desplazada del resto del mundo.

Sigue hablando con la chica pelirroja, aunque ya no parece tan centrada en la conversación.

O quizá soy yo imaginándomelo.

Puede ser.

Debería dejar de mirarla, más no lo hago.

—Vale, definitivamente te has aburrido.

La voz aparece a mi lado y esta vez sí reconozco a Sergio antes incluso de girarme.

—¿Se nota mucho?

—Miras alrededor como si estuvieras calculando cuánto costaría quemar el edificio.

No puedo evitar soltar una risa corta.

—Tentador.

Sergio sonríe apenas y se coloca a mi lado con otra copa en la mano.

Va igual de impecable que antes.

Qué agotamiento de gente.

—¿Qué te parece el club? —pregunta.

Miro alrededor una vez más.

—Parece un museo donde han encerrado a empresarios ricos para que se reproduzcan entre ellos.

Eso le hace reír de verdad.

Bien.

Por lo menos uno de aquí todavía conserva algo de alma.

—Antonio estaría fascinado contigo —dice.

—Antonio estaría muerto igual.

Sergio se atraganta un poco con la bebida y niega lentamente con la cabeza.

—Hostia… ahora entiendo por qué Ignacio quiere matarte.

Ah.

Por fin alguien habla claro.

—¿Está muy jodido conmigo?

—Digamos que no esperaba compartir el consejo contigo.

—Yo tampoco esperaba compartir nada con él y aquí estamos.

Sergio vuelve a reírse.

Y entonces ocurre algo curioso: deja de mirarme como si fuera un problema y empieza a mirarme como si fuera… interesante.

Mala idea.

Para él, para mí y para todos, probablemente.

—Ven —dice después de unos segundos—. Te voy a explicar quién es quién antes de que acabes insultando accidentalmente a algún ministro o algo peor.

—¿Hay algo peor?

—Los inversores suizos.

Eso me hace sonreír y accedo a caminar junto a él sin sentir que estoy atravesando territorio enemigo.

Más o menos.

Sergio va señalando discretamente grupos de personas mientras avanzamos despacio entre conversaciones elegantes y sonrisas falsas.

—Ese de allí controla media hostelería de lujo en Madrid.

Asiento.

—Ese otro está metido en política hasta el cuello.

Asiento otra vez.

—Y aquel lleva años fingiendo que no consume cocaína como si nadie pudiera verle la nariz. Pero suele ser tema tabú.

Lo miro de reojo y ahora es cuando caigo.

¡Ya sé de qué me suena su cara!

—Vale, ahora sí estamos hablando mi idioma.

Sergio suelta una carcajada breve.

—Sabía que terminarías cayéndome bien.

—No te equivoques —le espeto—, para mí eres uno más.

—¿Debo pensar entonces que me usas para sacar información de la élite? —se ríe con sorna—. Créeme, heredero, no pasas desapercibido. Te huelen, te olemos, mejor dicho.

Mala señal.

Muy mala señal.

¿Este tío se está poniendo a malas conmigo?

Sonrío con amargura, conteniéndome.

Te aseguro que no le conviene para nada ponerse a malas conmigo.

—¿De verdad? —pregunto, pero no me responde, por lo que añado—: ¿Sabes? Me sonaba tu cara de algo, y ahora ya sé de qué.

—¿No me digas? No soy ningún soplón.

—Creo que te conviene serlo conmigo, no vaya a ser que se entere toda esta gente perfecta de que te vendí un pollo hace poco.

El color de su cara cambia en un segundo.

—No le vendría bien a mi reputación —dice serio, muy serio.

—Veo que nos entendemos —digo, invitándolo a seguir caminando junto a mí.

Seguimos avanzando entre grupos y nombres que olvido prácticamente al instante.

No porque no me interesen, sino porque no pienso quedarme aquí el tiempo suficiente como para necesitar recordarlos.

Y entonces Sergio baja un poco la voz.

—La rubia es Genoveva Santos.

Mi cuerpo se queda quieto antes que mi cabeza, porque ese nombre sí me interesa y mis músculos parecen reaccionar ante su sola mención.

Genoveva.

Santos.

Ah.

Miro hacia ella automáticamente y, como si lo notara, levanta la vista.

Otra vez.

Joder.

Esta vez la distancia es menor, mucho menor, y puedo observarla bien ahora: los ojos claros, la mandíbula ligeramente tensa alrededor de la copa, la forma en la que aparenta calma mientras algo dentro de ella parece estar en otra parte completamente distinta.

No parece feliz, ni cómoda ni enamorada de este sitio como todos los demás, y eso me desconcierta más de lo que debería.

—La hija de Ignacio —añade Sergio.

Claro, por supuesto.

Tenía que ser eso, tenía que ser exactamente eso.

Porque el universo aparentemente se aburre muchísimo conmigo últimamente.

—¿Y el novio? —pregunto antes de pensar si debería hacerlo.

Sergio sigue mi mirada.

—Federico Fernández… Futuro marido perfecto. Pack completo. O eso quiere Ignacio, pero no los he visto besarse ni una sola vez.

La forma en la que lo dice deja claro que ni él mismo se cree demasiado el personaje.

Aparto la mirada y vacío el resto del *jagger* de un trago.

Qué buena idea, Oliver, sentirte atraído precisamente por la hija del hombre que quiere echarte del consejo.

Espectacular.

—No pongas esa cara —dice Sergio.

—¿Qué cara?

—La de "voy a tomar una decisión pésima y encima voy a disfrutarla".

No respondo, porque el muy cabrón igual tiene razón.

Y entonces sucede.

No sé si Ignacio llevaba rato observándome o si simplemente ha decidido que ya ha tenido suficiente.

Pero se mueve directamente hacia nosotros y el salón entero parece notarlo.

Es curioso cómo funciona el poder: no necesita anunciarse, la gente simplemente se aparta.

¿Harían lo mismo en presencia de Antonio Santamaría?

Levanto la vista despacio mientras se acerca.

Traje oscuro impecable y expresión perfectamente controlada, pero los ojos… los ojos son otra cosa.

Ahí sí hay rabia.

Fría y elegante, pero rabia igualmente.

Y justo a su lado aparece ella, su hija Genoveva.

Veva.

No sé por qué mi cerebro decide quedarse con ese diminutivo sin permiso.

Ella también me está mirando ahora y entonces vuelve esa sensación, ese golpe extraño en el pecho, como si algo no terminara de encajar bien desde que he entrado aquí.

Ignacio se detiene frente a mí, pero no me dedica ni una sonrisa, ni siquiera un gesto educado.

Nada.

Sergio carraspea suavemente.

—Ignacio…

Pero él no aparta los ojos de mí.

—Así que tú eres Oliver Luque.

Sostengo su mirada sin moverme.

—Depende de quién pregunte.

Noto a Sergio tensarse apenas a mi lado.

Genial.

Ignacio me observa unos segundos más, midiéndose, calculando y decidiendo si soy un error temporal o un problema real.

—Soy Ignacio Santos.

—Sí. Ya he imaginado que no eras el camarero.

Sergio baja la cabeza disimulando una sonrisa y, por el rabillo del ojo, veo cómo Genoveva contiene la respiración apenas un instante.

Ignacio, sin embargo, ni pestañea.

Qué control tiene, el cabrón.

—Antonio hablaba poco de ti —dice finalmente.

—Eso nos convierte en dos.

Esta vez sí, esta vez noto el golpe pequeño y preciso.

La mandíbula de Ignacio se tensa apenas un segundo.

Es una victoria mínima, pero suficiente.

—Supongo que todo esto debe de ser abrumador para alguien como tú —continúa.

El "alguien como tú" me toca los cojones, esa diferencia de clases servida en copa de cristal.

Sonrío con chulería, aunque intento que sea mínima.

—Depende. Yo estoy acostumbrado a trabajar para vivir. Imagino que eso ayuda con la presión.

Sergio directamente se atraganta con la bebida.

Y entonces sucede otra cosa: la miro a ella.

No quería hacerlo, pero no puedo evitarlo, y Genoveva me está mirando como si acabara de ver algo que no sabía que existía.

Lo hace con… curiosidad, pero con una peligrosidad que cambia las cosas.

Ignacio da un paso apenas perceptible hacia mí.

—El consejo requiere cierta preparación.

—Pues menos mal que llevo toda la vida preparándome para aguantar gente con complejo de superioridad.

Vale.

Quizá esto ha sido demasiado, pero ya es tarde.

El silencio alrededor se vuelve más denso y noto cómo algunas personas nos observan discretamente, al contrario de otras que han dejado de fingir que no escuchan.

Perfecto.

Qué noche tan agradable.

No aparto la mirada y él tampoco, porque esto ya no va solo de empresas, dinero o Antonio Santamaría.

Es territorio, orgullo y poder, y los dos lo sabemos.

Entonces ocurre algo que no esperaba, y es que Genoveva habla.

—Papá.

Solo una palabra, pero suficiente.

Ignacio gira apenas la cabeza hacia ella y el momento se rompe lo justo para que el aire vuelva a moverse.

Ella da un pequeño paso hacia delante y, por primera vez desde que estoy aquí, la tengo realmente cerca.

Perfume suave, champán y algo más difícil de explicar que no encaja con el resto del sitio.

Sus ojos vuelven a mí apenas un instante y esta vez no hay sorpresa, sino conciencia.

Ya nos hemos visto los dos y ambos lo sabemos.

—Creo que quieren hablar contigo —dice ella mirando a su padre.

No sé si intenta salvar la situación o salvarme a mí, pero funciona..

Ignacio sigue mirándome unos segundos más antes de apartarse.

—Esto no ha hecho más que empezar, Oliver.

Ah.

Amenazas elegantes.

Qué ambiente tan sano.

Sonrío apenas.

—Eso espero.

Y cuando se alejan, noto algo peligrosísimo: ya no tengo ningunas ganas de irme.

16
Veva

El baño del Club Santamaría es de mármol blanco, luz cálida y flores frescas colocadas en jarrones imposiblemente discretos.

Maira entra detrás de mí empujando la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Vale —dice nada más cerrarse—. Necesito analizar esta catástrofe inmediatamente.

Me apoyo sobre el lavabo soltando aire despacio.

—No sé de qué hablas.

—Genial. Empezamos con negación. Mi fase favorita.

Ruedo los ojos y levanto la vista hacia el espejo.

Error.

Porque entonces me veo y me doy cuenta de que hay algo raro en mi cara.

No estoy despeinada, ni roja, ni tengo algo entre los dientes, no tiene que ver con nada de eso. Es más, no parece que haya pasado nada.

Pero sí ha pasado, lo admito, y mi cuerpo todavía no sabe muy bien qué hacer con ello.

Me quito uno de los pendientes lentamente mientras intento ignorar la sensación absurda de calor bajo la piel.

—No pongas esa cara —dice Maira acercándose.

—¿Qué cara?

—La de "acabo de desarrollar un problema emocionalmente devastador".

Suelto una risa breve, tan incrédula como nerviosa.

—Eres insoportable, te lo digo de verdad —me quejo.

—Y tú acabas de mirar a ese hombre como si fueras a cometer un delito y quisiera que te pusiera las esposas por mala conducta.

Me giro hacia ella demasiado rápido.

—No he hecho eso —me defiendo avergonzada.

Maira me dedica una mirada larguísima, compasiva incluso, como si acabara de ver a una niña pequeña intentando mentir después de pintar una pared entera.

—Veva… por favor, he visto menos tensión sexual en películas prohibidas para menores.

—No había tensión sexual —protesto, y mi voz sale más aguda de lo que debería.

Estoy haciendo el ridículo con mi mejor amiga.

¿Lo habré hecho también delante de él?

Señor, espero que no.

—Ah, claro. Entonces tu padre casi mata a un camarero inocente por pura casualidad después de ese encuentro.

Resoplo apartándome del espejo.

—No sé qué me pasa. No entiendo absolutamente nada de lo que acaba de ocurrir ahí fuera.

Maira baja un poco el tono al verme seria de verdad.

—Vale —dice acercándose un poco más—. Cuéntamelo.

Me río sin humor.

—Ese es el problema. No tengo nada que contar.

Y qué ridículo suena eso cuando hace apenas unos minutos he sentido literalmente cómo algo me explotaba dentro del pecho solo porque un desconocido me sostenía la mirada.

Me apoyo contra la encimera cruzándome de brazos. Necesito frío, aire, un coco tailandés bien helado u otra personalidad, quizá.

—No es mi tipo —murmuro.

Maira directamente se atraganta con su propia saliva.

—¿Perdona?

—No lo es.

—Veva, cariño... Ese hombre es el pecado original hecho persona.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué narices significa eso?

—¡Pues eso! Que parece el tipo de hombre con el que acabarías tatuándote algo en una noche y llorando después en terapia.

—Estás exagerando —digo haciendo un ademán con la mano, intentando quitarle toda la importancia posible.

—No, amor. Tú llevas toda la noche actuando como si te hubieran dado un calambrazo en las bragas.

—¡MAIRA!

Una mujer sale de uno de los habitáculos justo en ese momento y nos mira horrorizada antes de lavarse las manos rápidamente y desaparecer.

Perfecto.

Maira ni siquiera pestañea, la muy descarada.

—No me mires así, solo estoy describiendo una situación clínica.

Me llevo las manos a la cara un segundo.

Dios mío.

—No entiendo qué ha sido eso —admito al final, más bajo esta vez.

Y ahora sí, ahora desaparece parte de la broma de la expresión de Maira porque me conoce muchísimo y sabe perfectamente lo raro que es esto en mí.

—Vale —dice despacio—. ¿Te ha gustado?

Abro la boca y la cierro acto seguido sin verbalizar ninguna clase de sonido, porque la respuesta es muchísimo más complicada que un sí o un no.

No se trata solo de que me haya parecido atractivo.

Es otra cosa mucho peor.

—Me ha puesto nerviosa —termino diciendo.

Maira arquea lentamente las cejas.

—Vaya.

Sí.

Vaya…

Me aparto el pelo de la nuca sintiendo otra vez ese calor absurdo subiéndome por el cuello.

—Y no entiendo por qué —añado rápidamente—. Ni siquiera ha hecho nada.

Pero mientras lo digo, recuerdo perfectamente la forma en la que me ha mirado: directa y sin esfuerzo.

Además, no ha intentado impresionarme como el pobre de Fede intenta todos y cada uno de los días de su existencia.

Ese tal Oliver Luque se ha comportado como si no le importara quién es mi padre, ni tampoco este sitio.

Como si no necesitara caerle bien a nadie y eso… es nuevo.

—Vale, voy a decir algo importante y necesito que no entres en pánico —dice Maira muy seria de repente.

—¿Qué? —digo soltando un suspiro y rodando los ojos hacia arriba.

—Creo que acabas de sentir algo de verdad por primera vez en tu vida.

La miro horrorizada.

—No digas eso.

—¿Por qué? ¿Porque tengo razón?

—Porque es ridículo.

—No, cariño. Ridículo es que llevemos años hablando de hombres como quien habla del tiempo porque ninguno te provoca absolutamente nada.

Aprieto los labios porque vuelve a tener razón, y odio muchísimo cuando tiene razón.

Me giro otra vez hacia el espejo y me observo de nuevo.

Genoveva Santos sigue ahí con su vestido perfecto, su maquillaje perfecto y su pelo perfecto, pero ahora hay algo distinto en mis ojos.

Algo más vivo y desordenado.

Y eso me asusta un poco.

—Además —continúa Maira apoyándose a mi lado—, el universo tiene un sentido del humor increíble.

—¿Qué quieres decir?

—Que justo el primer hombre que consigue descolocarte resulta ser el hijo secreto del socio de tu padre. Su enemigo, vamos…

Cierro los ojos un segundo.

Visto así… ¡madre mía!

—No va a pasar nada —murmuro.

Maira sonríe lentamente, la muy bruja.

—Claro que va a pasar algo.

—No.

—Veva, te conozco y tú no miras así a nadie.

Trago saliva, porque quizá ese es el verdadero problema.

Me quito el otro pendiente intentando recolocarme por dentro.

Necesito volver a ser yo: la de siempre, la sensata y la correcta.

La que jamás complicaría su vida por un hombre que parece capaz de incendiarle el club a su padre solo por diversión.

—Tenemos que volver fuera —digo finalmente, necesito acabar con esta conversación.

—Cobarde.

—Realista, Maira.

—Uy, peor todavía.

Suelto aire por la nariz intentando ignorar la sonrisa que amenaza con escapárseme.

Luego salimos otra vez hacia el salón y todo parece seguir igual de inalterable como minutos antes, cuando entramos, como si nada hubiera cambiado.

No obstante, yo sí noto el cambio en la piel, en el pecho y en la forma absurda en la que mis ojos lo buscan automáticamente entre la gente antes incluso de que pueda impedirlo.

Y entonces ocurre otra cosa todavía peor, y es que no lo encuentro.

Mi cuerpo se tensa apenas un pequeño y ridículo instante.

No.

Lo peor no es dejar de verlo, es notar que sigo buscándolo igual.

17
Oliver

El reloj de la cocina marca casi la una de la madrugada cuando entro en casa y, sinceramente, después de la noche que acabo de tener, esperaba encontrarme silencio, paz, no sé… algo mínimamente parecido a la estabilidad emocional.

No obstante, lo que me encuentro es a Marisa sentada encima de la encimera con un aro de luz delante, unos parches brillantes debajo de los ojos, una bata rosa con plumas que parece robada de un divorcio millonario y el móvil apoyado sobre una caja de cereales.

Está grabando un TikTok.

Otra vez.

—Géminis, hijo de mi vida… vos no podés seguir bloqueando gente y después stalkeándole el Instagram a las tres de la mañana porque eso energéticamente es un papelón.

Me quedo quieto en la entrada, impactado, por lo que parpadeo lentamente.

Mi madre levanta la vista desde la mesa de la cocina, donde tiene una taza de manzanilla entre las manos.

—No preguntes —dice directamente, negando con la cabeza.

Ella hace tiempo que se ha rendido con Marisa, claro.

—Estoy trabajando —responde Marisa levantando un dedo dramáticamente sin dejar de mirar al móvil—. Los argentinos me dan muchísimas más visualizaciones.

—Eso tiene que ser ofensivo en algún nivel —murmuro quitándome la chaqueta.

—Shhh. Estoy canalizando.

Claro, ella sigue metidísima en personaje.

—Y además, Géminis, dejame decirte algo: si te escribe "qué hacés" a las dos de la mañana, no es amor, ¡es aburrimiento, pelotudo!

Pulsa el móvil y me hace pensar que eso significa el fin del video.

Luego gira la cabeza hacia mí.

—¡YA ESTÁ AQUÍ EL HEREDERO MALDITO! —grita señalándome con una cuchara.

Doy un respingo del susto.

¿De dónde ha sacado la cuchara de repente?

—¿Tú estás bien?

—No —responde muy seria—. Llevo dos horas esperando cotilleo de ricos.

Mi madre suspira.

Dejo las llaves sobre la mesa y me aflojo la corbata mientras noto el cansancio golpeándome de repente.

Joder.

No sabía que fingir tolerancia social agotara tanto.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta mi madre con calma.

Me río, pero lo cierto es que no ha tenido ni puta gracia.

—Creo que he amenazado indirectamente a un multimillonario delante de media élite madrileña.

Marisa abre muchísimo los ojos.

—¡Ay, Dios mío, estoy orgullosísima!

—No deberías.

—Claro que sí. La revolución empieza así.

Mi madre me mira por encima de la taza.

—¿Lo dices en serio? —pregunta preocupada.

—No ha sido para tanto —respondo al tiempo que me apoyo sobre la encimera y abro la nevera buscando agua.

—Vale —dice Marisa bajándose de un salto—. Empieza desde el principio y no te dejes nada. Quiero detalles. Absolutamente todos los detalles.

—¿Qué detalles? Simplemente no se esperaba que tuviera ese tipo de respuestas. ¿Acaso debía hacerme pequeño ante él? ¡Me importa una mierda quien sea! Y le tocará tragar conmigo… Entonces ella habló y terminó esa especie de guerra verbal absurda con su padre.

Mi madre frunce el ceño inmediatamente.

—¿Ella?

Me quedo quieto con la botella de agua en la mano.

Mierda.

Mi madre frunce ligeramente el ceño.

—¿Quién es ella?

—¿Ella? ¿Ha dicho ella? ¡ELLA! —exclama Marisa—. Espera, voy a ponerme un chupito de licor de mora, esto promete.

Bebo agua directamente de la botella mientras intento ignorar el calor incómodo que me sube por la nuca.

—La hija de Ignacio Santos —digo con la boca pequeña, maldiciéndome por haberla abierto.

¡Mi boca, no a Genoveva Santos!

A ella no me gustaría abrirle las piernas.

Bueno, quizá sí.

Un poco.

Solo un poco.

Vale.

Voy a parar.

NECESITO parar.

Y entonces ahora sí se quedan las dos calladas un segundo.

Mi madre deja la taza sobre la mesa despacio.

—Oliver, eso no te conviene.

Suelto una carcajada cansada.

—Créeme, ya lo sé.

Porque lo sé perfectamente.

Y aun así, cierro los ojos un segundo y vuelvo a verla: vestido negro, ojos claros y esa cara de no terminar de pertenecer a ese sitio tampoco.

Joder.

—¿Y cómo es? —pregunta Marisa de repente.

—¿Quién?

—La futura ruina de tu estabilidad emocional, Oliver. Concéntrate.

Mi madre le dedica una mirada de advertencia que no sirve absolutamente de nada.

—No sé —respondo al final.

Y eso es lo peor.

Porque normalmente entiendo rápido a la gente, pero ella… ella no.

—No parece una de ellos del todo.

Marisa me mira como si acabara de decir algo importantísimo, y probablemente lo he hecho.

—¿Guapa? —pregunta inmediatamente después.

—Marisa…

—¡Necesito contexto visual!

Resoplo apoyándome contra la encimera.

—Sí. Supongo.

—"Supongo", dice el desgraciado —se lleva una mano al pecho fingiendo indignación—. Este hombre acaba de mirar al vacío como un protagonista de Netflix y pretende hacerme creer que "supone".

No puedo evitar reírme y mi madre también sonríe un poco esta vez.

Traidoras las dos.

—Además —continúa Marisa acercándose—, tú nunca te fijas en nadie.

Ahí se hace un pequeño silencio.

Tiene razón y todos lo sabemos.

Las pocas veces que he estado con alguien ha sido… fácil, físico y rápido.

—¿Y el padre? —pregunta mi madre con más cuidado ahora.

Mi sonrisa desaparece un poco.

Ah.

Ignacio Santos, el hombre que parece capaz de demandarte solo con mirarte.

Me paso una mano por la mandíbula recordando el momento.

—No está contento.

—Normal —dice Marisa—. Eres literalmente el hijo secreto pobre que ha aparecido para arruinarle el Monopoly.

Y lo peor es que explicado así suena hasta razonable.

—¿Te da miedo? —pregunta mi madre bajito.

La miro unos segundos.

Luego me río otra vez, pero de forma más seca.

—No.

Y es verdad, no me da miedo, me cabrea, eso sí, porque hombres como Ignacio Santos llevan toda la vida decidiendo cómo funciona el mundo mientras gente como nosotros aprende simplemente a sobrevivir dentro de él.

Y ahora resulta que tengo sitio en su mesa.

Qué mala suerte para ellos.

Marisa vuelve a subirse a la encimera cruzando las piernas.

Pero entonces, de repente, abre muchísimo los ojos.

—Esperá.

¿Otra vez con el acento argentino?

—¿Qué? —pregunto ya cansado.

—Necesito hacer una consulta astral urgente.

Mi madre suspira directamente antes incluso de que ocurra.

Marisa coge una baraja del tarot que aparece mágicamente de no sé dónde tras beberse por fin el chupito de licor de mora y empieza a barajar cartas con dramatismo excesivo.

—Marisa, no.

—Callate. Los espíritus están trabajando.

—Los espíritus deberían dormir.

—Ángeles, arcángeles… —dice poniendo otra vez ese acento argentino absurdo— ¿qué viene para Capricornio?

—Ni siquiera soy Capricornio.

—No interrumpás la vibra.

Empieza a sacar cartas sobre la encimera mientras yo me apoyo resignado frente a ella.

—A ver… tenemos conflicto… tensión masculina… claramente una figura paternal traumática…

—Vaya novedad.

—Shhh.

Saca otra carta y entonces pega un grito.

—¡LA EMPERATRIZ!

Doy un respingo.

Otra vez.

A este paso soy yo quien debería ir buscando un heredero.

—¿Puedes dejar de hacer eso?

—¡Nines! ¡Tenemos a La Emperatriz en juego!

Mi madre se masajea las sienes.

—No quiero saber qué significa eso.

—Significa mujer importante, energía femenina fuerte y deseo.

Cierro los ojos un segundo.

No puedo con mi vida.

Marisa me señala con una carta.

—Este hombre ya está obsesionado.

—No estoy obsesionado.

—Oliver —dice mi madre lentamente—. La has mencionado, y eso ya es mucho, pero además has dicho que no parece como los demás.

Mierda.

Y Marisa vuelve a gritar.

—¡LA EMPERATRIZ, NINES! ¡TE ESTOY DICIENDO QUE LAS CARTAS NO FALLAN!

—Marisa, por favor…

—¡Además es rubia! ¡Las rubias salen muchísimo en el tarot dramático! ¿A que es rubia?

No puedo evitar reírme.

Joder.

¿Esto va en serio?

Estoy cansado, confundido y probablemente metiéndome en el peor lío posible, pero hacía muchísimo tiempo que no me reía así.

Marisa vuelve a ponerse seria de repente, peligrosamente seria, si me preguntas.

—Vale —dice dejando el mazo de cartas sobre la mesa—. Entonces la pregunta importante es otra.

La miro y ella sonríe lentamente.

Coño, qué miedo me está dando.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Suspiro y pienso en el club, en Ignacio, en el consejo y en Antonio Santamaría intentando controlar todo incluso después de muerto.

Pienso en Genoveva mirándome como si acabara de descubrir algo que no sabía que existía.

Y entonces sonrío apenas.

—Todo lo contrario a lo que él querría.

18
Veva

Algunos días después

Lo peor no es haber vuelto a pensar en él, que lo he estado haciendo, sino la cantidad de veces que he intentado que esto no suceda.

Porque una cosa es que alguien te llame la atención unos minutos en un evento aburrido lleno de empresarios con problemas de ego y otra muy distinta es descubrir, días después, que sigues recordando exactamente cómo te miró un desconocido mientras intentas elegir qué café pedir en una cafetería.

Eso ya me parece humillante y profundamente irritante.

¿Qué diablos me pasa con ese chico?

Estoy sentada en el escritorio de mi habitación con el portátil abierto delante y el mismo correo sin responder desde hace veinte minutos.

Bueno.

Veintisiete.

No porque sea importante, sino porque llevo exactamente veintisiete minutos leyendo la misma frase sin enterarme de absolutamente nada.

Mi cerebro ha decidido abandonar cualquier actividad útil para dedicarse exclusivamente a recordarme cosas completamente innecesarias.

La forma en la que Oliver Luque me sostenía la mirada, su voz, su mandíbula tensa, la cicatriz en su ceja y la manera de responderle a mi padre.

Y eso debería parecerme insoportable.

Según las leyes de la élite madrileña, claro.

Debería.

Pero no.

Y ese es precisamente el problema.

Resoplo cerrando el portátil de golpe.

Necesito salir de mi cabeza urgentemente antes de acabar desarrollando un trastorno.

Me levanto de la silla y camino descalza por la habitación intentando distraerme con cualquier cosa: el móvil, la ropa tirada sobre el sillón, las vistas del jardín, lo que sea.

Spoiler: fracaso estrepitosamente, porque entonces vuelvo a recordarlo diciendo: "Estoy acostumbrado a trabajar para vivir."

Y otra vez esa sensación rara, ese golpe incómodo debajo de las costillas.

No entiendo por qué me afectó tanto esa frase.

Quizá porque nadie habla así delante de mi padre o porque todo el mundo aquí mide cada palabra antes de decirla y Oliver parecía incapaz de suavizarse aunque le apuntaran con una pistola.

Llaman a la puerta antes de que pueda seguir pensando estupideces.

—Adelante.

Mi padre entra sin esperar realmente permiso, claro.

Lleva el teléfono en una mano y varios documentos en la otra.

Ni siquiera sé cómo consigue parecer tan impecable constantemente. Creo que si un día se incendiara Madrid entera él seguiría oliendo a colonia cara y nunca a gasolina.

—Esta noche viene el consejo a casa.

Parpadeo un par de veces.

—¿Y eso?

—Hay asuntos pendientes relacionados con la reorganización de las sociedades de Antonio.

Ah.

Claro.

La maravillosa herencia maldita.

Mi padre deja los papeles sobre el escritorio y entonces me mira directamente.

Demasiado directamente.

—Y Oliver Luque estará presente.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro, apenas un pequeño tirón en el estómago.

Ridículo, maldita sea. Esto es completamente ridículo.

Cruzo los brazos intentando aparentar una normalidad que claramente no siento.

—¿Y qué pasa?

Papá sostiene mi mirada unos segundos.

—Y esta vez preferiría que no interrumpieras cuando estoy hablando con uno de los socios.

La pulla llega con suavidad, quizá por eso me duele más.

Frunzo ligeramente el ceño.

—No sabía que mirar a alguien cinco segundos contaba como intervención empresarial.

—Genoveva —lo dice con tono de advertencia, algo así como: "no conviertas esto en una discusión".

Me apoyo contra el escritorio sosteniéndole la mirada.

—Descuida. Intentaré no provocar una crisis financiera con la mirada.

Su mandíbula se tensa apenas un segundo.

Me muerdo la sonrisa para no dedicársela, porque esto ha sido claramente una victoria.

Pequeñísima, eso sí, pero absurdamente satisfactoria.

Qué contestona estás, Veva, pienso.

—No estoy bromeando —dice finalmente—. Ese chico no entiende cómo funciona este entorno.

Y hay algo en la forma en la que pronuncia "ese chico" que me molesta muchísimo más de lo que debería.

Como si Oliver fuera una especie de accidente desagradable o como si pertenecer a otro mundo automáticamente lo hiciera inferior.

—Quizá precisamente por eso resulta interesante —respondo antes de pensar si debería hacerlo.

Mierda.

Mi padre me observa completamente quieto.

—No confundas interesante con peligroso.

Y después sale de la habitación dejándome sola con esa frase flotando en el aire.

Peligroso.

La palabra se me queda pegada en la piel incluso después de que cierre la puerta.

Quizá tiene razón y Oliver Luque es exactamente eso, pero lo peor no es el peligro. Lo peor, sin embargo, es que una parte de mí, la más irracional, quiera acercarse igualmente.

*

La biblioteca huele a madera oscura, whisky caro y libros que probablemente nadie ha leído completos desde hace años.

Siempre me ha gustado esta habitación.

Cuando era pequeña me escondía aquí para evitar cenas eternas con empresarios y matrimonios insoportables. Mi niñera me encontraba casi siempre sentada en el suelo entre las estanterías leyendo cualquier cosa que pillara.

Papá, en cambio, nunca ha entendido cómo alguien puede entrar en una biblioteca sin intención de impresionar a otra persona.

Las luces están bajas cuando entro.

Todavía falta un rato para que llegue el resto del consejo y necesito cinco minutos de paz antes de volver a convertirme en la versión socialmente aceptable de mí misma.

Me acerco al mueble bar buscando agua, y es entonces cuando escucho una voz detrás de mí.

—Empiezo a pensar que apareces siempre antes de que mi noche se complique.

El corazón me da un golpe completamente innecesario.

Me giro demasiado rápido.

Oliver está apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos y esa expresión entre cansada y peligrosamente divertida que ya empiezo a reconocerle.

Va sin corbata esta vez.

Mucho peor para mi estabilidad emocional, sinceramente.

—Y yo empiezo a pensar que tú tienes una obsesión rarísima con incendiar sitios —respondo intentando sonar tranquila.

Él sonríe solo un poquito, pero suficiente para notar un respingo en la boca del estómago.

Santo Dios… ¿de verdad era tan guapo o mi cerebro acaba de sufrir una avería?

—Me pareció que estabas de mi parte o algo así.

El muy cabrón lo dice tranquilo, como si no acabara de lanzarme una bomba directamente al pecho.

Me apoyo contra el mueble bar intentando ignorar el calor absurdo que me sube por el cuello.

—No estaba de parte de nadie.

—Claro.

Su tono deja clarísimo que no me cree ni un poco y eso me pone nerviosa.

Muchísimo, a decir verdad, porque yo tampoco estoy segura de creerme a mí misma.

Oliver avanza un poco dentro de la biblioteca mirando alrededor.

—Tu padre tiene más libros que escrúpulos.

No puedo evitar reírme.

Una risa real, la primera completamente espontánea del día.

Él levanta la vista hacia mí al escucharla y hace volver otra vez esa sensación: la tensión, la curiosidad y la impresión de que todo esto podría descontrolarse rapidísimo si ninguno de los dos tuviera cuidado.

Mala suerte para nosotros: empiezo a sospechar que ninguno piensa tenerlo.

¿O es solo mi deseo el que habla?

Debo haberme vuelto completamente loca.

19
Oliver

La casa de Ignacio Santos parece uno de esos sitios donde hasta romper un vaso debe costar más que mi factura de luz.

Todo es demasiado silencioso, limpio y caro.

Un hombre uniformado me abre la puerta principal antes de que me dé tiempo a tocar el timbre, lo cual me parece inquietante por varios motivos.

—Señor Luque —dice con educación perfecta—. Sígame a la biblioteca, la junta se celebrará allí.

Joder.

Todavía no me acostumbro a que la gente pronuncie mi apellido como si de repente significara algo.

Entro quitándome la chaqueta despacio mientras observo alrededor.

Madera oscura, arte moderno y lámparas que probablemente cuestan más que un coche biplaza.

Y aun así, lo único que pienso es que qué agotamiento de gente rica, de verdad.

Sigo al hombre que me va guiando por el pasillo hasta llegar a la sala llena de libros, le doy las gracias y es entonces cuando la veo.

Genoveva.

Está junto al mueble bar de la biblioteca con el pelo rubio algo más suelto que la otra noche.

Error gravísimo para mi estabilidad mental.

Nuestros ojos se encuentran apenas un segundo y siento de nuevo ese tirón extraño y adictivo al mismo tiempo.

Dios.

—Empiezo a pensar que apareces siempre antes de que mi noche se complique —le digo apoyándome en el marco de la puerta.

Ella se gira demasiado rápido.

Bien.

No soy el único afectado por esta mierda rara.

—Y yo empiezo a pensar que tú tienes una obsesión rarísima con incendiar sitios.

Sonrío apenas, solo un poco, pero suficiente para notar cómo algo le tiembla en la mirada.

¿En otros sitios también?

Hostia, estoy enfermo.

—Me pareció que estabas de mi parte o algo así.

La forma en la que se apoya contra el mueble bar intentando aparentar normalidad me hace muchísima gracia, porque no le sale.

Probablemente a mí tampoco.

—No estaba de parte de nadie.

Claro y yo soy experto en ballet clásico.

Avanzo un poco dentro de la biblioteca observando alrededor.

—Tu padre tiene más libros que escrúpulos.

Y entonces se ríe, pero se ríe de veras, nada de sonrisas educadas ni gestos medidos.

Una risa real.

Bonita, además.

Qué mala suerte la mía.

La miro un segundo de más y ella también lo nota.

Claro que lo nota.

Y justo ahí aparece otra voz desde el pasillo.

—Veo que he interrumpido algo.

Genial.

Duración oficial de intimidad: treinta y siete segundos.

Ezequiel aparece ajustándose los gemelos con esa tranquilidad peligrosa de la gente que observa demasiado y habla poco.

Sus ojos pasan de ella a mí apenas un instante.

Y entonces sonríe.

Traidor.

—¿Siempre entra así en las habitaciones o hoy está haciendo una excepción por entretenimiento personal? —pregunta Genoveva intentando recuperar compostura.

Ezequiel se ríe discretamente.

—Créame, señorita Santos, si quisiera entretenerme habría traído palomitas.

Resoplo por la nariz.

El muy cabrón está disfrutando esto muchísimo.

—El consejo ya está esperando —dice entonces mirándome—. Y algunos socios empiezan a ponerse nerviosos cuando pasan más de diez minutos sin hablar de dinero.

—¿No era aquí? Un tío de la entrada me ha traído aquí.

Ezequiel rueda los ojos hacia arriba.

—El señor Santos ha cambiado de opinión y ahora prefiere que sea en el salón principal. Vamos, están esperando.

—Pobrecitos.

Genoveva baja la mirada un segundo intentando esconder otra sonrisa.

Mierda.

Eso me gusta más de lo que debería y Ezequiel lo nota todo, absolutamente todo.

Estoy empezando a sospechar que este hombre podría trabajar para la CIA perfectamente.

—Intenten no incendiar nada antes de entrar —dice mientras abre la puerta de la biblioteca. Y luego añade completamente serio: —Al menos no hasta después del segundo whisky.

Entro detrás de él todavía notando a Genoveva demasiado cerca.

Muy mala idea.

El salón principal parece exactamente lo que esperaba: hombres ricos sentados alrededor de una mesa enorme intentando decidir el futuro del mundo mientras probablemente jamás han cogido un metro.

Perfecto.

Ignacio Santos está al fondo, recto e impecable, mirándome como si acabara de encontrar humedad en una pared recién pintada.

Sergio está un poco más a la derecha y, al verme entrar, directamente sonríe.

Mala señal.

¿Qué hace este tío aquí?

—Oliver —dice Ignacio con voz perfectamente neutra—. Tome asiento.

No “bienvenido”, ni “me alegro de verle” ni nada parecido.

Bueno, la verdad es que tampoco me sorprende.

Maravilloso ambiente familiar.

Me siento lentamente mientras noto varias miradas encima: algunos curiosos, otros incómodos y otros, como Santos, directamente molestos.

Que les follen.

Siento como si hubiera aparecido un perro callejero en una cena diplomática.

Pues sorpresa: el perro sabe morder y soy yo.

Empiezan a hablar enseguida sobre participaciones, reestructuración, fondos e inversores.

Media hora de hombres diciendo palabras larguísimas para explicar básicamente quién quiere quedarse con más dinero.

Intento no bostezar, pero lo cierto es que fracaso un poco.

Y entonces pasa algo interesante: uno de ellos empieza a hablar de reducir inversión en ciertos barrios porque “la rentabilidad social no compensa estratégicamente”.

Me quedo quieto.

Ah.

Vale.

Ya estamos.

Ignacio asiente ligeramente mientras otro hombre habla de “optimización territorial”.

Qué forma tan elegante de decir: “que se jodan los pobres”.

Muevo la mandíbula despacio y Ezequiel me lanza una mirada de reojo.

Demasiado tarde, porque la indignación se me atasca en la garganta.

—¿Rentabilidad social? —pregunto apoyándome hacia atrás en la silla—. Qué alivio. Pensaba que aquí nadie sabía que existía gente fuera del barrio Salamanca.

Silencio.

Sergio se tapa media sonrisa con el vaso, uno de los otros hombres carraspea incómodo e Ignacio me mira directamente.

—Estamos hablando de estrategia empresarial.

—Mira… Nacho… —intento decir.

—Ignacio —me interrumpe, con la misma cara que se si hubiera metido un palo de escoba por el recto.

—Vale, Ignacio. No, ustedes están hablando de quitar inversión a barrios donde la gente ya vive jodida mientras llaman "reestructuración" a sentirse menos culpables.

Vale.

Quizá eso ha sido muchísimo, peeeero ya es tarde, porque ahora toda la mesa me está mirando, y parece que nadie está acostumbrado a que alguien diga las cosas así: sin adornos, sin diplomacia y sin miedo.

Uno de los socios se inclina ligeramente hacia delante.

—Entiendo que tiene una visión… emocional del asunto.

Ah.

Mira qué rápido se ponen nerviosos cuando alguien no habla como ellos.

Sonrío apenas.

—No. Lo que tengo es memoria.

Silencio otra vez, pero el de ahora es más espeso.

Es entonces cuando noto cómo la piel me hormiguea.

Levanto la vista apenas un segundo y ahí está: Genoveva.

Me mira desde el otro lado de la sala con esa expresión rara que ya empieza a repetirse demasiado entre nosotros: curiosidad mezclada con algo más peligroso.

No aparta la mirada enseguida esta vez.

Mala idea para todos.

Ignacio también lo nota, claro que lo nota, ese hombre es un perro de caza.

—Lo que Antonio construyó requiere cierta estabilidad —dice mirándome directamente—. Y estabilidad implica entender cómo funciona este entorno.

Me apoyo lentamente sobre la mesa, armándome de paciencia.

—Curioso —digo tranquilo—. Porque desde fuera parece que este entorno lleva años funcionando exactamente para la misma gente.

Sergio directamente baja la cabeza riéndose, uno de los socios bebe whisky como si quisiera desaparecer dentro del vaso y Genoveva…

Joder.

Genoveva está sonriendo.

Ignacio la ve y entiendo que cambia algo, porque esto deja de ser solo empresarial.

Ahora también es territorial y probablemente una idea de mierda.

20
Veva

Dos días después

—No pongas esa cara porque todavía no han traído el café y necesito empezar la mañana creyendo que mi vida tiene sentido.

La voz de Maira me llega desde el otro lado de la mesa mientras deja las gafas de sol sobre el mantel y vuelve a mirar el móvil con la misma intensidad que una actriz de arte dramático.

Estamos desayunando en el café del hotel Wellington, uno de esos sitios absurdamente elegantes donde hasta las tostadas parecen tener estudios universitarios y la gente habla bajito, como si el dinero pudiera asustarse con los ruidos fuertes.

Odio admitir que me gusta venir aquí.

Quizá porque todo es tan bonito y ordenado que resulta facilísimo fingir que tu vida también lo está, aunque sea mentira.

—Te estoy hablando —insiste Maira señalándome con el cuchillo de la mantequilla.

Parpadeo.

—¿Qué?

Ella entrecierra los ojos lentamente.

—Vale. Confirmado. Ya no estás entre nosotros —se santigua por hacer la coña, pero ella es de todo menos creyente.

No tiene ninguna espiritualidad, vaya.

Resoplo apoyando el codo sobre la mesa mientras aparto la mirada hacia la calle.

Madrid se mueve detrás de los cristales con esa energía elegante y caótica de los viernes por la mañana. Coches negros, gente apresurada, tacones sonando sobre la acera mojada y camareros atravesando terrazas con una coordinación casi militar.

Normalidad absoluta en todos lados, excepto dentro de mi cabeza, aquí dentro todo lleva dos días funcionando fatal.

—Estás obsesionada —dictamina Maira.

Vuelvo a mirarla horrorizada.

—No estoy obsesionada, eres tú quien parece estar drogada para decir eso.

—Veva, cariño, llevas exactamente siete minutos mirando a la nada y pensando en todo. Ignorándome, vaya. Y me aburro.

—Estoy cansada, ya está.

Maira suelta una carcajada corta.

—Sí, claro. Y yo hago pilates por salud mental y no por tener un culo de acero.

El camarero aparece justo entonces dejando nuestros cafés sobre la mesa.

Capuccino para ella, americano para mí.

Ni siquiera hace falta pedirlos ya.

Eso debería parecerme cómodo y, sin embargo, me provoca una sensación rarísima de encierro y control.

Como todo últimamente.

Maira espera a que el camarero se aleje antes de inclinarse hacia delante.

—Vale, ahora en serio, ¿cuántas veces has pensado en él desde la reunión?

Me atraganto con el primer sorbo.

Perfecto.

—Maira…

—No, no. Quiero números reales.

—No voy a responder a eso.

—Entonces muchas.

La odio.

La odio muchísimo.

Lo juro.

Porque encima tiene razón.

Lo peor no es haber pensado en Oliver Luque, sino hacerlo en momentos completamente aleatorios: en la ducha, en reuniones,

leyendo correos, escuchando a mi padre hablar e intentando dormir, sobre todo intentando dormir.

Y cada vez que aparece en mi cabeza siento exactamente la misma mezcla horrible de curiosidad, nervios y ganas de tomar decisiones cuestionables.

Maira me observa con esa sonrisa peligrosa de quien acaba de detectar sangre en el agua.

—Madre mía —susurra—. Te ha destrozado el sistema nervioso en menos de… ¿cuánto hace que lo vimos por primera vez? ¿Dos semanas? ¿Tres?

—No me ha destrozado nada.

—Veva, literalmente tienes cara de haber desarrollado una fantasía recurrente y problemas de autoestima al mismo tiempo.

Suelto una risa breve antes de poder evitarlo.

Dios mío.

—Es absurdo —murmuro bajando la mirada hacia la taza—. Ni siquiera lo conozco.

—Eso nunca ha detenido a nadie emocionalmente inestable.

Levanto los ojos hacia ella.

—Gracias por el apoyo.

—Para eso estoy.

Maira coge el móvil otra vez y entonces sonríe de golpe.

Oh, no.

Esa sonrisa no.

—¿Qué? —pregunto ya con miedo.

—Bueno… parece que tu revolucionario favorito ha vuelto a liarla.

No reacciono.

O intento no hacerlo, mejor dicho.

Fracaso, probablemente.

—¿De qué hablas?

Maira gira el móvil hacia mí y es entonces cuando veo una foto de Oliver saliendo de la reunión del consejo con el titular enorme debajo que reza:

“EL HEREDERO REBELDE QUE QUIERE CAMBIAR EL LEGADO SANTAMARÍA”

Parpadeo una vez.

Luego otra.

Maira me observa atentamente.

—Vale… esa cara sí que no me la esperaba.

No respondo enseguida, porque sigo mirando la foto.

Oliver aparece serio, despeinado, con la chaqueta sobre el hombro y cara de querer discutir con el universo entero.

No parece un empresario, más bien parece un problema.

Y, aun así…

—Está loco —murmuro.

Maira se ríe.

—No, cariño. Creo que simplemente le da igual caerle bien a la gente.

Eso es exactamente lo que me golpea de él, porque en el universo en el que me he criado, todo el mundo vive pendiente de caer bien, de encajar y mantenerse dentro del sitio correcto.

Oliver no.

Oliver entra en una habitación como si estuviera dispuesto a romperla si hace falta, y quizá por eso resulta tan difícil dejar de mirarlo.

Paso el dedo por la pantalla leyendo la noticia rápidamente.

Programas sociales, fondos, barrios vulnerables, inversión pública.

Sí, realmente es de eso de lo que hablaron.

Mi padre odió la situación, y por primera vez soy consciente de que mi padre podría empezar a perder poder.

Levanto la vista lentamente y Maira sigue observándome.

—Acabas de pensar algo gravísimo, ¿verdad?

Me río sin humor.

—No sé qué me está pasando.

—Yo sí.

Niego con la cabeza inmediatamente.

—No

—Sí.

—Maira…

Ella se inclina sobre la mesa sonriendo despacio.

Verás tú lo que va a soltar por esa boquita de piñón.

—Te gusta porque no parece necesitar este mundo para sentirse importante.

Y el silencio que llega después me deja completamente indefensa.

Ha dado en el clavo, por lo que guardo silencio, escuchando cómo mis latidos rebotan dentro de mi cabeza.

Oliver Luque parece el primer hombre que he conocido en toda mi vida capaz de entrar en el mundo de mi padre sin querer formar parte de él.

21
Oliver

El local huele a humedad, polvo y cerveza vieja.

Perfecto.

—Hermano, sinceramente… aquí han matado a alguien fijo —dice Dani nada más entrar apartando una telaraña de su cara—. O mínimo han vendido órganos, pero vi que estaba a la venta y me acordé de ti.

La persiana metálica sigue medio subida detrás de nosotros y deja entrar la luz grisácea de la tarde directamente sobre el suelo lleno de escombros.

—¿Me ves con cara de asesino o traficante de órganos? Hostia, tío…

—¿Eres gilipollas? ¡Sabes que no lo digo por eso! —se indigna muchísimo Dani.

Suelto una carcajada y le doy una palmada en la espalda.

—Ya lo sé, tío, solo era una broma.

Miro alrededor despacio y observo que las paredes están desconchadas, hay graffitis antiguos pintados en la pared, una barra enorme cubierta de polvo, cables colgando del techo, restos de neones rotos y un pequeño escenario al fondo.

La verdad es que está muy, muy descuidado.

Está hecho una mierda, vamos…

Y, aun así… lo veo.

Joder si lo veo.

Dani sigue hablando mientras avanza por el local pateando cosas.

—Quizá nadie entienda cómo coño encontramos belleza en sitios que parecen escenas eliminadas de Narcos, pero la hay. Aquí se puede hacer algo muy guapo.

No respondo, porque mi cabeza ya no está aquí del todo, está imaginando la música, la gente, el ruido, las luces… El Portal.

—¿Qué era esto antes? —pregunta Sergio entrando detrás de nosotros mientras observa alrededor con una expresión entre fascinada y horrorizada.

—Un club de conciertos —responde Dani—. Lo cerraron hace años porque había peleas, drogas y movidas chungas.

—O sea, potencial infinito —murmuro.

Eso le arranca una carcajada a Dani.

Sergio sigue recorriendo el espacio lentamente.

Todavía me hace gracia verlo aquí dentro con su traje caro, su reloj el doble de caro y esos zapatos que lleva puestos que, probablemente, jamás deberían pisar este suelo.

Pero aquí está, y eso ya dice bastante de él.

En el buen sentido, claro.

Necesito aliados dentro de esa jungla de diamantes, y uno de ellos es él.

El otro es Ezequiel, que entra el último al local, cerrando la puerta tras nosotros.

El contraste entre él y este sitio es todavía más absurdo.

Parece el abogado de una película sobre corrupción política infiltrado accidentalmente en un after ilegal.

Mira alrededor en silencio unos segundos y luego me mira a mí.

—Antonio habría odiado este sitio, créeme —murmura apretando la carpeta que lleva entre las manos contra su pecho.

Es como una prolongación de su cuerpo, se la lleva a todos lados.

Sonrío.

—Por eso me gusta.

Camino lentamente hacia el centro del local mientras sigo imaginándolo transformado.

—Aquí irá la barra principal —digo señalando el lateral izquierdo —. Quiero luces bajas, música en directo y nada de reservados VIP.

Sergio arquea una ceja.

—¿Nada de VIP?

—Si alguien necesita una zona privada para sentirse importante, igual no debería entrar aquí.

Dani directamente aplaude.

—Eso, coño. Democracia etílica.

No puedo evitar reírme.

Sigo avanzando mientras hablo, y cuanto más lo hago, más claro lo veo.

—Quiero que las motos puedan aparcar fuera. Conciertos, arte urbano, boxeo algunos fines de semana, quizá, camareros tatuados y ruido, mucho ruido.

Mi voz rebota por el local vacío mientras los demás me escuchan.

—Quiero un sitio donde la gente venga a sentirse viva, no a fingir que tiene una vida perfecta.

Sé que a partir de este momento, no me van a estar mirando como al hijo ilegítimo de Antonio Santamaría, sino como a alguien que sabe exactamente lo que quiere construir.

Sergio mete las manos en los bolsillos observando el escenario del fondo.

—Esto no es un negocio —afirma.

—No —respondo, sonriendo—. Es una declaración de guerra.

Dani se lleva una mano al pecho emocionadísimo.

—Joder. Qué ganas tengo de arruinarme aquí dentro.

Ezequiel resopla por la nariz intentando no reírse, pero lo cierto es que su intento fracasa un poco.

—¿Y piensa financiar esto usted solo? —pregunta después.

Miro otra vez alrededor del local antes de responder.

—Voy a usar su dinero para levantarlo. —Sergio me observa con atención y Ezequiel también—. Y luego pienso devolver hasta el último euro.

El silencio esta vez sí pesa un poco más, pero mis palabras son completamente en serio.

No quiero quedarme nada suyo: ni el apellido, ni la culpa, ni tampoco quiero tener una deuda con él, aunque esté muerto, solo quiero aprovechar la oportunidad para tener algo MÍO.

Dani me mira de reojo.

—Hermano, eres el único millonario que conozco que actúa como si le hubieran castigado.

—Porque básicamente lo han hecho, soy un millonario por castigo.

Sergio se muerde una sonrisa, después saca su móvil del bolsillo y por último niega con la cabeza.

—Vale, oficialmente te has convertido en entretenimiento nacional.

—Qué ilusión —digo con ironía.

Me enseña la pantalla y veo otro artículo sobre mí en la prensa digital que no me molesto en leer, básicamente porque me importa una mierda lo que puedan decir.

Está en Twitter.

Debajo ya hay cientos de comentarios donde algunos me llaman revolucionario, otros aprovechado, otros el heredero de pegote y no sé qué gilipolleces más.

Twitter debe de estar pasando una semana increíble conmigo.

—Mira este —dice Dani acercándose—. "Tiene pinta de vender droga y besar bien". Tío, estás conectando con el pueblo.

—Cállate.

Pero me río igual.

Y por primera vez desde que Antonio Santamaría decidió destrozarme la vida después de muerto… todo esto deja de parecer únicamente una condena.

Porque este sitio lleno de polvo y paredes rotas empieza a sentirse como algo mío.

Muy mío.

Los demás siguen hablando detrás de mí mientras me acerco al escenario, subo los dos escalones lentamente y miro el local desde arriba.

Está vacío en este momento, pero no por mucho tiempo.

Puedo verlo perfectamente: la música, las luces rojas, la gente gritando, las motos fuera, el humo, las risas, la vida.

Y entonces lo entiendo.

Toda mi vida he entrado en sitios donde sentía que sobraba, pero este va a ser el primero que construiré para gente como yo.

22
Veva

El problema de que todo el mundo espere algo de ti es que llega un momento en el que empiezas a parecerte demasiado a eso que esperan.

Y yo, sinceramente, estoy empezando a cansarme de parecerme a cualquier cosa que no haya elegido por mí misma o con la que no me sienta identificada.

Voy sentada en la parte trasera del Mercedes negro de casa con un vestido color champán que cuesta demasiado para lo poco que me apetece llevarlo, unos pendientes largos que me rozan el cuello cada vez que respiro y unos zapatos que, según la estilista, "estilizan muchísimo la pierna".

Traducción: duelen como si alguien hubiera decidido castigarme por tener metatarsos.

Fede me ha citado para cenar en un restaurante nuevo de moda cerca de Las Salesas.

Algo íntimo, ha dicho.

Íntimo, en el idioma de Fede, significa que habrá seis personas, dos apellidos compuestos, tres conversaciones sobre inversión y un plato diminuto con espuma de algo que no debería tener espuma.

Un coñazo, vamos.

El móvil vibra en mi mano.

Otra vez.

Fede.

No sé cuántas veces me ha llamado ya, pero me apetece tirar el móvil por la ventana.

Respiro hondo antes de contestar.

—Estoy llegando.

—¿Por dónde vas? —Su voz suena tranquila.

Eso es una *red flag*, no una virtud, no te confundas, al menos para mí.

Fede nunca parece alterado del todo, ni siquiera cuando mete prisa, como ahora.

—No lo sé exactamente.

Paco, el chófer de casa desde antes de que yo aprendiera a diferenciar un Prada falso de uno real, me mira por el retrovisor con expresión ofendida.

—Estamos yendo, señorita.

—Estamos yendo, Fede —repito, parafraseando a Paco.

Paco es calvo, lleva una camisa azul remangada y escucha *Camela* con la solemnidad de quien cree sinceramente que es patrimonio nacional.

—¿Cómo que estamos yendo? —pregunta Fede—. Te mandé la dirección.

Sí.

Me la mandó.

Tres veces.

Y luego me corrigió la dirección.

Y después me escribió: *Mejor esta otra entrada, es más cómoda*.

Porque hasta para llegar a un restaurante hay una forma correcta de hacerlo.

—Paco se ha desviado un poco.

—¿Desviado cuánto?

Cierro los ojos, quiero colgar esta llamada, en serio.

En este momento, desde la radio del Mercedes empieza a sonar *Camela*.

Pero no bajito, no, *Camela* aparece como una intervención divina.

—¿Eso es música? —pregunta Fede.

Paco sube un poco más el volumen.

—Es *Camela,* señor —dice Paco antes de que pueda hacerlo yo —. Y además una de las buenas.

—*Hace ya algún tiempo que vivo sin ti…*

Yo miro por la ventanilla y pienso que mi vida se ha convertido oficialmente en un experimento social.

—Fede, te llamo ahora.

—Veva, por favor, no llegues tarde. Es importante.

Es importante.

Sí, sí, sí.

Todo es importante.

Llegar a tiempo es importante.

Sonreír es importante.

Sentarme al lado correcto es importante.

No llevar la contraria es importante.

No parecer incómoda es importante.

Ser fácil, agradable, elegante, previsible.

Importante.

Importante.

Importante.

—Ya —respondo.

Cuelgo antes de que pueda añadir algo más.

—¿*Camela,* Paco? —pregunto sin energía.

—Señorita Genoveva, uno podrá llevar traje, pero no perder el alma.

Me mira por el retrovisor, le devuelvo la mirada y luego bajo la vista a mi vestido, a mi móvil y hago el intento también de mirar mi vida como si mi alma me observara desde arriba.

—Llevo llevándola a cenas desde que tenía quince años y nunca la había visto con tantas ganas de darse media vuelta.

Bufo de forma sonora, porque con Paco puedo dejar las apariencias a un lado.

El hombre asiente despacio, como si esa respuesta tuviera muchísimo sentido.

Seguimos avanzando por calles que cada vez me resultan menos familiares y la ciudad se vuelve más estrecha.

Paco resopla mirando el GPS.

—Pues el señor Federico le ha mandado la entrada trasera, porque la principal está cortada por un evento o yo qué sé qué hace la gente rica ahora para cenar tranquila.

—Perfecto —murmuro apoyando la cabeza contra la ventanilla.

El GPS recalcula por tercera vez, Fede vuelve a llamar y no contesto.

Me escribe: *¿Dónde estás?*

Luego: *Tu padre acaba de llegar.*

Luego: *No entiendo qué está pasando.*

Pues mira, Fede, hijo de mi vida, ¡bienvenido al club, yo tampoco!

Paco frena en un semáforo y golpea el volante con dos dedos siguiendo el ritmo de *Camela.*

—Este GPS está fatal.

—Perfecto.

—Nos hemos vuelto a perder.

Apoyo la cabeza contra el respaldo del asiento del conductor donde va Paco y suelto una risa pequeña.

No porque tenga gracia, si no porque, si no me río, quizá empiezo a gritar y eso sería muy poco *old money* por mi parte.

Paco baja un poco la música.

Milagro.

—Mire, señorita… la gente siempre se pierde cuando va donde no quiere ir.

Me quedo quieta completamente, básicamente paralizada, porque la frase cae dentro del coche con una sencillez tan absurda que, por un segundo, ni siquiera sé qué hacer con ella.

La gente siempre se pierde cuando va donde no quiere ir.

Qué bonito, qué horror y qué oportuno, todo al mismo tiempo.

El móvil vibra otra vez.

Fede, claro.

Y entonces lo sé.

No como una gran revelación dramática con música de fondo… Bueno, música sí hay, pero es *Camela*, no cuenta mucho.

Lo sé de una forma mucho más pequeña y más incómoda.

No quiero ir.

No quiero esa cena.

No quiero llegar perfecta.

No quiero sentarme junto a Fede y fingir que mi vida no lleva semanas… ¡meses! resquebrajándose por dentro.

No quiero seguir yendo donde otros deciden que tengo que estar.

—Para aquí, Paco—digo de pronto.

El hombre me mira por el espejo.

—¿Aquí?

—Sí.

—Pero si no hemos llegado.

—Ya. Esa es la idea.

Abro la puerta del Mercedes con mi vestido caro, mis zapatos imposibles y la sensación absurdísima de haber cometido un acto revolucionario simplemente por bajarme de un coche antes de tiempo.

Paco frunce el ceño desde el asiento delantero.

—¿Seguro que no quiere que la espere, señorita Genoveva?

Y ahí está otra vez esa pregunta.

La posibilidad de volver.

De retomar el camino correcto, cómodo y perfectamente organizado que se espera de mí.

Miro la calle.

Luego el móvil vibrando otra vez con el nombre de Fede iluminando la pantalla.

—No —respondo finalmente.

Paco abre mucho los ojos.

—¿Que no? ¿Y yo qué le digo ahora a su padre si no aparezco con usted?

No puedo evitar soltar una risa pequeña.

—Invéntate algo. ¡No lo sé!

Paco me mira horrorizado.

—¿El qué? ¿Que ha decidido tener personalidad propia de repente? Porque eso a su padre le va a preocupar muchísimo más.

Eso me hace reír otra vez.

Paco niega con la cabeza mientras sonríe por lo bajo y vuelve a mirarme de esa forma tranquila de quien entiende más cosas de las que dice.

—Ay, señorita Genoveva… entonces igual esta noche sí va donde quiere ir.

Y antes de que pueda responderle, sube la ventanilla y el Mercedes arranca despacio calle abajo mientras *Camela* sigue

sonando dentro.

Casi me emociono.

Estoy fatal.

Me quedo de pie en una calle que no conozco, con el aire fresco pegándome en los brazos y el móvil vibrando otra vez dentro del bolso.

No lo saco.

No hago lo que toca, porque estoy harta.

Y, sinceramente, me da miedo, pero también me hace sentir cierto alivio.

Camino sin rumbo durante unos minutos, aunque no demasiados, porque descubro que estos zapatos no están diseñados para una crisis existencial en medio de la urbe.

Paso junto a una persiana pintada, un bar con luces rojas, dos chicos fumando en una esquina y una pareja discutiendo con la naturalidad de quien al menos sabe decir lo que piensa.

Qué envidia.

Es entonces cuando los veo.

Primero el local: una persiana metálica medio subida, luz saliendo desde dentro, música baja, voces y olor a pintura fresca mezclado con polvo.

Después, a él.

Oliver está apoyado contra la pared, fumando un cigarrillo con la chaqueta abierta, una camiseta negra debajo y las mangas remangadas. Tiene las manos manchadas de algo oscuro, quizá pintura o grasa, el pelo despeinado y esa expresión de hombre que parece estar peleándose con el mundo incluso cuando descansa.

Levanta la vista, me ve y durante un segundo ninguno de los dos dice nada.

Perfecto, genial y maravilloso.

He huído de una cena correcta para acabar delante del hombre incorrecto.

El universo tiene un sentido del humor de mierda.

Oliver baja el cigarrillo despacio.

—Genoveva Santos.

Su voz suena igual que la recuerdo.

—Oliver Luque.

Me mira de arriba abajo, pero no de esa forma desagradable en la que algunos hombres parecen estar haciendo inventario.

No.

Él me mira como si intentara entender cómo demonios he aterrizado en su calle vestida como si fuera a entregar un premio.

—¿Te has perdido?

Pienso en Paco, en Fede, en el GPS y en mí.

—Un poco.

Oliver sonríe.

—Eso explica el vestido.

Miro mi ropa.

—¿Qué le pasa a mi vestido?

—Nada, nada.

Se me escapa una risa.

Quizá no debería, pero se me escapa.

—¿Qué más da el vestido?

—Sé que nadie acaba en esta calle con esa ropa y esos zapatos si le está yendo bien la noche. ¿Te vale?

Bajo la vista hacia mis zapatos.

Tiene razón.

Maldita sea.

—Mi chófer se ha perdido.

—Claro.

—Es verdad.

—No lo dudo.

Pero lo duda muchísimo, lo sé, así que me cruzo de brazos.

—¿Siempre eres así de insoportable?

—Solo con gente que aparece delante de mi local como si acabara de escapar de un secuestro pijo.

Miro la persiana.

—¿Tu local?

Y ahí cambia algo en su cara.

Muy poco, pero lo noto: destila orgullo.

—Eso he dicho.

Me acerco un paso sin poder evitarlo; dentro se oyen golpes, una risa masculina y música saliendo de algún altavoz viejo.

—¿Es…? ¿Qué es? ¿Un pub?

Oliver me mira sorprendido.

Mierda.

Demasiado rápido, Veva. Demasiado interesada.

Sonríe con el cigarrillo entre los dedos.

—Sí. ¿Quieres verlo?

Debería decir que no, obviamente, porque voy vestida para una cena con Fede, supuestamente importante, mi móvil lleva vibrando diez minutos, mi padre probablemente aprobaría desheredarme si pudiera y yo no debería entrar en un local medio en obras con un hombre que me mira como si pudiera desmontarme con dos frases.

Con dos frases o en otras circunstancias, ejem, ejem, dice el idiota de mi subconciente.

Así que, naturalmente, digo:

—Vale.

Oliver apaga el cigarrillo contra un cenicero improvisado en una lata y levanta un poco la persiana para dejarme pasar.

—Cuidado con el suelo.

—Qué tranquilizador.

—No he dicho que puedas morir.

—Mucho mejor.

Entro y el mundo cambia.

No es que sea bonito, al menos no todavía, porque huele a polvo, pintura, cerveza vieja y algo metálico.

Hay cables por todas partes, un escenario al fondo, una barra cubierta con plásticos, paredes desconchadas y graffitis que alguien ha decidido conservar.

Pero hay algo.

Una energía, una promesa… como si el sitio estuviera un poco roto, pero mantuviera viva su esencia.

No sé muy bien cómo explicarlo.

Un chico que más tarde descubriré que se llama Dani, aparece desde el fondo con una brocha en la mano y una camiseta manchada.

—Oliver, como vuelvas a decirme que esa pared tiene "alma", te meto la brocha por el cu… —Se detiene al verme—. Hostia.

Oliver suspira, rodando los ojos hacia arriba.

—Dan.

Dani se limpia las manos en el pantalón, como si eso ayudara en algo.

—Perdón. Buenas noches. Qué elegante todo de repente.

No puedo evitar sonreír.

—Buenas noches.

Dani mira a Oliver, luego a mí y luego otra vez a Oliver, parece que esté viendo un partido de tenis.

—Vale. Entiendo cosas.

—No entiendes nada —dice Oliver. Está claro que ese chico ha escuchado hablar de mí, porque no le ha hecho falta una presentación para saber quién soy.

¿Es Oliver quien le ha hablado de mí?

Si fuera así me moriría de vergüenza y nervios.

—Entiendo MUCHÍSIMO.

Oliver lo señala con el dedo.

—Pinta.

—Pinto, pinto. Pero luego quiero contexto.

Dani desaparece, aunque no del todo porque sigue mirándonos desde lejos con una sutileza equivalente a un elefante escondido detrás de una cortina.

Oliver me guía hacia el centro del local.

—Está hecho polvo.

—Sí, un poco.

—Muchísimo —se ríe, parece feliz.

—También. Y aún así estás orgulloso.

Me mira.

—Sí.

La respuesta es tan simple que me descoloca, en ella no encuentro ironía, defensa o ataque, solamente verdad.

Y eso, en él, me parece casi más peligroso que todo lo demás.

—¿Qué quieres hacer aquí? —pregunto.

Oliver mira alrededor.

—Quiero un sitio donde nadie tenga que pedir permiso para entrar ni tampoco para existir. Aquí simplemente quiero que la gente sea ella misma, sin etiquetas ni mierdas de esas.

Trago saliva; la frase me cala demasiado hondo.

—Es ambicioso.

—Es necesario.

Se gira hacia mí.

—Estoy harto de entrar en sitios donde todo el mundo decide si puedes estar o no antes de que abras la boca.

Pienso en el Club Santamaría, en mi padre, en Fede y en todos esos espacios donde sé cómo comportarme pero nunca cómo respirar.

—Sí —murmuro.

Oliver me observa un segundo más.

—¿Sí?

Me doy cuenta de que he contestado demasiado rápido.

—Sí. Entiendo lo que quieres decir.

Y es verdad.

Lo entiendo.

El móvil vibra otra vez en mi bolso y ambos escuchamos el sonido.

—¿Vas a cogerlo? —pregunta Oliver.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

Él sonríe y yo también.

—Esa respuesta me gusta más.

Me río por lo bajo.

Y otra vez experimento esa sensación, como si mi cuerpo entendiera antes que yo que aquí, entre polvo, luces colgando y un hombre con las manos manchadas, hay más verdad que en cualquier cena perfecta a la que debería haber llegado hace veinte minutos.

Oliver mira hacia la puerta.

—¿Dónde tienes que ir?

—A una cena en Las Salesas.

Oliver sonríe de medio lado.

Dios, es demasiado guapo.

—¿Con el novio perfecto?

Lo miro.

—¿Siempre haces preguntas incómodas?

—Solo cuando la respuesta me interesa.

Se hace el silencio y el aire se tensa un poco.

—Sí —respondo al final—. Con Fede.

Oliver asiente despacio, como si la respuesta no le sorprendiera y aun así le molestara un poco.

Interesante y peligroso, todo esto.

Muy peligroso.

—Deberías ir —dice.

No suena convencido.

—Probablemente. —Yo tampoco.

No nos movemos y Dani tose desde el fondo.

—Perdón, ¿la tensión forma parte del diseño del local o la quitamos antes de pintar?

—Dani —gruñe Oliver.

Yo me río y Oliver me mira como si esa risa acabara de hacer algo que no esperaba.

Algo se me mueve dentro.

Otra vez.

El móvil vibra de nuevo y ahora sí lo saco del bolso.

Otro mensaje de Fede: *¿Dónde estás?*

Lo miro.

Luego miro a Oliver.

—Tengo que irme —digo, quizá me estoy arrepintiendo un poco de este mini ataque revolucionario.

Oliver asiente.

—Te acompaño fuera.

Salimos a la calle y el aire fresco me golpea de nuevo.

Paco ya no está, claro, así que miro alrededor pensando cómo moverme hacia la ubicación de la estúpida cena.

—Voy a pedir… un taxi o algo, no sé.

Oliver mira su moto, aparcada junto a la acera.

Es negra y enorme, muy él, si me preguntan.

—Te acerco.

Mi cerebro tarda exactamente medio segundo en entrar en pánico.

—No.

—Vale, como tú quieras.

Su respuesta es rápida, sin insistir, y eso me hace dudar aún más.

—Es que no suelo subirme en motos.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Por el vestido?

—Por todo.

Debería ofenderme, pero lo cierto es que todo esto me está divirtiendo.

Oliver coge un casco y me lo ofrece.

Lo miro.

Él sabe que estoy dudando, parece leerme mejor que mucha gente de mi entorno.

—No tienes que hacerlo, si no quieres, pero creo que me preocuparía un poco si dejo que te vayas sola —me dice.

Ese es el problema: que nadie me está obligando.

Por primera vez en mucho tiempo, la decisión es solo mía.

Y quizá por eso me tiemblan un poco los dedos cuando cojo el casco.

—Vale —digo.

Oliver me mira y sonríe lo suficiente para que me arrepienta y no me arrepienta exactamente al mismo tiempo.

—Vale.

Me pongo el casco torpemente y él se acerca para ajustar la correa bajo mi barbilla.

Sus dedos me rozan la piel y siento su contacto como si alguien hubiera encendido una luz en mitad de una habitación cerrada.

Oliver levanta la mirada hacia mí.

Estamos demasiado cerca.

—¿Bien?

No.

Ni de lejos.

Se me está chafando el pelo.

—Sí.

Mentira, claro.

Se sube a la moto y me indica que haga lo mismo.

Tardo un poco porque el vestido no ayuda y mi dignidad tampoco.

Cuando por fin me siento detrás de él, no sé dónde poner las manos.

Oliver gira apenas la cabeza.

—Si te caes, tu padre me mata.

—Mi padre ya quiere matarte.

—Buen punto. Agárrate igual.

Dudo un segundo, pero finalmente acabo rodeando su cintura con las manos.

Oliver arranca la moto y el motor vibra debajo de nosotros fuerte, vivo y real.

Cierro los ojos un segundo y pienso que Paco tenía razón: a veces una se pierde porque va donde no quiere ir y otras porque empieza a encontrar otro camino.

23
Oliver

Genoveva Santos abrazada a mi espalda mientras conduzco mi moto debería parecerme una mala idea, pero la realidad es que es más bien un tipo de adicción que acabo de descubrir demasiado tarde.

Noto sus manos alrededor de mi cintura incluso por encima de la camiseta, pequeñas y tensas, como si todavía no terminara de confiar en el equilibrio de la moto o en el mío.

Luego, poco a poco, deja de sujetarse por prudencia y empieza a hacerlo de verdad, y eso sí que me jode un poco la cabeza.

Tiene las piernas abiertas y mis caderas encajan perfectamente en su centro.

Si pienso en llevar mi mano hacia atrás y que las yemas de mis dedos entren en contacto con su vértice, me pongo malo.

En el buen sentido, claro.

¿Qué coño me pasa con esta chica?

Debe ser su dulzura y timidez lo que me pone cardíaco cuando estoy junto a ella.

Madrid pasa rápido a nuestro alrededor mientras avanzo entre coches y semáforos con ella pegada a mi espalda y el olor de su perfume mezclándose con el humo, la gasolina y el aire refrescante de la noche.

Es absurdo lo rápido que me he acostumbrado a notar que está aquí.

Nos detenemos en un semáforo y bajo un poco la velocidad mirando de reojo la avenida que aparece delante.

Las Salesas.

Zona de restaurantes caros, luces bonitas y gente que probablemente cena diciendo palabras como maridaje sin sentir vergüenza ajena.

Muy su mundo y muy poco el mío.

Giro apenas la cabeza lo suficiente para que pueda oírme por encima del motor.

—¿Por dónde es?

No responde enseguida, y algo en ese silencio me hace fruncir ligeramente el ceño, porque llevo ya unos minutos notando cosas raras: cómo aprieta las manos alrededor de mi cintura cuando suena el móvil dentro de su bolso, cómo se queda callada demasiado tiempo, cómo respira.

No parece una mujer que vaya a una cena, pero sí una huyendo de a saber qué.

El semáforo sigue en rojo.

—¿Genoveva?

Tarda todavía un segundo más en contestar, hasta que dice:

—Sigue recto.

La frase me golpea de una forma rarísima, porque sé perfectamente que el camino hacia el restaurante no es continuando recto, sino al otro lado.

Y ella también lo sabe.

No obstante, la moto vuelve a hacer ruido cuando cambia el semáforo y obedezco sin preguntar.

No sé muy bien por qué.

O sí.

Quizá porque llevo toda la vida viendo a gente decir cosas que no quiere decir y hacer exactamente lo que esperan de ellos.

Y esto no se parece a eso.

El aire mueve algunos mechones de su pelo suelto y noto cómo vuelve a agarrarse un poco más fuerte a mí mientras avanzamos entre las luces de Madrid.

Joder.

No debería gustarme tanto esto.

Nos detenemos de nuevo en un cruce y esta vez hablo antes de pensarlo demasiado.

—El restaurante está hacia el otro lado.

El motor vibra debajo de nosotros, la ciudad también, y ella aprieta un poco más las manos alrededor de mi cintura antes de responder:

—Ya.

No quiere ir, ni quiere la cena, ni el novio perfecto ni mucho menos las putas normas de su mundo de cristal.

Y por algún motivo que no termino de entender, noto una satisfacción peligrosísima subiéndome por el pecho.

Me quedo quieto un segundo mirando el semáforo delante de nosotros.

Luego pregunto más despacio:

—¿Y entonces?

No sé qué espero que diga.

No sé qué coño estoy haciendo exactamente llevando a la hija de Ignacio Santos en mi moto por Madrid como si esto no pudiera terminar terriblemente mal para los dos.

Pero entonces habla, y la forma en la que lo hace me deja completamente quieto por dentro:

—No quiero ir.

La frase sale despacito, cansada y honesta.

Más honesta de lo que creo que ella misma pretendía.

Y, hostia, eso sí que no me lo esperaba.

Porque Genoveva Santos lleva toda la vida rodeada de gente que decide por ella.

Se nota en cómo habla, cómo duda y cómo se disculpa incluso cuando no hace nada malo.

Y aun así ahora está aquí conmigo, saltándose una cena importante y sujetándose a mi cintura como si acabara de descubrir algo peligroso.

Algo parecido a elegir.

Me quedo callado apenas un segundo.

Solo uno.

El tiempo suficiente para entender que si le digo que quizá debería ir, irá.

Y no quiero hacerlo, así que simplemente respondo:

—Vale.

Sin presión, sin preguntas y sin intentar convencerla de nada, porque tampoco soy nadie para hacerlo.

Entonces noto otra cosa: su cuerpo deja escapar tensión poco a poco detrás de mí y sus manos se relajan contra mi cintura.

Hasta su respiración se destensa.

Es como si nadie le hubiera permitido decidir algo así en muchísimo tiempo o quizá nunca.

Aprieto un poco el acelerador cuando el semáforo cambia otra vez.

—Entonces tendrás que buscar un plan mejor para esta noche, princesa.

La llamo princesa para molestarla, pero la realidad es que la palabra me sale demasiado suave.

Conduzco unos minutos más sin rumbo claro, simplemente atravesando Madrid de noche mientras el tráfico empieza a aflojar y las luces se reflejan sobre el asfalto mojado.

Ella sigue abrazada a mi espalda y yo sigo intentando no pensar demasiado en eso.

Terminamos parando junto al Templo de Debod, en una zona donde varias motos están aparcadas cerca del mirador y la ciudad se extiende iluminada al fondo, como si Madrid estuviera intentando parecer menos caótica de lo que realmente es.

Apago el motor, Genoveva se quita el casco lentamente y el pelo rubio cae desordenado sobre sus hombros.

Luego se baja de la moto intentando no tambalearse demasiado con esos tacones imposibles y yo tengo que apartar la mirada un segundo, porque como siga observándola así voy a empezar a tomar decisiones pésimas.

Ella deja el casco sobre el asiento y mira alrededor.

—¿Siempre traes a mujeres misteriosas aquí o me siento especial?

No puedo evitar sonreír.

—Normalmente intento no secuestrar herederas multimillonarias entre semana —respondo, luego sonrío de lado.

Ella se ríe.

Y joder, qué problema empieza a ser ese sonido.

Se cruza de brazos mirando la ciudad iluminada delante de nosotros.

—Entonces, ¿se te ocurre un plan mejor a ti?

La pregunta queda flotando entre los dos justo cuando mi móvil vibra dentro del bolsillo de la chaqueta.

Dani.

Descuelgo apartándome un poco.

—¿Qué pasa?

Escucho su voz al otro lado y automáticamente niego con la cabeza.

—Eres un puto enfermo.

Eso hace reír a Veva, que me observa desde la moto mientras el viento mueve ligeramente su vestido, y durante un segundo tengo una imagen peligrosísima atravesándome la cabeza: ella dentro de mi mundo.

Mala idea.

Muy mala idea.

Pero descubro que ese diminutivo de su nombre me la pone muy dura.

—Sí, sí. Ahora voy —murmuro finalmente antes de colgar.

Guardo el móvil y vuelvo hacia ella.

—Vale —digo pasándome una mano por la nuca—. Necesito preguntarte algo.

Ella arquea una ceja.

—¿Debo preocuparme?

—¿Crees que podríamos pasar por tu casa para que te cambies de ropa?

Parpadea.

Luego baja la vista hacia su vestido.

—¿Voy mal así?

Hostia.

No.

No va mal.

¿Cómo va a ir mal si es la chica más fina, elegante y glamurosa que he conocido en mi vida?

Va tan bien que debería ser ilegal mirarla demasiado tiempo seguido.

Pero precisamente ese es el problema.

Me obligo a apartar la cabeza un segundo antes de responder.

—Créeme. Me lo vas a agradecer.

Ella me observa unos segundos, sé que está analizando mi propuesta y dudando en cuanto a aceptarla o no.

—¿A dónde vamos exactamente?

Sonrío.

—¿Confías en mí? —le pregunto.

Suspira mirando la ciudad delante de nosotros, luego vuelve a mirarme y, Dios, quizá debería empezar a preocuparme por lo mucho que me gusta cuando toma decisiones impulsivas conmigo.

¿Gustar? ¿He dicho gustar?

No me hagas caso.

Claramente me estoy dando un golpe en la cabeza cada vez que me pongo el casco.

—Lo que sea con tal de no ir a esa cena.
¡Boom!
—Entonces déjame enseñarte mi mundo, Veva.

24
Veva

Dos horas antes, estaba a punto de sentarme en una cena con centros de flores más caros que el sueldo mensual de muchísima gente.

Ahora mismo estoy delante del espejo de mi habitación intentando decidir si ponerme unas botas negras de tacón bajo o unas deportivas blancas carísimas que compré hace años en una de mis muchas crisis de "quiero parecer una chica espontánea que desayuna matcha y tiene problemas reales", mientras un hombre que claramente va a arruinarme emocionalmente me espera abajo con una moto.

La vida tiene un sentido del humor rarísimo.

Y yo quiero hacer exactamente lo que me dé la gana, pienso.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —murmuro mirándome al espejo.

Mi reflejo parece igual de confundido que yo.

El vestido champán ha desaparecido, también los pendientes largos y la versión de Genoveva Santos que sabía perfectamente cómo comportarse en cada situación social, también.

Ahora llevo unos vaqueros negros ajustados de Acne Studios, una camiseta blanca básica de Loewe y una cazadora de cuero vieja de Saint Laurent que encontré al fondo del armario y que probablemente compré años atrás porque Maira me convenció.

Spoiler: nunca me la puse.

Hasta hoy, que me viene genial no haberla dado a la beneficencia.

Hoy soy Veva.

Veva y nada más.

Tengo el móvil apoyado sobre la cama mientras termina de sonar el tono de llamada.

Fede descuelga al tercer pitido.

—¿Veva? ¿Dónde estás? ¡Estamos esperándote demasiado tiempo!

Cierro los ojos un segundo, necesito concentración, porque voy a mentir como una condenada.

Vamos allá.

—Lo siento muchísimo —digo llevándome una mano a la frente como si fuera la actriz dramática del año—. Me he empezado a encontrar fatal de repente.

Silencio al otro lado.

—¿Fatal cómo?

—Fatal… gastrointestinalmente. —Pongo morritos.

Dios mío, mátame.

—¿Qué?

—Creo que algo me ha sentado mal. He tenido que dar media vuelta y volver a casa. Por eso no he contestado tus llamadas ni mensajes, literalmente estoy convertida en la niña del exorcista.

Hay otro silencio.

Puedo imaginar perfectamente la cara de Fede ahora mismo: preocupado, correcto e intentando reaccionar adecuadamente a mi tragedia digestiva y consecuente mutación a poseída en ciernes.

—¿Y estás en casa?

—Sí, Maira está a punto de llegar. La he llamado para que me haga compañía en lo que llega mi padre. Además, me están haciendo una manzanilla.

Técnicamente es una mentira como esta casa de grande, pero no voy a dar más detalles.

—BE-LLA-CA —me digo a mí misma mirando mi reflejo en el espejo, sin articular sonido alguno, solo moviendo los labios.

—¿Quieres que vaya? —pregunta Fede, y la tontería se me pasa de golpe

Fede es bueno, atento y perfecto, ya lo sabes, pero:

—No, no. Vosotros disfrutad de la cena, solo necesito descansar un poco.

Él suspira al otro lado.

—Tu padre está bastante molesto.

Ah, claro, mi padre: la maravillosa guinda del pastel.

—Lo siento.

Y esta vez casi lo digo en serio.

—¿Seguro que estás bien?

Miro hacia el espejo otra vez y observo mi cabello suelto, la cazadora y las botas que tengo en mente ponerme.

Soy la chica que parece a punto de cometer una estupidez y sonrío un poco.

—Sí —respondo bajito—. Creo que sí.

No tardo en despedirme de él y cuelgo antes de poder arrepentirme.

Es entonces cuando mando otro mensaje rápidamente:

NO he ido a la importantísima cena de Fede 😭😭😭

Estoy "vomitando muchísimo" en mi casa y tú has venido a cuidarme.

Me voy con Oliver Luque, ya te explicaré.

Cúbreme.

Tqqqqq

El móvil vibra inmediatamente.

PERDÓN??????????

¿HAS ABANDONADO UNA CENA DE RICOS POR EL HEREDERO BUENORRO?

Estoy emocionadísima.

Voy a cubrirte, pero si mañana no me cuentas TODO voy a denunciarte.

Me río sola, literalmente sola en mitad de mi habitación mientras abajo me espera un hombre que mi padre probablemente clasificaría como amenaza nacional.

Qué maravilla todo.

Me pongo las botas, cojo la chaqueta y, cuando bajo las escaleras, encuentro a Oliver apoyado contra la moto frente a casa.

La farola le ilumina medio perfil: chaqueta negra, camiseta oscura, manos en los bolsillos y cara de problema.

Problema de ser tan… hermoso.

Y, sinceramente, debería preocuparme muchísimo más de lo que me preocupa.

Levanta la vista cuando salgo y entonces se queda mirándome.

No habla. No se mueve. Nada.

Solo me mira, así que bajo la escalera un poco incómoda.

—Vale, deja de mirarme así porque me estás haciendo pensar que parezco idiota.

Oliver parpadea despacio.

—No pareces idiota.

—Ah, genial. Qué alivio.

Sigue observándome apenas un segundo más antes de negar suavemente con la cabeza.

—No pareces una Santos esta noche.

Y no sé por qué esa frase me golpea tanto, porque debería sonar mal, pero no lo hace.

Suena casi íntimo.

Oliver se aparta de la moto y me ofrece el casco.

—¿Preparada?

No, pero ¿qué importa?

—Claramente sí.

Sonríe apenas.

Y otra vez: joder.

Nos subimos a la moto y esta vez no dudo tanto antes de abrazarme a su cintura.

¡Error!

Ahora ya sé lo bien que encajo ahí.

—¿Dónde me llevas? —pregunto desde atrás.

—¿Has ido a alguna carrera de motos? —me dice.

—Pues… no, pero…

—Agárrate.

Madrid desaparece poco a poco detrás de nosotros mientras avanzamos hacia la zona industrial donde se celebran las carreras.

Empiezo a oír las motos antes incluso de verlas.

Cuando llegamos, el sitio parece sacado de una película: luces improvisadas, coches aparcados por todas partes, grupos de gente fumando, motos alineadas y música saliendo de altavoces enormes.

A lo mejor debería sentir miedo, por ser algo que solamente he visto en las películas, pero en vez de eso lo que siento es adrenalina.

Oliver se baja primero y me ayuda a quitarme el casco.

—No pongas esa cara —dice.

—¿Qué cara?

—La de "voy a delinquir por primera vez".

Me río.

—No estoy poniendo esa cara.

—La estás poniendo muchísimo.

Y entonces aparece Dani, que sale desde atrás de una furgoneta con una cerveza en la mano y una sudadera gris llena de manchas de pintura.

Va mirando en el móvil algo que claramente le parece muy interesante, porque tiene la vista clavada en la pantalla.

—Hermano, como hayas traído otra vez a Sergio, te juro que…

Entonces me ve.

Bueno, nos ve, y se queda completamente quieto.

Mira a Oliver, luego a mí y luego otra vez a Oliver.

Parpadea lentamente.

—¿Me puedes explicar por qué hay una Barbie aristócrata en mi circuito ilegal?

No puedo evitar abrir mucho los ojos.

—Hola —digo automáticamente, con una voz bastante más aguda de lo que me gustaría.

Dani me señala sin apartar la vista de Oliver.

—NO, hola no. Tú hueles a herencia.

Oliver se ríe por lo bajo mientras yo me cruzo de brazos.

—Eso ha sido ofensivo.

—Eso ha sido observación social, muñeca.

—No me llames muñeca —le digo con el señor ligeramente fruncido.

—Perfecto. Barbie aristócrata entonces.

Oliver directamente suelta una carcajada y yo lo miro horrorizada.

—¿Te parece gracioso?

—Muchísimo.

Dani se acerca todavía más, observándome como si acabara de encontrar un pingüino en mitad de la M-30.

—Oliver, hermano… ¿tú sabes que esta mujer probablemente desayuna cosas con semillas que cuestan más que mi alquiler?

—No desayuno semillas —me defiendo inmediatamente, frunciendo el ceño.

Dani asiente muy serio.

—Ah, perdón, quería decir caviar.

Eso me hace reír, quizá más de lo que debería, pero este amigo de Oliver me hace gracia.

Oliver se queda mirándome justo cuando lo hago.

Otra vez esa mirada que me pone nerviosa de una forma completamente ridícula.

Dani nos mira a los dos y sonríe despacio.

Oh, no.

Esa cara no.

—Vale —dice señalándonos alternativamente—. Aquí están pasando cosas y yo quiero muchísimo contexto.

—No está pasando nada —decimos Oliver y yo al mismo tiempo.

Dani pega un trago a la cerveza.

—Hostia. Estáis jodidísimos.

Oliver le da un golpe en el hombro al pasar por su lado.

—Cállate.

—No puedo. Esto es entretenimiento gratuito. Oye, Barbie aristócrata, dame tu Instagram por si mañana sales en las noticias detenida.

Mira otra vez hacia mí, me sonríe y me tiende el móvil para que busque mi cuenta desde la suya.

Hago lo propio y me pregunta:

—¿Tu padre sabe dónde estás?

Dudo apenas un segundo.

—No exactamente.

Dani abre muchísimo los ojos.

—Perfecto. Así empiezan todos los documentales buenos.

No puedo evitar volver a reírme y entonces me doy cuenta de algo peligrosísimo: hacía muchísimo tiempo que no me divertía así.

Y Oliver…

Oliver no deja de mirarme como si acabara de descubrir que quizá encajo demasiado bien en su mundo.

25
Oliver

Mala idea.

Esa es la primera frase que me cruza la cabeza cuando veo a Veva de pie en mitad del descampado, con esos vaqueros negros, la cazadora de cuero y una expresión entre fascinada y absolutamente fuera de lugar.

El problema es que ella mira alrededor como si acabaran de abrirle una puerta que no sabía que existía.

Y yo, que debería estar pensando en cualquier otra cosa, solo puedo pensar en que me gusta verla aquí.

Mierda.

—No pongas esa cara —me dice Dani a mi lado.

—¿Qué cara?

—La de "como alguien la mire mucho, le arranco la cabeza".

Lo miro de reojo.

—Cállate.

—No puedo. Me sale solo.

Veva está a unos metros, observando las motos alineadas bajo las luces blancas de unas farolas medio rotas.

El aire huele a gasolina, tabaco, goma quemada y noche.

Hay gente apoyada en coches, risas fuertes, música sonando desde una furgoneta y un grupo de tíos discutiendo sobre no sé qué cilindrada como si estuvieran resolviendo un conflicto internacional.

Ella no encaja, por supuesto que no encaja, pero lo disimula muy bien y no parece estar fingiendo.

No mira a nadie por encima del hombro, no arruga la nariz, ni pone esa cara de asco educado que he visto en gente rica cuando pisa un sitio donde el suelo no brilla.

Solo mira, pregunta, respira y sonríe.

Joder.

Sonríe.

—Te mueres por ella —dice Dani.

—Te estás ganando que te deje sin dientes.

—Eso es un sí.

Me aparto de él antes de matarlo y camino hacia Veva, que se gira al verme llegar.

—Esto es…

—¿Horrible? —pregunto.

—Iba a decir intenso.

—Horrible también sirve.

Sonríe.

—Un poco.

Una moto pasa cerca acelerando y ella da un respingo pequeño, pero no retrocede. Se lleva una mano al pecho y luego se ríe de sí misma.

—Vale. Creo que mi sistema nervioso acaba de presentar una queja formal.

—Todavía estás a tiempo de irte a la cena.

La frase me sale antes de poder detenerla, no porque quiera que se vaya, todo lo contrario, sino porque necesito darle una salida a esta cosa que tengo en la garganta.

Si se queda, si decide quedarse de verdad, algo entre nosotros va a dejar de ser una posibilidad para convertirse en un problema.

Pero cuando me mira esta vez, no sonríe.

—No quiero ir a esa cena.

Así, sin adornos y sin pedir disculpas.

—Genial.

Ella mira la pista improvisada, las marcas oscuras sobre el asfalto y los grupos que empiezan a moverse.

—¿Tú corres?

—A veces.

—¿Vas a correr hoy?

La miro.

Error.

Porque tiene los ojos brillantes de adrenalina y curiosidad, y eso no me ayuda absolutamente en nada.

—No lo tenía pensado.

—Ah.

Ese “ah” me toca la fibra, porque lejos de sonar decepcionado, suena interesado. Algo así como un reto.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Como si quisieras ver qué pasa.

Levanta las cejas con una inocencia tan falsa que casi me da la risa.

—No estoy haciendo eso.

—Lo estás haciendo muchísimo.

Dani aparece por detrás como una desgracia anunciada.

—Confirmo. Lo está haciendo muchísimo. Y además le queda bien.

Veva se ríe otra vez, como si estuviera borracha de felicidad, y yo necesito que deje de hacer eso o que lo haga más cerca de mí, todavía no lo tengo claro.

—Hay una tanda en diez minutos —dice Dani, mirándome con cara de cabrón profesional—. Si quieres presumir delante de la Barbie aristócrata, este es tu momento.

—Dani —le digo en tono de advertencia. ¿Para qué le habré contado nada? ¿Por qué le hablé de ella y de la mezcla de sensaciones tan extraña que me hace experimentar cuando la tengo cerca?

—¿Qué? Estoy ayudando al romance y al deporte de motor.

—No hay romance —decimos Veva y yo al mismo tiempo.

Nos miramos acto seguido, pero no decimos nada.

Dani se lleva una mano al pecho.

—Dios mío, sois idiotas. Me encanta.

Me alejo de él porque de verdad voy a matarlo.

—No tienes que subirte conmigo —le digo a ella.

—Lo sé.

—Esto no es como ir por Madrid.

—Lo imagino.

—Va rápido.

—Oliver, he dicho que lo sé.

La forma en la que dice mi nombre me corta de forma suave pero firme.

Y ahí está otra vez, esa cosa nueva en ella que parece estar apareciendo cada vez que alguien no le dice lo que tiene que hacer.

Respiro hondo.

—Vale.

Voy hacia la moto y cojo otro casco.

Cuando vuelvo, ella me espera con los brazos cruzados, intentando parecer tranquila, pero sé que en el fondo no lo está, se le nota en la respiración y en la forma en la que mira el casco como si fuera una declaración de guerra.

—Ven.

Se acerca y le coloco el casco despacio, tanto que mis dedos rozan la línea de su mandíbula al ajustar la correa y noto cómo se queda quieta completamente, conteniendo la respiración.

No hay ruido durante un segundo.

O sí lo hay, pero deja de importarme.

Solo está ella, su piel, su respiración y la forma en la que levanta la vista hacia mí.

—¿Está bien? —pregunto.

—Sí.

Entonces Dani grita desde algún sitio:

—¡Como os beséis antes de correr, avisad, que quiero grabarlo en vertical!

Veva se aparta de golpe y yo cierro los ojos.

—Voy a matarlo —mascullo entre dientes.

—No —dice ella, riéndose—. Me cae bien.

—Eso es porque no lo conoces.

Subo a la moto y ella se coloca detrás de mí, aunque esta vez no tarda tanto en agarrarse, y eso me pega justo donde no debería.

Sus brazos rodean mi cintura con más seguridad que antes, su cuerpo se pega al mío y su aliento se corta un poco cuando arranco.

Joder.

No voy a sobrevivir a esta noche si sigo así.

Nos colocamos en la línea improvisada junto a otras motos, alguien levanta una mano, la música baja un poco, la gente se acerca y el aire parece cargarse de electricidad.

Veva aprieta los dedos contra mi camiseta.

—¿Asustada?

—Muchísimo.

Sonrío.

—Bien.

—¿Bien?

—Significa que estás viva.

No responde, pero noto cómo se pega un poco más a mí.

Y entonces dan la salida.

La moto sale disparada y el ruido lo llena todo: motor, gritos, viento.

Veva se agarra con fuerza y yo acelero, sintiendo el asfalto debajo, las luces pasando demasiado rápido y la adrenalina golpeando en las venas como un latido constante.

No pienso, no puedo; solo conduzco.

Y ella está aquí, pegada a mí, confiando.

La primera curva llega rápida, así que inclino la moto lo justo y noto cómo su cuerpo sigue el movimiento conmigo, torpe al principio y luego mejor, como si entendiera el ritmo sin saberlo.

Cuando salimos de la curva, la oigo.

SE ESTÁ RIENDO.

No gritando, ni llorando, no.

RIÉNDOSE.

Y esa risa, mezclada con el motor y la noche, me destroza algo por dentro.

Porque no es la risa educada del club, ni la contenida de la biblioteca, ni la nerviosa del local.

Es otra.

Libre.

Salvaje.

Suya.

Y yo estoy completamente jodido.

Acelero un poco más y ella grita algo que no entiendo y se agarra más fuerte.

Dani tenía razón: estoy muerto.

La carrera dura poco o quizá dura una vida entera.

No lo sé.

Solo sé que cuando frenamos y la moto se detiene, tengo el pulso disparado y la respiración hecha polvo.

Veva tarda unos segundos en bajarse, y cuando lo hace se quita el casco con manos temblorosas.

El pelo le cae completamente desordenado alrededor de la cara, tiene las mejillas encendidas, los ojos brillantes y la boca entreabierta.

Está sonriendo, sonriendo de verdad.

—Ha sido… —empieza, pero no termina la frase, aunque no le hace falta, porque sé exactamente lo que está sintiendo: adrenalina, miedo, deseo y vida.

Todo mezclado y a niveles estratosféricos.

Me bajo de la moto y me acerco a ella.

—¿Estás bien?

Asiente.

—No.

Una risa se me escapa por la nariz.

—Muy coherente.

—No sé qué me pasa…

Otra vez esa honestidad que no sabe esconder del todo.

Doy un paso más y ella no se aparta.

El ruido sigue alrededor, pero todo se aleja, y solo queda ella mirándome como si acabara de decidir que no quiere volver a ser la misma persona de antes.

Y yo, que debería ser más listo, bajo la mirada a su boca.

Error

Gravísimo, además.

Ella lo nota, claro que lo nota, y respira hondo.

—Oliver, yo…

No sé si es una advertencia, un permiso o una súplica, pero me atraviesa igual.

—Dime que pare —murmuro.

Su mirada sube a la mía.

Las manos le tiemblan todavía un poco alrededor del casco.

—No.

Una palabra nada más, eso basta.

La beso.

Y no de forma suave, ni lenta. Tampoco como se besa a alguien cuando todavía estás intentando convencerte de que puedes controlar lo que va a pasar.

La beso como si llevara demasiados días intentando no hacerlo, como si la noche, la moto, su risa y sus manos en mi cintura hubieran terminado de empujarme contra el único sitio al que podía ir.

Ella suelta el casco, que cae al suelo con un golpe sordo.

Y luego me devuelve el beso.

Joder.

Sus manos suben a mi camiseta, a mi cuello, a mi mandíbula, como si no supiera dónde tocar primero.

Y eso me pierde más que cualquier otra cosa.

Porque Genoveva Santos, la chica perfecta, la hija de Ignacio y la mujer que debería estar en una cena con su novio correcto, está aquí, en mitad del ruido, besándome con los dedos temblando y el cuerpo entero diciendo que sí.

Le sujeto la cintura, la acerco a mí y saboreo la adrenalina, el aire frío y algo más que no consigo nombrar en sus labios.

Cuando nos separamos, ninguno de los dos dice nada, solo respiramos de manera entrecortada.

Ella me mira como si acabara de cruzar una puerta y no supiera si quiere volver atrás.

Yo ya sé que no.

No quiero.

Y eso es precisamente lo que más miedo me da.

Dani grita desde algún lugar:

—¡POR FIN, COÑO!

Genoveva se lleva una mano a la boca y yo cierro los ojos.

—Lo voy a matar.

Pero ella se ríe y entonces entiendo algo todavía peor: ya no quiero salir vivo de esta.

26
Veva

El problema de besar a Oliver Luque no es el beso en sí, es todo lo que viene después.

Porque una cosa es besar a alguien y otra muy distinta descubrir que, desde entonces, tu cuerpo parece haber desarrollado una obsesión peligrosísima con recordar exactamente cómo lo hizo.

La moto atraviesa Madrid pasadas las doce mientras voy abrazada a su cintura otra vez, pegada a su espalda y completamente incapaz de pensar en algo que no sea el hecho de que hace menos de veinte minutos estaba besándome contra una moto en mitad de unas carreras ilegales.

Soy como Cenicienta, salvo que él de príncipe tiene muy poco, es más bien el villano de este cuento, según Papá.

El aire frío me golpea la cara, pero no consigue bajar el calor que todavía siento debajo de la piel.

El móvil vibra dentro de mi bolso y por un segundo entro en pánico.

Mi padre.

Seguro.

Ha llegado a casa, ha descubierto mi mentira y ahora quiere meterme dentro de una picadora cual carne de conejo, con tal de que no vuelva a ver a Oliver Luque.

O Fede, queriendo encerrarme en una torre como Rapunzel.

O ambos organizando mi funeral.

Pero cuando saco el teléfono y veo el mensaje, siento un alivio tan grande que casi me mareo.

Al final nos hemos quedado tomando algo después de la cena.
Tu padre sigue aquí también, así que no te preocupes 😊
Espero que estés mejor.

Dios mío.

Dios bendiga a los hombres aburridos con rutinas predecibles.

Dios bendiga a todos los Fedes.

Guardo el móvil rápidamente y vuelvo a abrazarme a Oliver antes de que note lo mucho que acabo de relajarme.

Aunque probablemente ya lo ha notado.

Él parece notarlo todo.

—¿Buenas noticias? —pregunta por encima del ruido del motor.

—Sobreviviré esta noche.

Oliver suelta una risa breve, la noto vibrar en su espalda.

Y eso tampoco debería gustarme tanto.

Cuando llegamos a casa, la mansión está prácticamente a oscuras.

Perfecto.

Oliver detiene la moto frente a la entrada y yo tardo unos segundos en moverme.

No quiero bajarme, esa es la verdad.

Me quito el casco lentamente mientras intento recuperar una cantidad mínimamente aceptable de estabilidad emocional.

Fracaso.

Oliver se baja primero y luego me mira mientras me aparto el pelo completamente despeinado.

—Tienes cara de haber cometido un delito.

—Creo que técnicamente lo he hecho —digo poniendo morritos.

—Creo que besarme todavía no es ilegal.

Lo miro sintiendo cómo las mejillas me arden en cuestión de segundos.

¿Cómo es posible que este chico me afecte así?

—No deberías decir esas cosas tan tranquilo.

—¿Qué cosas?

—Esas cosas.

Oliver se acerca un poco más, suficiente para que mi cerebro deje de funcionar correctamente.

—Princesa… después de cómo me has besado tú a mí, creo que ya hemos superado la fase de fingir normalidad.

El calor me sube directamente hasta las orejas.

—No te pongas chulo.

—No puedo prometer eso. —Me guiña un ojo y un latigazo de placer me recorre desde la cabeza hasta los pies, haciendo mucho hincapié en mi bajo vientre.

Odio muchísimo lo fácil que me hace reír.

Nos quedamos en silencio un segundo, solo mirándonos, y vuelve a invadirme la tensión, la electricidad y las ganas absurdas de volver a besarlo inmediatamente.

Oliver baja la vista hacia mi boca otra vez.

Error.

Gravísimo error, porque mi cuerpo reacciona antes que mi dignidad.

Da un paso hacia mí y yo no retrocedo, por supuesto que no.

Pero entonces mi móvil comienza a vibrar.

Los dos posamos la vista automáticamente en la pantalla.

Es Papá.

Perfecto.

Maravilloso.

Excelente *timing.*

Suelto una risa nerviosa.

—Creo que el universo nos odia.

Oliver sonríe.

—Sí, pero creo que a mí empieza a compensarme.

Dios mío.

Dios mío.

Dios mío.

—Buenas noches, Oliver.

Su sonrisa se vuelve más pequeña y peligrosa.

—Ni de coña vas a dormir bien esta noche, Genoveva Santos.

Y el muy cabrón tiene razón.

Entro en casa intentando caminar normal, aunque siento todavía el beso en los labios y las piernas algo temblorosas.

La mansión vuelve a parecer enorme, silenciosa y extrañamente vacía.

Subo las escaleras deprisa antes de que mi padre vuelva a llamar y me encierro en mi habitación soltando el aire de golpe.

Ni que pudiera verme.

Entonces me apoyo contra la puerta, cierro los ojos y vuelvo a sentirlo todo.

La moto, sus manos, su voz, el casco, ese "dime que pare" y su boca contra la mía.

Dios mío.

Me llevo una mano a la cara completamente horrorizada.

—Estoy fatal —murmuro.

Muy fatal.

El móvil vibra sobre la cama y no tardo en cogerlo, porque entonces mi padre sí sospecharía.

—¿Papá?

—No tardaré en ir para casa, ¿cómo te encuentras?

—He tomado infusiones y parece que me han sentado bien.

—Eso es buen síntoma. Solo quería asegurarme. Duérmete, no tardaré en llegar.

Papá me cuelga e inmediatamente mando un mensaje a Maira:

Necesito que me digas exactamente a qué hora empecé a "vomitar" porque acabo de besar a Oliver Luque y creo que he perdido completamente la cabeza.

La respuesta de Maira llega literalmente diez segundos después, ni siquiera me da tiempo a quitarme la ropa para meterme en la ducha y que Papá no huela la gasolina en mi piel cuando llegue.

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA
TE ODIO.
LLÁMAME AHORA MISMO.

Suelto una carcajada pequeña antes de dejar el móvil sobre la cama, necesito asearme antes.

Luego voy al baño y ahí empieza el verdadero problema, porque cuando me miro al espejo, no parezco la misma de hace unas horas.

Tengo el pelo despeinado, los labios hinchados, las mejillas todavía rojas y una expresión que no sé reconocer del todo.

Más viva, más desordenada y, sorprendentemente, más yo.

Me quito la ropa y me meto en la ducha intentando pensar en cualquier otra cosa.

Spoiler: no funciona.

Ni siquiera he cenado, pero tengo el sistema nervioso a flor de piel y no siento hambre.

El agua caliente cae sobre mí y automáticamente vuelvo a recordarlo sujetándome la cintura contra él.

Su voz grave junto a mi boca, sus dedos ajustándome el casco, la forma en la que me miraba como si yo también pudiera pertenecer a su mundo.

Y entonces aparece el pensamiento más peligroso de todos: Oliver me ha hecho sentir más cosas en una noche que Fede en años.

La culpa me golpea inmediatamente, porque Fede no ha hecho nada malo.

Nada.

Pero intento imaginarme besándolo como he besado a Oliver y mi cuerpo literalmente no reacciona.

Ni una chispa.

Ni un vértigo.

Ni ganas de volver a hacerlo inmediatamente después.

Con Oliver, en cambio… ¡Dios!

Apoyo la cabeza contra los azulejos cerrando los ojos mientras el agua sigue cayendo sobre mí.

No debería pensar así, no debería querer repetirlo ni desear volver a sentir sus manos en mi cintura.

Pero mi cuerpo parece no estar interesado en la opinión de mi parte racional esta noche.

Salgo de la ducha envuelta en una toalla y camino descalza hasta la cama intentando serenarme.

No lo consigo, porque entonces recuerdo otra vez ese "Dime que pare."

Y el calor vuelve a arrasarme.

Me tumbo boca arriba soltando aire despacio.

Fatal.

Estoy fatal.

Intento distraerme mirando redes sociales, porque no estoy preparada para hablar con Maira, primero he de serenarme.

Fracaso.

Intento pensar en cualquier otra cosa.

Fracaso.

Porque cuanto más intento apartarlo de mi cabeza, más vuelve: su boca, su voz, su risa, sus manos y el motor vibrando entre nosotros.

Mi respiración cambia antes de que quiera admitirlo siquiera.

Me llevo una mano al estómago sintiendo el pulso demasiado rápido.

Cierro los ojos y me imagino besándolo de nuevo, más despacio esta vez.

Sin motos ni ruido, solo él.

La imagen me atraviesa entera y mis dedos aprietan ligeramente la sábana mientras el calor sube poco a poco desde mis pies a mi cabeza, los dedos de mi otra mano se cuelan en mi sexo y el recuerdo de Oliver se mezcla con todo lo demás: la adrenalina, la tensión, sus manos, su boca, la manera en la que me llama princesa.

Dios mío.

Mi respiración se entrecorta un poco cuando alcanzo el orgasmo.

Mis ojos se abren de golpe, como si tuviera un resorte entre los párpados.

Ya no puedo fingir que esto no me está cambiando, porque Oliver Luque, el heredero más cuestionado de Madrid, no solo me ha besado, ha despertado algo dentro de mí que llevaba demasiado tiempo dormido.

27
Oliver

La casa está completamente a oscuras cuando entro.

Bueno, completamente no, hay una única fuente de luz encendida en la cocina: un aro LED gigante iluminando a Marisa como si estuviera a punto de grabar un interrogatorio paranormal para TikTok.

No me sorprendería si lo hiciera, también te digo.

Está sentada encima de la encimera con una manta de leopardo sobre las piernas, un moño torcido en la cabeza y una caja de *Cookies* abierta apoyada junto al móvil.

Come galletas como quien atraviesa un divorcio, con la diferencia de que ella no quiere saber nada de los hombres: vive para jugar al bingo, grabar vídeos de Tiktok y estar con mamá.

Nunca ha dejado sola a mamá, por eso muchos días duerme con nosotros.

Supongo que ella también se siente sola a veces.

No solo la sangre hace piña, muchas veces es el distinto ADN el que te salva de la miseria.

Y no hablo solo de dinero.

Levanta la vista al verme entrar y se queda quieta, mirándome con esos ojos tan grandes.

La manta de leopardo no ayuda.

Menudo acojone, lo juro.

—Madre de Dios.

Suelto las llaves sobre la mesa.

—¿Qué?

Marisa baja lentamente una galleta.

—Te han besado.

Me quedo completamente quieto.

Mierda.

—No sé de qué hablas.

—Oliver, cariño… tienes la misma cara que pone la gente que acaba de sobrevivir a un accidente aéreo y encima quiere repetir la experiencia.

No puedo evitar soltar una risa cansada mientras abro la nevera buscando agua.

No tengo ni hambre.

Sigo sonriendo y ella lo ve.

Claro que lo ve.

—¡MADRE! —exclama, señalándome directamente con una *cookie*.

Lo que yo te diga, el azúcar no le sienta bien.

—¡Nines! ¡DESPIERTA! ¡EL HEREDERO MALDITO HA SENTIDO COSAS!

La voz de mi madre llega desde el pasillo.

—Marisa, es la una y media de la mañana… Como me hagáis ver una escena romántica, os dejo sin desayuno una semana.

Marisa baja de forma apresurada de la encimera y me da un vuelco el corazón.

Lo que me faltaba ya, que se cayera al suelo.

—¡Y haz dos *colacaos* que esto es ya una telenovela! ¡Pasión de millonarios! ¡Mira yo me meo sola!

Cierro los ojos un segundo.

—No soy protagonista de ninguna telenovela. ¿Puedes parar?

—Claro. Y yo estudio oposiciones. Tócate el chocho, Maricarmen.

Pongo los ojos en blanco y bufo al tiempo que mi madre aparece en la cocina medio dormida, con una bata gris y cara de estar cuestionando todas sus decisiones vitales.

—¿Qué está pasando?

Marisa se gira hacia ella con solemnidad religiosa.

—El nene se ha liado con La Emperatriz —cuchichea cual cotorra, posando su mano sobre el brazo de mi madre.

Luego se calla y mi madre me mira.

Bebo agua directamente de la botella y Marisa abre muchísimo los ojos.

—¿Ves cómo es cierto? Seco, lo ha dejado.

—Marisa…

—No, no. Espera. Necesito reconstruir cronológicamente esta fantasía. ¿Cómo ha pasado? ¿Dónde? ¿Qué música sonaba? ¿Había tensión? ¿Os habéis agarrado la cara? Dame detalles o me muero.

—No vas a morirte.

—Oliver, literalmente vivo por estas cosas.

Mi madre suspira sentándose en la mesa.

—¿Ha sido con Genoveva? Dime que sí, ¡por Dios! —insiste Marisa.

Mierda otra vez.

Ahora, cada vez que escucho su nombre, noto algo raro en el pecho.

—Sí —murmuro al final.

Marisa se lleva ambas manos a la cabeza.

—NO PUEDO MÁS CON ESTA HISTORIA.

—No es una historia. Simplemente ha pasado de ir a una cena pija para venir conmigo a las carreras. Nos hemos dado un par de besos. Fin.

—¿Tú eres consciente? La hija del enemigo millonario se escapa de una cena de ricos para irse contigo a carreras ilegales y os besáis sobre una moto. Netflix os llama para copiaros el argumento, te lo digo yo.

No puedo evitar reírme cuando comparto una mirada de resignación con mi madre.

—¿Y cómo estás?

La pregunta me pilla desprevenido, porque no sé muy bien como responderla.

Podría decir que estoy un poco… confundido, pero también mi interior está acelerado, y soy completamente incapaz de quitarme de la cabeza a Veva soltando una carcajada sobre mi moto.

—No lo sé —respondo al final.

Mi madre se levanta y comienza a preparar los dichosos colacaos.

Es un trozo de pan, lo juro, es la mejor madre que podría haber tenido.

Marisa entrecierra los ojos observándome como si estuviera viendo una tragedia romántica en tiempo real.

—Uy, uy, uy…

—¿Qué pasa ahora?

—Que estás jodidísimo.

—No estoy jodidísimo.

—Oliver, tienes la mirada perdida de un hombre que ya ha empezado a escuchar canciones de Álex Ubago sin querer.

—Te odio muchísimo.

—Y aun así tengo razón.

La muy cabrona la tiene.

Desde que he dejado a Veva en su casa no paro de recordar cosas tipo así: cómo se agarraba a mi cintura, cómo se reía con Dani, cómo me miró antes de besarme y, sobre todo, cómo parecía sentirse libre conmigo.

Eso es lo que me ha destrozado de verdad.

Mi madre me mira por encima de su taza, una vez nos ha servido a nosotros las nuestras.

—¿Qué ha hecho ella?

Parpadeo.

—¿Qué?

—Para que estés así.

Me apoyo contra la encimera soltando aire lentamente.

—Pasar de esa estúpida cena y venirse conmigo.

Marisa frunce el ceño.

—¿Con quién era esa cena?

—Imagino que con el chico ese… Don Perfecto y su padre, claro.

No sé por qué esa parte me importa tanto.

Pero me importa muchísimo, porque hombres como yo estamos acostumbrados a que nos elijan a escondidas, a ratos, cuando no molestamos demasiado.

Pero Genoveva Santos se bajó de un Mercedes para venir conmigo a un circuito ilegal lleno de gasolina y ruido.

Y eso no me lo esperaba.

Marisa me observa unos segundos más y entonces deja la galleta lentamente sobre la encimera.

Hostia.

Eso sí es grave.

—Vale —dice más seria ahora—. Eso cambia cosas.

Mi madre asiente despacio.

—No pongáis esa cara.

—¿Qué cara? —pregunta Marisa.

—La de que esto significa algo.

Marisa se ríe.

—Cariño… ya os habéis besado. El barco de "esto significa algo" se hundió hace tres capítulos.

Suelto una carcajada involuntaria y mi madre también sonríe un poco.

Traidoras.

—¿Y el novio ese? —pregunta ella después.

Ah.

Federico Fernández.

El Ken humano.

La sonrisa se me borra un poco.

—Se supone que no hay nada entre ellos, eso le gustaría al padre. Pero sigue existiendo.

—Uy —dice Marisa llevándose una mano al pecho—. Celos. Tenemos celos.

—No son celos.

—Oliver, acabas de decir "sigue existiendo" como si estuvieras hablando de una plaga bíblica.

Eso me hace reír otra vez, pero poco, porque el problema es que sí me molesta.

No porque crea que ella sea mía.

Por el amor de Dios, ni siquiera sé qué coño somos, seguramente nada.

Nos hemos liado y ya, sin más.

Y una mierda, se enfada mi subconsciente.

Pero pensar en Genoveva sentada en una mesa junto a él después de besarme a mí…

No.

No me gusta nada.

Y la sensación es muchísimo más intensa de lo que debería.

Marisa me mira con una mezcla entre diversión y pena.

—Ay, chico…

—No me tengas pena.

—No es pena, es fascinación. Nunca te había visto así.

Yo tampoco.

Cojo una *cookie* de la caja y me la llevo a la boca.

Está blandísima y asquerosa.

—Llevan abiertas tres días —me advierte Marisa.

La saco inmediatamente de mi boca con una mueca y ella se parte de risa.

—¿Cómo puedes comerte esto como si fueran pipas?

Le lanzo la galleta y la esquiva todavía riéndose.

Mi madre niega con la cabeza mientras, ajena a nuestras tonterías, da un sorbo de su taza.

—Intentad no destruiros esta noche, por favor.

—No prometo nada —dice Marisa.

—Eso me preocupa muchísimo más de lo que debería.

—¿La vas a volver a ver? —pregunta mi madre.

La pregunta se queda flotando entre nosotros.

Y lo peor es que la respuesta me sale demasiado rápido.

—Sí.

Ni siquiera dudo ni un segundo, básicamente porque es la hija de mi socio más allegado, el cual no me soporta, para ser claros.

—No os mováis.

Parpadeo varias veces, sorprendido ante la nueva energía que mueve a Marisa.

—¿Qué haces?

—Necesito confirmar algo.

—Marisa, son las dos de la mañana.

—El amor no tiene horario.

Es entonces cuando saca el mazo del tarot del bolsillo de su pijama y empieza a barajar.

—A ver qué dice el universo sobre La Emperatriz y El Heredero maldito.

—Voy a irme de esta cocina —digo haciendo el amago de levantarme de la silla.

—No, ahora yo también quiero saber —dice mi madre poniendo una mano sobre mi hombro y haciendo presión hacia abajo para que vuelva a sentarme—. Bébete la leche. A ver qué sale.

—Se supone que no creemos en esto —le digo frunciendo el ceño—. Te ha comido la cabe…

—¡Bueno… fenomenal! —exclama Marisa interrumpiéndome. Tiene la vista fija en la carta que ha salido, concretamente la de El Diablo.

—¿Eso es malo? —pregunto, no vaya a ser que Ignacio Santos me haya echado una maldición y no lo sepa.

—Depende. ¿Te gusta arruinarte emocionalmente?

Hago una mueca y observo cómo Marisa sigue barajando.

Sale La Torre.

—Uy.

—¿Qué significa "uy"?

—Significa que alguien va a tener una crisis existencial muy sexy.

—Por Dios… ¿qué clase de predicciones son estas?

—Sshhh, calla. Ángeles, arcángeles… ¡decidme la verdad!

La carta de Los Enamorados sale del mazo y el corazón me da un vuelco extraño.

Marisa me ha debido drogar con las *cookies* blandurrias, yo no creo en estas mierdas.

—Hostia… —murmura mirando la carta.

—¿Ahora qué?

Marisa me mira y luego sonríe despacio.

En serio, parece una muñeca rusa diabólica, no puedo más.

—Pues que ya estás muerto, cariño.

—¡Venga, va! Yo me piro de aquí… —digo levantándome para salir de la cocina.

Esta vez nadie me detiene, así que puedo respirar un poco más tranquilo.

28
Veva

Una de las consecuencias de tomar decisiones impulsivas es que luego una tiene que despertarse al día siguiente y convivir consigo misma.

Y conmigo misma ahora mismo no hay quien conviva.

Son las once y media de la mañana y sigo en pijama, despeinada y sentada en la cocina con una taza de café que se ha quedado fría hace quince minutos porque llevo exactamente quince minutos mirando al vacío como una víctima de secta puesta hasta arriba de ayahuasca.

Solo me falta cazar moscas con la lengua.

Anoche, aunque parezca mentira, estaba durmiendo cuando llegó Papá y, aunque esta mañana le ha parecido raro que Maira no se quedara a dormir, tampoco ha hecho demasiadas preguntas al respecto, solo ha dejado ver que seguía molesto.

No, claro, si aunque me atropellara un camión, nada sería tan importante como acudir a las cenas de negocio con los Fernández.

Qué pesadilla, lo juro.

El beso sigue en mi cabeza como si fuera una maldición.

Aunque una muy atractiva, a decir verdad, y con una chaqueta de cuero y manos enormes.

Me dejo caer un poco más sobre la silla soltando un suspiro larguísimo.

Fatal.

Estoy fatal.

Anoche soñé con Oliver.

Bueno.

"Soñé".

Digamos que mi subconsciente decidió montar una película erótica de autor mientras yo dormía y ahora mi dignidad está desaparecida desde aproximadamente las tres de la mañana y no he carbonizado las bragas de purito milagro.

Pero ¿qué me está haciendo este tío?

El timbre suena de pronto, sacándome de mis pensamientos, y doy un respingo tan fuerte que casi tiro el café encima de mí.

Perfecto.

Seguro que es mi padre volviendo de su despacho para decirme que huelo a delincuencia porque lo ha descubierto todo o algo.

Camino hasta la puerta arrastrando los pies y la abro preparada psicológicamente para enfrentarme a ser una decepción de nuevo, pero lo que me encuentro es a Maira entrando como una intervención policial.

—¡APÁRTATE Y HABLA TRAIDORA! NECESITO INFORMACIÓN.

Lleva unas gafas de sol enormes, un café helado en la mano y la energía de una presentadora de reality show.

—Buenos días a ti también.

—No, no, no. Los buenos días se terminaron en el momento en el que me mandaste ese maldito mensaje en el que me decías que habías besado a Oliver Luque y luego no respondiste nunca jamás a mis peticiones.

Cierro la puerta detrás de ella.

—¡Shhhhh! ¡Habla más bajo!

—¿Por qué? ¡Me tienes cabreada como una mona!

La odio.

Muchísimo.

Entra en la cocina, deja el bolso sobre una silla y me mira de arriba abajo.

—Joder.

—¿Qué?

—Tienes exactamente la cara de una mujer que ha tomado decisiones sexuales cuestionables.

—No he tomado decisiones sexuales. Y mucho menos cuestionables.

—Veva, cariño, tus labios parecen haber sobrevivido a un incendio.

El calor me sube directamente al cuello.

Perfecto.

Maira pega un grito ahogado.

—¡DIOS MÍO, FUE UN BESO DE LOS BUENOS!

Me dejo caer otra vez sobre la silla tapándome la cara con las manos.

—No puedo contigo.

—No, tú no puedes contigo misma desde anoche. Cuéntamelo TODO inmediatamente.

Maira se sienta frente a mí como si estuviera preparándose para escuchar un testimonio criminal.

—Necesito saber si fue: a) beso elegante de rico triste o b) beso de "voy a tomar decisiones que decepcionarían a la Virgen María".

La miro lentamente.

—B.

Ella golpea la mesa.

—¡LO SABÍA!

No puedo evitar reírme.

Maira me señala dramáticamente.

—Mírate… Estás feliz. ¡FELIZ! ¿Tú sabes lo preocupante que es eso?

—No estoy feliz.

—Veva, literalmente brillas. Pareces una mujer a la que le han reiniciado el sistema nervioso a base de testosterona.

Me atraganto con el café.

—Dios mío, eres insoportable.

—Y aun así aquí estoy, sosteniendo esta amistad como una heroína.

Resoplo apoyando los brazos sobre la mesa.

—No sé qué me está pasando.

—Sí lo sabes.

Libre.

Me siento libre.

La palabra aparece en mi cabeza tan clara que me da miedo.

Libre de verdad.

Cuando estuve con él no tuve que pensar en cómo sentarme, cómo hablar, cómo sonreír…

Nada.

Maira me observa en silencio unos segundos.

—Uy.

—¿Qué?

—Acabas de pensar algo gravísimo.

Bajo la vista hacia la taza.

—Con Fede nunca me he sentido así.

—¿Así cómo?

Trago saliva.

Ni siquiera sé explicarlo bien.

—Viva.

La palabra sale bajito, demasiado honesta incluso, y Maira apoya despacio el café sobre la mesa.

—Veva…

—Y eso es horrible —añado rápidamente—. Porque Fede no ha hecho nada malo.

—No, cariño. Pero tampoco ha hecho nada bueno.

Frunzo el ceño.

—Eso no es justo.

—¿No? Entonces dime una cosa. —Se inclina hacia delante—. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste con Fede algo parecido a lo de anoche? No, no, mejor aún: ¿alguna vez te has besado con él? Porque parece… yo qué sé… hasta los chicos vírgenes son más lanzados que él. ¿Será gay?

Abro la boca, la cierro porque no tengo respuesta y observo a Maira, que se ha quedado mirando la nada pensando en todo.

Me levanto de la silla caminando hacia la encimera.

Necesito moverme, respirar, dejar de pensar.

No sé.

—Estoy jodida —murmuro.

—Sí —dice Maira detrás de mí—, pero de una forma interesante.

Me apoyo sobre la encimera soltando aire lentamente.

—No sé qué hacer ahora.

—Bueno, de momento podrías aceptar que quieres volver a verlo.

Me giro demasiado rápido.

—No he dicho eso.

Maira directamente pone los ojos en blanco.

—Veva. Si ese hombre apareciera ahora mismo debajo de tu ventana con una moto y cara de problemas, bajarías en cinco minutos.

Guardo silencio y aprieto los labios y las piernas al mismo tiempo.

—En tres —añade ella.

La odio, repito.

El móvil vibra sobre la encimera y las dos giramos la cabeza hacia él automáticamente.

Número desconocido.

Y algo dentro de mí da un salto tan fuerte que casi me enfado conmigo misma.

Maira abre muchísimo los ojos, yo frunzo el ceño.

—No sabemos quién es.

—Veva, por favor. Tienes la misma cara que las protagonistas de las películas antes de vivir la historia de amor más intensa de su vida.

Cojo el móvil intentando parecer tranquila, pero fracaso porque me tiemblan hasta las manitas.

Abro el mensaje y leo: *¿Sigues viva después de tu primera noche delictiva?*

Se me corta la respiración y Maira se levanta de la silla como si acabara de detectar actividad paranormal.

—¿ES ÉL? ¡DIME QUE ES ÉL!

Aparece otro mensaje acto seguido: *Dani me ha dado tu número, lo tienes puesto en el botón de contacto de tu cuenta de Instagram. Creo que ahora técnicamente también somos delincuentes digitales.*

Es entonces cuando aparece esa sonrisa completamente ridícula que se me pone cuando estoy con él.

Es imposible de controlar.

Maira me mira horrorizada.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué?

—Acabas de poner cara de enamorada.

Levanto la vista inmediatamente.

—No he puesto ninguna cara.

—Veva, cariño… si sonríes más fuerte, literalmente se te ilumina Madrid entera.

Y lo peor de todo es que, mientras vuelvo a mirar el mensaje de Oliver, una parte de mí piensa algo todavía más peligroso: quiero volver a verlo.

29
Oliver

Una semana sin ver a Genoveva Santos debería haber sido suficiente para que mi cerebro recuperara algo parecido a la cordura.

Spoiler: no ha pasado.

Por el contrario, mi cabeza ha decidido convertirse en una especie de archivo ilegal donde se reproducen sin permiso escenas bastante concretas de aquella noche: ella riéndose con Dani, ella abrazada a mi espalda, ella con el pelo despeinado después de la carrera y ella besándome como si acabara de descubrir que el mundo tenía otras salidas.

Un desastre.

Un puto desastre con ojos claros y apellido peligroso.

—Deje de mirar el café como si fuera a responderle —dice Ezequiel desde el otro lado de la mesa.

Estoy harto de decirle que no me trate de usted, pero no me hace ni puto caso.

Levanto la vista.

Estamos en una cafetería elegante cerca del edificio donde vamos a reunirnos con parte del consejo.

Esas donde un café cuesta lo mismo que un menú del día y los camareros llevan camisa blanca con la tristeza de quien sabe diferenciar un cortado de una condena.

—Estoy pensando.

—Eso me preocupa.

—Qué gracioso.

Ezequiel deja una carpeta sobre la mesa con esa calma suya que cada día me resulta más sospechosa.

—¿El Portal?

Asiento.

El Portal avanza.

Y eso, de todas las cosas absurdas que han pasado últimamente, es la única que empieza a parecer real de verdad.

Dani lleva una semana viviendo prácticamente entre pintura, cables y decisiones estéticas cuestionables.

Sergio ha conseguido contactos para proveedores sin comportarse demasiado como un capullo rico, lo cual es un milagro.

Y yo he firmado más papeles de los que un ser humano debería firmar sin cometer un delito.

Pero está naciendo mi sitio.

El nuestro, quizá.

No.

Nuestro no.

Mío.

Bueno.

Joder…

—Los proveedores empiezan el lunes a traer todo lo que he pedido —digo—. Si Dani no muere intoxicado por pintura antes. Pero quiero meter a treinta tíos si hace falta ahí dentro para que esté listo en el menor tiempo posible.

Ezequiel casi sonríe.

—Me alegra verle construir algo.

Lo miro.

—No te pongas sentimental antes de las diez de la mañana.

—No es sentimentalismo. Es estrategia.

—Claro.

—Un hombre con un proyecto propio es más difícil de manipular.

Bebo un sorbo de café y miro por el ventanal.

—Hoy no van a estar cómodos —dice él, abriendo la carpeta.

—Qué pena.

—Oliver.

Lo miro.

—¿Qué?

—No entre a matar antes de que hayamos presentado el proyecto.

—¿Y después?

—Después procure no cometer delitos delante de testigos.

Sonrío.

Me cae bien el cabrón.

Demasiado.

Ezequiel saca unos documentos y los coloca frente a mí.

—El plan está claro. Dotación inicial para programas de intervención social, ayuda energética, empleo juvenil, becas de formación y colaboración con entidades que ya trabajan sobre el terreno.

—Cañada Real —digo.

—Entre otras zonas.

—No. Empezamos por ahí.

Ezequiel me observa unos segundos.

—Va a levantar ampollas.

—Perfecto. Igual así se enteran de que hay gente viviendo sin luz mientras ellos discuten qué whisky comprar para una sala de reuniones.

—No es una frase que recomiende incluir literalmente en la presentación.

—La pondré al final, por si hay turno de preguntas.

Ezequiel suspira, pero no parece sorprendido.

La cuestión es que no me da vergüenza.

Ni una poca.

Durante años, hombres como Antonio Santamaría hicieron fortuna hablando de activos, suelos, zonas de desarrollo y oportunidades mientras otros aprendían a sobrevivir en los márgenes.

Pues bien, ahora tengo su dinero y voy a hacer exactamente lo contrario a lo que él habría hecho.

Nos terminamos el café y algunos minutos más tarde llegamos al lugar de la junta.

El edificio huele a gente convencida de que el mundo les pertenece.

Subimos en ascensor hasta una planta alta y, antes de entrar, Ezequiel me toca apenas el brazo.

—Recuerde: calma.

—La calma está sobrevalorada.

—La calma le molesta más a Ignacio que la rabia.

Ahí sí. Ahí tiene razón.

La sala de reuniones es enorme, con una mesa larga, ventanales al fondo y varios hombres mirando pantallas como si estuvieran a punto de salvar la economía mundial en vez de discutir cómo evitar que yo reparta dinero donde no toca.

Ignacio Santos ya ha llegado, claro.

Traje oscuro, mandíbula firme y mirada de "te demandaría por respirar si pudiera".

Y, durante medio segundo, antes de sentarme, la veo a través del cristal lateral del pasillo.

Veva.

Está hablando con una mujer junto a una puerta abierta, con una carpeta en la mano y el pelo recogido. Lleva un pantalón claro, una blusa blanca y esa elegancia suya que debería parecerme inalcanzable y ahora solo consigue recordarme cómo me agarraba de la camiseta cuando la besé.

Mala idea.

Ella me ve y sus ojos se abren por la sorpresa.

—Señor Luque —dice Ignacio desde el fondo de la sala.

Aparto la mirada a duras penas y me obligo a hacerle caso al idiota de Santos.

—Señor Santos.

Tomo asiento y Ezequiel se sienta a mi lado.

Empieza la función y no estoy ni un poquito nervioso.

Los primeros diez minutos son una colección de frases vacías, datos, advertencias y rostros incómodos.

Todos intentan sonar razonables, y también no decir lo que realmente piensan, como que preferirían verme desaparecer, por ejemplo, o que el dinero de Antonio siguiera donde siempre ha estado.

Que el hijo secreto de Vallecas no hubiera aprendido a leer contratos tan rápido, también.

Todas esas cosas.

Cuando Ezequiel termina de explicar la estructura legal, me cede la palabra.

Y entonces…

—Voy a destinar una parte importante de los beneficios personales derivados de mi participación a un plan de inversión social.

Se hace un silencio delicioso que me invita a continuar:

—Empezaremos con programas en Cañada Real —continúo—. Energía, formación, empleo juvenil, apoyo a asociaciones de barrio y reformas urgentes en espacios comunitarios.

Uno de los consejeros carraspea.

—Eso no forma parte del objeto principal de la sociedad.

—No estoy hablando de la sociedad —respondo—. Estoy hablando de mi dinero.

Ignacio deja el bolígrafo sobre la mesa de forma exasperantemente lenta.

Peligro.

—El legado Santamaría no puede convertirse en una campaña personal de lavado de conciencia.

Sonrío.

—Qué curioso. Pensaba que lavar conciencias era precisamente una tradición familiar en este entorno.

Ezequiel respira hondo a mi lado, creo que está rezando.

Ignacio me mira con una frialdad que podría congelar media habitación.

—Está jugando con estructuras que no comprende.

—No. Estoy tocando estructuras que ustedes preferirían que nadie tocara.

Otro consejero interviene:

—Señor Luque, entendemos su sensibilidad social, pero este tipo de movimientos pueden generar inestabilidad mediática.

—La inestabilidad mediática ya la generaron ustedes cuando convirtieron mi existencia en un circo.

Silencio.

Ignacio se inclina hacia delante.

—Esto no es una ONG.

—No —respondo—. Es mi dinero.

La frase cae como una piedra.

Y por primera vez veo cómo algo se rompe mínimamente en la compostura de Ignacio.

No mucho, pero sí lo suficiente.

—Su dinero —repite con una risa seca—. Usted no habría sabido ni pronunciar el nombre de algunas de estas sociedades hace unas pocas semanas.

—Y aun así aquí estoy, pronunciándolo todo bastante bien.

Alguien baja la mirada.

Ignacio se levanta.

—No permitiré que convierta el patrimonio de Antonio en una herramienta para ajustar cuentas personales.

Ezequiel interviene entonces con un tono de voz tranquilo y perfectamente modulado que se convierte en letal.

—Con todos mis respetos, señor Santos, el señor Luque puede disponer libremente de sus beneficios personales y de las cantidades que le correspondan legalmente una vez efectuadas las obligaciones fiscales y societarias pertinentes.

Ignacio ni siquiera lo mira, sigue mirándome a mí.

—Esto tendrá consecuencias.

—Eso espero —respondo.

Y ahí sé que he ganado algo.

No la guerra, todavía no, pero sí una parte de la habitación, porque creo que he conseguido que me vean como alguien que piensa quedarse.

Cuando la reunión termina, salgo al pasillo con el cuerpo lleno de electricidad y demasiadas ganas de romper algo o besar a alguien.

Muy concreto lo segundo.

Buena suerte para mí, porque aparece justo entonces.

Genoveva sale de una sala lateral con el móvil en la mano y la mirada perdida, como si estuviera intentando procesar lo que acaba de escuchar.

Doy un paso hacia ella.

—Tu padre quiere matarme.

Ella parpadea y sonríe.

—Mi padre quiere matar a mucha gente.

—Sí, pero a mí últimamente con más ilusión.

Se le escapa una sonrisa, pequeña y preciosa, y mi polla no duda en inflamarse dentro de mis calzoncillos.

Esa boca del demonio acaba de joderme la poca cordura que me quedaba.

Da un paso atrás justo cuando alguien cruza por el pasillo y casi tropieza con una mesa auxiliar.

La agarro de la cintura por puro reflejo y la giro hacia mí.

De pronto está demasiado cerca, su cuerpo contra el mío, mis manos en su cintura y su respiración justo debajo de mi boca.

Joder.

Una semana.

Una puta semana entera intentando no pensar en esto.

En ella.

En cómo se escuchaba su respiración después de besarme.

—Cuidado —murmuro.

—Estoy teniendo mucho cuidado.

Mentira.

Los dos lo sabemos.

No la suelto, ella tampoco se aparta y el pasillo entero podría derrumbarse ahora mismo, que estoy seguro de que no me importaría.

—¿Llevas una semana evitándome? —pregunto.

Sus ojos suben a los míos.

—¿Llevas una semana pensando en mí?

Golpe directo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Porque la respuesta es sí.

La miro.

Y ahora sí que no sé si habla de evitarme o de pensar en mí o las dos cosas.

El caso es que le costaba responder mis mensajes durante estos días anteriores.

Bajo la mirada a su boca.

Gravísimo error.

Ella lo nota.

Claro que lo nota.

Sus dedos se apoyan apenas en mi antebrazo.

—Oliver…

Me inclino sobre ella, deseando con todo mi ser comerle la boca, lo suficiente para que los dos sepamos que quiero hacerlo y recordemos que ya sé cómo sabe.

—Me moría por verte, pero no podía escaparme…

—Dime que pare —susurro.

Su respiración cambia y entonces se oye una puerta abrirse al fondo del pasillo.

—Te recojo esta noche. Sin excusas.

Es Ignacio, así que nos separamos.

Bueno, nos separamos lo justo para no provocar una guerra nuclear.

Ignacio se queda quieto al vernos y su mirada baja a mi mano, todavía demasiado cerca de la cintura de su hija.

Luego sube a mis ojos y me reta con sus pupilas.

Genoveva da un paso atrás, pero no parece arrepentida.

Eso es lo peor.

O lo mejor, según se mire.

Ignacio aprieta la mandíbula.

—Genoveva.

Ella levanta la barbilla.

—Papá.

—Nos vamos —dictamina Santos.

Yo sonrío.

Esto no ha hecho más que empezar.

30
Veva

Escaparse de tu propia casa para tener un rato a solas con el chico más nombrado del momento debería parecer menos ridículo de lo que parece.

Y, sin embargo, aquí estoy: descalza, agachada detrás de una planta enorme del jardín, sosteniendo los tacones en una mano y cuestionando seriamente todas mis decisiones vitales.

El móvil vibra y leo su mensaje: *Estoy al final de la calle. Y te juro que si apareces otra vez vestida como para entregar un Óscar, me doy la vuelta.*

No puedo evitar sonreír, verás cuando vea los tacones.

Tampoco son tan altos, son unas cuñas preciosas.

Fatal.

Estoy fatal.

Cruzo el jardín intentando no hacer ruido y salgo por la puerta lateral justo cuando escucho voces dentro de casa.

Perfecto.

Casi muerte cardíaca gratuita.

Camino deprisa hasta el final de la calle y entonces lo veo.

Para sorpresa de nadie, está apoyado sobre la moto con una sudadera negra y las manos en los bolsillos, observando alrededor con esa expresión tranquila que últimamente me altera el sistema nervioso muchísimo más de lo razonable.

Levanta la vista al verme.

—Menos mal —dice cuando llego hasta él.

—Estoy desarrollando habilidades que ni yo sabía que existían con eso de bajar por los canalones y esas cosas.

—Estoy muy orgulloso de ti, princesa.

Pongo los ojos en blanco intentando ignorar el calorcito que me embriaga cada vez que me llama así.

Oliver me mira un segundo más.

—Vale. Confirmado.

—¿Qué?

—Te gusta escaparte conmigo.

Abro la boca, la cierro y no digo ni mu, porque tiene más razón que un santo, aunque de santo no tenga nada.

—No te pongas insoportable.

—Llegas tarde. Llevo así toda mi vida.

No puedo evitar reírme.

Me pongo el casco y me subo detrás de él mientras el corazón me late raro, rápido y peligrosamente feliz.

—¿Vas a llevarme a otra carrera ilegal? —pregunto agarrándome a su cintura.

Oliver arranca la moto.

—No. Hoy tengo otro plan.

El tono en el que lo dice me da más miedo del que debería, aunque también me muero de curiosidad.

Muy mala combinación.

Madrid se mueve rápido a nuestro alrededor mientras avanzamos por calles cada vez más vacías.

Esta vez no vamos hacia la zona industrial, ni tampoco hacia su local o alguna zona llena de ruido.

Cuando finalmente se detiene, levanto la vista sorprendida, pues estamos frente a un mirador enorme sobre la ciudad.

Luces abajo, oscuridad arriba y silencio.

Bueno, eso es relativo, porque mi corazón está haciendo cosas rarísimas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto bajándome de la moto.

Oliver se quita el casco lentamente.

—Estar juntos.

Parpadeo.

—Eso ha sonado peligrosísimo.

—Lo es.

El viento mueve un poco mi pelo mientras miro alrededor.

Hay un banco algo apartado, un par de motos aparcadas más lejos y Madrid extendiéndose iluminada frente a nosotros como si la ciudad también estuviera despierta.

Oliver se sienta sobre el respaldo del banco y me mira.

—¿Qué? —pregunto ya nerviosa.

—Nada.

—Oliver.

Sonríe.

—Todavía no me acostumbro a verte aquí.

—¿Aquí dónde?

—Conmigo.

Me acerco despacio hasta quedar frente a él.

—Pues acostúmbrate.

Durante un segundo deja de parecer el hombre que entra en reuniones dispuesto a incendiar medio consejo de administración, ahora solo parece él: Oliver.

Me apoyo a su lado mirando Madrid delante de nosotros.

—Lo de Cañada Real va en serio, ¿verdad? Mi padre está que trina con eso, lo he escuchado hablar por teléfono—pregunto más bajo esta vez.

Oliver deja de sonreír.

Asiente.

—Sí.

No dice mucho más, tampoco necesita hacerlo.

Me giro un poco hacia él.

—¿Por qué?

Oliver tarda unos segundos en responder.

Mira la ciudad, luego sus manos y luego a mí.

—Porque sé lo que es crecer viendo cómo otra gente decide cuánto vale tu vida dependiendo de dónde vienes.

El aire parece cambiar entre nosotros. No hay ironía en sus palabras, tampoco sarcasmo, solamente verdad, y eso siempre me deja un poco sin defensas con él.

Yo vengo de ese bando del que habla y de algún modo me siento aludida.

—No quiero que la gente tenga que sentirse pequeña para sobrevivir —añade—. Ni invisible.

Trago saliva.

De repente entiendo algo que quizá no había querido entender del todo hasta ahora: Oliver no está haciendo esto para provocar a mi padre, sino porque le importa de verdad.

—Te ayudaré —digo antes de pensar demasiado.

Él frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué?

—Con el proyecto.

—Genoveva…

—Voy en serio.

Me observa unos segundos.

—¿Tu padre sabe que acabas de ofrecerte a colaborar con el hombre al que quiere estrangular?

—Mi padre no necesita más motivos para enfadarse conmigo últimamente.

Oliver suelta una risa breve y luego me mira otra vez.

—No sabes lo mucho que me gustas cuando haces eso.

El corazón me da un golpe completamente innecesario.

—¿Hacer qué?

—Elegirte a ti.

Mierda.

Mierda, mierda y más mierda.

Nadie me ha dicho algo así nunca, y de repente siento algo peligrosísimo en el pecho, no sé qué es, pero me gusta la sensación.

¿Es esto lo que se siente cuando te roza el amor, por muy loco que parezca?

Oliver se acerca un poco más, luego otro poco y sus dedos acaban rozando mi cintura despacio y suben por mi espalda.

Es entonces cuando mi cuerpo entero reacciona como si alguien hubiera encendido algo debajo de mi piel.

Me besa de forma lenta, mucho más lenta que la primera vez, y resulta muchísimo peor para mi estabilidad emocional.

Ahora sí noto todo: su respiración, sus manos, la forma en la que me acerca más a él, cómo mi cuerpo responde automáticamente.

Dios mío.

Mis manos suben hasta su cuello mientras el beso se vuelve más profundo y caliente.

Me aprieta contra él y noto perfectamente cómo pierde un poco el control.

Su mano baja por mi espalda, me aprieta los glúteos con los dedos, luego vuelve a subir y después se queda en mi cintura como si estuviera conteniéndose.

—Joder, Genoveva… —murmura contra mi boca.

La forma en la que dice mi nombre me deja completamente temblando.

Y ahí aparece el miedo, rápido y brusco.

Me separo un poco y él se queda quieto inmediatamente.

Eso también me afecta, porque no insiste ni presiona, simplemente me mira a los ojos.

—Ey—dice en un susurro—. ¿Qué pasa?

Trago saliva.

No quiero decirlo, no quiero romper esto, pero con él… con él empiezo a querer dejar de fingir.

Bajo la mirada un segundo, cogiendo fuerzas para hablar, y luego lo vuelvo a mirar a los ojos.

—Creo que hay algo mal en mí.

Él frunce el ceño inmediatamente.

—¿A qué te refieres?

—Nunca… siento demasiadas cosas con nadie —digo torpemente, luego me abrazo un poco a mí misma. Odio esta conversación, odio sentirme así de expuesta—. No sé si es normal o si estoy rota o qué me pasa, pero siempre ha sido todo… frío.

Oliver no habla y eso me pone más nerviosa todavía.

—Con Fede es fácil porque él nunca espera demasiado de mí y yo tampoco de él. Todo funciona y ya está, pero contigo… —Mi voz se rompe un poco—. Contigo no funciona así.

El viento mueve un poco mi pelo entre el silencio.

Oliver me mira como si acabara de confiarle algo importante, y la cuestión es que lo he hecho.

Entonces se acerca despacio otra vez, muy despacio, y sus dedos apartan un mechón detrás de mi oreja.

Cuando habla, lo hace tan bajito que siento la voz directamente en el pecho.

—Princesa… tú no estás rota. No tienes ni idea de lo mucho que sientes.

Dios mío…

—No… yo…

—Déjame demostrarte que tengo razón.

31
Oliver

Tres días más tarde

Hay dos tipos de infierno.

El primero es bastante evidente: fuego, sufrimiento eterno y seguramente música de ascensor sonando en bucle.

El segundo consiste en acudir a una subasta solidaria organizada en el Casino de Madrid sabiendo que Genoveva Santos está dentro con un vestido que probablemente debería considerarse arma blanca.

Y aquí estoy.

En el segundo.

Por no hablar de que *SosoKen* no se despega de ella así lo maten.

—¿Por qué tienes cara de querer pegarle a alguien con una copa de champán? —pregunta Sergio mientras se ajusta el cuello de la camisa.

—Porque llevo cuarenta minutos escuchando hablar de "sinergias empresariales" y estoy empezando a considerar el crimen como salida profesional.

Sergio se ríe y observo cómo no se le mueve ni un pelo de su cabello rubio peinado hacia atrás y perfectamente engominado.

—Mentira. Tienes esa cara porque ha venido la hija de Santos con lapa incorporada.

Hostia.

Odio muchísimo que la llame así y, al mismo tiempo, quizá me gusta demasiado.

Gente sonriendo con más dientes que emociones reales pasa por nuestro lado.

Los odio, pero en medio de todo eso está ella, acompañando a su padre y a *SosoKen* mientras hablan con un grupo de hombres trajeados.

Lleva un vestido rojo, largo y elegante, que hace juego con el color de su labial y se le pega al cuerpo de una forma completamente obscena para la estabilidad emocional masculina.

Tiene el pelo recogido, unos pendientes pequeños y esa postura tranquila suya que parece decir: "Sí, pertenezco aquí. Pero tampoco me impresionáis demasiado."

Joder.

No debería mirarla tanto, pero es que Genoveva Santos no se mira, más bien se contempla como las tormentas.

—Escucha —dice Sergio despacio—, como sigas observándola así, vas a incendiarle el vestido con la mente.

—Cállate.

—Yo solo te aviso.

Le doy un empujón en el hombro antes de coger una copa de whisky de una bandeja.

Error.

Porque justo entonces ella levanta la vista, me encuentra y el mundo hace una cosa rarísima: una especie de pausa incómoda donde todo sigue moviéndose, pero yo solo noto sus ojos encima de mí.

Veva tarda apenas un segundo en sonreír y yo ya estoy completamente jodido.

Sergio mira alternativamente entre nosotros.

—Dios mío, parecéis dos personas a punto de cometer adulterio en una serie de época.

—Voy a dejar de acompañarte a sitios.

—Mentira. Me necesitas para sobrevivir en este mundo.

Lo peor es que quizá tiene razón.

Ignacio aparece junto a ella diciendo algo que no alcanzo a escuchar.

Veva asiente, correcta, elegante y perfecta, pero entonces hace algo muchísimo peor: mientras su padre sigue hablando con otros

socios, ella vuelve a mirarme y esta vez se humedece apenas el labio inferior.

Hostia.

Hostia, hostia y hostia.

Eso no puede ser legal.

—¿Acaba de coquetear contigo delante de su padre? —pregunta Sergio completamente horrorizado—. Porque si es así, me arrodillo ante esa mujer.

No respondo.

Porque en este momento Veva se separa del grupo lentamente y empieza a caminar hacia el pasillo lateral, sin mirar atrás y sin decir nada, pero obviamente dejando claro que quiere que la siga.

¿Perdón?

Por supuesto, voy detrás de ella inmediatamente.

La alcanzo cerca de una de las galerías laterales, justo donde el ruido elegante del salón principal llega amortiguado entre columnas de mármol, lámparas doradas y cuadros antiguos que probablemente cuestan más que mi moto.

Aquí las luces son más bajas, más cálidas y apenas pasa gente más allá de algún camarero cargando copas de champagne y señoras cubiertas de joyas fingiendo no cotillear.

Ella se gira al escuchar mis pasos.

—Hola —dice bajito.

Y la palabra me golpea directamente en el pecho.

—Hola.

Silencio.

Joder.

La miro de arriba abajo sin disimular.

Ella suelta una risa pequeña y mi adicción a ella se vuelve intensa.

—No sabía si ibas a venir esta noche. ¿El Portal te ha dado tregua? —dice.

—Yo tampoco sabía si iba a sobrevivir viéndote así.

Sus mejillas se encienden.

Mierda.

Me encanta provocarle eso.

Da un paso hacia mí y rodea mi cuello con sus brazos.

—Oliver…

—No digas mi nombre así.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras meterme en problemas.

Ella sonríe despacio.

—¿Y si quiero?

Joder.

JODER.

Me acerco automáticamente hasta dejarla entre la pared y mi cuerpo.

No llego a tocarla del todo todavía, pero noto cómo su respiración cambia y eso me destruye la poca dignidad que me queda.

—Siento lo que pasó el otro día —me dice mirándome directamente a los ojos.

—No pasó nada por lo que tengas que disculparte, créeme.

—Pero desde ese momento no hemos vuelto a vernos, te echaba de menos.

—¿Ya no?

—¡Claro que sí! —exclama con esa voz angelical que a cada momento que pasa, amenaza más con volverme loco.

—Princesa… —murmuro bajando la voz—, llevas toda la noche mirándome como si quisieras hacer algo muy poco apropiado en un evento benéfico.

—¿Has visto lo guapo que estás? Me moría por besarte, Oliver Luque…

—¿Ah, sí?

Asiente despacio.

—En cuanto te he visto entrar.

Mi mano acaba en su cintura sin permiso de mi cerebro.

Caliente.

Suave.

Perfecta.

Veva contiene el aliento.

—Oliver…

—Dime que pare.

La frase sale sola otra vez y ella vuelve a hacer exactamente lo peor posible: negar despacio con la cabeza.

Hostia.

—Necesito que me hagas sentir viva —me susurra en el oído—. Porque creo que he estado muerta hasta que apareciste tú.

Le beso el cuello primero.

Porque si voy directamente a su boca creo que pierdo completamente el control.

Y cuando noto cómo sus dedos se agarran a mi americana, sé que ella también está empezando a perderlo.

—Madre mía… —susurra.

El sonido me atraviesa entero, así que subo lentamente hasta su mandíbula, rozando apenas la piel con la boca mientras mi mano aprieta un poco esta vez su perfecto culo.

—¿Sabes lo difícil que ha sido no ir a buscarte durante estos tres días? —murmuro.

Ella abre los ojos despacio.

—¿Sí?

—He estado a punto de volverme completamente imbécil.

Veva sonríe y luego siento sus dedos sobre la miel de mi abdomen, bajo la camisa.

—Bésame —le suplico.

Cuando lo hace ya no hay cuidado, ni distancia, ni tampoco una sola intención racional sobreviviendo.

Su boca encaja con la mía como si llevara toda la vida enfadada por no estar ahí.

La agarro más fuerte del trasero, pegándola a mi erección, y ella suelta un gemido tembloroso que me pone completamente enfermo.

Joder.

La deseo muchísimo.

Demasiado.

Mi mano derecha repta unos centímetros por su vientre y Veva se pega a mí automáticamente.

Me separo apenas lo justo para respirar.

Error.

Porque verla así después de besarla es todavía peor:
labios hinchados, ojos brillantes, respiración agitada y esa expresión de mujer que ya no sabe cómo fingir indiferencia.

—Creo que deberíamos volver antes de que alguien nos vea —susurra.

—Creo que me da exactamente igual.

Y lo peor es que hablo completamente en serio.

Ella sonríe y yo bajo mi mano más abajo.

Ella cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, dejándola caer sobre la pared en la que tiene apoyada la espalda.

Subo una de sus piernas con mi mano izquierda y la coloco en mi cintura, luego palpo su sexo por encima de la ropa interior con mi mano derecha.

—Estás empapada…

Me mira, se muerde el labio, mi polla da un vuelco y solo puedo entrar y salir de ella con mis dedos, empapándome de su excitación y escuchando sus jadeos en mi oído.

Con mi pulgar hago circulitos sobre su clítoris de forma lentamente placentera.

Lo sé por cómo su respiración se agita cada vez más y no puede evitar elevar el tono de voz.

—No pares, por favor —me suplica.

—Nunca lo haré —le digo.

No tarda en correrse sobre mis dedos.

Le prometí que le demostraría que es capaz de sentir todo lo que quisiera.

Y lo he cumplido.

Cuando abre los ojos y me mira de nuevo, lo hace como si yo también pudiera convertirme en su lugar favorito del mundo.

El mío tengo claro que es donde pueda acariciar cada centímetro de su piel.

32
Veva

Maira está orgullosa de mí, lo sé porque me lo ha dicho.

¡Qué orgullosa estoy de ti, lo juro por Dior! Celebro que tu almeja se haya liberado, ¡por fin!, fueron sus palabras textuales cuando le conté lo que pasó en el casino ayer por la noche.

Pues estupendo.

Yo también estoy orgullosa de mí, y no pienso negar que no me arrepiento ni un poquito.

No sé cuáles son los planes que el destino tiene para mí, pero desde que Oliver Luque apareció en nuestra élite, mi vida ya no es la misma.

Y yo tampoco.

No sé qué es lo que siento exactamente por él, pero lo que sí sé es que no quiero que se acabe nunca.

Por primera vez me relaciono con un hombre que tiene en cuenta lo que necesito, lo que pienso, lo que digo y, sobre todo, lo que quiero.

He soñado con él, claro.

Y con su boca.

Y con sus habilidosos dedos.

Y lo hago también despierta recordando cómo me renovó la energía vital provocándome ese orgasmo con la espalda apoyada en aquella pared.

Recomiendo la experiencia.

No obstante, mi padre tiene una capacidad absolutamente fascinante para convertir cualquier desayuno en una junta directiva hostil.

Y eso que hoy ni siquiera ha empezado hablando de trabajo.

—Federico preguntó ayer por ti unas cuantas veces. Hubo momentos en los que no te vimos. ¿Se puede saber dónde te metiste?

Levanto la vista lentamente de la taza de café mientras Papá dobla el periódico con esa elegancia suya de hombre que probablemente hasta amenaza a la gente con buena postura.

Estamos en el comedor principal.

—Qué detalle por su parte —murmuro.

Papá me observa por encima de las gafas.

—No hace falta que uses ese tono.

—¿Qué tono?

—Ese en el que parece que todo te molesta últimamente.

La frase me atraviesa un poco más de lo esperado porque, desgraciadamente, tiene razón.

Todo me molesta últimamente, si en ese "todo" entran las cenas, las sonrisas falsas, las conversaciones vacías, Fede, el club de Antonio que ya está fiambre, los silencios y la sensación constante de estar interpretando una versión de mí misma que ya no sé sostener.

—Estoy cansada, nada más.

Papá deja el periódico sobre la mesa.

—No pareces cansada, pareces distraída.

Bebo café intentando parecer una persona inocente y emocionalmente estable.

—Y llevas días rara—añade.

"Rara."

Me encanta esa palabra, es la favorita de la gente cuando una mujer deja de comportarse exactamente como esperan.

Esa y… ¿cómo era la otra?

¡Ah! Histérica.

JEJEJE.

—A lo mejor simplemente estoy cambiando.

Papá se queda quieto un segundo.

—¿Y ese cambio incluye desaparecer durante eventos importantes y pasar demasiado tiempo cerca de Oliver Luque?

Aprieto la taza entre las manos.

—¿Me espías? —pregunto casi atragantada.

—Así que los rumores son ciertos.

—¿Qué rumores?

—Eso no te incumbe.

—¡Claro que no! Si es por ti, nada me incumbe que tenga que ver con nuestro patrimonio o nuestra familia, porque no tengo ningún poder de elección. Además, no sé qué problema tienes exactamente con él.

Papá suelta una risa seca.

—¿Perdón?

—Lo que oyes.

Me observa en silencio unos segundos y noto perfectamente cómo empieza a tensarse el aire alrededor de nosotros.

Toda la vida he evitado discutir con él.

Toda.

Porque enfrentarse a Ignacio Santos es agotador.

Tiene esa forma de mirarte que hace que parezca que decepcionarlo debería darte vergüenza ajena.

Pero hoy… ¡hoy estoy reventando!

—Genoveva —dice más despacio—, Oliver Luque no pertenece a este entorno.

Y algo dentro de mí hace *crack*, porque ya no puedo escuchar esa frase sin enfadarme.

No pertenece.

No encaja.

No es adecuado.

No es correcto.

Y BLA, BLA y BLA.

Estoy harta.

—Pues quizá el problema sea el entorno —respondo antes de pensarlo demasiado.

Mi padre entrecierra los ojos.

—¿Qué te está pasando exactamente?

Yo también me hago esa pregunta constantemente últimamente.

¿Qué me pasa?

¿Qué me ha hecho Oliver?

¿Por qué me siento distinta?

¿Por qué ahora esta casa parece más pequeña?

¿Por qué Fede me da ansiedad?

¿Por qué ya no quiero seguir fingiendo que todo esto me gusta?

—¿Sabes qué creo que pasa? —digo bajando lentamente la taza —. Que estoy cansada de que todo el mundo decida constantemente qué es lo correcto para mí.

Papá me mira como si acabara de hablar en otro idioma.

—Nadie decide por ti.

No puedo evitar soltar una risa incrédula.

—Papá, literalmente lleváis años organizando mi vida como si fuera un Excel.

—Eso no es justo.

—¿No? Entonces explícame por qué parece que mi futuro ya estuviera decidido antes incluso de preguntarme qué quiero.

Su mandíbula se tensa.

—Federico es un hombre estable, preparado y…

—Y perfecto para este mundo —lo interrumpo—. Ya lo sé. Llevo escuchándolo toda mi vida.

—Porque es verdad.

—¿Alguien me ha preguntado si quiero esta vida? ¿Si quiero a Fede? ¡No me he besado con él jamás! ¿Eso no te da pistas?

Papá niega con la cabeza.

—No sabes lo que estás diciendo

—Sí lo sé.

—No. Lo que ocurre es que estás confundida por alguien que representa exactamente todo lo contrario a lo que te hemos enseñado. Y la novedad siempre sorprende.

—¿Sabes qué es lo que te molesta? —pregunto sintiendo cómo me late el corazón demasiado rápido—. Que Oliver es muchísimo más honesto que la mayoría de hombres que conozco en este ambiente.

Papá se inclina hacia delante despacio.

—No tienes ni idea de quién es Oliver Luque.

Ahí sí me enfado de verdad, porque quizá no sé todo sobre él, pero sí sé cómo me mira, cómo me escucha y cómo me hace sentir.

Y eso ya es más real que muchísimas cosas de mi vida.

—Sé que quiere ayudar a gente a la que nadie mira dos veces y eso me parece muy honesto y desinteresado por su parte.

Papá suelta una risa sin humor.

—¿Ahora también vas a defender su circo de la Cañada Real?

—No es un circo.

—Es populismo emocional financiado con el dinero de Antonio.

—No. —Niego inmediatamente—. Es alguien intentando hacer algo bueno con lo que tiene.

Mi padre me observa como si acabara de descubrir una grieta enorme en algo que creía perfectamente construido.

Y quizá eso es exactamente lo que está pasando.

—He visto cómo lo miras.

Bajo la vista apenas un segundo.

Error.

—Genoveva…

—Quiero apoyar su proyecto.

—¡Te has vuelto loca! —exclama Papá, para mi sorpresa.

—¡Me gusta ese proyecto! ¿También me lo vas a prohibir?

Papá da un golpe en la mesa y hace que dé un respingo.

—¡¿Qué va a pensar Federico de ti?! Por el amor de Dios…

—Estoy harta —lo interrumpo de golpe. Y ahora sí, exploto—. Harta de Fede, harta de las cenas, harta de que todo tenga que parecer correcto todo el tiempo. Harta de sentir que si hago algo distinto decepciono a medio mundo.

Mi respiración tiembla un poco.

Odio discutir así y sentirme una niña pequeña delante de él, pero ya no puedo parar.

—Y sí —añado más bajo—. Quiero participar en el proyecto de Cañada Real.

Papá abre los ojos despacio.

—Ni hablar.

—Te guste o no, voy a hacerlo.

—Genoveva Santos no necesita mezclarse en ese espectáculo.

Y es ahí donde algo cambia definitivamente dentro de mí, porque no siento ganas de retroceder.

—Quizá Genoveva Santos sí quiera hacerlo.

Mi padre me mira como si no terminara de reconocerme y quizá tiene sentido, porque yo tampoco termino de reconocerme desde que Oliver apareció con una moto, una sonrisa peligrosa y la capacidad absurda de hacerme sentir viva.

Papá se levanta lentamente de la silla y aprovecho este silencio para hacer lo mismo.

—Ese chico va a destruirte.

—Eso es responsabilidad mía.

—No te quiero cerca de él, eres una Santos.

—Entonces tendré que dejar de serlo si eso implica no tener criterio propio ni poder de decisión.

Mi padre enfurece, lo sé por cómo me mira con las pupilas inflamadas de ira.

—¡Desaparece de mi vista, maldita desagradecida!

Ahogo un sollozo, pero no me permito llorar delante de él.

No me queda otra opción que marcharme a mi habitación con la idea en la cabeza de salir de aquí.

33
Oliver

El Portal está avanzando y me siento dichoso por ello.

He contratado la cuadrilla más grande que he visto, necesito que esto esté listo lo antes posible para empezar a generar mi propio dinero.

—Te estoy diciendo que las luces rojas dan vibra de prostíbulo elegante —protesta Sergio desde una escalera mientras señala uno de los focos del techo.

Dani levanta la cabeza desde el suelo, lleno de manchas de pintura negra hasta las cejas.

—Eso es exactamente lo que queremos.

—No, queremos misterio.

—El misterio también folla, Sergio.

Paso por su lado ignorándolos mientras reviso unos papeles sobre la barra todavía sin terminar.

Llevo desde que me he levantado intentando no pensar en Genoveva Santos y mi cerebro ha decidido reírse en mi puta cara.

Otra vez.

Porque todo me recuerda a ella y a ese dichoso vestido: el rojo de una botella de vino, una canción lenta, un maldito pintalabios olvidado en un bolso, hasta el olor del cuero de una chaqueta.

Ridículo.

Absolutamente ridículo.

—Hermano, ¿me estás escuchando? —pregunta Dani.

—No.

—Perfecto, entonces apruebas lo de la barra luminosa.

—Ni de coña.

Sergio se ríe desde arriba.

—Está distraído pensando en La Emperatriz.

Maldita la hora en la que les dije cómo la llama Marisa.

No respondo y el silencio me delata muchísimo más rápido.

—HOSTIA —grita Dani incorporándose del suelo—. Mira esa cara. Este hombre está enamorado como una señora divorciada viendo "Bridget Jones".

—No estoy enamorado.

—Claro —dice Sergio—. Y yo soy humilde.

Voy a responder alguna barbaridad cuando el móvil vibra dentro de mi bolsillo y algo dentro de mí se activa antes incluso de mirar la pantalla.

Genoveva.

El corazón me da un golpe completamente innecesario.

Descuelgo inmediatamente mientras salgo hacia la calle para no escuchar a estos dos imbéciles ladrando detrás de mí.

—Ey, preciosa.

No responde, encuentro un silencio bastante tenso al otro lado de la línea, hasta que dice:

—Tengo un problema.

Y toda la sangre de mi cuerpo cambia de dirección, porque su voz no suena dulce, divertida o tímida.

Al menos a eso es a lo que me tiene acostumbrado, pero en esta ocasión suena quebradiza.

Mierda.

Me apoyo contra la pared exterior del local mientras el ruido de dentro queda amortiguado.

—¿Dónde estás?

Escucho cómo toma aire al otro lado.

—En casa, recogiendo mis cosas mientras intento pensar.

El que está intentando pensar a toda velocidad, discerniendo qué puede haber pasado, soy yo, porque Veva diciendo "tengo un problema", solo puede significar una cosa: Ignacio Santos.

Cierro los ojos un segundo intentando mantener la calma.

—¿Qué ha pasado?

Ella tarda en responder y ese silencio me pone violentísimo por dentro.

—He discutido con mi padre.

Ah, joder.

—¿Estás bien? —pregunto preocupado, porque debe haber sido algo fuerte si me está llamando.

Se ríe un poco, pero no es real, es como si estuviera intentando no llorar.

Maldita sea, eso sí que no.

—No quiero estar aquí esta noche. Bueno, no quiero estar aquí desde ya, si es posible.

La frase me destroza de una forma bastante poco elegante, porque no me está llamando para coquetear, ni tontear, ni siquiera para besarme.

Necesita salir de ahí.

Miro hacia dentro del local y luego hacia la calle vacía y en este momento entiendo algo peligrosísimo: haría cualquier cosa que me pidiera esta chica.

Cualquier cosa.

—Dame veinte minutos —digo ya moviéndome hacia la moto.

—¿Lo dices de verdad?

—Ve preparando una mochila o algo, princesa.

—¿Dónde vamos?

Sonrío mientras me muerdo el labio, esta tía me va a volver loco.

—A un sitio donde nadie vaya a decirte lo que tienes que hacer. Te espero donde siempre.

Y cuelgo antes de escucharme sonar demasiado jodido emocionalmente.

Cuando vuelvo a entrar en El Portal, Dani y Sergio levantan la cabeza al mismo tiempo.

—¿Qué cara es esa? —pregunta Sergio inmediatamente.

—La de "voy a cometer delitos románticos" —responde Dani por mí.

Cojo las llaves de la moto y la chaqueta.

—Me voy.

Dani abre muchísimo los ojos.

—NO. No, no, no. Espera. ¿Eso era La Emperatriz?

No respondo y los dos empiezan a gritar como chimpancés drogados.

—¡DIOS MÍO! —chilla Sergio bajándose de la escalera—. ¡SE LO HA LLEVADO EL AMOR!

—¿Vas a follar? —pregunta Dani directamente.

—Voy a mataros.

—ESO ES UN SÍ.

Ignoro sus voces mientras saco el móvil y llamo a un número.

Tres tonos.

—¿Sí?

—Necesito una suite para ya.

—¿Oliver? Son las doce de la mañana.

—Ya, Ezequiel. ¿Puedes conseguirla o no?

Escucho teclas sonar.

—Hay una libre en el hotel de la sierra —dice Ezequiel.

Perfecto.

El hotel de la sierra es pequeño, bonito e íntimo y está lejos de Madrid, por lo que eso implica que Ignacio Santos no podrá ni olernos.

Lo sé porque me salió hace poco en un *reel* de Instagram, justo la noche en la que le prometí a Veva que le demostraría que no estaba rota.

—Me la quedo.

—Espero que no sea lo que estoy pensando —rezonga Ezequiel —. ¿Vas con una chica?

Miro hacia dentro del local donde Dani está haciendo gestos obscenos simulando un coito.

Lo siento, es que es gilipollas.

—Voy con un problema —respondo antes de colgar.

Pero mientras me subo a la moto entiendo otra cosa muchísimo peor: la mentira ya ni siquiera me sale convincente.

34
Veva

La primera vez que me escapé con Oliver Luque pensé que estaba tomando una mala decisión y la segunda directamente asumí que mi dignidad había abandonado el chat, así que aquí estoy otra vez subida a su moto, con una sudadera suya prestada, una mochila improvisada, el corazón completamente fuera de control y una sensación peligrosísima creciendo dentro de mí cada vez que él acelera un poco más.

Subidos en esta bestia de dos ruedas, dejamos atrás mi casa, a mi padre, las expectativas y todo.

Y cuanto más nos alejamos, más ligera me siento.

El viento me golpea la cara y apoyo automáticamente la mejilla entre sus omóplatos mientras lo abrazo más fuerte.

Oliver lleva una mano hasta mis dedos apenas un segundo, porque es solamente un roce, pero suficiente para que algo me tiemble por dentro.

Creo que ha sido mi corazón, que está desarrollando una adicción química a este hombre.

—¿Muy grave lo de hoy? —pregunta después de un rato, cuando paramos en un semáforo.

Tardo un poco en responder; no es que no quiera hacerlo, es que no sé por dónde empezar.

—Creo que mi padre sospecha algo, dice que se ha dado cuenta de cómo te miro. Te odia el doble.

Oliver suelta una risa breve, la noto vibrar debajo de mí.

—Eso lleva pasando desde que sabe que existo. Lo de odiarme, digo.

—No, hablo en serio.

—Yo también.

Y el tono en el que lo dice me aprieta algo dentro del pecho, porque suena igual que alguien que está acostumbrado a que lo juzguen antes siquiera de abrir la boca.

Bajo la mirada hacia sus manos sobre el manillar, las mismas que me hicieron temblar contra una pared hace menos de veinticuatro horas.

Fuertes, grandes y seguras.

Justo de igual manera a cómo me hace sentir cuando estamos juntos.

—Le he dicho que quiero ayudarte con el proyecto —confieso finalmente y observo cómo se queda quieto un segundo, con la espalda tensa.

—¿Qué?

—Y no se lo ha tomado especialmente bien.

Oliver tarda en responder.

—Princesa…

—No me arrepiento, si es eso lo que estás pensando…

La frase sale demasiado rápido y demasiado sincera también, y creo que él lo nota porque su respiración cambia.

—No quiero que te pelees con tu padre por mi culpa.

Él piensa que así va a disuadirme, pero esa frase hace exactamente lo contrario de lo que debería: me gusta todavía más.

—No ha sido solo por ti.

—¿Ah, no?

—No.

Aprieto un poco más los brazos alrededor de su cintura.

—Ha sido porque contigo me estoy dando cuenta de cosas.

No responde enseguida, y el silencio entre nosotros empieza a sentirse íntimo de una forma peligrosísima.

—¿Qué cosas? —pregunta al final.

Trago saliva.

—Que llevo demasiado tiempo viviendo la vida que otra gente esperaba de mí, por ejemplo. Y me da miedo.

Oliver no dice nada, pero no necesito mirarlo para saber que me está escuchando de verdad, porque siempre lo hace.

—El miedo no siempre es malo.

—¿Y si lo es?

—Entonces normalmente significa que estás haciendo algo importante.

Dios mío.

¿Este hombre viene con frases demoledoras de fábrica o qué le pasa?

El semáforo se pone en verde y después de unos minutos, la carretera empieza a llenarse de curvas y árboles mientras dejamos atrás la ciudad, para dejar cabida al silencio y a la paz.

El hotel aparece unos veinte minutos después y lo primero que pienso cuando lo veo es que me parece pequeño, pero elegante.

Está escondido entre montañas y árboles enormes, y ya me imagino cómo la fachada de piedra se iluminará al anochecer con luces cálidas.

Oliver se baja primero de la moto y luego me ayuda a quitarme el casco.

Cuando nuestras miradas se cruzan noto otra vez esa electricidad absurda entre nosotros, como si estuviéramos huyendo juntos.

—¿Dónde estamos? —pregunto mirando alrededor.

—En un sitio donde puedes respirar.

Sonrío y entramos al hotel, donde automáticamente noto las miradas hacia Oliver.

La recepcionista lo reconoce, claro que lo reconoce.

Todo Madrid reconoce ya a Oliver Luque.

Pero entonces él hace algo muchísimo peor para mi estabilidad emocional: pone una mano en mi espalda mientras caminamos hacia recepción.

Un simple gesto natural, protector e íntimo, pero que me deja claro que está donde quiere estar.

La chica de recepción intenta disimular mientras nos entrega la llave electrónica, pero lo cierto es que fracasa muchísimo.

—Suite 304 —dice con una sonrisa nerviosa.

Oliver asiente.

—Gracias.

Y luego nos guía hacia el ascensor, nos metemos en él y las puertas se cierran.

Oliver se apoya contra la pared del ascensor observándome despacio.

—¿Qué? —pregunto nerviosa.

Sonríe.

—Nada.

—Eso es mentira.

—Estoy pensando.

Vaya, vaya.

Oliver Luque pensando mientras me mira suele acabar fatal para mi ropa interior.

El ascensor sigue subiendo lentamente y entonces él da un paso hacia mí.

Solo uno.

Pero suficiente para que mi respiración cambie inmediatamente.

—Ven aquí.

La forma en la que lo dice debería ser ilegal.

Me acerco despacio y sus manos acaban automáticamente en mi cintura, calientes, firmes y peligrosísimas.

—Llevas todo el día aguantando sola, ¿verdad? —pregunta bajito.

Y ahí está el problema: que conmigo nadie suele notar esas cosas.

Pero él sí.

Bajo la mirada un segundo y luego asiento con la cabeza.

Oliver me observa como si acabara de confesarle algo importante.

Luego sus dedos suben despacio por mi espalda.

—Pues esta noche no tienes que ser fuerte para nadie, princesa.

Y el corazón directamente se me rompe un poco.

35
Oliver

Prácticamente todo el mundo lo conoce como el hotel de la sierra, pero su nombre real es Bosque Alto y parece el tipo de sitio al que la gente viene para salvar matrimonios o cometer errores.

Prefiero estar en el primer equipo, la verdad.

Es de madera oscura, tiene cristaleras enormes y todas sus chimeneas encendidas en invierno.

También silencio por todo su alrededor, muchísimo silencio.

Está escondido entre montañas y árboles gigantes, lejos de Madrid y de cualquier cosa que huela a presión social, fotógrafos o Ignacio Santos.

Perfecto.

Exactamente lo que Veva necesita, y probablemente yo también.

Veva camina a mi lado mientras atravesamos el pasillo hacia la suite observándolo todo con esos ojos claros que últimamente me tienen completamente incapacitado para funcionar como una persona normal.

Lleva el pelo un poco despeinado por el casco y la sudadera gris enorme que le he dejado hace que parezca menos inaccesible, más real y peligrosa para mí.

La puerta de la suite se abre con un clic suave y entonces ella entra primero y yo dejo de respirar un segundo.

La habitación es todavía más bonita de lo que esperaba: paredes de piedra, luces tenues, una cama enorme frente a una cristalera con vistas al bosque y una chimenea moderna que ahora mismo está apagada junto a un sofá color crema.

Todo huele a madera, a lluvia de finales de abril, a hotel caro y a una noche que probablemente termine destruyéndome emocionalmente.

Veva deja la mochila de Prada sobre el sofá y gira despacio sobre sí misma mirando alrededor.

—Vale… —murmura—. Esto es absurdamente bonito.

No puedo evitar sonreír un poco.

—Necesitabas salir de Madrid.

Ella me mira y durante un segundo vuelve a aparecer esa tristeza rara en sus ojos.

Lo que me ha dicho sobre querer ayudarme con Cañada Real sigue dándome vueltas en la cabeza de una forma bastante poco sana.

No se trata de postureo ni rebeldía de niña rica aburrida, dudo mucho que se hubiera enfrentado a su padre si fuera así.

Lo decía completamente en serio, y eso me da miedo, vértigo y unas ganas terribles de besarla al mismo tiempo.

Pero ahora mismo no quiero pensar en Ignacio Santos, ni en guerras sociales, ni en lo muchísimo que podría salir mal esto.

Ahora mismo solo quiero hacer que se sienta bien.

—Voy a pedir comida antes de que te desmayes —digo dejando las llaves de la moto sobre la mesa.

Veva se deja caer sobre el sofá soltando aire.

—No me había dado cuenta de que tenía hambre hasta ahora.

Cojo el teléfono de la habitación y pido prácticamente todo lo que me parece que podría hacerla feliz: una tabla de ibéricos, otra de quesos, patatas trufadas, croquetas de jamón, tarta de queso caliente, fresas, una botella de vino y un coulant de chocolate que cuesta más que media compra de Vallecas.

Cuando cuelgo, ella me observa desde el sofá con una sonrisa pequeña.

—¿Qué?

—Nada —me dice poniendo morritos.

—Eso es mentira —le digo soltando una carcajada.

Se encoge un poco dentro de la sudadera.

—Es raro verte cuidar de alguien tan… naturalmente.

La frase me desarma más de lo que debería.

—¿Y quién dice que no llevo toda la vida haciéndolo?

Veva baja la mirada un segundo y cuando vuelve a posarla sobre mis pupilas tiene esa expresión suave que me pone completamente enfermo.

—Gracias por venir a por mí.

Sonrío y le guiño un ojo.

Es entonces cuando la lluvia empieza a golpear suavemente las cristaleras, haciendo este momento más privado, más íntimo y más nuestro y, sobretodo, perfecto para no parar de besarnos hasta que, veinte minutos más tarde, llaman a la puerta y el camarero entra empujando un carrito lleno de comida.

Veva abre muchísimo los ojos.

—Quieres cebarme, ¿no?

—Estoy compensando emocionalmente.

Eso le hace reír y, joder, nunca voy a cansarme de ese sonido.

Terminamos sentados en el suelo junto a la chimenea, descalzos, compartiendo las viandas y el vino mientras ella me cuenta historias absurdas de internados suizos y cenas insoportables con empresarios que hablan de arte contemporáneo como si acabaran de descubrir las emociones humanas.

Y yo le hablo de Vallecas, de mi madre, de Marisa, de Dani y de El Portal.

La conversación se vuelve más lenta y cercana conforme avanzan las horas, hasta que en un momento concreto deja de hablar y solo me mira.

Veva tiene las piernas dobladas debajo de ella, una copa de vino entre los dedos y la boca ligeramente hinchada de tanto morderse el labio esta tarde.

Y yo estoy intentando recordar cómo funciona respirar.

—Te has quedado callada —murmuro con la voz más grave de lo normal—. ¿Te estás aburriendo?

Ella deja la copa sobre la mesa baja sin apartar los ojos de mí.

—Nunca me aburro contigo.

Cambia su respiración al agitarse un poco, y me observa la boca sin parar.

Dios mío.

Se acerca un tanto y voy hacia ella antes incluso de decidir hacerlo.

Cuando nuestras bocas se encuentran otra vez… joder.

Ya no hay prisa, ni adrenalina, ni paredes de casinos, ni motos.

Solo ella y yo.

Sus dedos suben lentamente por mi cuello mientras la beso despacio sobre la alfombra frente a la chimenea.

Suspira, tiembla cuando me acerco más a ella y su cuerpo responde al mío como si llevara demasiado tiempo esperando.

Sus manos tiran suavemente de mi camiseta y me la saco por la cabeza mientras ella me mira con ese deseo y ese nerviosismo a partes iguales que me destroza completamente.

—No me mires así o voy a perder lo poco que me queda de cordura —murmuro.

Veva sonríe y me mira directamente a los ojos.

—Creo que yo ya la he perdido.

Y entonces vuelve a besarme y la llevo conmigo hasta la cama sin dejar de besarla, con la lluvia cayendo fuera mientras la habitación se llena de respiraciones entrecortadas, manos nerviosas y esa sensación peligrosa de que esto ya no tiene vuelta atrás.

Y quizá lo más aterrador de todo es que ninguno de los dos quiere volver.

No tardamos en despojarnos de nuestra ropa interior y me ocupo yo mismo de quitarle el sujetador.

Es entonces cuando descubro los pechos más perfectos que he visto en mi vida.

Pequeños, compactos y de pezones rosados y demasiado apetecibles.

Lamo delicadamente uno de ellos y Veva suelta un gemido.

Succiono, soplo y muerdo despacito y gime más fuerte.

—¿Te gusta esto?

—Me encanta —confiesa con la voz entrecortada.

—Eres perfecta, princesa —confieso.

—Oliver… —murmura contra mi boca.

La forma en la que dice mi nombre debería ser ilegal en varios países.

Mis manos bajan lentamente por su espalda hasta su cintura y ella se pega más a mí automáticamente.

Sin ningún tipo de miedo y sin ningún tipo de dudas.

Y eso me vuelve completamente loco.

La beso otra vez, de forma más profunda mientras mis dedos se deslizan entre sus piernas, acariciándole la piel caliente del interior de sus muslos.

Su respiración se agita de nuevo.

—Dime que pare—murmuro sobre sus labios.

Ella niega con la cabeza inmediatamente.

Esta vez no hay tensión contenida, ni interrupciones ni tampoco excusas.

Separo sus piernas suavemente y me coloco delante de ella.

Tengo todo su sexo para mí, por lo que no tardo en introducir mis dedos en su interior, notando cómo arquea la espalda cuando lo hago y apretando con mis labios su botoncito del placer al mismo tiempo.

Lamo, soplo y succiono su clítoris con todas mis ganas hasta notar cómo se moja alrededor de mis dedos.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Es uno de los mejores momentos de mi vida —me dice, luego suspira de placer.

—Entonces déjame hacerte mía, Veva.

36
Veva

Hay una diferencia enorme entre hacer el amor con alguien y dormir con él.

La primera tiene que ver con el deseo y la segunda da muchísimo miedo.

Yo ahora mismo estoy despertándome abrazada a Oliver Luque y mi cuerpo ha decidido, de manera completamente traidora, que este es exactamente el sitio donde quiere quedarse para siempre.

Abro los ojos despacio mientras la luz gris de la mañana entra a través de la cristalera de la habitación.

Fuera llueve, pero aquí dentro hace calor.

Oliver sigue dormido a mi lado, boca abajo, con un brazo rodeándome todavía la cintura y el pelo completamente despeinado.

Estamos desnudos, porque tras hacer el amor ninguno de los dos volvió a vestirse.

Como diría Maira, rodando los ojos hacia arriba: *y repetimos, repetimos, repetimos…*

Y Dios mío.

Debería existir una ley que prohibiera a los hombres verse así después de darte como cajón que no cierra durante toda una noche.

Esa expresión tampoco es mía, pero sí de Maira.

No recuerdo exactamente en qué momento nos quedamos dormidos.

Solo recuerdo sus manos, sus besos, la forma en la que me miraba con sus malditos ojos azules, como si yo también pudiera romperle, la lluvia golpeando los cristales y esa sensación completamente nueva de no querer salir corriendo después de acostarme con alguien.

Aunque con él siento que no me he acostado, es más bien ese concepto de "hacer el amor". No sé cómo explicarlo, pero para mí no ha sido solamente sexo.

Siento que ha traspasado todas las capas de mi piel, mis músculos, las costillas, el esternón y, en una puñalada trapera, se ha colado dentro de este maldito órgano que late dentro de mí.

Por eso no quiero irme; quiero quedarme aquí, enredada entre las sábanas con la lluvia, la chimenea apagada y el hombre que me ha hecho sentir más cosas en apenas semanas que la mayoría de personas en toda mi vida.

Oliver se mueve apenas y abre los ojos lentamente: parpadea, me mira y sonríe.

Diosito Santo… menuda sonrisa.

—Buenos días, ¿por qué me miras así? —murmuro.

Tiene la voz rota de sueño cuando responde:

—Porque llevo cinco segundos despierto y ya estoy pensando estupideces.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué clase de estupideces?

Me acerca un poco más a él automáticamente.

—Las que me van a destruir psicológicamente.

La risa se me escapa sola y entonces él me besa despacio.

Nada urgente ni salvaje, sino un beso de esos que ya parecen pertenecer a la rutina.

*

Horas más tarde terminamos dentro del jacuzzi exterior del hotel mientras la lluvia fina cae alrededor y el vapor sube lentamente sobre el agua caliente.

No obstante, antes de bajar, desayunamos como reyes, pues estamos hambrientos.

El desayuno es delicioso: café recién hecho, zumo de naranja natural, tostadas de masa madre, croissants calientes, fruta cortada, huevos benedictinos, una tabla pequeña de quesos y unos gofres con fresas que, según Oliver, eran necesarios para reponer fuerzas.

Estoy apoyada contra el pecho de Oliver con una copa de vino en la mano y sinceramente: si esto es una alucinación provocada por estrés emocional, no quiero recuperarme nunca, porque podría acostumbrarme a esta vida, porque lo que estoy sintiendo desde que he llegado aquí nada tiene que ver con mi rutina diaria.

Oliver aparta un mechón mojado de mi cuello y luego besa mi hombro lentamente.

—Sigues pensando demasiado —murmura.

Maldita sea, lo nota todo.

—No puedo evitarlo.

—¿Tu padre?

Asiento despacio.

Mi móvil está apoyado sobre una mesa cercana y lleva vibrando intermitentemente toda la mañana como si Ignacio Santos hubiera contratado a la CIA.

Suspirando, lo desbloqueo finalmente.

Papá: *¿Dónde estás?*

Papá: *Espero una explicación inmediatamente.*

Papá: *Federico está preocupado.*

Perfecto.

Hasta sus mensajes parecen escritos con traje.

Oliver observa mi cara.

—¿Muy grave?

—Todavía no ha contratado un detective privado, así que creo que sigo dentro del margen legal de decepción filial.

Eso le hace reír por lo bajo y descubro que me encanta demasiado hacerlo reír.

Le respondo rápido a Papá: *He necesitado desconectar. Estoy bien. Volveré esta tarde.*

Y entonces él contesta: *Me parece muy bien que hayas pasado la noche con Maira, pero deberías estar en casa para que podamos hablar sobre la locura que se te ha metido en la cabeza.*

Ufff, contengo el impulso de llevarme la mano a la frente y limpiarme la gotita de sudor.

Supongo que debería darme las gracias a mí misma por haber sido siempre una niña buena, porque ahora no tengo ni que poner la excusa de estar con Maira, es lo que cree Papá sin yo siquiera decirle nada.

—Piensa que estoy con Maira, así que problema resuelto —murmuro, bloqueando de nuevo el móvil y dejándolo donde estaba.

Oliver sonríe.

—Muy madura la estrategia.

—Gracias.

Más tarde, tras hacer el amor un par de veces más, pedimos comida otra vez porque, al parecer, Oliver cree firmemente que alimentarme es un lenguaje del amor.

Y quizá tiene razón.

Esta vez pide: sushi variado, tartar de salmón, pan brioche caliente con mantequilla trufada, fresas cubiertas de chocolate y otra botella de vino.

—¿Qué pasa contigo y la comida para veinte personas? —pregunto riéndome.

Oliver se encoge de hombros.

—Tengo traumas.

Terminamos sentados sobre una manta junto a la cristalera mientras fuera sigue lloviendo y es entonces cuando aparece el pensamiento horrible: el de volver.

Porque volver significa Papá distante y frío, Fede demasiado correcto, las cenas, las normas y las miradas, mientras yo recuerdo cómo es dormir abrazada a Oliver Luque.

El problema es que ya no sé fingir normalidad.

—¿En qué piensas? —pregunta él.

Tardo un poco en responder, pero finalmente digo:

—En que no quiero volver.

El silencio entre nosotros cambia y se vuelve más serio.

Oliver deja también la copa sobre la mesa baja y me observa despacio.

—¿Tan mal estás allí? —pregunta.

Trago saliva.

Me ahogo, quiero decirle.

—Creo que empiezo a no saber quién soy cuando estoy en esa casa —digo en cambio.

Sus ojos no se apartan de mí ni un segundo y de pronto las palabras salen solas de mis labios:

—¿Qué tal es Ezequiel?

Parpadea.

—¿Perdón?

—Como abogado, asesor, consejero y todo eso.

Oliver frunce el ceño.

—Bastante bueno. ¿Por?

Doy vueltas al tallo de la copa entre los dedos.

—Porque necesito saber si tengo algún tipo de acceso como heredera legítima a las empresas de mi padre. O si tengo algún poder para empezar a trabajar y moverme por mi cuenta.

Oliver se queda completamente quieto, supongo que no se esperaba que le dijera algo así.

—¿Quieres que le corten los huevos a Ezequiel o que a tu padre le dé un ictus? Porque te aseguro que es eso lo que va a pasar.

No puedo evitar reírme un poco, pero luego vuelvo a ponerme seria.

—Quiero vivir mi vida, Oliver. Solamente eso. ¿Vas a ayudarme o no?

Y ahí ocurre algo extraño, porque él me mira como si acabara de entender que esto ya no va de escapadas, ni de motos, ni de besos robados, sino de mí misma intentando cambiar mi vida de verdad.

Oliver suspira lentamente, luego se acerca muy despacio y me acaricia la mejilla.

—Princesa… no tienes ni idea de las ganas que me están entrando de incendiar Madrid por ti.

37
Oliver

El problema de enamorarte de alguien no es el momento exacto en el que ocurre, sino todo lo que empieza a dar miedo después.

Y la realidad es que yo estoy empezando a acojonarme bastante.

El Portal ya no es ese local cochambroso que necesitaba mucha agua y jabón, muchos arreglos y unas buenas capas de pintura.

Ahora parece peligroso.

Peligroso de verdad para todos esos ricos de mierda que han querido encorsetar al resto de la sociedad.

Huele a madera barnizada, ambientador y pintura seca cuando entro después de dejar a Veva en su casa.

Las luces cálidas ya están instaladas sobre la barra principal, las paredes negras contrastan con los sofás de cuero claro y las estanterías metálicas llenas de botellas convierten el sitio en algo mucho más serio de lo que imaginé la primera vez que lo dibujamos sobre servilletas manchadas de mostaza de hamburguesa grasienta.

La zona del fondo ya tiene montado el pequeño escenario para acústicos y sesiones de jazz los jueves.

Dani insiste en que también habrá micro abierto de poesía algunos domingos "porque el dramatismo vende".

Yo sigo intentando impedirlo.

A la izquierda han terminado la zona de billar y dardos, Sergio ya ha conseguido acuerdos con marcas de whisky premium y hay una sala privada arriba pensada para reuniones, eventos pequeños y partidas clandestinas de póker "legalmente ambiguas", según Dani.

Y lo peor es que funciona.

Funciona muchísimo.

Incluso la sala multifuncional del sótano, donde los sábados por la mañana habrá clases de boxeo y defensa personal, ha quedado increíble: ladrillo visto, luces industriales, sacos colgando y una estética tan agresivamente sexy que probablemente medio Madrid

terminará pagando una cuota mensual solo por subir historias a Instagram.

Mi sitio.

Mi sueño.

Mi vida.

Y aun así nada más cruzar la puerta pienso en ella.

Veva riéndose dentro del jacuzzi.

Veva dormida abrazada a mí.

Veva diciendo: "Quiero vivir mi vida."

—Vale —dice Dani desde una escalera mientras cuelga un neón enorme con el logo de El Portal—. Esa cara no me gusta nada.

Levanto la vista lentamente.

—¿Qué cara?

—Pues la que llevas. ¿Te has convertido ya en príncipe azul? O en Ken… nunca se sabe contigo.

Sergio suelta una carcajada desde la barra principal mientras revisa unas botellas recién llegadas.

—Hostia, sí. Yo también me he dado cuenta de eso.

—Os voy a matar a los dos.

—No puedes —dice Dani bajándose de la escalera—. Estás enamorado y débil.

—No estoy enamorado —me defiendo, aunque siento las orejas arder si pienso en esa idea demasiado tiempo.

Los dos me miran exactamente igual que miraría un médico a alguien que acaba de decir que un cuchillo en el pulmón "es solo un rasguño".

—Claro —dice Sergio—. Y yo soy humilde.

Paso de ellos antes de terminar cometiendo un homicidio múltiple y camino hasta la parte trasera del local.

Necesito pensar sobre ella, sobre Ignacio y sobre lo que me ha dicho en las últimas horas en el hotel en cuanto a escapar de su propia vida como si estuviera pidiendo permiso para respirar.

Eso sí que me está jodiendo, porque hasta ahora todo esto parecía peligroso, pero todavía controlable.

Besos, motos, hoteles, mentiras… tú ya me entiendes.

Pero ahora ya no, porque ella está empezando a querer cambiar cosas de verdad, y eso con hombres como Ignacio Santos se traduce en guerra.

—Le va a salir una úlcera como siga frunciendo así el ceño, señor Luque.

Levanto la vista y me topo con Ezequiel, que ha aparecido como invocado por mi subconsciente con una carpeta bajo el brazo y esa calma inquietante suya de hombre que probablemente sobreviviría incluso a un apocalipsis financiero.

He olvidado por completo que le había mandado un mensaje.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Salvarle de cometer decisiones impulsivas, supongo.

—Llegas tarde para eso.

Ezequiel observa alrededor del local: las luces, la barra, la música suave sonando de prueba, el escenario, la gente trabajando para inaugurar lo antes posible…

Y asiente despacio.

—Esto ya es otra cosa.

No puedo evitar sentir algo raro en el pecho.

Orgullo, quizá.

—Sí.

Ezequiel me mira unos segundos más antes de hablar otra vez.

—Pero usted no me ha escrito para enseñarme decoración industrial.

Suspirando, me paso una mano por la nuca.

—Necesito preguntarte algo.

—Ya empezamos.

—Hipotéticamente…

Ezequiel suspira inmediatamente.

—Nunca me gustan las frases que empiezan así.

Ignoro eso.

—¿Qué acceso tendría Genoveva Santos al patrimonio familiar?

Ezequiel me mira, pero para mi sorpresa, no lo hace asombrado, sino con una mirada que me dice que ha entendido todo demasiado rápido.

—Ah —dice despacio.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de abogado que ya sabe exactamente dónde va a explotar la bomba.

Ezequiel deja la carpeta sobre una mesa todavía sin montar.

—¿Qué le ha dicho exactamente la señorita Santos?

Y ahí es donde sé que estoy completamente jodido, porque ni siquiera intento fingir indiferencia.

—Quiere participar en el proyecto de Cañada Real.

Él no responde enseguida, pero tras tomarse su tiempo, dice:

—Eso cambia mucho las cosas.

Me apoyo contra una de las mesas soltando aire lentamente.

—¿Por qué?

Ezequiel me observa como si estuviera decidiendo cuánto puede decirme sin provocar algo más tocho.

—Porque las hijas en familias como esa suelen tener mucho dinero y muy poco poder real.

Vale, ahora todo encaja: las cenas, Fede, Ignacio, la perfección constante y la sensación de jaula.

Joder.

—Legalmente puede tener participaciones, acciones futuras, capacidad de voto o acceso societario dependiendo de cómo estén estructuradas las empresas familiares —continúa Ezequiel—. Pero una cosa es el poder legal y otra el poder efectivo.

—Tradúcelo.

—Traduzco, sí. Bien, si Genoveva decide moverse contra la estructura de su padre, necesitará prepararse para una guerra.

Silencio.

Escucho a Dani gritar algo sobre unas luces LED al fondo del local, un martillo cae y alguien suelta un improperio.

No obstante, todo eso queda lejísimos de golpe, porque lo único que consigo pensar es que ella podría perder muchísimo por esto, y yo jamás he querido algo así.

Nunca.

Yo solo quería…

Joder.

Ni siquiera sé ya qué quería.

—No la metas en esto si no estás seguro —dice Ezequiel más serio ahora.

Levanto la vista.

—¿Perdón?

—La conozco desde pequeña. Ignacio Santos puede ser muchas cosas, pero jamás dejará ir el control fácilmente.

Aprieto la mandíbula.

—No estoy obligándola a nada. Es más, ni siquiera le he pedido que colabore o algo así. Estoy tan sorprendido con su actitud como tú.

—Lo sé.

—¿Tú qué harías? —pregunto antes de pensar demasiado.

Ezequiel arquea apenas una ceja.

—¿Como abogado o como hombre?

—¿Hay diferencia?

—Muchísima.

Respiro hondo.

—Las dos.

Ezequiel guarda silencio unos segundos, pero luego dice:

—Como abogado le diría que se aleje de cualquier conflicto empresarial hasta entender exactamente dónde pisa.

—¿Y como hombre?

Y ahí casi sonríe un poco.

—Como hombre creo que usted ya está demasiado involucrado para echarse atrás.

Mierda, mierda absoluta, porque tiene razón.

El móvil vibra justo entonces dentro de mi bolsillo.

Veva.

Solo un mensaje: *¿Estás ocupado?*

Sonrío antes incluso de abrir la conversación y Dani aparece justo detrás de mí en ese momento.

—OH, DIOS MÍO. LA SONRISA.

Voy a matarlo.

—¿Qué sonrisa?

—La de hombre que está a dos mensajes más de escribir poesía.

—Desaparece de mi vista.

Dani mira a Ezequiel horrorizado.

—¿Lo ve? Está perdido.

Ezequiel se ajusta la chaqueta tranquilamente.

—Sí. Bastante.

38
Veva

Subo las escaleras con la mochila colgada del hombro mientras hablo con Maira por teléfono. Siento que mi vida se parece cada vez más a una serie turca protagonizada por una heredera emocionalmente agotada.

Es decir, yo.

—Repíteme exactamente por qué no puedo mudarme con vosotros fuera de España y vivir vendiendo pulseras hippies en Ibiza —dice Maira al otro lado de la línea suspirando.

—Porque durarías literalmente cuarenta minutos sin acondicionador caro y porque yo necesito privacidad para mis encuentros sexuales.

Cierro los ojos con fuerza al instante.

No debería haber dicho eso, no debería haber dicho eso, no debería haber dicho eso.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Genoveva Santos?

No puedo evitar reírme un poco mientras atravieso el pasillo principal de casa.

La mochila golpea suavemente contra mi cadera a cada paso y todavía me parece surrealista haber metido ropa dentro de ella pensando seriamente en desaparecer unos días.

Desaparecer.

Yo.

Con Oliver Luque.

Qué fantasía.

—Vale, necesito que me cuentes exactamente qué pasó en ese hotel —dice Maira inmediatamente—. Porque llevo horas, ¿eh? ¡Horas! Imaginando escenas y en algunas acabáis huyendo juntos a Italia.

El calor me sube al cuello automáticamente.

—No hemos huido a ninguna parte.

—Todavía.

Pongo los ojos en blanco.

—Maira…

—¿Qué? Estoy intentando adaptarme a que mi mejor amiga haya pasado de "ay, no sé si me gusta" a literalmente dormir abrazada a Oliver Luque en un hotel de lujo y que encima me diga que necesita privacidad para sus encuentros sexuales, porque perdóname que te diga, que yo te quiero mucho y todo eso, pero amor… tenías la líbido de una ameba.

Claro, es que dicho así…

—No fue solo sexo.

—Uy —dice finalmente.

—¿Qué significa "uy"?

—Significa que acabas de poner voz de mujer enamorada y necesito sentarme.

Aprieto el móvil contra la oreja mientras entro en la zona del despacho de mi padre.

—No estoy enamorada.

—Claro. Y yo soy veterinaria marina. Veva, cariño, llevas semanas hablando de ese hombre como si te hubiera reiniciado el sistema nervioso.

Pues igual sí.

Mi mano aprieta un poco más fuerte el asa de la mochila.

—Creo que he discutido de verdad con mi padre por primera vez en mi vida, también tenemos que tener eso en cuenta —digo cambiando de tema como sea.

Maira tarda un segundo en responder.

—¿Y sabes qué creo yo?

—¿Qué?

—Que ya no puedes volver atrás.

El corazón me da un golpe rarísimo, porque quizá tiene razón, pero es que ahora sé que existía otra manera de vivir que no es la de acatar las órdenes de Papá.

Me detengo frente a la puerta del despacho de mi padre justo entonces.

Respiro hondo.

—Creo que va a matarme.

—Bueno, si sobrevives, llámame.

—Gracias por el apoyo.

—Para eso están las amigas.

—Te quiero, Maira. Hablamos en cuanto termine la tortura.

Y justo después de colgar, la puerta del despacho se abre y Papá aparece al otro lado.

Traje impecable, mandíbula tensa y mirada fría.

Hay silencios que duran demasiado, y luego está el que aparece cuando entro en el despacho de mi padre y descubro que Federico Fernández también está ahí dentro.

Ah.

Perfecto.

Fantástico.

Maravilloso ambiente tenemos hoy.

Tierra trágame, pienso.

Me detengo apenas un segundo en la puerta, intentando entender qué está pasando exactamente.

El despacho de Papá huele a cuero, café y control psicológico.

Pues como siempre, querida, me digo a mí misma para infundirme ánimos.

Las paredes llenas de libros perfectamente colocados, las fotografías con empresarios importantes, la mesa enorme de madera oscura y las vistas de Madrid al fondo hacen que todo parezca todavía más serio, más frío y más suyo.

Fede está sentado frente al escritorio con un traje gris oscuro impecable y las manos entrelazadas sobre las piernas.

Perfecto, elegante y correcto.

Papá levanta la vista hacia mí.

—Siéntate, Genoveva.

No me gusta el tono, pero nada de nada, porque es el mismo que previamente a las conversaciones importantes, que normalmente ya están decididas antes de empezar.

Camino lentamente hasta la silla que hay frente al escritorio y tomo asiento intentando ignorar la sensación horrible que empieza a crecerme en el estómago.

Fede me mira y algo en sus ojos ya parece triste.

Mierda.

—¿Qué pasa? —pregunto finalmente.

Papá se reclina apenas en la silla.

—Federico quería hablar contigo.

Miro a Fede y él traga saliva muy despacio.

Entonces lo entiendo antes incluso de que abra la boca.

No.

No.

No.

Por favor.

NO.

—He hablado con tu padre esta mañana —dice finalmente.

Mi corazón empieza a latir a trompicones, como si algo dentro de mí supiera perfectamente que esto va a cambiar cosas.

—Nos conocemos de toda la vida, Veva.

Dios mío.

No.

No, no, no.

—Y creo que ya hemos llegado a un punto donde…

Se detiene apenas un segundo.

Está nervioso, nunca había visto nervioso a Fede.

Yo también estoy nerviosa, tanto que siento que en cualquier momento voy a sufrir una apoplejía.

—Quiero casarme contigo.

Mi padre me observa atentamente y Fede también, pero yo solo lucho por respirar, porque el aire parece que se me ha quedado congelado dentro de los pulmones.

Están esperando que reaccione y diga algo.

Y yo…

Yo siento exactamente lo contrario a lo que debería sentir una mujer cuando el hombre perfecto acaba de pedirle matrimonio.

Pánico.

Puro pánico.

Porque mientras Fede me mira esperando una respuesta, mi cabeza hace algo muchísimo peor: imagina a Oliver.

Oliver riéndose.

Oliver besándome.

Oliver haciéndome el amor de esa manera tan exquisita.

Nunca me han besado ni me han tocado así.

Jamás.

—Genoveva —dice Papá despacio—. Di algo.

Abro la boca, pero las palabras no me salen, no puedo respirar bien.

Algo, pienso en decir, pero sería demasiado vacile, no estamos para eso y el SÍ, QUIERO está descartado.

Fede se inclina apenas hacia delante.

—No tienes que responder ahora mismo si no quieres.

Incluso ahora sigue siendo bueno, correcto y considerando, y eso hace todo muchísimo más horrible.

Porque Fede no ha hecho nada malo.

Nada.

Simplemente nunca consiguió hacerme sentir viva.

—Yo… —empiezo.

Mi voz se rompe un poco.

Perfecto.

Qué maravilla.

Reacciona, estúpida. DI QUE NO. ¿Ahora eres lela?, me recrimino a mí misma.

Papá entrelaza las manos sobre el escritorio.

—Creo que es una noticia excelente.

Claro que lo crees, maldito dictador, pienso.

Porque este matrimonio tiene sentido empresarial, social, económico, mediático y perfecto para vuestro mundo de hombres ricos emocionalmente estreñidos.

—Papá…

—Federico es un hombre serio, preparado y estable.

Bufo.

Ya no puedo seguir escuchando esa lista como si estuvieran vendiendo un puto coche de lujo.

Estable.

Correcto.

Adecuado.

¿Y qué pasa conmigo? ¿Con lo que quiero yo?

Levanto la vista lentamente.

—No quiero casarme.

Fede parpadea y Papá se queda completamente quieto.

—Genoveva —dice él despacio—, no dramatices.

La rabia me sube tan rápido que hasta me mareo un poco.

—¿Dramatizar?

—Estás confundida últimamente.

Ah.

Claro.

La explicación universal cuando una mujer deja de obedecer: está confundida.

No puede ser que simplemente haya dejado de aceptar la vida que le han construido otros.

—No estoy confundida.

—Entonces explícame qué está pasando contigo.

Me levanto de la silla de golpe.

—¡No quiero esta vida!

La frase sale más alta de lo que esperaba.

Más rota también.

Papá me mira como si acabara de insultar el apellido familiar.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí lo sé.

—No. Lo que pasa es que llevas semanas comportándote de forma irresponsable.

Fede interviene entonces, más suave.

—Veva…

Pero niego con la cabeza inmediatamente.

—No. Lo siento, Fede, de verdad que lo siento muchísimo, pero no puedo hacer esto.

—¿Hay alguien más? —pregunta finalmente.

Silencio.

Mi respiración tiembla.

¿QUÉ?

Papá se pone rígido automáticamente.

—¿De qué está hablando? —pregunta frío.

Pero Fede no lo mira a él, solo a mí, y por primera vez desde que lo conozco parece enfadado y herido.

—¿Qué dices? —le pregunto.

—Llevas semanas desapareciendo —dice despacio—. No contestas igual. Me miras distinto. Ya no estás aquí conmigo nunca.

Cada palabra me atraviesa.

¿Cómo le explico que nunca ha pasado nada entre nosotros y que he conocido a alguien que me ha hecho despertar de golpe?

—Federico… —murmuro.

—¿Es Oliver Luque?

¡Boom!

Mi padre se levanta inmediatamente.

—¿Qué?

Mierda.

Fede sigue mirándome, está esperando.

Y yo… yo no respondo, porque no puedo mentirle.

Mi cuerpo entero ya sabe la verdad incluso antes que mi cabeza.

Papá da un golpe seco sobre la mesa.

—Genoveva.

Pero sigo sin hablar, y entonces Fede hace la pregunta que termina de destruirlo todo.

—¿Estás enamorada de él?

Esta vez no necesito responder, mi cara ya lo ha hecho por mí.

Si escuchara cómo late mi corazón con solo escuchar su nombre fliparía.

Y Fede lo entiende.

Dios mío.

Lo entiende todo.

39
Oliver

Hay días en los que una persona descubre que su vida está cambiando y luego están los días en los que tu tía te abre la puerta de casa, te mira durante exactamente tres segundos y decide que necesitas supervisión psicológica intensiva.

—No me gusta esa cara —dice Marisa nada más verme entrar.

Suelto las llaves sobre el mueble de la entrada.

—¿Qué cara?

—La de hombre que ya ha empezado a imaginar muebles compartidos.

Cierro los ojos con fuerza. ¿Por qué siempre me pilla?

—Voy a irme de esta casa —amenazo señalándola con el dedo medio en broma medio en serio, con una leve sonrisa dibujada en los labios.

—No puedes, mamá está haciendo lasaña —me suelta, y luego pone morritos.

¿Será posible?

Buen argumento, no puedo entrar en debate. La lasaña de mamá es la mejor del mundo.

El olor llega desde la cocina mientras camino por el pasillo: tomate, carne y queso gratinado.

Hogar.

A eso huele mi casa en este instante.

Hogar y gente rota intentando salvarse mutuamente desde hace años.

Nines aparece justo entonces desde la cocina con un delantal amarillo lleno de harina y el pelo recogido de aquella manera improvisada suya que significa "he cocinado durante horas y alguien va a emocionarse o morir".

—¿Quién tiene cara de muebles compartidos? —pregunta.

Marisa me señala inmediatamente.

Traidora.

—Nuestro Romeo de Vallecas.

—¿No era el heredero maldito? Vas a volverme loco. No soy Romeo de nada.

—Claro. Y yo soy una monja carmelita —dice Marisa—. Hay de cada señor más guapo en el bingo que pa' qué.

Mi madre me observa un segundo más de la cuenta y yo aparto los ojos de ella.

Hostia.

Esa mirada no, porque mi madre tiene una capacidad absolutamente terrorífica para detectar emociones antes incluso de que existan oficialmente.

—¿Qué ha pasado? —pregunta finalmente.

Bufo, no sé por dónde empezar.

Es todo tan intenso y complicado.

Siento que en menos de un mes Genoveva Santos me ha desmontado más cosas que toda mi vida anterior junta.

Menos mal que busco los cubiertos para poner la mesa y mamá parece perder un poco el interés.

La cena transcurre con esa normalidad rara en la que Marisa habla durante veinte minutos seguidos sobre una chica de TikTok que ha dejado a su novio porque "Mercurio retrógrado le dijo que era un narcisista".

Nines la ignora mientras sirve la lasaña en platos enormes y yo intento fingir que estoy estable emocionalmente después de las últimas horas que he pasado junto a Veva.

Fracaso, claro, porque cada dos minutos pienso en Veva y en su cara al decir "No quiero esta vida", en cómo tembló después y en la forma en la que me miró antes de irse.

Mierda.

—Vale —dice Marisa dejando el tenedor sobre la mesa de golpe —. Ya está.

Levanto la vista.

—¿Qué?

—No puedo seguir cenando como si aquí no hubiera un romance de categoría nacional desarrollándose delante de mis ojos.

—¿De qué hablas?

—No. El que tiene que hablar eres tú. ¿Dónde dormiste anoche? Pasaste la noche con ella, ¿a que sí? La Emperatriz te ha vuelto tonto.

Nines me mira también, más tranquila, pero también más seria.

Y eso es todavía peor, porque significa que ya sabe que esto no va solamente de sexo.

Que no es que les cuente yo mi vida sexual, Dios me libre, pero saben que no me comprometo de más con nadie.

Suelto el aire lentamente y dejo el tenedor sobre el plato.

—Discutió con su padre. Y por lo visto fue bastante fuerte. Vamos… que el motivo de la discusión básicamente fui yo.

Marisa abre muchísimo los ojos y mamá se queda quieta con la mano alrededor del vaso de agua.

—¿Qué? —pregunta Marisa bajito.

—Y claro, me llamó. Quería salir de ahí, de su casa… En fin, que hemos pasado la noche juntos y solo sé que ya la echo de menos.

Marisa se lleva ambas manos a la boca.

—Hostia santa.

—Sí —digo pasándome dos dedos por la comisura de los labios —. Eso digo yo.

—¿Y ella? —pregunta mi madre.

—Ella no puede más con su padre, claro. La controla demasiado, está loco ese hombre.

Nines baja despacio la vista al plato.

—Pobrecilla.

La frase me golpea directamente en el pecho; eso es exactamente lo que pensé cuando me llamó: pobrecilla.

Ni rica, ni privilegiada, ni princesa, solo una chica atrapada en las garras dictatoriales de su padre.

—Me da a mí que La Emperatriz va a darle un golpe de estado a su padre.

No puedo evitar sonreír un poco.

—¿Te lo han dicho las cartas del Tarot? —le pregunto, divertido, y acto seguido me arrepiento—. No las busques, ¿eh?

Marisa niega con la cabeza.

—No, las cartas no, lo digo yo. Hazme caso que verás.

—Quiere trabajar conmigo en lo de Cañada Real. Ya me preguntó sobre Ezequiel.

Nines levanta la vista inmediatamente.

—¿Va en serio?

Asiento con la cabeza.

—Dice que quiere empezar a vivir su vida.

Y ahí pasa algo raro, porque mi madre se queda completamente quieta unos segundos, como si hubiera entendido algo importante.

Muy importante.

—Esa niña lleva años intentando respirar ahí dentro —dice finalmente.

Eso es exactamente lo que siento cada vez que Veva sale de esa casa: que respira.

Y yo ya no sé qué coño hacer con eso.

Marisa me observa desde el otro lado de la mesa.

—Estás enamoradísimo.

—No dramatices.

—Oliver, has puesto cara de perro abandonado mientras hablabas de ella.

—No he puesto ninguna cara.

—Has puesto muchísimas caras.

Nines suspira suavemente y recoge algunos platos vacíos.

—¿Y ahora qué?

Buena pregunta.

¿Qué cojones hago ahora?

Porque hasta hace unas semanas mi mayor preocupación era abrir El Portal y empezar a generar mi propi dinero, y ahora resulta que estoy pensando en cómo proteger emocionalmente a la hija del hombre que más ganas tiene de matarme en Madrid.

Excelente gestión vital.

—No lo sé —admito finalmente.

Y esa es la verdad.

No tengo ni puta idea.

Porque una parte de mí quiere cogerla de la mano y largarse con ella a cualquier sitio y la otra entiende perfectamente el tamaño

del incendio que puede provocar eso.

—Las familias como esa no perdonan fácil cuando pierden el control —murmura mi madre más seria ahora. La frase cae pesada sobre la mesa. —Ignacio Santos no parece un hombre acostumbrado a que le digan que no —añade.

—No lo está.

Marisa se cruza de brazos.

—Pues que se joda un poquito, también te digo.

No puedo evitar reírme por la nariz.

Mamá tiene razón: Ignacio tiene dinero, influencia, medios y orgullo.

Muchísimo orgullo.

Y Veva acaba de desafiarlo por primera vez en toda su vida.

Por mí.

—Lo peor es que sigue preocupándose por decepcionarlos incluso mientras se rompe —murmuro antes de pensar demasiado, y cuando levanto la vista, tanto mi madre como Marisa me están mirando de la misma manera: como si acabaran de confirmar algo.

Mierda.

Marisa se levanta entonces de golpe.

—No os mováis.

—¿Qué haces ahora? —pregunto ya cansado.

—Necesito información astral.

—No. Otra vez no.

—Sí.

Desaparece hacia el salón y vuelve veinte segundos después con el maldito tarot entre las manos.

Nines ni siquiera protesta ya.

Traidora también.

—Marisa…

—Calla. El universo necesita hablar.

—El universo necesita medicación.

Ella ignora eso completamente y empieza a barajar cartas sobre la mesa mientras murmura cosas incomprensibles sobre energías, vibraciones y "hombres emocionalmente torpes".

—Eso último sí es verdad —dice Nines recogiendo vasos.

—Gracias, mamá. Muy bonito todo.

Marisa extiende tres cartas lentamente sobre la mesa.

La primera: El Diablo.

—Bueno… seguimos sexuales —dictamina.

Cierro los ojos con fuerza, de eso sí que no pienso darle ningún detalle, por muy pesada que se ponga.

La segunda: Los Enamorados.

Y entonces gira la tercera carta: La Torre.

—Uy… —murmura.

No sé por qué se me eriza la piel, pero siempre salen las mismas cartas, no entiendo nada.

—¿Qué pasa ahora?

Marisa levanta lentamente la vista hacia mí y, por primera vez desde que empezó esta historia, no parece estar bromeando.

—Que esto ya no tiene vuelta atrás.

40
Veva

El timbre suena justo cuando estoy planteándome si existe alguna manera elegante de desaparecer del país sin que tu padre active inmediatamente una alerta internacional.

Spoiler: seguramente no.

Sigo sentada sobre la alfombra de mi habitación, todavía vestida, con el bolso tirado en una esquina y la sensación de que mi vida acaba de sufrir una combustión espontánea en pleno despacho de Ignacio Santos.

Porque una cosa es sospechar que tu padre controla demasiado tu existencia y otra muy distinta es entrar en una habitación y encontrarte a Federico Fernández sentado frente a él con cara de hombre que está a punto de pedir permiso para comprarte en fascículos.

El timbre vuelve a sonar.

Y otra vez.

Y luego escucho la voz de Maira desde abajo.

—¡GENOVEVA, O ABRES O TREPO POR LA FACHADA COMO SPIDERMAN CON ANSIEDAD!

Cierro los ojos un segundo.

Dios bendiga a esa mujer.

Pero ¿dónde está el servicio, que no abre la puerta?

Bajo las escaleras arrastrando la poca estabilidad emocional que me queda detrás de mí y abro la puerta encontrándomela con un café helado tamaño industrial, unas gafas de sol enormes y energía de reportera de sucesos.

Entra directamente sin esperar a que la invite.

—Vale —dice dejando el bolso sobre la consola de la entrada—. Tienes exactamente la misma cara que ponen las protagonistas de las películas antes de abandonar a su prometido millonario y largarse con un hombre que arregla motos o yo qué sé y tiene traumas.

La miro en silencio.

Ella también se queda quieta y parpadea lentamente.

—Hostia. No era broma.

Me doy la vuelta y camino hacia el salón.

¿A qué? No sé.

Maira me sigue como un perrito, ansiosa por chismes.

—Fede quiere casarse conmigo.

Silencio absoluto, de esos que duran tan poco que en realidad duran muchísimo.

Cuando me giro, Maira sigue de pie en mitad del salón mirándome como si acabara de decirle que voy a ingresar en una secta que adora aguacates.

—Perdón… ¿qué?

Me dejo caer sobre el sofá soltando el aire despacio.

—Ha pedido mi mano.

Maira se quita las gafas lentamente.

—¿Tu mano? ¿Qué es esto? ¿Mujercitas? ¿Orgullo y prejuicio? ¿Van a intercambiar también vacas entre familias o eso ya no se hace?

No puedo evitar soltar una risa nerviosa porque sinceramente, si no me río, creo que me da un brote psicótico en esta alfombra persa.

Ella viene hacia mí inmediatamente y se sienta enfrente cruzando las piernas.

—Vale. Necesito contexto. Muchísimo contexto. Y rápido, porque mi sistema digestivo no procesa bien los dramas románticos en ayunas. Este café es como agua.

Me apoyo contra el respaldo del sofá cerrando los ojos un segundo.

—Papá me ha llamado al despacho esta mañana.

—Qué ambiente más bonito siempre en esta casa. Muy "ven, hija, tenemos una noticia preciosa y cero manipuladora para ti".

—Maira…

—Perdón. Continúa.

Suelto aire otra vez.

—Entré y estaban los dos allí: mi padre y Fede. Sentados. Esperándome.

—Uf. Eso ya huele a encerrona, la verdad.

Asiento lentamente, porque exactamente era eso.

No paro de recordar en bucle la sensación de entrar ahí dentro y notar inmediatamente que algo iba mal. El despacho oliendo a cuero y café, mi padre con esa mirada tranquila que utiliza cuando ya ha decidido algo por ti y Federico sentado como si estuviera a punto de anunciar una fusión empresarial en vez de pedirle matrimonio a una persona.

Qué cosa más traumática.

—Entonces Fede empezó a hablar —continúo— sobre estabilidad, futuro, familias compatibles, proyectos conjuntos…

Maira pone cara de dolor físico.

—Dios mío, la libido me acaba de bajar escuchándote.

—No ayudó precisamente.

—Es que parece el discurso de un candidato a presidente de banca privada, Veva. Si un hombre quiere casarse contigo, lo mínimo es que parezca un poco desequilibrado emocionalmente. Que le tiemble la voz, yo qué sé. Y que luego se le ponga la minga como el tronco de una lechuga para celebrarlo.

Me río por la nariz.

Muy poquito.

Porque el problema es que una parte de mí sabe exactamente cómo suena un hombre cuando habla sintiendo cosas de verdad y no se parece en nada a lo que ha pasado en ese despacho.

Maira me mira fijamente.

—¿Y entonces?

Trago saliva.

—Entonces dijo que quería casarse conmigo.

Ya no es una fantasía absurda ni una posibilidad lejana con la que Maira se metía conmigo.

Ahora existe.

Ha sido pronunciado en voz alta dentro de esta casa y de repente siento que las paredes pesan el doble.

—¿Y tu padre? —pregunta Maira más despacio.

Me entra una risa completamente histérica.

—Mi padre parecía estar presenciando la Segunda Venida de Cristo.

Eso la hace soltar una carcajada.

—Lo estoy viendo. Ignacio Santos emocionado. Qué imagen tan paranormal. Bueno es que no sé de qué me sorprendo si llevo tomándote el pelo con esto años, vamos…

Me abrazo un poco las piernas sobre el sofá.

—Pues se han cumplido tus predicciones y me he dado cuenta de algo horrible.

Ella deja de bromear apenas un segundo.

Lo justo.

—¿Qué?

Levanto la vista hacia ella.

—Que no podía hacerlo.

Mi voz sale mucho más rota de lo que pretendo, porque no es solo que no quiera casarme con Fede, es que la idea de aceptar me hace sentir atrapada, como si estuviera viendo mi vida cerrarse delante de mí lentamente y yo tuviera que sonreír mientras ocurre.

Maira me observa en silencio.

Y eso sí que da miedo, porque esta tía normalmente opina hasta de la humedad ambiental.

—Veva… —dice más bajito.

—No podía respirar allí dentro.

La frase sale sola, honesta y cruda.

Y de repente me noto al borde del llanto, cosa que odio profundamente porque una debería poder sufrir crisis existenciales sin parecer una actriz francesa en blanco y negro.

Maira suspira y se acerca un poco más.

—Cariño, tú llevas años sobreviviendo en automático. Te conozco desde que teníamos pañales y nos comíamos los mocos —dice y yo arqueo una ceja. Eso no es verdad, no creas nada de lo que dice Maira—. Bueno, vale, me los comí yo. Tú solo vomitaste del asco. Pero cuando teníamos quince te enamoraste de un camarero solo porque te guiñó un ojo en Marbella. Créeme cuando te digo que sé perfectamente cuándo estás viva y cuándo simplemente estás siendo correcta.

La miro y asiento con la cabeza, porque sé exactamente cuál es la diferencia ahora: Oliver.

Su voz.

Su moto.

Sus manos sujetándome la cara.

Y el culo, ejem.

La manera en la que me escucha, como si lo que digo importara de verdad.

Dios mío.

Maira me mira abrir y cerrar la boca, pero no articular ningún sonido y entonces sonríe despacio.

—Ah.

—¿Qué significa "ah"?

—Significa que acabas de pensar en Oliver Luque y has puesto cara de mujer que abandonaría una dinastía empresarial por una noche más con él.

Me tapo la cara con ambas manos.

—No puedo contigo.

—No, cariño. Tú no puedes contigo misma desde que ese hombre apareció en tu vida vestido de negro y con cara de problema.

Esta vez no me sale discutirle ni una sola palabra.

41
Oliver

Hay momentos en los que uno se da cuenta de que está completamente jodido emocionalmente.

No "jodido" en plan dramático adolescente de poner canciones tristes mirando por la ventana mientras llueve.

No.

Jodido de verdad.

Del tipo: una chica rica aparece en Cañada Real con unas deportivas de Gucci llenándose de polvo y tú, que llevas años sobreviviendo a base de sarcasmo y problemas de gestión emocional, te descubres imaginando cómo sería despertarte con ella todos los días.

Exactamente ese tipo de jodido.

La veo bajarse del Mercedes mientras observa alrededor con curiosidad.

Ha cumplido su palabra a pesar de su padre y el primer día en el que empiezo mi trabajo aquí, ella me acompaña.

Y no parece incómoda, oye.

Eso me descoloca.

Porque conozco perfectamente esa mirada que pone la gente cuando viene aquí por primera vez: es como una especie de pena mal gestionada mezclada con incomodidad social y culpa de clase alta que les dura aproximadamente cuarenta minutos antes de volver a sus casas sintiéndose Gandhi.

Pero Veva no está mirando así su alrededor, sino como si intentara entender la razón de tanta desigualdad.

Y eso me pone en peligro el corazón.

—¿Segura? —pregunto cuando nos encontramos frente a frente.

Asiente enseguida, aunque noto que aprieta un poco los dedos alrededor del asa de su bolso.

Está preciosa, me cago en la puta.

Vaqueros oscuros, camiseta básica y blazer negra por encima.

Es la mujer más guapa de Madrid, y de aquí no me baja ni Dios.

Empezamos a caminar entre las calles mientras le voy enseñando algunos de los espacios con los que queremos trabajar.

Los edificios desgastados, las zonas comunes hechas polvo, el local pequeño donde una asociación lleva años ayudando a chavales con apoyo escolar aunque prácticamente sobrevivan a base de donaciones y buena voluntad.

Ella escucha, y lo hace de verdad, no con esa forma elegante de poner el oído que tienen los ricos cuando quieren parecer interesados mientras ya están pensando en otra cosa.

No.

Veva pregunta, mira y observa.

Un niño sale corriendo hacia mí en mitad de la calle.

—¡Oliver!

Lo cojo automáticamente en brazos mientras él empieza a hablarme atropelladamente sobre no sé qué partido de fútbol y unos cromos.

Es el hijo de un colega que fue conmigo al colegio y ha terminado viviendo aquí.

Entonces me señala con total tranquilidad.

—¿Quién es ella?

Miro a Veva y durante un segundo me quedo completamente en blanco, porque no sé qué responder.

No es "una chica".

Ni "una amiga".

Ni "mi novia".

Ni tampoco "la hija del hombre que me quiere muerto".

Yo qué sé.

—La chica más guapa de Madrid, ¿no la ves? —termino diciendo.

El niño la mira de arriba abajo.

—Va demasiado limpia para ser amiga tuya.

Veva se echa a reír y yo cierro los ojos un segundo.

—Perfecto. Gracias por humillarme delante de la gente, pequeño.

Esta vez hasta yo me río y ella también.

Joder.

La manera en la que se ríe aquí no tiene nada que ver con cómo se ríe en las cenas de lujo. Allí siempre parece medir cuánto espacio ocupa, cuánto ruido hace o cuánto de sí misma puede enseñar sin romper algo.

Aquí no.

Aquí parece ligera, como si llevara toda la vida intentando ocupar poco espacio y de pronto hubiera dejado de pedir permiso para existir.

Seguimos caminando y le explico algunas ideas del proyecto mientras avanzamos hacia la nave donde queremos montar los talleres.

—La mayoría de empresas vienen aquí dos semanas, se hacen cuatro fotos y desaparecen —digo abriendo la puerta metálica—. Como si ayudar a gente fuera una campaña de temporada.

Ella frunce un poco el ceño.

—Yo no quiero hacer eso.

La miro y la creo, porque nadie puede mentir con una mirada tan limpia como la suya.

Entramos dentro y varias personas nos saludan desde el fondo mientras organizan cajas y material escolar. El espacio todavía está medio desmontado, con paredes a medias, cubos de pintura y herramientas por todas partes.

Veva observa todo como si estuviera procesándolo lentamente, no con superioridad o pena, pero sí con mucha humanidad.

Las horas pasan rápidas después de eso.

Ella ayuda a mover mesas, organiza materiales, pinta paredes y habla con la gente como si no llevara toda la vida rodeada de chóferes y copas de champán que cuestan más que el alquiler de muchas familias aquí.

Y lo hace de forma natural, como si estuviera intentando encontrar su sitio.

La veo hablando con una mujer mientras ayuda a ordenar ropa infantil y algo se me remueve por dentro cuando la escucho preguntarle cómo empezó la asociación.

Porque nadie pregunta eso, la mayoría solo preguntan cuánto falta para irse.

Más tarde la encuentro sentada en el suelo pintando una pared con manchas blancas en las manos y el pelo lleno de polvo.

Está preciosa.

Ridículamente preciosa.

Me siento a su lado dejándole una botella de agua.

—Tienes pintura en la cara.

Ella se toca automáticamente la mejilla.

—Perfecto. Mi transformación en persona funcional del mundo real ha comenzado.

Me río por la nariz.

—Tu padre va a desmayarse cuando te vea así.

—Mi padre se desmaya cada vez que alguien usa zapatillas cerca de él.

Eso me hace reír otra vez.

Y joder… me gusta demasiado estar así con ella.

Sin tensión.

Sin esconderse.

Sin que todo tenga que acabar en un beso para sentir que estamos cerca.

Solo hablando.

Existiendo juntos.

Ella da un sorbo a la botella de agua y luego mira alrededor en silencio.

—Creo que llevo demasiado tiempo viviendo lejos de la realidad.

—No tienes que sentir culpa por cómo has crecido, princesa.

Baja la vista hacia sus manos manchadas de pintura.

—Pero la siento. ¿Sabes cuándo fue la última vez que disfruté de verdad? ¿Que fui feliz? —me pregunta.

—El otro día conmigo, ¿no? —intento bromear para quitarle intensidad al momento, no me gusta verla triste.

Entonces sonríe y algo dentro de mí se afloja.

—¡No! Bueno, sí, claro que sí. Pero me refería a hace años…

—Ah, dime.

—Cuando hice las prácticas de mi carrera.

—¿Sí?

Asiente con la cabeza y se mira las manos llenas de pintura.

—Llegaba a casa hecha un cuadro, llena de pintura, purpurina… a mi padre le daba algo cada vez que me veía así, pero yo fui feliz.

—No entiendo —digo frunciendo el ceño—. ¿Tú no has estudiado empresariales o algo así?

—¿Yo? ¿Qué dices? Es lo único en lo que mi padre no pudo hacer nada por impedirlo. Soy maestra —dice con una sonrisa tan brillante como el sol—. Pero nunca he ejercido. Por eso siento culpa…

Es entonces cuando lo entiendo: Veva no está intentando salvar a nadie, está intentando dejar de sentirse vacía.

Me apoyo un poco hacia atrás observándola.

—Entonces utiliza esa culpa para hacer algo bueno No para castigarte.

Ella levanta la vista hacia mí lentamente y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada.

Porque hay momentos en los que las personas se entienden demasiado.

—¿Siempre dices cosas que parecen sacadas de un libro de tíos emocionalmente disponibles? —pregunta finalmente.

Me río.

—No. Normalmente digo barbaridades.

—Eso también se te da muy bien.

Sonríe y el corazón me hace una cosa rarísima dentro del pecho, porque ya no la miro y pienso solo en besarla, ahora también quiero contarle cosas, escucharla y saber qué piensa cuando se queda callada.

Horas después la encuentro subida encima de una mesa discutiendo con una señora sobre el color de unas cortinas mientras

tiene pintura hasta en las pestañas.

La mujer insiste en poner unas horribles con flores naranjas y Veva defiende unas lisas azules como si estuviera negociando la paz mundial.

Y yo me quedo quieto observándola desde el otro lado de la sala.

Completamente jodido.

Ya no parece la hija de Ignacio Santos ni la chica rica que se escapó conmigo en una moto, ahora parece alguien que empieza a entender quién es realmente y yo creo que me estoy enamorando justo de esa versión suya.

42
Veva

Hay algo profundamente humillante en descubrir que quizá llevabas años viviendo en piloto automático y no te habías dado cuenta.

Porque una espera que las crisis existenciales lleguen de forma elegante tipo con una carta del tarot, una terapeuta buenísima o un retiro espiritual en Bali.

No porque un hombre con chaquetas de cuero, sonrisa de delincuente y ojos como zafiros aparezca en tu vida y te obligue a preguntarte quién coño eres realmente.

Y, sin embargo, aquí estamos.

Son las nueve y media de la mañana y llevo cuarenta minutos discutiendo por teléfono con una empresa de materiales sobre unos presupuestos para el local de Cañada Real mientras desayuno café frío y una tostada que ya parece yeso industrial.

Le dije a Oliver que, si no le importaba, me ocupaba yo.

Lo peor es que… me está gustando.

Muchísimo.

—No, perdona —digo sujetando el móvil entre el hombro y la oreja mientras reviso unos documentos sobre la encimera de la cocina—, pero si me cambias otra vez las fechas de entrega, el proyecto se retrasa entero.

Silencio al otro lado.

Parpadeo un par de veces, incrédula.

¿Acabo de sonar competente?

—Sí, claro, entiendo perfectamente el problema logístico, pero yo también tengo uno y consiste en que necesito esos materiales antes del viernes.

Otra pausa, luego sonrío.

—Perfecto. Gracias, Javier.

Cuelgo lentamente y me quedo quieta, porque acabo de solucionar algo yo sola.

Yo.

Genoveva Santos.

La mujer que hasta hace unas semanas consideraba agotador decidir entre tacones nude o negros para cenas benéficas llenas de señores que olían a puro caro y ego.

Me apoyo sobre la encimera todavía procesándolo cuando entra Maira en la cocina con una bolsa enorme de bollería y gafas de sol pese a que está completamente nublado.

Es que es como la Pantoja; nunca se quita las gafas.

—Buenos días a todas las mujeres que han sufrido por hombres emocionalmente complejos y aún así siguen teniendo el culo increíble.

La miro.

—Tú algún día morirás atropellada por tu propia energía.

—Pero fabulosa.

Deja las bolsas sobre la isla de la cocina y entonces se queda quieta observando los papeles extendidos por todas partes.

Presupuestos, planos, notas, horarios e ideas apuntadas con rotulador.

Luego me mira a mí.

—Perdón… —dice quitándose las gafas—. ¿Tú estabas trabajando?

Me ofendo automáticamente.

—Siempre he trabajado.

—Veva, cariño, elegir centros florales para eventos de ricos no cuenta como vivir al límite.

Pongo los ojos en blanco mientras cojo otro café.

—Qué pesada eres.

—No. Estoy impresionada. —Señala los papeles—. ¿Qué es todo esto?

—El proyecto de Cañada Real.

Maira parpadea.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Tienes brillo en los ojos.

—No tengo brillo en los ojos.

—Sí lo tienes. Pareces una mujer que acaba de descubrir que tiene capacidad intelectual y orgasmos simultáneamente.

La carcajada me sale sola, muy fuerte y muy real.

Y eso también empieza a pasarme demasiado últimamente.

Maira me observa unos segundos más mientras abre una caja de croissants.

—¿Qué estás haciendo exactamente?

Miro los papeles delante de mí.

—Estoy ayudando con la organización —digo despacio—. Contactos, materiales, coordinación con asociaciones, presupuestos… esas cosas.

Y lo cierto es que me siento muy orgullosa de mí misma cuando respondo y no por cómo me veo, por cómo me visto o porque algún hombre piense que soy perfecta, sino por algo que he hecho yo.

Maira se queda callada.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Niega lentamente con la cabeza.

—Nada. Solo estoy viendo cómo desarrollas personalidad propia en tiempo real.

Le lanzo una servilleta y ella la esquiva riéndose.

—¡Es verdad!

Bueno un poquito cierto sí que es, porque la realidad es que hasta ahora me he sentido vacía.

Toda mi vida he ido pasando de una obligación a otra sintiendo que algo faltaba constantemente. Como si estuviera interpretando a Genoveva Santos en vez de serlo realmente.

Pero esto… esto sí se parece a mí o, al menos, una versión de mí que no conocía todavía.

Maira me observa en silencio.

—Uy —dice finalmente.

—¿Qué pasa ahora?

—Que acabas de tener un pensamiento profundo y ahora mismo pareces una protagonista indie francesa.

Resoplo.

—Estaba pensando.

—Eso nunca trae nada bueno.

—Creo que nunca había sentido orgullo real por mí misma.

—Claro que sí —dice ella con indignación.

Niego lentamente.

—No así.

Antes todo era distinto: las notas perfectas, los eventos perfectos, las sonrisas perfectas, la hija perfecta.

Pero siempre parecía que el mérito pertenecía más a la versión de mí que esperaban los demás que a mí realmente.

Esto no, esto es como cuando decidí estudiar magisterio.

Papá accedió porque era eso o nada y claro, Ignacio Santos no podía soportar que su única hija no tuviera estudios superiores.

No obstante, en este proyecto nadie espera perfección, solo ayuda, ganas y presencia.

Maira se sienta frente a mí apoyando los codos sobre la isla de la cocina.

—¿Sabes qué creo?

—Miedo me da.

—Que estás empezando a parecerte a la persona que habrías sido si hubieras crecido pudiendo decidir cosas por ti misma.

Sonrío.

Supongo que es exactamente así y en el fondo creo que Oliver ha sido la única persona que ha visto esa versión de mí incluso antes que yo.

El móvil vibra sobre la encimera y, por lo visto, no puedo disimular en absoluto el ridículo respingo que da mi corazón, porque Maira lo nota.

—Ay, mírala —dice poniendo los ojos en blanco y sonriendo.

Es un mensaje suyo, así que sonrío casi al instante.

Soy completamente imbécil.

¿Cómo va mi chica favorita del mundo corporativo?, leo en voz alta.

Maira se lleva una mano al pecho.

—No puedo más con vosotros. Parecéis los protas de una romcom o algo así.

No respondo todavía, sigo mirando el mensaje.

Es en este instante cuando pienso que hay algo todavía más peligroso que enamorarse de Oliver Luque:

empezar a gustarme la mujer que soy cuando estoy con él.

Me muerdo el labio pensando en la propuesta de Fede y en cómo me moriría si Oliver se enterara.

Se preocuparía por cosas que no existen dentro de mí.

¿Para qué voy a contárselo entonces?

Es lo correcto, ¿verdad?

¿Verdad?

43
Oliver

Hay personas que descubren que su relación se ha vuelto seria cuando conocen a la familia.

Lo típico, ¿verdad?

Nosotros no.

Nosotros lo descubrimos cuando aparecemos en la prensa económica, social y del corazón al mismo tiempo.

Muy romántico todo.

El problema empieza a las ocho y doce de la mañana, exactamente en el momento en el que Sergio entra en El Portal agitando el móvil como si acabara de descubrir actividad extraterrestre.

—Bueno —dice dejando el café sobre la barra—. Tengo dos noticias.

Estoy revisando unos planos con Dani mientras suena música de fondo y varios decoradores terminan de colocar un par de cosas en una de las estancias.

El Portal ya casi existe de verdad.

Y joder… ha quedado precioso.

—¿Cuáles? —pregunto sin levantar demasiado la vista.

Sergio me enseña el móvil y es entonces cuando veo la foto.

Veva con el vestido rojo en el Casino y yo mirándola como si quisiera desnudarla allí mismo delante de media élite madrileña.

Debajo, el titular:

LA HIJA DE IGNACIO SANTOS Y EL HEREDERO MÁS POLÉMICO: EL ROMANCE QUE SACUDE MADRID.

Dani silba bajito.

—Flipas.

Sergio sigue deslizando y entonces aparece otra foto.

En esta estamos entrando en el hotel.

Mis manos en su cintura y ella con mi sudadera gris puesta que le queda sorprendentemente bien.

Hay más fotos, claro.

Perfecto.

Nos han hecho un documental entero prácticamente.

—Bueno —dice Sergio lentamente—. Por lo menos salís guapísimos.

No respondo, ahora mismo estoy demasiado ocupado imaginando la reacción de Ignacio Santos.

Y eso sí que no tiene ni puta gracia.

Recibo un mensaje de Ezequiel, lo leo y me quedo a cuadros, por lo que cojo el móvil inmediatamente y la llamo.

Tarda dos tonos en responder.

—¿Estás bien? —pregunto directamente.

Ni hola, ni nada, porque honestamente me importa una mierda el resto.

Escucho su respiración al otro lado.

—Creo que sí.

No me gusta cómo suena eso.

Me apoyo sobre la barra mientras Dani y Sergio disimulan fatal que están escuchándolo absolutamente todo.

—Tu padre acaba de abandonar una reunión dejando a tres consejeros hablando solos. Ezequiel dice que parecía un villano corporativo a punto de comprar un país.

Ella resopla suavemente.

Y aunque no puedo verla, la imagino perfectamente pasándose una mano por la cara.

—Esto es culpa mía.

Cierro los ojos un segundo.

—Ni se te ocurra empezar por ahí.

—Oliver…

—Veva, sabíamos que esto podía pasar.

Sé que no es la prensa lo que le preocupa, es su padre.

Siempre su puto padre.

Mientras, yo tengo ganas de incendiar media ciudad si alguien la hace sentir pequeña otra vez.

Qué experiencia tan agotadora esto de enamorarse.

—¿Quieres que vaya? —pregunto.

Y juro por Dios que lo haría.

Aunque Ignacio Santos me recibiera con francotiradores.

Ella tarda un poco en responder.

—No… todavía no.

Todavía.

La palabra se queda flotando entre nosotros.

Y algo dentro de mí se tensa.

La noto rara y no sé por qué.

Aún así, no quiero rayarme de más, es normal que esté preocupada, ¿no?

Ya no estamos jugando ni somos dos personas besándose a escondidas en motos y hoteles.

Ahora somos noticia y también un problema.

—Nos vemos en la junta, entonces, ¿no?

—Sí.

—Vale, te veo en unas horas.

—Claro —responde casi de forma automática.

—*Ciao*, princesa.

Y cuelga.

Definitivamente, algo no está bien.

*

La junta empieza a las seis de la tarde.

Y desde el minuto uno sé que Ignacio esconde algo o está a punto de dar una puñalada trapera por haberme visto en esas fotos junto a su hija.

Lo noto en cómo mira, en cómo se mueve y en esa calma elegante de hombre rico que precede siempre a una catástrofe.

Estoy sentado junto a Sergio y Ezequiel revisando unos documentos mientras varios accionistas hablan sobre operaciones,

balances y estrategias empresariales que ahora mismo me importan exactamente lo mismo que la cría del percebe atlántico.

Nada.

Porque Veva está aquí, al otro lado de la mesa, con una blusa blanca que le queda que ni pintada, el pelo recogido y cara de haber dormido fatal.

Y aun así sigue siendo la mujer más guapa de Madrid.

Qué putísima mala suerte la mía.

Nuestros ojos se cruzan apenas un segundo.

Solo uno.

Pero basta para que note algo raro y peligroso en el pecho.

SosoKen también está aquí, por cierto.

Un pan sin sal de cojones, si me preguntan.

Qué cosa más rancia de tío.

Entonces Ignacio habla y el aire cambia, como siempre que abre la boca.

—Antes de dar lugar al siguiente punto de la reunión, hay una cuestión familiar que considero conveniente aclarar dada la exposición mediática reciente.

Madre mía.

No.

Miro automáticamente hacia Veva y ella también lo ha entendido, pues se tensa y aprieta los dedos sobre la mesa.

—Papá, creo que no es… —intenta decir Veva, pero él la ignora completamente y habla por encima.

—La familia Santos mantiene desde hace años una relación estrecha con la familia Fernández, esto se sabe.

¿Qué coño está haciendo?

El silencio empieza a extenderse lentamente por toda la sala.

Y entonces ocurre:

—Así que para mí es todo un honor hacer público, sobre todo para callar habladurías, que Federico Fernández y mi hija Genoveva formalizarán próximamente su compromiso.

¡Boom!

No escucho nada durante un segundo.

Nada.

Solo un pitido salvaje dentro de la cabeza y el último latido de mi corazón, que parece que se acaba de quedar en *standby*.

No es posible, no puede acabar de decir eso y que sea verdad.

Miro automáticamente hacia Veva y entonces lo entiendo todo.

Si Ignacio no ha mentido ahora mismo al poner en palabras mi peor pesadilla, es ella quien me ha mentido a mí.

Algo se me rompe dentro del pecho tan rápido que me deja sin aire.

Genoveva Santos prometida con Federico Fernández alias SosoKen, el puto novio de catálogo.

Me va a dar algo, necesito salir de aquí.

Me aprieta en la cabeza el pensamiento de que mi cagada no ha sido enamorarme de una mujer como Veva y que pertenezca a otro mundo, sino que es ese mundo el que lleva años decidiendo su futuro sin preguntarle una mierda.

—Eso no es verdad —dice ella de golpe.

Toda la sala se queda quieta, porque su voz ha atravesado el silencio como un disparo.

Ignacio gira la cabeza lentamente hacia su hija.

—Genoveva.

—No hay ningún compromiso formalizado.

La miro y juro que nunca la he querido besar tanto como ahora mismo, porque está enfrentándose a él aquí delante de todos.

Por ella.

Por nosotros.

Por primera vez en su puta vida.

Pero Ignacio sonríe, malicioso, sabe de sobra que él tiene mucho más poder que ella.

—Lo habrá —dice tranquilamente.

HOSTIA.

Noto cómo la rabia empieza a subir despacio por mi cuerpo.

Ezequiel me mira de reojo, creo que está calculando cuántos delitos estoy a punto de cometer.

—Oliver… —murmura muy bajo, a modo de advertencia, pero ya no estoy escuchándolo, solo miro a Ignacio, y acabo de entender perfectamente qué es lo que quiere conseguir.

Quiere recordarme quién manda aquí y demostrarme que da igual cuánto dinero tenga ahora, cuánto firme o cuántas salas de juntas consiga soportar, porque Veva sigue perteneciendo a su mundo y no al mío.

La mandíbula empieza a dolerme de tanto apretarla y entonces miro a Veva, a quien le tiembla ligeramente la respiración y cómo está completamente sola en mitad de esta mesa llena de hombres decidiendo sobre ella.

Me levanto lentamente de la silla y toda la sala se queda en silencio.

Nadie se mueve, ni siquiera Ignacio, pero yo necesito salir de aquí, porque si me quedo un minuto más, probablemente termine arrancándole la cabeza a alguien con una botella de agua premium.

—Con permiso —digo de forma tranquila. Mucho, además, precisamente por eso da miedo.

Salgo de la sala sin volver la vista atrás.

Ahora mismo no sé qué me duele más: si imaginar a Veva casada con otro hombre, que me haya ocultado que SosoKen le ha propuesto matrimonio o descubrir hasta qué punto estoy enamorado de ella.

44
Veva

El problema de enamorarte de Oliver Luque es que llega un momento en el que empiezas a entenderlo demasiado.

Porque una cosa es querer a alguien y otra muy distinta mirar dentro de él y descubrir todo lo que intenta esconder constantemente: la rabia, el miedo, la sensación permanente de no pertenecer a ningún sitio y esa costumbre horrible de esperar siempre que las cosas buenas terminen rompiéndose.

Llevo exactamente tres horas sentada en mi habitación mirando el móvil.

TRES HORAS, literal, sin atreverme a escribirle porque sigo viendo su cara en la junta, la forma en la que se levantó, cómo evitó mirarme al salir, la tensión en su mandíbula y, sobre todo, el dolor.

Dios mío.

Cuando salí a buscarlo, ya se había marchado y me temo lo peor.

Nunca había pensado demasiado en el hecho de que los hombres como Oliver probablemente han pasado media vida sintiéndose insuficientes para personas como yo.

Y ahora no puedo dejar de hacerlo.

El móvil sigue completamente en silencio sobre la cama.

Ni un mensaje.

Ni una llamada.

Nada.

Lo tengo merecido, lo sé, pero ¿qué podía hacer?

No voy a aceptar de ninguna manera ese matrimonio. Entonces, ¿para qué contárselo?

Porque no lo voy a aceptar, ¿verdad?

Papá no puede obligarme, tengo derechos…

Me levanto por quinta vez en diez minutos y empiezo a caminar por la habitación intentando respirar normal.

Fracaso.

Porque cuanto más pienso en ello, peor me siento.

Yo sabía que mi padre era capaz de algo así, sabía perfectamente que utilizaría a Fede y esa maldita boda como una forma de hacer daño.

Y aun así no se lo conté a Oliver, no le advertí, no preparé el terreno.

Simplemente dejé que entrara ahí dentro creyendo que lo nuestro existía en las mismas condiciones para los dos.

Pensé que hacía lo correcto, quería ahorrarle un disgusto, yo qué sé.

Qué ingenua.

Y qué egoísta.

El móvil vibra de pronto sobre la cama y el corazón me da un vuelco tan fuerte que casi me atraganto con mi propia saliva.

Oliver.

Solo leer su nombre en la pantalla ya hace que se me ponga un nudo horrible en la garganta.

Descuelgo inmediatamente.

—Hola.

Solo escucho su respiración al otro lado durante un par de segundos.

Yo contengo la mía y entonces:

—¿Lo sabías?

La pregunta me atraviesa entera, porque su voz no suena enfadada, pero sí sé que está decepcionado.

Y eso es muchísimo peor.

—No —respondo enseguida—. Te juro que no sabía que iba a decirlo delante de todos.

—Pero sí sabías que existía esa posibilidad. Te ha pedido matrimonio, ¿verdad? Te lo ha pedido y no me lo has dicho.

Cierro los ojos.

Mierda.

—Oliver…

—¿Cuándo?

La forma en la que lo pregunta me rompe un poco más, porque no parece un hombre intentando discutir, sino alguien intentando entender cuánto tiempo lleva haciendo el ridículo sin saberlo.

—Mi padre siempre ha querido algo así con Fede, pero yo nunca…

—¿Nunca qué?

Trago saliva.

—Nunca le di esperanzas.

Él se ríe bajito y ojalá no lo hubiera hecho, porque esa risa no tiene ningún ápice de humor, pero sí mucha cantidad de amargura.

—Claro.

—Oliver, escúchame…

—No, tú escúchame a mí un segundo —me pide, y su voz ha cambiado lo justo para que me tiemble el estómago.

—Llevo semanas entrando en sitios donde todo el mundo me mira como si fuera un error que alguien olvidó corregir.

Cierro los ojos inmediatamente.

—No digas eso. Tú nunca serías un error para nadie.

—¿Y qué quieres que diga, Veva? —pregunta más bajo esta vez —. ¿Que no he visto cómo me miran? ¿Cómo habla tu padre de mí? ¿Cómo parece que todo el mundo está esperando a que metas la pata por estar conmigo?

Mi garganta empieza a cerrarse.

Lo he visto, claro que lo he visto, pero a mí no me importa nada de todo eso.

—Eso no importa.

—Claro que importa.

Dios mío.

Oliver no está enfadado porque piense que voy a casarme con Fede, estoy casi segura, lo está porque se lo he ocultado y además está asustado.

Asustado de que esto termine exactamente igual que todo lo demás en su vida, con alguien eligiendo otra cosa más fácil, correcta y adecuada.

—No quiero casarme con él, si es lo que te preocupa.

La frase sale de mis labios rápida, urgente y necesaria.

Él tarda unos segundos en responder.

—Pero podrías hacerlo y… joder, tía, me has mentido.

Yo también me lo he llegado a preguntar, llevo desde que me lo pidió pensando cosas horribles.

Que Oliver merece algo mejor que este desastre, que mi padre va a intentar destruirlo, que tarde o temprano terminaré haciéndole daño aunque no quiera y que quizá enamorarse de mí sea simplemente otra mala decisión en su vida.

Y aún así… no puedo soltarlo porque siento que mi corazón estallaría en mil pedazos.

Me apoyo contra la pared sintiendo el pecho demasiado lleno.

Me quedo callada como una imbécil.

Me merezco su enfado.

No he sabido hacerlo bien.

—¿No dices nada? —insiste al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres que diga? Ya sé que lo he hecho mal, pero solo quería alejarte de toda mi mierda. Mi padre está obsesionado contigo, ahora la prensa empieza a perseguirnos, Fede…

—Me importa una mierda el puto Fede de los cojones. Creía que confiabas en mí.

—Y lo hago. ¡Claro que lo hago! —estallo.

—No entiendes nada, Veva…

—¿Qué tengo que entender? Entonces explícamelo —digo entre hipidos.

El silencio al otro lado se vuelve absoluto, y cuando Oliver habla otra vez, su voz sale rota por primera vez desde que lo conozco.

—Tú eres lo único bueno que me ha pasado en muchísimo tiempo. Y aún así, a lo mejor deberías salir corriendo antes de que te arruine la vida.

Mi corazón se paraliza.

—No vuelvas a decir eso —digo muy seria. La respiración se me rompe entera, él no dice ese tipo de cosas. Y precisamente por eso duele más. Me muerdo el labio fuerte—. Oliver…

—Estoy empezando a sentir que todo esto va a explotarnos en la cara y no sé si voy a saber soportar cómo termine.

Ahí está otra vez el miedo, siempre el miedo.

El problema de Oliver Luque es que incluso enamorado sigue esperando que el mundo le quite aquello que quiere.

Y quizá yo también tengo parte de culpa en eso.

—Crees que quiero perderte y para nada es así —susurro.

Él guarda silencio unos segundos y cuando vuelve a hablar, su voz suena agotada.

—No, lo que creo es que ya estoy demasiado dentro como para salir de aquí sin romperme entero.

Las lágrimas me suben inmediatamente a los ojos.

Quizá esto es enamorarse de verdad: darte cuenta de que alguien ya tiene el poder de destruirte y quedarte igualmente.

45
Oliver

Supongo que estoy enamorado de verdad.

Ya está.

Ya lo he dicho.

Y no he llegado a esta conclusión por haberla besado o empezar a echarla de menos.

Ni siquiera cuando he descubierto que sería capaz de partirle la cara a medio mundo por verla sonreír.

No.

Sucede cuando aparece el miedo, el miedo real, ese que te obliga a pensar que ojalá hubieras conocido a esa persona en unas circunstancias distintas en las que quererla fuera más sencillo, no una trampa mortal para ambos.

Estoy sentado solo dentro de El Portal mientras las luces cálidas del local siguen encendidas y la música suena bajita desde algún altavoz al fondo.

El sitio ya casi está terminado: las mesas colocadas, la barra iluminada, los guantes de boxeo colgados en la zona del gimnasio y ese ambiente cálido que Dani lleva tiempo intentando conseguir sin que parezca un club de striptease.

La inauguración es en menos de diez días y yo debería sentirme feliz y orgulloso, pero lo único que noto es un agotamiento feroz, porque estoy enamorado hasta las trancas de Genoveva Santos y no sé qué hacer con esta situación.

Hemos colgado la llamada hace unos minutos sin llegar a nada claro, por eso me sorprende ver su nombre en la pantalla de mi móvil como llamada emergente.

Juro que verlo me duele.

No respondo, no quiero hablar más, estoy dolido, confundido… en fin, no sé.

Esto es una mierda.

El teléfono vuelve a vibrar otra vez.

Y otra.

Cierro los ojos.

Mierda.

Descuelgo finalmente.

—Dime.

Silencio al otro lado.

Y entonces su respiración.

Joder.

Ya ni siquiera necesito verla para saber que está llorando.

—¿Dónde estás? —pregunta bajito.

Miro alrededor del local vacío.

—Trabajando.

Mentira.

Estoy aquí sentado intentando convencerme de que todavía puedo arreglar esto antes de destruirnos a los dos.

—Quiero verte.

La frase me atraviesa, yo también quiero verla.

Muchísimo.

Y besarla.

Y hacerle el amor hasta que se nos quite la absurda idea de la cabeza de que lo que sentimos está mal.

Dormir con ella, escucharla reírse de mis tonterías y

volver a verla llena de pintura en Cañada Real discutiendo por lo que sea como si fuera una cuestión de Estado.

Quiero todo eso y precisamente por eso tenemos que parar.

—Veva…

—Por favor.

Dios.

Esas dos palabras me matan.

Me levanto de la silla pasando una mano por mi cara mientras camino hacia la cristalera del local.

Madrid sigue moviéndose ahí fuera como si el mundo no estuviera a punto de romperme el pecho.

—No creo que esto esté haciéndote bien.

El silencio cae inmediatamente sobre los dos, pesado y feo.

—¿Perdón?

Aprieto la mandíbula; ya ya he cruzado el punto de no retorno y ahora tengo que terminar lo que he empezado aunque me arranque media vida por dentro.

—Tu padre está utilizando esto para hundirte a ti también, Veva.

—Eso me da igual.

—Pero a mí no.

Ella tarda un segundo en responder, y cuando lo hace, noto el dolor en su voz.

—¿Tú también vas a decidir por mí?

Directo al pecho: precisamente eso es lo que estoy haciendo y sé perfectamente por qué le duele tanto.

Toda su vida han decidido por ella: qué ponerse, con quién sentarse, qué decir, a quién querer.

Y ahora llego yo, el primer hombre que la mira como si fuera libre y hacer exactamente lo mismo.

Me apoyo contra el cristal cerrando los ojos.

—Todavía puedes volver a tu vida, Veva.

La frase sale rota, destrozada, como si cada palabra me estuviera arrancando algo.

—¿Y tú qué crees exactamente que era mi vida antes de ti?

Joder.

JODER.

Me muerdo el interior de la mejilla tan fuerte que noto sabor a sangre.

No sé responder a eso.

Sé cómo era ella antes, la he visto fingiendo sonrisas y he visto cómo se hacía pequeña delante de su padre y vivía intentando no molestar demasiado.

Y aun así… sigo pensando que merece algo mejor que este desastre.

Algo mejor que yo.

—No quiero convertirme en otra cosa que termine haciéndote daño.

La escucho respirar hondo al otro lado.

Y entonces sucede: Genoveva Santos se rompe delante de mí.

—No puedes hacerme esto.

La voz le sale tan bajita que siento algo desgarrarse dentro del pecho.

—No quiero que te pongas a tu propio padre en contra por mí.

—No puedes mirarme durante semanas como si fuera algo más que mi apellido y luego apartarme porque tienes miedo.

Las lágrimas me suben a los ojos de golpe.

—Solo quiero protegerte, te lo juro..

Ella se ríe, pero su risa suena horrible.

—Eres exactamente igual que todos los demás —susurra.

La frase me deja sin aire.

—Todo el mundo cree saber qué es lo mejor para mí —continúa —. Mi padre. Federico. Y ahora tú también.

Me dejo caer lentamente sobre uno de los sofás del local sintiendo el pecho demasiado lleno.

—No es eso.

—Entonces dime que no me quieres, que no quieres volver a verme nunca más.

Me cago en mi puta vida.

No puedo hacerlo.

Estoy tan enamorado de ella que hasta respirar empieza a parecerme una actividad secundaria.

Y lo sabe.

La escucho llorar bajito al otro lado del teléfono y siento ganas de arrancarme el corazón con las manos.

—No voy a volver a suplicarle a nadie que se quede conmigo, Oliver.

La frase me destruye.

Entiendo perfectamente lo que significa: toda la vida intentando ser suficiente para personas incapaces de elegirla realmente y ahora yo acabo de hacer exactamente lo mismo.

Cierro los ojos y tomo la peor decisión de mi puta vida.

—Será mejor que paremos esto ahora.

La llamada se corta y me quedo inmóvil mirando el móvil todavía encendido entre mis manos.

Acabo de romperle el corazón a la única persona que había conseguido hacerme sentir que yo también merecía ser querido.

46
Veva

Dormir después de que Oliver Luque me rompa el corazón resulta ser bastante parecido a intentar descansar dentro de un aeropuerto en huelga: ruido constante, malestar físico y una sensación permanente de que algo importante acaba de cancelarse.

Son las cuatro y diecisiete de la madrugada cuando abro los ojos por quinta vez.

O sexta.

Ya he perdido la cuenta.

La habitación está completamente a oscuras, salvo por la luz tenue que entra desde el jardín a través de las cortinas, y durante unos segundos me quedo quieta mirando el techo sin entender por qué me siento tan vacía.

Luego lo recuerdo y es como si alguien volviera a dejarme caer una piedra directamente dentro del pecho.

Oliver.

Me incorporo lentamente entre las sábanas frías y automáticamente noto lo peor: el silencio.

Dios.

Nunca pensé que pudiera echar tanto de menos el ruido de otra persona.

El sonido de Oliver moviéndose por la habitación del hotel, su respiración, su voz ronca al despertarse, el ruido de la moto e incluso la manera en la que abría las botellas de agua como si estuviera enfadado con ellas.

Ya no hay nada, tampoco mensajes.

Solo esta casa enorme, impecable y silenciosa donde todo parece perfectamente colocado para que nadie se atreva a sentir demasiado.

Me llevo ambas manos a la cara soltando aire despacio.

Fatal.

Estoy fatal.

Bajo de la cama y camino descalza hasta el baño intentando no mirar el móvil, que sigue encima de la mesita, para comprobar si me ha escrito.

Porque yo no pienso escribirle.

No voy a convertirme en una mujer que suplica amor por teléfono mientras un hombre decide si quedarse o marcharse.

Aunque, sinceramente, tampoco creo que pueda soportar que no vuelva.

La idea me atraviesa tan fuerte que tengo que apoyar las manos sobre el lavabo.

Mierda.

Mierda, mierda y más mierda.

Me miro al espejo y descubro que tengo ojeras, el pelo deshecho y cara de protagonista francesa a la que acaban de abandonar en una película larguísima y emocionalmente insoportable.

Perfecto.

Absolutamente perfecta mi evolución.

Me maldigo tan fuerte que hasta mis ancestros deben escucharme.

*

El desayuno del día siguiente es incluso peor, porque mi padre actúa exactamente igual que siempre, como si no hubiera pasado nada, y eso me destruye muchísimo más de lo que esperaba.

Está sentado leyendo el periódico mientras toma café como si ayer no hubiera utilizado mi vida sentimental para declararle la guerra a un hombre delante de media junta de accionistas y no hubiera visto cómo me rompía al hacerlo.

La normalidad puede ser una forma muy sofisticada de crueldad.

—Buenos días —dice sin levantar demasiado la vista.

Tardo unos segundos en responder.

—Buenos días. —Mi voz sale rota y horrible.

Me siento frente a él intentando ignorar el nudo permanente que tengo en la garganta desde anoche.

Papá pasa una página del periódico.

—Esta noche tienes la cena con los Fernández.

La puñalada mañanera premium dice hola.

Cierro los ojos un segundo.

—No voy a ir.

Él deja la taza sobre el plato con esa calma suya que siempre precede a una catástrofe emocional.

—Genoveva, no estoy preguntando.

Me río

Literalmente me río.

Porque claro, incluso ahora sigue sin entender absolutamente nada.

Levanta la vista lentamente hacia mí.

—¿Qué resulta tan gracioso?

Lo miro unos segundos y siento unas ganas inmensas de llorar.

O de gritar.

Todavía no sé cuál de las dos cosas me apetece más.

—¿No te das cuenta de nada o qué? —pregunto.

Mi padre frunce apenas el ceño.

—No dramatices y no me hables así.

Aprieto los dedos alrededor de la taza, ya no siento miedo de decepcionarlo, porque me importa más decepcionarme a mí misma.

Él me observa en silencio.

—No sé si es que no ha quedado claro, pero no voy a casarme con Fede, ¿sabes?

El aire cambia apenas entre nosotros, lo justo, porque mi padre vuelve a esconderse enseguida detrás de esa expresión tranquila de hombre que jamás admitiría que algo le duele.

—Estás confundida.

Quiero gritar y voy a hacerlo.

Para él todo lo que siento desde que apareció Oliver es: una confusión, una fase, un error, un capricho o un desajuste temporal.

No una versión más real de mí misma o algo parecido, claro que no.

Me levanto lentamente de la silla.

—No, papá. Creo que por primera vez estoy empezando a entenderme.

Y me voy antes de echarme a llorar delante de él.

Paso el resto del día encerrada en mi habitación fingiendo que leo mientras en realidad llevo horas mirando la misma página sin procesar una sola palabra.

No dejo de pensar en Oliver y en esa frase horrible: "Tú todavía puedes volver a tu vida."

Como si él no formara ya parte de ella o pudiera volver atrás después de haber descubierto cómo se siente querer algo de verdad.

El móvil sigue boca abajo sobre la cama.

No lo toco, ahora tengo miedo de que haya escrito, pero todavía me da más miedo que no lo haya hecho y lo haya perdido para siempre.

Llaman a la puerta y salgo de ese bucle.

Segundos después aparece Maira entrando sin esperar permiso, cargada con bolsas, cafés y energía de mujer que viene preparada para asistir emocionalmente a una víctima de guerra.

Es decir, yo.

Me mira un segundo y suspira

—Madre mía.

Me dejo caer sobre la almohada.

—Gracias por ese apoyo tan técnico.

Maira deja las cosas sobre mi escritorio y viene directamente hacia la cama.

—Tienes cara de haber escuchado Adele durante nueve horas seguidas.

—Han sido siete.

Ella se queda quieta.

—¿Lo dices en serio?

No respondo.

Porque sí.

Claramente sí.

Maira se tumba a mi lado mirando el techo y durante unos segundos ninguna de las dos habla, solo escuchamos el silencio enorme de esta casa que ahora mismo me parece insoportable.

—No sabía que alguien podía echar de menos hasta el ruido de otra persona —murmuro finalmente.

Maira gira la cabeza hacia mí inmediatamente y yo trago saliva.

—Me duele tanto que siento que moriré.

Mi voz empieza a romperse otra vez.

El olor de sus sudaderas, cómo se ríe, dormir abrazada a él, discutir por tonterías…

Me ha dado fuerte, debo estar enferma.

Maira suspira despacio.

—Cariño…

—Y lo peor es que creo que él realmente piensa que me está haciendo un favor alejándose.

Las lágrimas empiezan a caerme antes de terminar la frase.

Qué experiencia tan humillante esto de enamorarse.

Maira me abraza inmediatamente y eso ya es suficiente para que me derrumbe del todo.

Lloro escondiendo la cara en su hombro mientras ella me acaricia el pelo despacio.

—Escúchame bien una cosa —dice bajito—. Los hombres emocionalmente dañados son muy guapos en las novelas hasta que empiezan a tomar decisiones estúpidas intentando protegerte.

No puedo evitar reírme entre lágrimas.

Ella suspira.

—Pero ese chico está enamorado de ti hasta las pestañas, Veva.

Y eso es precisamente lo que más duele.

Porque quizá querer a alguien muchísimo no siempre basta para quedarse.

Horas más tarde, cuando Maira ya se ha ido y la casa vuelve a sentirse enorme, fría y artificial, termino cogiendo el móvil por pura debilidad emocional.

Solo quiero distraerme.

Cinco minutos.

Nada más.

Abro Instagram y lo primero que aparece es una publicación compartida decenas de veces.

EL PORTAL ABRIRÁ SUS PUERTAS LA PRÓXIMA SEMANA.

Debajo una fotografía de Oliver dentro del local en la que sale apoyado sobre la barra hablando con alguien mientras las luces cálidas iluminan el sitio entero.

El aire desaparece de mis pulmones de golpe.

Porque una parte horrible de mí esperaba encontrarlo igual de roto que yo.

Pero ahí está: trabajando, avanzando, construyendo algo y siguiendo adelante.

Sin mí.

Es entonces cuando entiendo que es lo mismo que debo hacer yo.

47
Oliver

Cinco días después

Hay una parte muy divertida de tocar fondo y es descubrir que puedes hacerlo mientras tu vida aparentemente mejora.

Porque sí: El Portal funciona.

Funciona muchísimo.

Los últimos arreglos terminan antes de lo previsto, los proveedores dejan de darme ganas de cometer delitos fiscales y, por algún motivo que todavía no comprendo, media ciudad parece obsesionada con el concepto de "el chico conflictivo que abre un espacio cultural y social mientras se pelea con millonarios".

Marketing accidental, supongo.

Llevo días durmiendo menos de cuatro horas, sobreviviendo a base de café, ibuprofenos para el dolor de cabeza y problemas de apego mal gestionados.

Y aun así todo el mundo me felicita.

Qué experiencia tan rara.

—¿Has dormido hoy o sigues intentando convertirte en murciélago? —pregunta Dani entrando en El Portal con una caja enorme entre los brazos.

Estoy subido en una escalera terminando de colocar una de las luces de la zona principal, que de pronto ha empezado a parpadear.

Me bajo de la escalera lentamente.

—Dormí ayer —miento.

Dani me mira.

—Y una mierda.

Lo ignoro mientras reviso unos papeles encima de la barra: horarios, empleados, cuadrantes, reservas, entrevistas, colaboraciones…

Todo sigue creciendo.

Cada día más.

Ayer salió un artículo hablando de El Portal como "el nuevo espacio alternativo de referencia en Madrid" y esta mañana una influencer con ocho millones de seguidores ha subido un vídeo desde la entrada diciendo que el sitio tiene "vibes de millonario emocionalmente inaccesible" y que está loca por venir y contarles todo a sus *followers*.

No sé si sentirme halagado o demandarla.

Dani deja la caja sobre uno de los sofás.

—Marisa viene luego a revisar la carta definitiva.

Asiento distraído.

—Y tu madre quiere hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Dani me mira unos segundos.

—Sobre por qué tienes cara de haber perdido una guerra.

Aparto la vista inmediatamente.

Se me nota, claro que se me nota. ¿Cómo coño no va a notarse?

Llevo días funcionando como una versión defectuosa de mí mismo.

Trabajo, entreno, firmo cosas, sonrío cuando toca y después vuelvo a casa sintiendo que alguien me ha vaciado el pecho con una cuchara.

Qué maravilla el amor romántico.

El móvil vibra sobre la barra y el corazón me hace una cosa tan ridícula que me dan ganas de pegarme a mí mismo, porque durante una fracción de segundo todavía espero que sea ella.

No lo es.

Claro que no.

Es Ezequiel recordándome la entrevista de esta tarde.

Perfecto.

Otra vez fingiendo estabilidad emocional delante de periodistas.

Mi especialidad.

*

La entrevista sucede a las seis en una de las salas privadas del local.

La periodista lleva aproximadamente cuarenta minutos haciéndome preguntas sobre emprendimiento, responsabilidad social y "el fenómeno Oliver Luque".

Fenómeno, dice.

Me encanta cuando convierten los traumas ajenos en conceptos de marketing.

—¿Esperabas esta repercusión cuando empezaste el proyecto? —pregunta sonriendo.

Miro alrededor del local.

Las luces ya encendidas, terminando preparativos y el escenario listo dentro de este sitio que hace unos meses ni siquiera existía.

Entonces pienso automáticamente en ella, como si se hubiera convertido en un pensamiento intrusivo molestamente recurrente.

Joder.

Hasta las putas cortinas me recuerdan a ella.

—No esperaba nada de esto —respondo finalmente.

La periodista sonríe.

—Pues parece feliz.

Bien, pienso.

Es exactamente eso lo que debo parecer: un hombre exitoso, seguro y enamorado de su proyecto, no alguien que lleva noches enteras despertándose con ganas de llamar a una chica y decirle: "Perdóname. No sabía cómo quererte sin asustarme."

Me apoyo un poco hacia atrás en la silla.

—Supongo que las cosas están saliendo bien.

Mentira.

Bueno, no exactamente.

Las cosas están saliendo perfectas, todo lo que soñé profesionalmente empieza a funcionar justo cuando mi vida personal parece una puta demolición.

Qué *timing* tan espectacular el mío.

Más tarde, cuando la entrevista termina y todo el mundo empieza a marcharse, me quedo solo dentro de El Portal.

Otra vez.

Cojo el móvil por pura inercia.

Error.

Porque la conversación con Veva sigue arriba del todo.

No la he borrado ni pienso hacerlo.

Abro el chat y ahí siguen sus audios, sus fotos, sus mensajes absurdos, los vídeos riéndose…

¡Dios!

Me paso una mano por la cara soltando aire despacio.

Hice lo correcto.

Tengo que haber hecho lo correcto.

Ella merece algo mejor que enfrentarse a su padre, algo mejor que un tío que sigue esperando que las cosas buenas desaparezcan en cualquier momento, que alguien que convierte el miedo en distancia antes de que puedan abandonarlo.

¿Verdad?

48
Veva

Dos días más tarde

He descubierto que desafiar a Papá produce una sensación muy parecida a la de saltar desde un avión: muchísimo miedo, algo de adrenalina y la sospecha constante de que en algún momento todo va a terminar de forma aparatosa.

Pero la diferencia es que al menos en un avión te dan instrucciones de seguridad antes.

Aquí no.

Aquí simplemente un día dejas de obedecer y observas cómo tu padre empieza a mirarte como si fueras una accionista rebelde intentando hundir el mercado.

Lo cual, sinceramente, tiene hasta cierto encanto.

Me encanta notar temblar su ojo de furia, lo admito.

—No voy a ir a la cena de los Salvatierra.

—No voy a acompañarte a París.

—No pienso hacerme fotos con Federico para ninguna revista.

—Y tampoco quiero asistir a otra reunión donde veinte hombres deciden cosas sobre mi vida mientras hablan de whisky y política fiscal.

El silencio después de cada negativa empieza a convertirse en una presencia fija dentro de esta casa.

Y yo ya no retrocedo.

Eso es lo verdaderamente nuevo.

Porque antes siempre acababa cediendo por educación, miedo, agotamiento emocional o simplemente porque discutir con Papá requiere la resistencia psicológica de un marine.

Ahora no.

Ahora algo dentro de mí se niega.

Quizá porque ya sé cómo se siente vivir despierta y no pienso volver a dormirme para hacer felices a los demás.

Mi padre está que trina.

Muchísimo.

Lo noto en la tensión de su mandíbula, en cómo deja los periódicos sobre la mesa y en esa calma peligrosísima que utiliza cuando intenta recuperar el control sin parecer alterado.

Ayer incluso llegó a decir:

—No sé quién eres últimamente.

Y, sinceramente, creo que esa ha sido la primera frase honesta que me dedica en años.

Porque yo tampoco lo sabía hasta hace poco.

*

—Lo que necesito es entender exactamente cuánto acceso legal tengo a las empresas familiares.

Ezequiel, con quien he quedado en una cafetería del centro, deja lentamente la taza de café sobre el plato y me mira por encima de las gafas.

Parpadea una vez, luego otra.

—Perdón… ¿cómo dice, señorita Santos?

No puedo evitar sonreír un poco.

Todavía tiene cara de no saber si esto es una reunión seria o le estoy tomando el pelo.

—Lo que oyes.

Ezequiel sigue observándome como si acabara de presenciar un fenómeno astronómico.

—Genoveva, llevo años trabajando para su familia, como para muchas otras, y esta es probablemente la conversación más inesperada que he tenido nunca con un miembro de los Santos.

—Gracias. Creo.

—No era un insulto, así que de nada.

—Contigo nunca estoy segura.

Eso le arranca una sonrisa pequeña y, sinceramente, empiezo a entender por qué Oliver confía tanto en él.

Ezequiel tiene esa forma rarísima de hablar tranquilo, incluso cuando está diciéndote algo capaz de cambiarte la vida.

Saca una carpeta y empieza a ordenar documentos delante de mí.

—Tiene participaciones indirectas y acceso futuro a determinados movimientos societarios. No obstante, dependerá mucho de cómo estén estructurados ciertos activos. Pero, básicamente, sería como declararle la guerra a su padre, en eso sí debo avisarla.

La vida tiene muchísimo sentido últimamente.

—¿Y si quisiera empezar algo por mi cuenta? —pregunto intentando sonar tranquila.

Ezequiel levanta la vista inmediatamente.

—¿Algo como qué?

Pienso automáticamente en Cañada Real, en los niños, en la asociación, en las paredes llenas de pintura y en esa sensación rarísima de haber encontrado una parte de mí que llevaba años dormida.

Oliver se cuela en mi cabeza y el dolor vuelve con cero dosis de anestesia.

Intento serenarme, porque debo seguir con mi vida igual que ha hecho él.

—Algo útil —respondo finalmente.

El abogado me observa unos segundos larguísimos y después dice algo que me deja completamente quieta.

—Su problema, Genoveva, es que está empezando a descubrir que puede tomar decisiones propias. Y eso suele ser peligrosísimo para familias como la suya.

Bajo la mirada hacia los papeles intentando procesar el nudo que acaba de aparecerme en la garganta.

Tiene razón: ahora quiero algo que nunca había querido realmente.

Independencia.

La capacidad de construir algo mío sin tener que pedir permiso constantemente.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —digo más bajo.

Ezequiel asiente con la cabeza.

—¿Oliver cree de verdad que hizo lo correcto alejándose?

El silencio cae despacio entre nosotros, probablemente no debería haber preguntado eso.

Ezequiel suspira.

—Oliver lleva toda la vida sobreviviendo esperando que las cosas buenas duren poco. Y cuando alguien crece así, a veces confunde amor con anticiparse al desastre.

Ahora le echo todavía más de menos.

*

Los días siguientes empiezan a llenarse de llamadas, reuniones y documentos y, a pesar de estar agotada, estresada y desbordada algunas veces, sorprendentemente me siento bien.

Viva.

Muchísimo más viva que en cualquiera de esas cenas elegantes donde llevaba años fingiendo que todo tenía sentido.

Empiezo a mover contactos, asociaciones y presupuestos, y también hablo con varias personas relacionadas con educación social y apoyo infantil mientras intento no pensar constantemente en Oliver.

Fracaso estrepitosamente, claro, porque todo termina llevándome a él de una forma u otra.

Un café demasiado fuerte, una canción, una moto pasando por la calle o una sudadera gris a través del escaparate de una tienda.

Pero no es hasta que veo un *reels* que se ha hecho viral en Instagram cuando pienso que, aunque con ojeras y pareciendo cansado, es el hombre más guapo que existe en el planeta.

Está hablando delante de varias cámaras dentro de El Portal mientras explica parte del proyecto social y los talleres para chavales del barrio.

—No queremos hacer caridad de escaparate —dice en el vídeo —. Queremos construir espacios donde la gente pueda quedarse.

Sonrío al escucharlo hablar así a pesar de que el dolor por no estar con él todavía me quema las entrañas.

Quizá Oliver me ha enseñado algo mucho más importante que enamorarme, y es que puedo construir cosas yo sola.

Me seco las lágrimas despacio.

Más pronto que tarde le demostraré cuánto es capaz de transmitir y motivar a las personas, aunque él siga pensando que es un error para todo el mundo.

Miro la carpeta en la que guardo toda la documentación en la que he estado trabajando los últimos días y, por primera vez desde que explotó todo, sonrío.

Tengo todo tan planificado, que hasta yo misma me sorprendo.

Verás cuando se entere Papá.

Espero que Oliver pueda verme.

49
Oliver

—Te juro que como vuelvas a mirar el móvil voy a tirártelo por la ventana —dice Marisa señalándome con una copa de vino.

Estoy sentado en el sofá de casa intentando aparentar normalidad mientras mamá pone más comida sobre la mesa del salón como si quisiera alimentarnos para sobrevivir a una guerra.

Sinceramente, quizá tampoco va desencaminada.

—No estoy mirando el móvil.

—Oliver, llevas quince minutos desbloqueándolo y bloqueándolo como un psicópata..

Mi madre suspira desde la cocina.

—Deja al niño tranquilo.

—Nines, tiene treinta años y cara de haber escuchado a Pablo Alborán voluntariamente.

—Eso sí sería preocupante —murmura ella.

No puedo evitar reírme, pero muy poco, lo justito.

Y precisamente por eso las dos me miran automáticamente, porque últimamente ya casi no me río.

Me obligaron a contarles qué había pasado, claro.

La casa huele a tortilla recién hecha y croquetas caseras.

Creo que necesitaba este tipo de momentos más de lo que pensaba, porque llevo unos días bastante malos.

Trabajo, entreno, duermo fatal, pienso en Veva constantemente y repito.

Y el problema es que ya ni siquiera consigo engañarme fingiendo que hice lo correcto y que ella tampoco se equivocó tanto.

Mamá deja una bandeja sobre la mesa y se sienta frente a mí, observándome con esa mirada suya que atraviesa personas.

—¿Sabes qué me pone nerviosa?

Mala señal.

—No —respondo encogiéndome de hombros.

—Que ya no insultas a nadie.

Marisa asiente inmediatamente.

—Es verdad. Antes por lo menos estabas roto, pero entretenido.

—Gracias por vuestro apoyo constante.

—Para eso están las familias funcionales —dice Marisa levantando la copa.

Pongo los ojos en blanco mientras la televisión sigue sonando de fondo sin que nadie le preste demasiada atención.

Hasta que aparece ella.

Y el mundo entero deja de moverse.

¿Qué cojones?

Se me corta la respiración tan rápido que hasta mamá lo nota.

La cámara enfoca la entrada de un evento benéfico en el centro de Madrid y ahí está Veva bajando de un coche negro mientras los periodistas empiezan a llamarla a gritos.

Vestido marfil, pelo recogido, pendientes pequeños.

Perfecta.

Y durante un segundo entero vuelvo a odiar a todo el mundo, porque siguen mirándola como si fuera un apellido antes que una persona.

—Ay, Dios mío… —susurra Marisa girándose hacia la pantalla.

Mamá me mira a mí directamente, pero no dice nada.

La periodista se acerca rápidamente a Veva con el micrófono mientras varias cámaras se colocan alrededor.

—Genoveva, ¿son ciertos los rumores sobre tu compromiso con Federico Fernández? ¿Qué pasa entonces con las fotos que nos llegaron con Oliver Luque?

Mi corazón deja de latir correctamente, literalmente, y las ganas de partirle la cara a ese gilipollas vuelven a poseerme.

Veva sostiene la mirada de la periodista unos segundos y sonríe tranquilamente.

—Mi padre querría que fuese así —dice con claridad—, pero la realidad es que no voy a comprometerme con Federico, eso está muy lejos de la realidad.

¿QUÉ?

Marisa se gira automáticamente hacia mí, pero yo ni parpadeo, porque toda mi atención está puesta en ella: cómo sostiene el micrófono, cómo sonríe, cómo mira a la cámara y la calma que transmite.

Dios.

Nunca la había visto así.

—Entonces, ¿desmientes cualquier compromiso entre ambas familias? —pregunta otro periodista.

—Sí. Lo desmiento completamente. Solo me he enamorado una vez en mi vida. Y os aseguro que no fue de Federico Fernández —responde sonriendo.

¡BOOM!

La copa de Marisa golpea la mesa.

—HOSTIA PUTA. Toma ya, La Emperatriz. Ese que dice eres tú, ¿no? —Marisa se me acerca mucho a la cara, casi con los ojos bizco.

¡Por el amor de Dios!

Mamá se lleva una mano al pecho y yo creo que acabo de dejar de respirar, porque Veva no aparta la mirada mientras lo dice ni intenta esconderse.

Simplemente lo admite delante de todo el país como si ya estuviera cansada de fingir.

Joder.

La periodista vuelve a hablar atropelladamente, viendo que Veva no tiene ningún problema en responder de forma tan natural y prestar declaración.

—¿Estás hablando de Oliver Luque?

Y entonces Veva hace algo que termina de destruirme entero: se ríe bajito.

—Creo que eso ya lo sabe todo Madrid.

Marisa emite un sonido rarísimo que parece una mezcla entre infarto y celebración.

—NO PUEDO MÁS CON ESTA MUJER.

Pero yo sigo inmóvil, completamente inmóvil.

No consigo apartar los ojos de la pantalla.

Es entonces cuando llega la bomba de verdad.

—Además —continúa Veva más seria esta vez—, quiero aclarar otra cosa. A partir de ahora mis proyectos profesionales no estarán vinculados al apellido Santos. Trabajaré bajo el apellido de mi madre, Castelló.

HOSTIA.

Mamá abre los ojos como platos.

—Esta chica acaba de prenderle fuego a media élite madrileña.

La periodista parece igual de sorprendida.

—¿Eso significa una ruptura profesional con tu familia?

Veva tarda apenas un segundo en responder.

—Significa que quiero construir algo por mí misma.

—Estoy flipando… —consigo murmurar, porque ya no parece la chica que conocí en aquellas cenas llena de silencios y miedo a decepcionar a todo el mundo.

Ahora parece alguien libre.

Y juro por Dios que nunca había estado tan enamorado de nadie.

—Actualmente estoy desarrollando proyectos educativos y sociales independientes —continúa ella—. Y espero poder hablar pronto sobre ellos.

La periodista intenta seguir preguntando cosas, pero Veva se despide elegantemente y entra en el edificio rodeada de flashes, por lo que la entrevista termina.

No obstante, yo sigo completamente quieto mirando la pantalla apagada segundos después sin moverme, sin respirar bien y sin saber qué coño hacer con todo esto que siento.

Marisa se gira lentamente hacia mí.

—Bueno. Bueno, bueno, ¿eh? —dice haciendo un aspaviento con la mano.

Mamá asiente despacio con la cabeza.

—Creo que la niña rica acaba de declarar una guerra oficialmente.

—No. Lo que acaba de hacer esa chica es elegir quién quiere ser. Y te digo una cosa, Oliver, vale que te ocultó que el tonto ese le pidió matrimonio, pero ¿no te das cuenta que le dio la más mínima importancia? ¿Para qué iba a causarte un mal trago? Piénsalo.

Dios.

¿Y si mi madre tiene razón?

La garganta se me cierra de golpe, porque entiendo exactamente lo que significa todo esto: Veva ya no está esperando que alguien venga a salvarla.

Ni su padre.

Ni su apellido.

Ni siquiera yo.

Y quizá eso debería hacerme feliz, pero lo único que consigo sentir ahora mismo es una necesidad salvaje de verla, abrazarla y decirle que nunca había estado tan orgulloso de alguien en toda mi vida.

Marisa rompe el silencio segundos después.

—Oliver.

No respondo, necesito pensar cómo actuar.

—Oliver, cariño, tienes una cara que sinceramente da un poco de miedo. Nines, hemos perdido al niño.

Me paso una mano por la boca intentando respirar normal.

Fracaso.

Necesito ver a Veva YA.

50
Veva

Hay discusiones familiares que empiezan mucho antes de que alguien abra la boca.

Esta, por ejemplo, empieza exactamente en el momento en el que atravieso la puerta principal de casa y descubro que Papá me está esperando en el salón completamente a oscuras, sentado en uno de los sofás como un villano elegante de Netflix.

Perfecto.

Qué ambiente tan sano y acogedor.

Es el preludio de algo fuerte, lo sé, por eso ninguno de los dos habla y solo escucho el tacón de mis zapatos sobre el mármol mientras avanzo lentamente hacia él.

Mi padre no se mueve, es que ni pestañea, y eso es mucho peor que cuando grita.

Parece una bomba a punto de estallar.

—¿Quieres explicarme qué coño ha sido eso? —pregunta finalmente.

Vale, hoy lo de comunicación afectiva, crianza respetuosa y esas cosas, nanai de la China.

Dejo el bolso sobre una mesa auxiliar intentando mantener la calma, porque uno de los dos tiene que hacerlo y quiero salir airosa de la situación.

Veremos si me lo pone fácil.

—Se llama decir la verdad.

Él suelta una risa seca.

—¿La verdad? ¿Humillar públicamente a tu familia y dinamitar una alianza empresarial delante de la prensa ahora es sinceridad?

La palabra "alianza" me produce ganas de tirarme por una ventana.

Porque claro, recordemos que nunca he sido una hija ni una persona, pero sí una operación corporativa con pendientes de diamantes.

Cruzo lentamente los brazos intentando ignorar el temblor de rabia que me sube por dentro.

Debilidades delante de Papá, las justas.

—No voy a casarme con Federico, ya te lo dije.

—Eso ya lo decidirás cuando recuperes el juicio.

Ahora, aquí, en este preciso momento, es cuando algo dentro de mí termina de romperse definitivamente, porque ni siquiera contempla la posibilidad de que esto sea una decisión consciente.

Para él sigo siendo una niña confundida jugando a rebelarse porque apareció un hombre equivocado en mi vida.

Qué agotamiento.

No puedo más.

—No estoy confundida, creo que eso también te lo dije.

Mi padre se pone de pie lentamente y, Dios mío, la decepción en su mirada casi pesa físicamente.

—Te estás dejando arrastrar por un hombre que lleva problemas pegados a la espalda desde que nació.

Cierro los ojos con fuerza, me está enfureciendo mucho escuchar cómo sigue hablando de Oliver como si fuera un error humano y no la primera persona que ha tenido interés en averiguar qué hay dentro de mí realmente en toda mi vida.

—No vuelvas a hablar así de él —le pido.

Mi padre me observa como si acabara de decirle que voy a montar una secta ilegal en Ibiza.

¡Pues lo hago, con tal de salir de aquí, mira lo que te digo! ¡Y que me lleven presa!

—¿Perdón?

—Lo que oyes.

Y entonces sucede algo rarísimo, y es que dejo de sentir ese miedo que me paralizaba delante de él y me hacía acatar todas y cada una de sus peticiones y órdenes.

—Estoy agotada, papá —murmuro bajando la voz—. Agotada de vivir como si todo en mi vida tuviera que negociarse antes de

existir.

Él aprieta la mandíbula.

—Todo lo que he hecho ha sido protegerte.

No puedo evitar reírme, pero solo yo sé que la carcajada va cargada de tristeza.

—¿Protegerme de qué exactamente? ¿De decidir cosas por mí misma? ¿De tener criterio?

Mi padre aparta la mirada apenas un segundo y ahí entiendo algo devastador: Ignacio Santos realmente cree que amar a alguien consiste en controlarlo para evitar que se equivoque.

Y quizá por eso nunca ha entendido absolutamente nada de mí.

Me acerco despacio a la escalera.

—¿Dónde vas?

Lo miro directamente y esta vez no retrocedo.

—Voy a recoger algunas cosas.

Su expresión cambia lo justo, casi nada, en realidad.

—¿Qué significa eso?

Trago saliva, decirlo en voz alta lo convierte en algo real.

—Voy a instalarme en el piso de mamá.

Mi padre se queda completamente quieto, creo que hasta deja de respirar un segundo.

El piso de soltera de mi madre, donde vivió apenas unos meses antes de casarse con él, es un pequeño apartamento en Chamberí que lleva años cerrado casi por completo y que siempre fue una especie de recuerdo silencioso de una versión de ella que existió antes de convertirse en señora Santos.

Nunca pensé que acabaría allí y, sin embargo, ahora mismo suena exactamente al tipo de sitio donde podría volver a encontrarme.

—No digas tonterías —murmura él finalmente.

—No son tonterías.

—Genoveva…

—Necesito espacio.

La frase sale mucho más rota de lo que esperaba, porque la realidad es bastante más fea: necesito salir de aquí antes de que

esta casa termine de convertirme otra vez en alguien que ya no quiero ser.

Mi padre se acerca lentamente hasta quedarse frente a mí.

—¿Y qué piensas hacer exactamente? —pregunta más bajo—. ¿Jugar a ser independiente durante un par de semanas?

Dios.

Siempre consigue encontrar la frase exacta para hacer daño.

—No estoy jugando.

—Claro que sí. —Su voz se endurece un poco más—. Todo esto empezó cuando apareció Oliver Luque.

Pero ¿por qué piensa que es Oliver quien me ha cambiado?

Oliver solo ha sido la primera persona que me ha permitido ser yo misma sin pedir disculpas por ello.

—No voy a discutir más sobre él.

—¿Quieres que llame a los abogados?

Parpadeo.

Una vez.

Luego otra.

Qué ambiente tan maravillosamente familiar.

¿Qué está diciendo ahora este hombre?

—Hazlo si quieres.

Él frunce el ceño.

Y entonces sonrío un poquito.

—Tu abogado es el mismo que el mío. Así que, créeme, Ezequiel ya está bastante al tanto de todo.

¡Boom!

El silencio que cae después de eso podría utilizarse para torturar gente, hazme caso.

Mi padre me mira fijamente y, ahora es cuando realmente pienso, que creo que ya no sabe exactamente cómo manejarme.

Eso es bueno y malo a partes iguales.

Bueno para mí, porque me da algo de ventaja y malo para él, porque lo desquicia.

La sensación resulta rarísima y también un poco triste, porque en algún momento nosotros sí fuimos una familia antes de

convertirnos en dos personas midiéndose constantemente para ver quién cede primero.

Subo las escaleras sin esperar respuesta y esta vez él no intenta detenerme.

Una hora después estoy sentada en el suelo de mi habitación rodeada de maletas abiertas, ropa y cajas mientras intento decidir qué parte de mi vida cabe realmente dentro de un apartamento.

Spoiler: probablemente muy poca.

El móvil vibra sobre la cama y veo en la pantalla que es Ezequiel.

Descuelgo inmediatamente.

—Por favor, dime que tu padre no ha amenazado con demandarte.

No puedo evitar reírme un poco.

—Bueno, me ha preguntado si quería que llamara a los abogados, solo eso, pero como tenemos los mismos…

—Perfecto. Entonces seguimos dentro de una tragedia manejable.

Me apoyo contra el borde de la cama cerrando los ojos un segundo.

—Ezequiel…

—Dígame.

Miro alrededor de la habitación: la casa, las maletas y mi vida entera desmontándose delante de mí.

Qué vértigo.

Pero del bueno.

—Confirma la reunión en Cañada Real para esta tarde.

No responde de inmediato, pero sé que está sonriendo al otro lado de la línea.

—Entendido, señorita Castelló.

Dios mío, no debería emocionarme tanto escuchar ese apellido, pero es inevitable..

51
Oliver

Hay momentos en los que uno sabe perfectamente que está haciendo el ridículo y aun así continúa adelante por puro orgullo masculino mal gestionado.

Yo ahora mismo llevo exactamente diez días haciendo eso.

Diez. Días. Sin llamar a Veva.

—Sirviendo coño, di que sí.

Levanto la vista lentamente del café hacia Sergio.

—¿Perdón?

Estamos sentados en una de las mesas altas de El Portal mientras Dani revisa unas facturas, Sergio ve de nuevo las declaraciones de Veva con la prensa y yo intento fingir que no llevo veinte minutos desbloqueando el móvil para mirar si Veva ha subido alguna historia.

Otra vez.

Porque claramente me encanta humillarme solo.

Sergio da un sorbo a su cortado completamente tranquilo.

—Que está sirviendo coño. Se suele decir cuando alguien hace algo con una actitud arrolladora, derrocha seguridad o destaca al máximo en cualquier ámbito —me explica.

Dani asiente inmediatamente.

—Muchísimo además.

—Ah —digo.

—No entiende nada —le dice Sergio a Dani con una sonrisa de lado.

Dani niega con la cabeza.

—No entiende, no.

Parpadeo una vez.

Luego otra.

—¿Podéis dejar de expresaros como dos delincuentes de barrio?

—No. —Sergio se encoge de hombros—. Porque tengo razón y porque paso mucho tiempo contigo al día y todo lo malo se pega. El que parece que está perdiendo facultades eres tú.

El Portal está lleno de movimiento: trabajadores terminando detalles, luces probándose, la barra funcionando por primera vez al completo y música sonando suave desde los altavoces.

Todo listo para esta noche, que es la inauguración.

Mi gran noche.

Mi gran éxito.

Mi gran depresión perfectamente maquillada.

Qué ilusión todo.

Me paso una mano por la boca mirando alrededor del local mientras intento ignorar el vacío constante instalado desde que desapareció Veva de mi vida.

Y digo de mi vida, que no de las fauces de la farándula, porque está por todas partes: en prensa, en redes, en entrevistas y en mi puta cabeza constantemente.

Y lo peor es que cuanto más la veo, más claro tengo que ya no necesita que nadie la rescate.

Muchísimo menos yo.

—No voy a llamarla —murmuro terminando el café.

Sergio me mira como si acabara de escuchar a alguien anunciar que quiere lamer enchufes.

—Oliver.

—¿Qué?

—Esa mujer salió delante de medio país diciendo que está enamorada de ti. ¿Qué cojones te pasa, tío?

Dani levanta un dedo.

—Y se cambió el apellido por rebeldía premium.

—Y tú sigues aquí sentado sufriendo como Batman después de una ruptura —remata Sergio.

Me paso una mano por la nuca. Necesito verla tanto como el agua para vivir, pero estoy bloqueado… no sé qué me pasa.

—No es tan sencillo.

Dani deja las facturas sobre la mesa.

—Claro que lo es. ¿La quieres?

Qué pesados son los amigos cuando te conocen demasiado.

—Sí.

—¿Ella te quiere?

Aprieto la mandíbula automáticamente.

—Sí.

Sergio abre los brazos.

—Pues ya estaría.

—No funciona así.

—¿Por qué?

Y ahí está el problema, que ya no tengo una respuesta convincente para justificar que soy un gilipollas.

Antes sí, antes podía esconderme detrás del miedo, de Ignacio Santos, de las diferencias entre nuestros mundos o de mi incapacidad emocional para gestionar algo bonito sin pensar automáticamente que va a terminar mal.

Pero ahora… ahora ella ya no está escondiéndose y yo sigo aquí parado como un imbécil.

Qué experiencia tan humillante el crecimiento personal.

Me levanto de la silla cogiendo el paquete de tabaco de encima de la mesa.

—¿Dónde vas?

Saco un cigarro mientras camino hacia la salida.

—Tengo una reunión del proyecto de Cañada Real.

—Claro —dice Sergio detrás de mí—. Vete a salvar el mundo mientras tu vida sentimental se va al cuerno, hermano.

Le levanto el dedo corazón sin girarme.

Porque, desgraciadamente, tampoco le falta razón.

El cielo de Madrid está completamente gris cuando llego a Cañada Real.

Hay ruido de herramientas, gente entrando y saliendo de la nave y varias asociaciones organizando material mientras algunos niños corren alrededor de las mesas nuevas.

Ezequiel aparece junto a la entrada revisando unos documentos.

—Llega tarde.

—Qué sorpresa. Usted siendo desagradable.

—Es mi lenguaje del amor.

Le doy una calada al cigarro antes de apagarlo cerca de la puerta.

—¿Qué reunión tan urgente era esta?

Ezequiel guarda los papeles dentro de una carpeta lentamente y entonces sonríe.

Hostia.

Mala señal.

Porque Ezequiel nunca sonríe así salvo que esté a punto de provocar un colapso ajeno.

Es escalofriante, lo juro.

—Ha surgido una nueva colaboración para el proyecto.

Frunzo el ceño.

—¿En serio? ¿Con quién?

—Digamos que alguien ha decidido invertir bastante más de lo esperado.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Educación infantil, apoyo escolar, talleres artísticos, espacios seguros para niños y madres.

Mi corazón empieza a latir raro, muy raro, joder, porque ya conozco a una persona capaz de emocionarse hablando de todo eso y precisamente por eso me niego automáticamente a hacerme ilusiones.

No puede ser.

—¿Quién es? —pregunto.

Ezequiel se coloca bien las gafas y luego señala hacia el interior de la nave.

—Descúbralo con sus propios ojos.

Uff.

Camino lentamente hacia dentro mientras noto algo tensándose peligrosamente dentro del pecho.

Las voces empiezan a escucharse más claras a medida que avanzo entre cajas, paredes recién pintadas y mesas todavía sin

montar.

Y entonces la veo.

Joder.

La veo.

Está al fondo de la sala subida en una escalera pequeña colocando dibujos infantiles en una de las paredes mientras habla con una mujer sobre horarios y material escolar.

Vaqueros claros.

Camisa blanca remangada.

El pelo recogido de cualquier manera.

Y una sonrisa real, de esas que no necesitan permiso para existir.

Se gira entonces y nuestros ojos se encuentran.

El mundo entero deja de funcionar correctamente durante un segundo, mi corazón trastabilla y mi miembro reacciona al instante.

Menudo cabrón.

La última vez que tuve contacto con ella estábamos rompiéndonos el corazón por teléfono.

Y ahora está aquí, construyendo algo suyo ella sola, sin su padre, sin su apellido y sin mí.

Dios.

Nunca había estado tan orgulloso de alguien en toda mi vida.

Ella baja lentamente de la escalera sin apartar la mirada de mí.

No le mires el culo, no le mires el culo, no le mires el…, pienso.

Joder, Oliver, eres un puerco.

Sigo completamente quieto porque honestamente creo que si me acerco demasiado voy a besarla delante de medio proyecto social.

Qué imagen tan profesional.

—Hola —dice finalmente, luego sonríe.

—¿Princesa? Pero ¿qué…? —le digo.

Me brillan los ojos, joder, me brillan.

Silencio.

Uno enorme.

Lleno de cosas que todavía no sabemos cómo decirnos.

La miro despacio.

Me cago en la puta, la he echado tanto de menos que hasta me duele físicamente tenerla delante.

—Así que eras tú la nueva colaboradora misteriosa.

—Supongo que sí.

Miro alrededor otra vez: las mesas, los dibujos, los niños entrando y saliendo.

Luego vuelvo a mirarla a ella.

—¿Todo esto es idea tuya?

Asiente.

—Quiero montar una especie de pequeña escuela aquí —dice más bajito—. Apoyo escolar, actividades, arte… un sitio donde los niños puedan sentirse seguros aunque sea unas horas.

No sé qué expresión pongo exactamente, pero ella baja la vista enseguida.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como las primeras veces.

Pues tenemos un problema, porque no sé cómo dejar de hacerlo, pero eso no voy a decírselo.

Me acerco un paso más lentamente y el aire cambia inmediatamente entre nosotros.

Como siempre.

—Te queda muy bien salvar el mundo, princesa.

Ella sonríe otra vez y noto cómo se le humedecen un poco los ojos.

Mierda.

No.

Eso no.

—Oliver…

La forma en la que dice mi nombre debería ser ilegal.

Me paso una mano por la nuca intentando mantener algo parecido a estabilidad emocional.

Fracaso.

—Esta noche es la inauguración —le digo.

Veva traga saliva despacio y dice:

—Lo sé, claro.

—Te espero allí. No faltes, por favor.

52
Oliver

Son las siete y doce de la tarde cuando me doy cuenta de que llevo quince minutos mirando la puerta de entrada de El Portal como un puto perro abandonado.

Y eso que todavía faltan casi dos horas para la inauguración oficial.

Qué dignidad tan espectacular manejo últimamente.

—¿Sabes qué es lo más preocupante? —pregunta Sergio apareciendo a mi lado con una copa en la mano.

No aparto la vista de la entrada.

—¿Ya estás bebiendo? —le pregunto.

—Madre mía… ¡Espabila, tío! ¡Que estamos de inauguración! Bueno, lo que te iba a decir…

—¿Qué? —pregunto de forma cansina.

—Que tienes cara de tío enamorado que normalmente termina tatuándose frases en latín o comprando vinilos de Sabina. Y que basta.

—Vete a la mierda.

Sergio sonríe tranquilamente, ignorándome mientras observa el local alrededor.

Y, sinceramente… entiendo por qué todo el mundo está impresionado.

El Portal parece otro mundo esta noche.

Las luces cálidas bañan las paredes oscuras y la madera envejecida y la música en directo llenará el ambiente sin tapar las conversaciones, las copas chocarán entre risas y el local entero vibrará con esa mezcla rarísima entre lujo, barrio y vida real que llevamos meses intentando construir.

La barra estará llena, las salas privadas funcionando, la zona de boxeo estará abierta al fondo, las asociaciones mezcladas con

empresarios, influencers haciéndose fotos junto a chavales de Cañada Real y yo sintiendo que algo mío realmente funciona.

Lo auguro y pasará, porque no existe otra opción en mi cabeza, así que debería estar feliz, en serio, esta noche será el tipo de momento que he estado imaginando: éxito, revancha y reconocimiento.

Los ingredientes perfectos para hacer dos peinetas al cielo y decir: QUE TE JODAN, ANTONIO SANTAMARIA.

No obstante, noto ansiedad, porque quiero que aparezca ella.

Y cada minuto que pasa empiezo a convencerme un poco más de que quizá no va a venir.

Dani aparece entonces ajustándose la camisa negra mientras revisa algo en el móvil.

—Los de prensa quieren hacerte más entrevistas.

—Luego.

—Y hay un actor famoso preguntando quién decoró el local.

—No sé cómo se llama, me lo recomendó Ve… —me callo inmediatamente.

Hostia.

Sergio y Dani me miran exactamente igual que dos hienas emocionales detectando debilidad.

—Ay —dice Sergio llevándose una mano al pecho—. Qué bonito. Ya ni siquiera puede hablar de decoración sin pensar en ella.

—No os aguanto.

—Oliver —dice Dani completamente serio—. Como sigas mirando la puerta vas a desgastarla.

Quiero ignorarlos, pero fracaso, porque sigo mirando la entrada cada treinta segundos como un psicópata romántico.

Desde esta mañana no he dejado de pensar en ella, en cómo estaba en Cañada Real, en la escuela, en su voz y en esa forma de mirarme como si todavía no hubiera terminado de rendirse conmigo.

¿Era una señal?

Yo qué sé.

Voy a prepararme, mi noche empieza en breves.

53
Veva

El piso de mi madre huele a libros antiguos, café que he hecho a medio día y libertad.

Todavía no sé cómo explicar exactamente la diferencia entre este sitio y la casa de mi padre, porque técnicamente ambos son apartamentos caros en Madrid decorados por gente que probablemente cobra más que la felicidad media de un ser humano.

Pero aquí el silencio no pesa.

Eso es.

Aquí las habitaciones no parecen diseñadas para impresionar a nadie.

Las lámparas son cálidas, hay discos antiguos apoyados junto a la estantería del salón y una manta azul doblada sobre el sofá que claramente nadie colocó pensando en una revista de decoración.

Simplemente está ahí porque alguien la usaba, porque alguien vivía aquí.

La he lavado, claro.

Y poner mi primera lavadora ha sido una experiencia gratificante gracias a un vídeo de Youtube.

Y quizá por eso me siento menos rota dentro de estas paredes.

Estoy sentada en el suelo de mi habitación rodeada de ropa desde hace cuarenta minutos mientras observo el desastre absoluto que he provocado sobre la cama.

Vaqueros. Vestidos. Blazers. Zapatos de tacón.

Parece que una influencer haya sufrido un colapso nervioso en Zara.

Miro el móvil otra vez.

Y otra.

Y otra más.

Oliver no ha vuelto a escribirme desde esta mañana en Cañada Real.

Lo cual tiene sentido porque: uno, es la inauguración de El Portal y, por lo tanto, uno de los días más importante de su vida y dos, probablemente está demasiado ocupado siendo un hombre guapísimo y emocionalmente agotado delante de medio Madrid.

Uff.

El móvil vibra entonces sobre la cama.

El corazón me da un vuelco, también mi bajo vientre y…

Nada, es Maira.

Claro.

MAIRA:
Bueno, entonces qué????????

VEVA:
No sé si ir.

MAIRA:
¿Tengo que ir a buscarte y arrastrarte personalmente? ¿Cómo no vas a ir?

VEVA:
¿Y si esto sale mal otra vez?

MAIRA:
Cariño, lleváis semanas mirándoos como si fuerais los protagonistas de un drama romántico francés subvencionado por el gobierno. ¿Me estás jodiendo?

VEVA:
Eso no me tranquiliza.

MAIRA:
Pues debería.
Porque ese hombre está enamorado de ti hasta el DNI.

VEVA:
Tengo miedo.

MAIRA:

Normal. Tú y él tenéis más problemas de apego que una playlist triste de Spotify. Pero gordi, que es la inauguración, que no es que te haya pedido matrimonio ni nada.

VEVA:

Gracias por tu apoyo. Y con él sí me casaría, por el amor de Dios.

MAIRA:

De nada. Ahora arréglate y ve. Y ponte guapa.

VEVA:

¿Y si no sabemos arreglarlo?

MAIRA:

Entonces aprendéis. Pero deja de darle oportunidades al miedo antes que al amor, que me tienes harta.

Me quedo mirando el último mensaje unos segundos larguísimos.

Y ahí está otra vez esa sensación rarísima que llevo semanas descubriendo: la de poder decidir cosas yo sola.

No porque mi padre quiera, no porque la prensa espere algo y no porque deba quedar bien.

Solo porque quiero.

Y la verdad es muchísimo más simple de lo que esperaba: quiero ir.

Muchísimo.

Aunque esté muerta de miedo y de nervios por volver a verlo.

Qué guapo estaba en Cañada, el muy maldito.

Respiro hondo levantándome del suelo mientras aparto ropa de la cama y, por primera vez en muchísimo tiempo, dejo de pensar qué versión de mí resultaría adecuada para esta noche.

No quiero parecer perfecta.

Quiero parecer yo.

Treinta minutos después termino delante del espejo ajustándome una americana negra oversized encima de un top

satinado color champagne y un pantalón oscuro de tiro alto.

Simple, pero elegante y cómoda.

Libre.

Llevo el pelo suelto y apenas maquillaje porque, como dice Maire, la que es guapa es guapa.

Me observo unos segundos en silencio.

Sigo pareciéndome físicamente a la misma mujer de siempre, pero ya no me siento igual, ahora parezco alguien capaz de marcharse de sitios donde no la quieren bien.

Y eso da muchísimo vértigo.

Cojo el bolso justo antes de salir y entonces veo un mensaje sin leer en mi móvil.

Es de Oliver.

Dios.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que tengo que cerrar los ojos un segundo.

Pero después leo muy despacito:

No sé si vas a venir y tampoco voy a presionarte para que lo hagas, pero si aparece Veva Castelló, la chica más guapa de Madrid, prometo reservarle la mejor mesa del local.

Y probablemente también el resto de mi vida.

54
Oliver

Decenas de periodistas se agolpan detrás de las vallas, han cortado la calle por seguridad.

Los flashes no dejan de dispararse.

Influencers. Empresarios. Periodistas. Políticos. Artistas. Vecinos. Curiosos.

Todo Madrid parece haberse dado cita delante de El Portal.

—Si me hubieran dicho un tiempo atrás que iba a organizar una inauguración para el hijo secreto de Santamaria, me habría reído en la cara de esa persona —murmura Sergio colocándose a mi lado.

Observo el espectáculo frente a nosotros.

—Y yo.

Sergio sonríe, satisfecho, y lo cierto es que tiene muchos motivos, porque si alguien merece parte de todo esto es él.

Tras coger confianza con él y contarle mis ideas, se convirtió en una especie de monstruo publicitario con acceso a redes sociales, periodistas, influencers y una capacidad inquietante para conseguir que la gente hablara de algo sin parecer que está vendiéndolo.

Ha organizado entrevistas, campañas, eventos previos, contenido viral, colaboraciones estratégicas e incluso convenció a varios creadores de contenido para documentar la evolución del proyecto desde dentro.

Hacerlo en tan poco tiempo gracias a invertir mucha pasta gansa en mano de obra, también ha ayudado y ha sorprendido.

Todo con una única condición: que la parte social jamás quedara eclipsada por la parte comercial.

Y, contra todo pronóstico, lo hemos conseguido.

Ahora mismo varios influencers retransmiten en directo desde sus móviles mientras enseñan la fachada.

—Estamos aquí en la inauguración de El Portal...

—Mirad la cantidad de gente...

—Dicen que ya es imposible conseguir mesa para este mes...

Sergio contempla la escena con orgullo.

—Te odio un poco.

Arqueo una ceja.

—¿Por qué?

—Porque normalmente estas historias terminan con gente rica montando restaurantes mediocres y vendiendo humo. Y resulta que tú has abierto algo bueno.

—Qué buen tío eres cuando insultas.

—Cállate.

Los dos sonreímos.

Al otro lado de la calle, Dani termina de coordinar a varios trabajadores mientras Marisa se hace fotos con tres periodistas distintos como si hubiera nacido exactamente para esto.

Mi madre, por su parte, intenta aparentar normalidad, pero fracasa estrepitosamente, porque lleva veinte minutos llorando cada vez que alguien la felicita.

Y cada vez que llora, niega estar llorando.

—Es alergia —dice entre pucheros.

No puedo evitar reírme y durante unos segundos todo parece perfecto.

El ruido. Las luces. La música escapando desde el interior. La emoción.

Entonces alguien me toca el hombro.

—Es la hora.

Frente a la entrada principal han colocado una cinta negra con detalles dorados y varias cámaras de televisión enfocan directamente hacia allí.

Los fotógrafos se preparan, los móviles se levantan y durante un instante el murmullo general disminuye.

Camino lentamente hasta colocarme frente a la cinta y siento miles de ojos observándome.

Qué experiencia tan incómoda.

Respiro hondo, miro el local, a mi madre, a Sergio, a Dani y a toda la gente que ha ayudado a construir esto.

El Portal no es un local.

Nunca.

Es una segunda oportunidad para mí y para mucha gente, y eso es lo que realmente importa.

Una periodista me acerca un micrófono.

—¿Alguna palabra antes de inaugurar oficialmente El Portal?

Sonrío.

—Sí. Gracias por venir —digo, y la gente se ríe. —Miro alrededor una vez más. —Este sitio nace para demostrar que los mundos que normalmente viven separados pueden compartir la misma mesa. Que ayudar no debería ser una campaña de marketing y que nadie debería sentirse fuera de lugar por cómo ha nacido. Así que espero que disfrutéis esta noche. Y espero que dentro de unos años recordemos esto no por el local, sino por… —Es entonces cuando me callo de pronto, porque acabo de verla entre la gente y para mí es como un ángel en medio del infierno.

La periodista me mira, interrogándome con la mirada, lógicamente sin entender por qué he parado de hablar.

Casi le tiembla la mano de sujetar el micrófono cerca de mi boca.

Sergio me da un codazo disimulado para que siga hablando.

—Perdonad, es que… acabo de ver a la chica más guapa de Madrid y me he distraído —digo, luego carraspeo y me tranquiliza escuchar una carcajada generalizada—. Lo que decía… por todo lo que conseguimos construir desde aquí. Pasadlo bien y muchas gracias.

Esas dos últimas palabras las pronuncio mirándola directamente a ella.

Qué preciosa está, da igual lo que se ponga, maldita sea.

Los aplausos estallan inmediatamente y son reales, fuertes y sinceros.

Tomo las tijeras doradas que alguien me entrega, las observo un segundo y después corto la cinta.

Los flashes explotan, los móviles graban y los periodistas empiezan a hablar todos a la vez.

La música sube, las puertas se abren completamente y El Portal por fin empieza a vivir.

55
Veva

Madrid está preciosa esta noche.

Y yo siento el corazón completamente fuera de control durante todo el trayecto hacia El Portal.

Porque no sé qué va a pasar cuando lo vea.

No sé si vamos a arreglar las cosas, si vamos a discutir, si va a rellenarme como un bollo suizo (esta frase es de Maira y es su deseo) o si vamos a volver a rompernos.

Pero sí que tengo clara una cosa, y es que no quiero seguir huyendo de lo que siento.

El coche se detiene frente a la entrada y durante unos segundos me quedo quieta mirando el local iluminado.

Desde que me contó lo que quería hacer, siempre he pensado que El Portal se parece muchísimo a Oliver.

Desde fuera parece duro, caótico incluso, pero dentro está lleno de lugares donde cualquier persona podría quedarse a salvo.

Rememoro ese pensamiento cuando nuestras miradas se encuentran antes de cortar la cinta.

Y tengo más claro que nunca que, pase lo que pase, nunca me voy a enamorar de nadie como lo estoy de él.

Me espero a entrar la última tras la apertura oficial, siento que estoy más cómoda si todo el barullo se dispersa un poco.

¿Estará esperando a verme?

Uff.

En el instante en que atravieso la puerta todo cambia, las conversaciones se hacen más bajas, las miradas se giran y algunas cámaras me enfocan inmediatamente.

Madrid está obsesionada con convertir cualquier emoción privada en contenido público, pero esta vez no me escondo, no bajo la cabeza ni sonrío por compromiso.

Tampoco finjo.

Simplemente sigo caminando.

Y entonces lo veo.

Oliver está al otro lado del local hablando con varias personas cerca de la barra

Traje negro, camisa oscura remangada y las manos moviéndose mientras habla.

Noto un latigazo de placer en el centro de mi sexo en cuanto poso la vista sobre él.

Es irremediable.

Está rabiosamente guapo y lo siento rabiosamente mío también, aunque todavía no sepamos cómo hacer esto.

Justo en este momento levanta la vista y el corazón me explota dentro del pecho.

La forma en la que me mira debería estar prohibida por ley.

Bueno, él por entero debería estar prohibido por ley.

Me pregunto cómo he sobrevivido estos diez días sin tocar su piel, sin besar su boca, sin mirar de cerca sus ojos azules.

Se disculpa con sus acompañantes y empieza a caminar hacia mí.

Juro que cada paso suyo me desordena un poco más por dentro.

La gente sigue hablando alrededor, las luces continúan brillando y la música no se detiene, pero cuando Oliver llega frente a mí, ya no existe absolutamente nada más.

Solo él.

Siempre él.

Nos quedamos quietos unos segundos

Y Dios… lo he echado tanto de menos.

—Hola —susurro.

—Has venido.

—Me has dicho que viniera. Enhorabuena, es… increíble.

Oliver suelta una risa pequeña y entonces me mira de esa manera otra vez, como si quisiera tocarme y pedir perdón al mismo tiempo.

—Estás preciosa.

El corazón me late tan fuerte que probablemente puede escucharlo media ciudad.

—¿La chica más guapa de Madrid? —pregunto sintiendo cómo me arden las orejas.

—Siempre.

Sonrío y nos quedamos en silencio unos segundos.

—Yo… —intento decir.

—Ven conmigo —me pide, cogiendo suavemente mi mano.

Sin pensarlo ni un segundo, me dejo llevar por él.

Ya no tengo opciones, mi corazón es suyo.

56
Oliver

Acabamos en una de las salas privadas del local que está vacía en estos momentos.

La miro y me doy cuenta de dos cosas.

La primera es que me importa tres cojones no estar fuera, con toda la gente.

La segunda es que nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida como en este momento, cuando tengo a Veva delante de mí y es mi oportunidad para arreglar las cosas.

La música continúa sonando en el resto del local, la gente habla, ríe, brinda y baila, pero todo eso parece lejano en este momento, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

Solo la veo a ella.

A la mujer que se marcha de una mansión para construir una vida propia.

A la mujer que convierte una nave vacía en una escuela.

A la mujer que decide quién quiere ser sin pedir permiso.

Y Dios.

Nunca la he querido tanto.

—Llevo todos estos días intentando convencerme de que hice lo correcto —murmuro—. Me repito que alejarme era lo mejor para ti. Que merecías algo más fácil. Más estable. Menos complicado que yo. Más como el puto Fede de los cojones…

Ella no aparta la mirada y eso casi me mata, porque Veva siempre escucha.

Incluso cuando la verdad duele.

—Pero resulta que soy un desastre incluso para mentirme a mí mismo —añado.

Una lágrima resbala por su mejilla y algo dentro de mí se rompe.

—Yo… siento haberte ocultado lo de Fede. Tenía miedo de que lo que estaba teniendo contigo se acabase porque pensaras que yo

quería esa vida con él. No puede todo estar más lejos de la realidad… Contigo me siento viva, Oliver.

Trago saliva, porque siento la boca seca como el esparto, y sonrío.

—No he dejado de pensar en ti. Pienso en ti cuando alguien menciona Cañada Real. Cuando veo pintura en cualquier sitio. Cuando escucho a alguien discutir con demasiada pasión por una tontería y me acuerdo de las cortinas. Cuando paso por delante de una floristería y me acuerdo de que eres capaz de emocionarte por cosas que la mayoría ni siquiera mira.

Ella se queda completamente quieta y yo continúo hablando, porque ya he llegado demasiado lejos para esconderme ahora:

—Pienso en ti cuando suena el móvil y durante medio segundo espero que seas tú. Cuando me subo a la moto. Cuando alguien me pregunta por qué sonrío solo como un imbécil. Y cuando llego a casa por la noche y sigo girándome para contarte algo que me ha pasado antes de recordar que no estás allí

Ella suelta una pequeña risa entre lágrimas.

Y Dios mío.

Había olvidado cuánto necesitaba escucharla reír

—Pienso en ti todo el tiempo, princesa.

Ahora soy yo quien baja la mirada un segundo, porque la siguiente parte es la más difícil.

—Y… me he dado cuenta de algo.

—¿Qué? —pregunta ella.

Levanto la vista y la miro directamente a los ojos.

—Que no te alejé para protegerte, te alejé porque tenía miedo de quererte tanto. Miedo de perderte. Miedo de que un día descubrieras todas las cosas que están mal dentro de mí y decidieras marcharte, como hizo Antonio.

Mi garganta arde.

—No hay nada mal dentro de ti —susurra ella, acariciándome la mejilla.

—Y fui tan cobarde que preferí hacerlo yo primero.

Veva cierra los ojos apenas un instante y cuando vuelve a abrirlos están llenos de lágrimas.

—Oliver...

—Lo sé.

Sonrío.

Una sonrisa pequeña.

—Créeme, sé perfectamente lo imbécil que suena.

—Eres idiota.

No puedo evitar reírme y ella también.

Es entonces cuando ocurre; Veva da un paso hacia mí. Solo uno, pero suficiente para derribar todas las murallas que llevo años construyendo.

—Yo también tenía miedo —susurra.

La miro.

—Lo sigo teniendo, pero no puedo dejar que el miedo tome decisiones por mí. Ni el miedo ni nadie.

Directa al corazón, como siempre.

Veva me sostiene la mirada unos segundos, sonríe y después me besa.

Sin avisar.

Sin pedir permiso.

Como hace siempre con las cosas importantes.

Mi mano encuentra inmediatamente su cintura y la acerco a mí.

Necesito hacerlo.

Llevo días enteros intentando convencerme de que podía vivir sin esto.

Sin ella.

Sin nosotros.

Y resulta que no.

El beso sabe a alivio, a perdón, a hogar.

La abrazo con más fuerza y en este momento para mí solo queda ella.

Solo siempre ella.

Cuando nos separamos, nuestras frentes permanecen juntas y ninguno de los dos parece tener demasiadas ganas de alejarse.

Qué sorpresa.

—No vuelvas a decidir por mí nunca más —susurra.

Asiento inmediatamente.

—Nunca.

—Ni aunque creas que me estás protegiendo.

—Ni aunque crea que te estoy protegiendo.

Veva sonríe.

—Y tú no vuelvas a ocultarme pedidas de matrimonio nunca maś.

Veva suelta una carcajada.

—Por Dios, ¿por quién me tomas?

Y entonces entiendo algo que he aprendido: el amor no consiste en salvar a alguien, ni en encerrarlo, ni en elegir por él.

Consiste en quedarse incluso cuando da miedo, no hay garantías o sabes exactamente cuánto puede doler.

Le acaricio la mejilla despacio.

—Quédate conmigo.

Veva sonríe.

Creo que jamás voy a cansarme de ver esa sonrisa.

—Pensaba hacerlo igualmente, Oliver Luque.

Epílogo

Seis meses más tarde, conseguir mesa en El Portal un viernes por la noche se convierte prácticamente en un deporte de riesgo.

La prensa sigue hablando del local como "el fenómeno inesperado de Madrid", los influencers continúan subiendo vídeos desde sus mesas y las listas de espera para los talleres sociales, culturales y deportivos crecen cada semana.

Pero lo verdaderamente importante no sale en ninguna revista.

No hablan de los chavales que vuelven a estudiar después de años sintiéndose fuera de lugar.

Ni de las becas deportivas.

Ni de las madres que ahora trabajan en algunos de los proyectos financiados por El Portal.

Ni de la pequeña escuela infantil que nace en Cañada Real y que cada mañana llena una nave entera de dibujos, canciones desafinadas y niños corriendo de un lado a otro.

Porque las cosas importantes rara vez hacen tanto ruido como los escándalos.

Oliver Luque devuelve hasta el último euro del dinero de Antonio y, por primera vez en su vida, ya no siente que esté sobreviviendo.

Está construyendo.

Y quizá esa es la diferencia más importante de todas.

Parte del dinero que gana durante aquellos meses termina invertido directamente en los proyectos sociales de El Portal.

La otra parte acaba en algo muchísimo más sencillo: un piso luminoso para Nines en Chamberí con una cocina enorme, una terraza pequeña y ventanas llenas de plantas que ella enseña orgullosa a cualquier persona que cruza la puerta.

Oliver todavía recuerda la cara de su madre cuando le entrega las llaves.

Sí, es el piso de la madre de Veva, que ella lo vende para tener su propio dinero y se va a vivir con él.

Las cosas con Veva también cambian.

Muchísimo.

Y, al mismo tiempo, nada.

Porque siguen discutiendo por tonterías absurdas, robándose comida del plato contrario y besándose en cualquier rincón de Madrid como dos adolescentes con problemas serios de autocontrol.

Pero ahora ya no se quieren desde el miedo.

Ni desde la necesidad.

Ni desde la sensación constante de estar a punto de perderse.

Ahora simplemente se eligen.

Todos los días.

Incluso en los malos.

Genoveva Castelló, efectivamente, jamás vuelve a utilizar el apellido Santos públicamente.

Aquello provoca meses de titulares, rumores y dramas familiares dignos de varias temporadas de televisión premium, aunque con el tiempo hasta la prensa termina cansándose de convertir su vida sentimental en contenido semanal.

Y ella, sinceramente, deja de prestar atención bastante rápido.

Porque está demasiado ocupada viviendo la vida que realmente quiere.

La escuela de Cañada Real termina convirtiéndose en el proyecto más importante de su vida.

Allí enseña, organiza talleres, habla con familias, gestiona ayudas y termina casi todos los días llena de pintura, plastilina o purpurina hasta niveles preocupantes para cualquier persona mínimamente elegante.

Lo cual resulta especialmente divertido teniendo en cuenta que Ignacio Santos sigue sufriendo pequeñas crisis nerviosas cada vez que la ve así.

Su relación con él mejora despacio.

Muy despacio.

Como mejoran las cosas que llevan demasiado tiempo rotas.

Siguen discutiendo.

Siguen sin entenderse muchas veces.

Siguen siendo orgullosos hasta el agotamiento.

Pero Ignacio empieza a mirar a su hija de otra manera desde el momento en que comprende algo importantísimo: Genoveva jamás quiere destruir la vida que él construye.

Solo quiere tener una propia.

A veces incluso aparece discretamente por algunos eventos de la escuela.

Habla poco, observa mucho y finge no emocionarse cuando los niños la abrazan al verla llegar.

Nadie lo menciona nunca, pero Veva lo sabe igualmente.

Una tarde cualquiera, la lluvia amenaza Madrid desde hace horas cuando Veva sale finalmente de la escuela cargando carpetas, dibujos infantiles y agotamiento físico severo.

—¡No os olvidéis de los disfraces del viernes! —grita desde la puerta mientras varios niños salen corriendo hacia sus padres.

Uno de ellos se gira rápidamente.

—¡Profe Veva! ¿Tu novio el de la moto viene hoy?

Ella suelta una risa cansada.

—Espero que sí. Porque tengo muchísimo frío.

—¡A mí me da miedo! —grita otra niña.

—Y a mí su cara —añade otro.

Veva niega con la cabeza divertida justo antes de escuchar el sonido.

La moto.

Siempre la moto.

Y Dios.

Sigue provocándole exactamente el mismo efecto que la primera vez.

Oliver aparece segundos después girando la esquina con el casco negro puesto y esa forma tan suya de conducir como si las normas de tráfico fueran simplemente sugerencias creativas.

Se detiene frente a ella y se quita el casco lentamente.

Mortalmente guapo.

Qué agotamiento de hombre.

—Hola, princesa.

Veva sonríe automáticamente.

Y aquello sigue siendo una de las cosas favoritas de Oliver en el mundo: la manera en la que ella sonríe ahora.

Libre, digna de ser la chica más guapa de Madrid.

—Llegas tarde.

—Estaba salvando la ciudad.

—Claro. ¿Y qué haces exactamente?

Oliver se baja de la moto acercándose hasta ella mientras le quita una mancha de pintura azul de la mejilla con el pulgar.

—Convencer a Sergio de que no puede contratar DJs solamente porque "transmiten energía sexual peligrosa".

—Dios mío.

—Ha sido una tarde difícil.

Ella suelta una risa pequeña y Oliver siente exactamente lo mismo que lleva sintiendo desde hace meses: la sensación absurda de que la vida se vuelve muchísimo más bonita desde que Veva lo despierta por las mañanas.

Le quita las carpetas de las manos antes de besarla despacio.

Sin ansiedad.

Sin miedo.

Sin pensar que aquello puede desaparecer en cualquier momento.

Solo amor.

Del bueno.

Cuando se separan, Veva apoya la frente contra la suya sonriendo apenas.

—¿Qué piensas? —le pregunta Oliver.

—Que al final sí me atreví a enamorarme de un millonario.

Oliver suelta una risa baja rodeándole la cintura.

—Millonario por castigo, sí.

Ella niega con la cabeza divertida antes de ponerse el casco que él le tiende.

Luego sube a la moto abrazándose a su espalda automáticamente mientras Madrid sigue brillando alrededor.

Esta vez ninguno de los dos tiene ganas de salir corriendo de las cosas bonitas.

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ, SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA PUEDES SEGUIRME EN MI RED SOCIAL PARA MÁS CONTENIDO LITERARIO Y ESTAR AL TANTO DE MIS PRÓXIMOS TRABAJOS.

IG: @natalia_escribe